RACHEL McLEAN

SERIE INSPECTORA LESLEY CLARKE

LOS CRÍMENES DE LOS MILLONARIOS



Copyright © 2022, 2024 por Rachel McLean

Copyright © 2026, para esta edición Ediciones Pluma Negra

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña del libro.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, empresas, lugares, sucesos e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o con hechos reales es pura coincidencia.

Esta edición ha sido publicada con autorización de Ackroyd Publishing.

LOS CRÍMENES DE LOS MILLONARIOS

RACHEL MCLEAN

Traducido por

M. L. CHACON

EDICIONES
PLUMA NEGRA

ÍNDICE

Los crímenes de los millonarios

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34

Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67
Capítulo 68
Capítulo 69
Capítulo 70
Capítulo 71
Capítulo 72
Capítulo 73

Capítulo 74
Capítulo 75
Capítulo 76
Capítulo 77
Capítulo 78
Capítulo 79
Capítulo 80
Capítulo 81
Capítulo 82
Capítulo 83
Capítulo 84
Capítulo 85
Capítulo 86
Capítulo 87
Capítulo 88
Capítulo 89
Capítulo 90
Capítulo 91
Capítulo 92
Capítulo 93
Capítulo 94
Capítulo 95
Capítulo 96
Capítulo 97
Capítulo 98
Capítulo 99
Capítulo 100

Libro GRATIS
Otras Obras de Rachel McLean
Agradecimientos

LOS CRÍMENES DE LOS MILLONARIOS

Rachel McLean escribe thrillers que aceleran tu pulso y hacen trabajar tu mente. Tras convertirse en un fenómeno de la autopublicación, ha vendido millones de copias en formato digital, con un éxito masivo en el Reino Unido y un alcance internacional en crecimiento. Es autora de la serie *Inspectora Lesley Clarke* y de las series derivadas *McBride & Tanner* y *Crímenes en Cumbria*. En 2021 ganó el prestigioso premio Amazon Kindle Storyteller con *Los crímenes del castillo*, y sus libros regularmente alcanzan el puesto número 1 en la lista de ebooks más vendidos de Bookstat al momento de su lanzamiento.

M.L. Chacón es traductora y editora especializada en novela de suspense. Conoció a Rachel a través del escritor Gregg Dunnett, marido de María y para quien también traduce. María vivió en Dorset durante veinte años. Su conocimiento de esa región y su pasión por el género le han permitido crear una traducción fiel, cuidada y con alma. Esta edición en español nace de una colaboración directa con la autora, con el objetivo de llevar estos thrillers a nuevos lectores sin perder su esencia.

CAPÍTULO UNO

INÉS PÉREZ ABRIÓ la puerta de la casa con los sentidos a flor de piel. Su novio, Vali, estaba detrás de ella, agarrándole la mano. Tiró de ella al cruzar el umbral.

—¿Estás segura de que no va a pasarnos nada? ¿Seguro que se ha ido todo el fin de semana?

Inés se giró y le dedicó la sonrisa más tranquilizadora que fue capaz de esbozar a pesar de los nervios.

—No va a pasar nada —susurró—. Está en su chalé de Verbier. La casa está vacía.

A su novio se le iluminaron los ojos. Podía sentir la emoción que emanaba de él.

—Venga, entra —le dijo al tiempo que tiraba de su mano para que entrara.

La casa estaba retirada de la carretera, separada por un espeso seto. Pero había cámaras de seguridad y no quería que sus caras quedaran grabadas.

Vali cerró la puerta principal tras de sí e Inés se detuvo para aspirar el olor de la casa. Cera para muebles mezclada con perfume y el olor salobre del mar. Al fondo, más allá del enorme salón diáfano, unas amplias puertas daban a la playa. El jardín estaba salpicado de árboles maduros que daban sombra en verano y protección en invierno. Aquella vista la dejaba siempre sin aliento.

Se había criado junto a la playa, pero en una casa que no tenía nada que ver con esta.

Claro que esta no era la casa de Inés. Ni de lejos podría permitírsela con su sueldo. Era donde trabajaba. Y donde vivía, por ahora. Susannah Ramsay, su jefa, había amasado su fortuna como abogada de empresa en Londres. Pasaba parte del año aquí, en la península de Sandbanks, disfrutando del fruto de su trabajo. Y el trabajo de Inés era ocuparse de todas sus necesidades. Esa semana Susannah estaba de viaje en Suiza, así que Inés decidió ocuparse de las suyas.

Sintió la mano de Vali en el hombro, se giró y dejó que la besara. Forzó a su cuerpo a relajarse en el beso, apartando su ansiedad. Vali era guapo. Habían empezado a salir hacía un mes tras conocerse en un bar de Bournemouth. Esa era la primera vez que lo llevaba allí.

Susannah había despedido a su último jardinero después de que este organizara una barbacoa en el césped. Había intentado presentar cargos por daños y perjuicios. Inés sabía a qué se exponía si la descubrían.

Vali se apartó y la miró a los ojos, sonriendo.

—Este sitio es una pasada.

Inés asintió.

—Ven a ver el salón.

Lo cogió de la mano y lo guio. Las puertas dobles daban a un amplio espacio, iluminado por la luz de la luna. La playa tenía un aspecto fantasmagórico bajo la tenue luz azulada.

Vali se acercó a las puertas y apoyó las manos en el cristal.

—¿Cuánto has dicho que gana tu jefa?

Inés se le acercó.

—No te preocupes por eso ahora. Vamos arriba.

—¿Estás segura de que no hay nadie más? —insistió Vali.

—Hay un cocinero cuando ella está en casa, pero se ha ido a Suiza también. Yo he tenido que quedarme. Trabajo más para la casa que para ella.

Contempló la cocina. Relucía. Puede que Inés no fuera la dueña de la casa, pero estaba orgullosa de lo bonita que la tenía. Sobre todo, cuando Susannah no estaba para deshacer todo su trabajo.

Vali miró hacia el techo. Era alto, lo que le confería a la estancia una cualidad casi catedralicia.

—Menuda suerte tiene esta casa —dijo, guiñándole un ojo.

—Vamos —sonrió Inés.

Lo agarró de la mano y tiró de él hacia la puerta. Atravesaron el amplio vestíbulo a trompicones y subieron las escaleras de puntillas. Inés sabía que la casa estaba vacía, sabía que no había nadie que pudiera oírlos. También sabía que las gruesas alfombras y los escalones de hormigón amortiguarían el sonido de sus pasos. Pero, aun así, sentía como si estuviera allanando una morada.

Cuando llegaron a lo alto de la escalera, Inés se volvió hacia Vali.

—Mi habitación es la segunda a la derecha.

Sintió un cosquilleo en la piel. Su relación hasta el momento había consistido en encuentros en pubs, paseos por la orilla en Bournemouth y besos robados en paradas de autobús. No había ido más allá. Hasta esa noche.

Vali le puso las manos a ambos lados de la cabeza y la atrajo para besarla. Inés intentó relajarse, pero era consciente de que tenía las escaleras justo al lado. Se sentía descentrada, sin equilibrio.

Se apartó.

—Vente.

Se dirigió a su habitación, pasando por delante de la puerta cerrada del dormitorio de Susannah. Se detuvo un momento. ¿Y si su jefa no se había ido? ¿Y si estaba ahí dentro, durmiendo, y no en Verbier?

—Debemos tener cuidado —le susurró a Vali.

—¿No decías que la casa estaba vacía?

—Sí, pero no quiero que los vecinos nos oigan.

Él se rio.

—¿Tan escandalosa eres?

—Tendrás que descubrirlo —replicó al tiempo que le guiñaba un ojo.

—Aunque gritaras como una loca, los vecinos no te oirían —dijo Vali. La casa más cercana estaba a casi un kilómetro. Aquellas viviendas estaban muy aisladas. Abrió una de las puertas del dormitorio de Susannah.

—¿Y si lo hacemos aquí? Seguro que su cama es más grande que la tuya.

Entró.

La cama de Susannah era tan ancha como larga, un océano de seda y terciopelo. Parte del trabajo de Inés era cambiar las sábanas cada semana. Lo había hecho esa misma mañana, justo después de que Susannah se fuera.

—No —siseó ella—. En mi habitación.

—Espera —dijo Vali, con voz tensa.

—¿Qué? —susurró Inés.

Le tocó la mejilla, recorriendo la línea de su mandíbula. Vali era guapo. No podía creer la suerte que había tenido al conocerlo.

Se volvió hacia ella.

—Quédate fuera —susurró.

—¿Qué pasa? —le preguntó.

—Aquí hay alguien.

A Inés se le encogió el corazón.

—No me lo creo, no me digas eso.

Se inclinó para mirarla a los ojos, con el rostro a centímetros del suyo.

—La cama —susurró—. Hay alguien en la cama.

Inés sintió que se le tensaban todos los músculos.

—No puede ser.

Miró más allá de él, hacia la cama. En efecto, vio un bulto.

Cuando había hecho la cama aquella mañana, dejó las sábanas lisas. Sabía que reflejarían la luz de la luna. La habitación no tenía cortinas. A Susannah le gustaba despertarse y mirar las vistas.

Pero ahora, las líneas de la cama estaban rotas. Había una forma en el centro, una oscuridad que alteraba las sábanas.

Inés extendió la mano, con la sensación de que iba a caerse.

—No lo entiendo.

—¿Tu jefa tiene mascotas? Quizá...

—No. Es alérgica. —Su corazón se desbocó—. Vamos, vámonos.

—Enciende la luz —le pidió Vali—. Tenemos que comprobarlo.

—¡No! No seas estúpido.

—Mira, Inés. Tú y yo llevamos demasiado tiempo aquí de pie hablando. Si tu jefa está ahí durmiendo, ya la habríamos despertado.

—No. Vámonos. —Inés se acordó del jardinero.

—¿Podría estar drogada?

Inés negó con la cabeza. Susannah era una fanática de la vida sana. Batidos asquerosos con hierbas y semillas y tortillas de clara de huevo.

—No.

—Tenemos que mirar, Inés. Enciende la luz.

Se acercó a la cama, temblando. La forma no se había movido.

Su pie rozó algo y dejó escapar un grito ahogado. Agarró a Vali del brazo y tiró de él hacia la puerta. Él alargó la mano y pulsó el interruptor de la luz.

—¡Vali, no!

Parpadeó, mientras sus ojos se acostumbraban a la luz.

—Mierda —dijo Vali.

Inés siguió su mirada.

La cama no estaba vacía.

En el centro estaba Susannah. En el suelo, delante de ella había otro bulto. ¿Era aquello lo que había tocado con el pie?

—¿Qué es eso? Es un...

—Es un hombre.

Inés frunció el ceño. Susannah estaba soltera. Nunca entraban hombres aquí.

—¿Quién es?

—Ni puta idea —respondió Vali.

Inés gimoteó.

—Vamos. Tenemos que salir de aquí ya.

Vali se volvió hacia ella.

—Deberíamos ver cómo están.

Lo miró fijamente.

—De acuerdo. Llamaré a emergencias.

—Deberíamos ver cómo están —insistió él.

—No. No toques nada.

Inés era una empleada del hogar, una inmigrante. Él era un estudiante con un visado temporal. Sabía cómo podían acabar estas

cosas para gente como ellos.

—No los toques —repitió.

Su mirada oscilaba entre los dos cuerpos, el del suelo y el de la cama.

Susannah estaba tumbada en el centro de la cama, con los brazos extendidos a los lados. En medio de su pecho, empapando su bata de seda, había una mancha oscura de sangre.

En el suelo, delante de la cama, había un hombre que Inés no reconoció. Tenía el pelo oscuro y parecía joven. Su traje estaba cubierto de sangre. En la alfombra, junto a él, otro charco rojizo.

Inés sintió una arcada. Se llevó una mano al pecho y tomó una gran bocanada de aire.

—Vali, ¿qué ha pasado aquí?

CAPÍTULO DOS

LESLEY CLARKE no esperaba que sonase el telefonillo. Elsa se había ido al trabajo hacía diez minutos y ella estaba a punto de salir también.

Bostezó mientras abría la puerta. No se molestó en comprobar quién era.

—¿Qué desea? —preguntó, esperando a un repartidor.

Frente a ella vio un hombre que no reconoció. Tenía el pelo rubio y alborotado y la piel llena de manchas. Su traje parecía no haber pisado una tintorería en varios años.

—¿Quién es usted? —le preguntó.

—Matt Crippins —respondió el hombre—. Soy periodista de la BBC de Dorset.

Lesley se puso rígida. Se hacía una idea de por qué estaba allí.

—Pase.

La siguió hasta el salón. Lesley se quedó de pie en medio de la estancia, sin saber si ofrecerle café.

—Ha venido por lo de Sadie, ¿no? —preguntó Lesley.

—Sí. —Asintió—. Se suponía que ayer regresaba de Malta.

—¿Y no lo hizo?

—No.

Lesley apretó el puño contra el pecho.

—Creo que tenía razón. Y su colega, la subinspectora Finch, también. ¿Y si Sadie no se fue de vacaciones?

Sadie Dawes era una periodista de la televisión local de la BBC. Había estado investigando la muerte del predecesor de Lesley, el inspector Mackie. Una semana antes, Lesley había denunciado su desaparición, pero el hombre que ahora tenía delante le había asegurado que Sadie estaba de vacaciones.

—Siéntese —le pidió—. Y cuénteme todo lo que sepa.

El hombre se dejó caer en el sofá.

—Tendría que haber estado en el trabajo ayer por la mañana. Creo que su vuelo de vuelta de Malta llegó hace dos días. He intentado llamar a su móvil, a su teléfono de casa, a su número de contacto de emergencia. No contesta.

—¿Y sus padres?

—Ni idea. No es de por aquí, ya habrá notado su acento.

—Sí —afirmó Lesley. Sadie tenía un pronunciado acento de Yorkshire—. Tenemos que averiguar si tiene familia. Tendrá que revisar sus archivos laborales.

—Esperaba que pudiera ayudarme con eso.

Lesley negó con la cabeza. Sadie había sido detenida hacía unos meses, pero no se presentaron cargos.

—¿Va a denunciar formalmente su desaparición?

—Eso creo.

Lesley se cruzó de brazos.

—¿Lo cree o lo va a hacer?

—Voy a hacerlo. —Matt se humedeció los labios.

—De acuerdo.

—Tendría que haberlo hecho hace una semana, ¿verdad? —Matt estaba pálido.

Lesley se encogió de hombros.

—No se preocupe, Matt. Vayamos paso a paso.

—Veré qué puedo averiguar sobre sus amigos y su familia.

—Muy bien —le dijo—. Manténgame informada. Enviaremos a alguien para que hable con el personal.

—No pueden interrumpirnos mientras preparamos las noticias de hoy.

Lesley ladeó la cabeza. Los periodistas eran como los polis. Incluso en una emergencia, el trabajo tenía que continuar.

—Lo sé —dijo—. Pero aun así tenemos que hablar con todos aquellos con quien Sadie pudiera haber estado en contacto. ¿Tiene conocimiento de en qué estaba trabajando?

Lesley creía saber la respuesta, pero quería hacerse una idea de cuánto sabían los compañeros de Sadie.

El periodista negó con la cabeza.

—Insistió en que era secreto. Confidencial.

—Vale. —Lesley se pasó una mano por el pelo—. Necesito hablar con mis compañeros. Vuelva a la oficina, cuéntele a sus colegas lo que ha pasado y asegúrese de que vengan a hablar con nosotros si saben algo.

El periodista asintió y se puso de pie para marcharse.

Lesley esperó a que se fuera. Cogió las llaves y el bolso y se dirigió a la puerta.

Tres días antes, Elsa le había dicho que más le valía mudarse con ella. Estaba haciendo gestiones para devolver su casa de Wareham a la agencia de alquiler. No estaba segura de estar preparada aún para la convivencia. Pero, al mismo tiempo, Elsa y ella ya vivían juntas en la práctica. Y Terry, el exmarido de Lesley, le había comprado su parte de la casa de Birmingham.

Todo apuntaba a que iba a quedarse en Dorset.

Su teléfono sonó mientras se subía al coche, era la agente Tina Abbott.

—Tina, voy de camino a la oficina.

—¿Dónde estás? ¿En Wareham o en Bournemouth?

Lesley sonrió. Tina lo sabía todo sobre Elsa.

—En Bournemouth, ¿por qué?

—Tienes que ir a Sandbanks —le dijo Tina—. Han encontrado un cuerpo.

CAPÍTULO TRES

LOS AGENTES uniformados estaban desplegados en la escena del crimen. Había tres coches patrulla aparcados fuera, además del Astra del sargento Dennis Frampton. Lesley entró en el amplio camino de entrada que llevaba a la casa y saludó con un gesto de cabeza al agente que estaba en la puerta.

—Soy la inspectora Clarke —le dijo—. Tome nota de mi entrada.

—Necesito que firme para entrar, señora.

Lesley tomó el portapapeles y firmó, luego se agachó para ponerse los cubrezapatos.

La pesada puerta de entrada estaba abierta. Lesley entró y examinó la estancia. El vestíbulo era ancho, con una puerta abierta a cada lado. Una daba a lo que parecía un estudio; la otra, a un comedor. El comedor era formal y protocolario, y tenía pinta de usarse poco.

Continuó a través de unas puertas dobles abiertas hacia un amplio salón de planta diáfana. Había otra mesa de comedor, esta era larga y de roble. Una cocina a la izquierda y una zona de estar a la derecha completaban la estancia. En cualquier otra casa, este espacio parecería habitado. Habría platos sucios, libros, zapatos en el suelo.

Pero aquí no había nada. Estaba inmaculado.

Lesley volvió al vestíbulo.

—¿Adónde tengo que ir?

El agente de la puerta principal se volvió para mirar adentro.

—Arriba, señora. No tiene pérdida.

—Gracias.

Como todo lo demás en aquella casa, las escaleras eran bastante amplias. Una mullida alfombra blanca amortiguaba el sonido de sus pasos. Según llegaba al piso de arriba, oyó voces y movimiento.

Se detuvo al final de la escalera. Frente a ella, otro juego de puertas dobles daba a un dormitorio. Debía de estar encima del salón de planta diáfana y ofrecía la misma vista de la playa.

Lesley se quedó en el umbral. Dos técnicos con trajes blancos estaban cerca de la cama y un agente uniformado tomaba notas junto a la puerta.

En la cama había una mujer. Tenía el pelo largo y rubio, extendido en abanico sobre la almohada. Sus brazos estaban extendidos y las piernas, rectas. Una mancha de sangre oscurecida le cubría el pecho.

Delante de ella, desplomado contra la cama, había un hombre. Lesley volvió a mirar a la mujer. Estimó que tendría unos cuarenta años; él, poco más de veinte. ¿Sería el hijo, un novio o un marido más joven?

Se estremeció. Las ventanas que daban al exterior más allá de la cama estaban abiertas.

—Que alguien cierre eso —pidió—. La corriente contaminará las pruebas.

Una figura emergió de detrás de la cama y se incorporó. Era Dennis. Se acercó a las puertas, que se deslizaron y cerraron en silencio.

—Jefa. —Frunció el ceño—. Estaban abiertas cuando llegamos.

—Dennis, has llegado antes que yo.

—Había salido a dar mi paseo matutino cuando me llamó Tina.

Lesley se preguntó de dónde sacaba Dennis el tiempo para pasear antes del trabajo. Aunque bien por él. Ella misma debería hacer más ejercicio.

—¿Qué tenemos, pues?

—Se llama Susannah Ramsay —dijo Dennis—. Es la propietaria. La asistenta los encontró.

—¿Ninguna identificación de él?

—La asistenta no tiene ni idea de quién es.

Uno de los técnicos levantó la vista. Era Gavin, el compañero de Gail. Aquel tan alto que a Lesley le recordaba a un gigante amable.

—Buenos días, señora —dijo—. Gail está de camino.

—Muy bien.

Gail vendría en el ferri desde Swanage.

—¿Qué habéis descubierto hasta ahora? —le preguntó.

Gavin bajó la vista hacia el cuerpo en el suelo. El hombre tenía el pelo oscuro y la piel morena. Un charco de sangre se extendía bajo él y empapaba la gruesa alfombra. Tenía el rostro vuelto hacia arriba, como si hubiera estado mirando a la mujer al morir.

Lesley se adentró unos pasos. Susannah tenía los ojos cerrados. Unas ligeras patas de gallo surcaban las comisuras de sus ojos, pero la frente lisa delataba el uso de bótox. Yacía en la cama con los brazos abiertos a los lados, como en cruz, y las piernas estiradas. La sangre florecía en el centro de su pecho. Su expresión era serena. No había sangre en ningún otro lugar de la cama, ni señales de lucha. Las sábanas estaban extendidas.

¿La habían colocado así después de muerta?

¿O había muerto por voluntad propia? ¿Un suicidio?

—¿Alguna señal del arma?

Gavin se acercó a una cómoda tan lejos de la cama que casi parecía estar en otra zona horaria. Cogió una bolsa de pruebas.

—Un cuchillo de cocina. No hay rastro de huellas a simple vista, pero haremos los análisis de rigor.

Lesley agarró la bolsa. El cuchillo estaba limpio, sin sangre ni huellas visibles. Pero incluso el asesino más meticuloso dejaría rastros de sí mismo.

—Excelente. Que lo analicen en cuanto llegue Gail.

Gavin asintió y Lesley se volvió hacia la cama.

—¿Qué hay del ángulo de la herida?

Dennis estaba en diagonal a ella, mirando a la mujer.

—No es compatible con un suicidio, si es lo que estás pensando.

—¿Tú crees? —ladeó la cabeza para ver mejor. Era difícil saber dónde estaba la herida, con toda esa sangre—. ¿Han llamado a

Whittaker?

—Whittaker sigue de baja —respondió Gavin—. Vendrá la doctora Brightside.

—De acuerdo.

Lesley había trabajado con Fiona Brightside en un caso anterior. La mujer era eficiente, aunque brusca. A diferencia de Whittaker, que era lento y pesado.

Retrocedió y se centró en el hombre del suelo.

—¿Y qué hay de él?

—Heridas de defensa en las palmas de las manos —dijo Gavin.

Lesley se agachó junto al cuerpo. Yacía en un ángulo extraño, con la espalda medio apoyada en la cama y las piernas torcidas hacia un lado.

—A lo mejor intentó defenderla.

—Ese es un concepto muy anticuado para ti, jefa. —Dennis estaba a su lado.

—Quizá él era un hombre chapado a la antigua.

—Es joven.

—Una cosa no quita la otra. —Levantó la vista hacia la mujer—. Tenemos que averiguar quién es y qué relación tenían.

—Puede que haya fotos por la casa, jefa.

Lesley examinó la habitación. Era estéril. Ni una señal de personalización.

—¿La asistenta los encontró?

—Inés Pérez —dijo Dennis—. Está fuera.

—Echemos un vistazo y luego hablemos con ella. Gavin, mantenme informada, por favor.

—Sí, señora.

Lesley apretó la mandíbula.

Caminó hacia la puerta, con la mirada fija en la alfombra.

—¿Qué es esto?

Había un objeto en el suelo que reflejaba las luces de los forenses. Gavin la siguió. Se agachó, lo metió en una bolsa de pruebas y lo sostuvo a la luz.

—Parece una uña —dijo él.

Lesley miró a Susannah.

—Una de las suyas, por lo que parece.

A la mujer le faltaba una uña, la del dedo anular izquierdo. Lesley volvió a la cama y se inclinó.

—No sangró mucho.

—Igual fue *post mortem* —dijo Dennis.

—Puede ser. El dedo podría ser significativo. Necesitamos saber si estaba casada o prometida. —Lesley miró su reloj—. ¿Desde dónde viene la doctora Brightside?

—Desde Dorchester, señora —respondió Gavin.

Suspiró.

—No tienes que llamarme «señora» todo el rato. Eres un civil.

—Lo siento, es la costumbre. El inspector Mackie lo prefería así.

—Bueno, pues yo no soy el inspector Mackie.

—¿Qué ha pasado?

Lesley se giró y vio a Gail en el umbral, sosteniendo un maletín.

—Buenos días, Gail —saludó—. ¿Has venido en el ferri?

—He llegado tan rápido como he podido. Veo que ya habéis empezado.

—Dos víctimas —dijo Gavin—, varón asiático de veintitantos años; mujer de raza blanca, cuarenta y tantos. Heridas de arma blanca en ambos.

Lesley escuchó mientras Dennis terminaba de relatar las lesiones a la encargada de la escena del crimen.

—Revisad debajo de las uñas —dijo Gail—. De las que le quedan, en su caso. También mirad la ropa y alfombra, en busca de fibras. Y la cama. Necesitaremos tomas de muestras internas de la mujer una vez que llegue el patólogo, y análisis de las manchas de sangre. —Se dirigió al segundo forense—: Brett, tú te encargas del resto de la casa. Busca huellas y usa luz ultravioleta en las alfombras. Averigua por dónde entró y salió el asesino.

Lesley sonrió. Era bueno ver a Gail tomar el mando.

—¿Cuál es tu teoría sobre la mujer? —le preguntó.

Gail se volvió hacia ella.

—¿Te refieres a si se suicidó?

Lesley asintió.

—Necesitaremos el análisis del patólogo, pero dado el ángulo de entrada creo que no. No hay heridas de tanteo. Y si iba a suicidarse, ¿por qué lo haría con él aquí?

—¿Un pacto de suicidio doble? —sugirió Gavin.

—Si lo fuera, él no estaría así en el suelo —replicó Gail—. Necesitamos trabajar más aquí, pero...

—Alguien fue a por ella —dijo Lesley—. Él entró mientras estaba ocurriendo y lo mataron al intentar protegerla.

—¿Incluso con ella dispuesta así? —preguntó Dennis.

Gail miró el cuerpo de Susannah.

—Es inusual, un cuerpo colocado así y el otro no. Pero eso puede indicar que ella era el objetivo previsto. Él fue un daño colateral.

Dennis hizo una mueca.

—Pobre hombre.

Lesley bajó la vista hacia el hombre.

—Necesitamos confirmar su identidad. Dennis, bajemos.

CAPÍTULO CUATRO

LESLEY BAJÓ LAS ESCALERAS, con Dennis detrás. Brett, el miembro más joven del equipo de Gail, ya estaba abajo, espolvoreando los pomos de las puertas en busca de huellas.

—Supongo que no querrás que toquemos nada, ¿verdad? —le preguntó ella.

Brett levantó la vista y asintió.

—Así es.

—¿Y el suelo?

Se detuvo en el último escalón. La escalera estaba cubierta por una mullida alfombra de color crema. No tenía ni idea de cuánta gente había subido y bajado ya. Al menos, el dormitorio tenía placas protectoras, puntos seguros en los que podían pisar.

—Solo tened cuidado —dijo él—. Y no os quitéis los cubrezapatos.

Lesley asintió. Tanto Dennis como ella habían traído guantes y cubrezapatos de sus coches.

Pasaron al salón. Las puertas que daban a él ya estaban abiertas, así que no tuvieron que tocar nada. Aun así, Lesley procuró mantenerse alejada de las paredes y las puertas.

Se detuvo en el centro de la estancia, con Dennis a su lado. Frente a ellos había una larga mesa de comedor, con la cocina a un lado y una zona de estar al otro.

—No vivía nada mal —dijo Dennis.

Lesley enarcó una ceja.

—Tendremos que averiguar a qué se dedicaba Susannah Ramsay. Esto podría estar relacionado con el trabajo.

—¿Rivalidad profesional? —preguntó Dennis.

—Es posible. O puede que anduviera metida en algo turbio. Malversación de fondos, estafa a clientes.

—¿En qué trabajaba?

Lesley se encogió de hombros.

—Se lo preguntaremos a la asistenta.

—Podemos poner a Tina y a Mike a investigar a las víctimas. ¿Quieres que los llame?

—Sí —respondió Lesley—. Que Tina se encargue de los antecedentes de Susannah y que Mike se ponga con la identificación del hombre.

Llamó hacia el pasillo.

—Brett, ¿le puedes enviar las fotos al móvil del sargento Frampton?

—Por supuesto.

Lesley asintió y volvió a entrar en el salón. La estancia estaba impoluta, recién limpiada o apenas usada.

Se acercó a la zona de estar, esperando encontrar fotografías en alguna superficie, pero no había nada. Puede que se alquilara como vivienda vacacional. Susannah parecía mantener los efectos personales al mínimo.

Lesley se estremeció.

Susannah rondaría los cuarenta; el hombre, la veintena. Podrían ser madre e hijo. El instinto le decía que no lo eran. Ella era rubia, elegante, de aspecto caro. Las uñas que le quedaban estaban perfectamente cuidadas y su piel parecía recibir tratamientos faciales con regularidad.

El hombre, aunque vestido de manera elegante, no se parecía en nada a ella. Para empezar, era asiático y más bajo. Su traje era barato. ¿Un novio, un conocido casual? Con suerte, Mike podría averiguarlo.

Dennis regresó, guardándose el móvil en el bolsillo interior de la chaqueta.

—Tina ha estado investigando a Susannah. Vive en Londres la mayor parte del tiempo.

A Lesley no le sorprendió. La mayoría de las casas de ese tramo de la costa eran segundas residencias. Se preguntó qué tipo de casa tendría la mujer en Londres para poder permitirse una casa de vacaciones como esa.

—¿Y el hombre? ¿Alguna idea?

—De momento nada —respondió Dennis—. Mike tiene las fotos y el equipo de Gail enviará las huellas en breve. Veremos si hay alguna coincidencia en la base de datos.

Lesley se mordió una uña.

—¿Crees que podría haber sido un robo que salió mal? Tal vez alguien pensó que la casa estaba vacía y no esperaban que Susannah estuviera en la cama.

—¿Y el hombre? —preguntó Dennis—. Él no estaba en la cama.

—Tenemos que averiguar qué estuvieron haciendo antes de que ocurriera. ¿Se encontraban ambos en el dormitorio cuando la atacaron? ¿Entró él mientras sucedía?

—Existe la posibilidad de que él la atacara —dijo Dennis—. A lo mejor la apuñaló y ella se defendió.

Lesley lo miró.

—No. No se movió después de que la apuñalaran. La cama está demasiado limpia.

—O fue al revés. Ella lo atacó a él, él la empujó a la cama y contraatacó.

—Parece demasiado preparado. Había alguien más en esa habitación. Y tenemos que averiguar quién.

—Nada de esto tiene sentido —dijo Dennis.

—En eso tienes razón —replicó Lesley—. Dejemos de especular, esperemos a que llegue Fiona Brightside.

—¿Quién?

—La nueva patóloga. Whittaker está de baja por enfermedad.

Dennis frunció el ceño.

—Pobre hombre.

Lesley asintió. Ya había notado con anterioridad que Whittaker parecía enfermo, pero no dijo nada. Whittaker no era el tipo de

hombre que agradecería que se preocuparan por su bienestar. Sin embargo, ahora se sentía culpable.

Suspiró.

—Vamos —dijo ella—. Tenemos un testigo con quien hablar.

CAPÍTULO CINCO

INÉS ESTABA en el jardín de delante, intentando no imaginarse a los vecinos mirándola desde sus ventanas.

Los dos policías que habían llegado después de que llamara a emergencias le habían dicho que saliera de la casa y no volviera a entrar. Supuso que para no contaminar la escena del crimen.

¿Pero no lo había hecho ya?

Además, sus huellas dactilares y su ADN estarían por toda la casa. Pasaba más tiempo en ella que la propia Susannah.

Pero no pensaba desobedecerlos. Con Susannah muerta, pronto se quedaría sin trabajo. Y sin trabajo, la enviarían de vuelta a casa. A la compasión de su madre, la desaprobación de su padre y el «te lo dije» de su hermano Tomás. Estaba decidida a hacer que ese trabajo saliera bien. A abrirse camino hacia algo mejor.

Se frotó los brazos, temblando. Por lo menos podrían dejarla sentarse en uno de sus coches. Se preguntó si la trataban así por su acento. El policía que le había hablado había sonreído, pero se había mostrado muy profesional. Era una testigo o un estorbo.

Una sospechosa, tal vez.

La mujer alta y rubia que había entrado apresuradamente media hora antes salió con un hombre mayor con una chaqueta de *tweed* gris que a Inés le recordó a su abuelo. Ambos se acercaron a ella. El hombre sonreía, la mujer no.

—¿Inés Pérez? —preguntó la mujer.

—Sí.

La mujer sonrió entonces y le tendió la mano. Inés la estrechó.

—Soy la inspectora Clarke, responsable de la investigación. ¿Fue usted quien llamó al 999?

—Sí.

—¿Los encontró usted?

—Sí.

—¿Puede decirnos sus nombres, por favor?

El hombre sacó una libreta del bolsillo interior de su chaqueta.

—Mi jefa se llama Susannah Ramsay. Él no sé quién es.

La mujer enarcó una ceja.

—¿No tiene ninguna idea?

—No. Lo siento.

—¿Novio? ¿Marido? ¿Un compañero de trabajo?

Inés negó con la cabeza.

—No lo reconozco.

—¿Cuánto se acercó?

—Yo... me acerqué a la cama. Cuando vi que estaba muerta, me aparté. Llamé a la policía.

La inspectora asintió.

—¿Y él? —preguntó el hombre.

—¿Perdón?

—¿Estaba muerto cuando los encontró?

—Sí. —Inés se estremeció.

La mujer alargó la mano y le tocó el brazo con suavidad.

—Sentémonos en mi coche.

Inés asintió en agradecimiento.

—Sí, por favor.

La pareja la llevó hasta un coche largo y oscuro aparcado en doble línea amarilla frente a la casa. El hombre abrió la puerta delantera e Inés retrocedió.

—¿Quiere que me siente en el asiento del conductor?

El hombre frunció el ceño.

—No —dijo la mujer—. Aquí conducimos por la izquierda, ¿recuerda? Ese es el asiento del copiloto. —Estaba al otro lado del coche, mirando a Inés por encima del techo.

Inés se deslizó dentro, con la mente a mil. ¿Iban a llevársela detenida?

No sabía cómo funcionaban estas cosas.

La mujer ya estaba en el asiento del conductor. El hombre se acomodó en el asiento trasero y cerró la puerta.

Inés se puso las manos en el regazo, entrelazando los dedos. Necesitaba cortarse las uñas y ya casi había arrancado una de ellas. Oyó una tos en el asiento trasero y se giró para ver al hombre acomodándose.

—¿Es usted la asistenta? —preguntó la mujer.

—Sí.

—Bonita casa —dijo el hombre.

Inés sabía que se refería a su opulencia, pero aun así sintió orgullo.

—Gracias.

—Pero no es suya —dijo el hombre.

—No. —Inés sonrió—. Yo la limpio. La cuido.

—Claro. —Escribió algo en su libreta.

A veces a Inés le gustaba imaginar que la casa era suya propia, que cuidaba de su propiedad. Susannah estaba allí tan poco que era fácil sentirse así. Pero anoche había sido la primera vez que traía a alguien a casa.

Había elegido la noche equivocada.

—Bueno —dijo la mujer—, ¿puede contarnos qué pasó?

Inés tragó saliva. Cerró los ojos y se volvió hacia delante.

—Salí anoche por Bournemouth. Llegué a casa sobre las diez y media. Susannah se había ido por la mañana a su chalé de Verbier.

—Salvo que no se fue —dijo el hombre.

—¿A qué hora creía que se había ido? —preguntó la mujer.

—Por la mañana. Yo estaba fuera, de compras. Dijo que no me necesitaba, que quería que repusiera la bodega. Hay un sitio en...

—Cuéntenos qué pasó cuando llegó a casa.

Inés asintió, con un nudo en la garganta.

—Fui directa al piso de arriba. Me detuve para echar un vistazo al cuarto de Susannah. Es precioso a la luz de la luna.

—¿Entra mucho ahí? —preguntó el hombre. La mujer frunció el ceño.

—Entro para limpiar y para cambiar las sábanas. Las cambié ayer mismo, por la mañana.

—Y cuando entró, ¿qué vio? —preguntó la mujer.

Inés tragó saliva.

—Un bulto en la cama. Esperaba que estuviera intacta. Encendí la luz y los vi.

—¿Los tocó? —preguntó la mujer.

—No.

—¿Cuánto se acercó? —Esta vez fue el hombre. Inés se sentía como si estuviera en un interrogatorio.

—¿Necesito un abogado? —preguntó, dándose cuenta de que debería haberlo preguntado antes de subirse al coche.

—¿Cree que necesita un abogado? —preguntó el hombre.

La mujer se volvió hacia él, frunciendo el ceño.

—No está detenida. No le hemos leído sus derechos. Solo le estamos haciendo unas preguntas. Si quiere un abogado, tiene derecho a uno. Pero no tardaremos mucho más.

—De acuerdo. —Inés respiró hondo. Podía hacerlo.

—¿Cuánto se acercó? —repitió el hombre.

—Mi pie rozó... —Tragó saliva—. Mi pie tocó al hombre. Lo siento.

El hombre sonrió.

—No pasa nada. Al menos lo sabemos.

—Supongo que encontraremos sus huellas dactilares y su ADN por toda la casa, ¿no? —preguntó la mujer.

—Vivo y trabajo allí.

La mujer asintió.

—¿Y está segura de que no sabe quién es el hombre?

—Me temo que no.

—¿Vio a alguien más venir a la casa ayer? ¿Después de que pensara que Susannah se había ido?

Inés negó con la cabeza.

—¿No?

—No.

—¿Y estaba sola cuando llegó a casa?

Inés miró al frente, con los ojos doloridos.

—Sí.

—Vale. ¿Puede hablarme de su empleo aquí? ¿Cuánto tiempo lleva trabajando para la señora Ramsay? ¿Cómo consiguió el trabajo?

—Llevo aquí quince meses. Vine de España antes de que cambiaran las normas. Pero, cuando lo hicieron, Susannah me consiguió un visado. Por lo visto, ayudó que trabajara para una empresa internacional con oficinas en España. Me mantuvo en el puesto, es una buena jefa. Siempre que le mantenga la casa limpia y le cocine. Las dos llevamos vidas muy separadas.

—¿Así que no la veía mucho? —preguntó la mujer.

Inés negó con la cabeza.

—Viene una o dos veces al mes, el resto del tiempo está en Londres.

—¿Dónde en Londres?

—Lo siento, no lo sé.

El hombre escribió en su libreta.

—¿Sabe el nombre de la empresa para la que trabajaba Susannah? —preguntó él.

—No, lo siento.

—Eso podemos averiguarlo —dijo la mujer.

Inés asintió. Le habría gustado saber más, pero prefería no hacer preguntas a la agencia. Por experiencia, sabía que no les gustaba.

—¿Cuándo fue la última vez que vio a su jefa antes de encontrarla anoche? —preguntó la mujer.

Inés se miró las manos. Aquella uña estaba casi a punto de caerse de tanto tirar de ella.

—Hace dos semanas.

—¿Dos semanas? —preguntó el hombre—. ¿Trabaja aquí a jornada completa y solo la vio hace dos semanas?

Inés se giró y asintió hacia él.

—Ha estado en la casa los últimos tres días, pero no la he visto. Se levanta temprano, sale. La oigo moverse por la casa, pero no le gusta que salga de mi habitación.

—¿Así que la mantenía prisionera? —preguntó la inspectora.

—No, prisionera no —explicó Inés—. Es una buena jefa, simplemente nos manteníamos separadas.

Los agentes intercambiaron una mirada.

—¿Y dice que estaba sola cuando la encontró?

—Sí —respondió Inés con voz firme.

—¿Trajo alguna vez a alguien a la casa? ¿Sabía la gente que trabaja aquí?

—No —dijo Inés—. No es apropiado para alguien como yo.

—¿En qué sentido no es apropiado? —preguntó el hombre.

—Nunca podría tener una casa como esta. Y me siento incómoda diciendo a la gente que soy una sirvienta.

—¿Así es como se ve a sí misma? —preguntó la mujer—. ¿Como una sirvienta?

Inés se encogió de hombros.

—¿Dónde estará si necesitamos volver a hablar con usted?

—No lo sé, depende de cuándo me dejen volver a la casa. No tengo otro sitio donde ir.

—¿Podemos alojarla en un hotel, jefa? —preguntó el hombre.

La mujer miró a Inés a los ojos como si intentara evaluarla. Inés le sostuvo la mirada, con la respiración entrecortada. Se preguntó qué estaría haciendo Vali ahora, si le habría contado a alguien lo que había visto. Necesitaba hablar con él. Ella también tenía sus propias preguntas.

—Podemos encontrarle algún sitio —dijo la mujer—. Cuidaremos de usted, Inés, no se preocupe.

CAPÍTULO SEIS

LA DOCTORA BRIGHTSIDE llegó según Lesley volvía a entrar en la casa. Le había dicho a Dennis que regresara a la comisaría y pusiera en marcha la investigación oficial.

—Inspectora Clarke, me alegro de verla de nuevo. —La patóloga le tendió la mano, que Lesley estrechó.

—¿Le han puesto al corriente?

—Dos víctimas, un hombre y una mujer. Entiendo que todavía no tienen una identificación del hombre.

—Cualquier marca identificativa que encuentre nos ayudará con eso.

—Por supuesto. ¿Arriba? —Fiona señaló hacia las escaleras.

—Dormitorio principal, todo recto al final del pasillo.

La doctora sonrió y subió las escaleras a toda prisa. Era una mujer baja y robusta, pero se movía con rapidez. Arriba, se detuvo para hablar con Gail y luego se acercó a los cuerpos. Se paró justo antes de llegar a ellos.

Lesley casi tropezó con ella.

—¿Qué ocurre?

—Solo presento mis respetos. —La patóloga tenía la mirada baja.

Lesley lo recordó de una autopsia que había presenciado. A la doctora Brightside le gustaba mostrar reverencia a los muertos antes de tocarlos.

Lesley apretó los dedos contra el muslo mientras esperaba. Necesitaban identificar al hombre, y rápido. El asesino podría seguir suelto.

—¿Lista?

Fiona se volvió hacia ella.

—Lista. —Dio un paso adelante y se inclinó sobre el cuerpo de Susannah.

—Herida profunda por apuñalamiento justo debajo del esternón, con un ángulo ascendente y hacia la derecha, de unos cuarenta grados. Sin duda, un cuchillo... —Se inclinó aún más—. Y no de sierra. La tela de la bata tiene un corte limpio. La hoja estaba afilada. No hay heridas de tanteo; o la víctima masculina fue apuñalada primero, o el asesino tenía confianza en sí mismo.

Gail se adelantó, sosteniendo una bolsa de pruebas.

—¿Concuerda con esto?

Fiona la tomó de las manos de Gail. Dentro estaba el cuchillo de cocina que Gavin había encontrado.

—Sabatier. Pesado, afilado. Examínenlo en busca de residuos, a ver si pueden identificar el tipo de acero utilizado para afilarlo.

Gail sonrió y asintió. Lesley se preguntó si estaría comparando a la doctora Brightside con Henry Whittaker.

Fiona se movió hacia un lado.

—¿La han movido?

—Ni un centímetro —dijo Gail. Miró a Gavin, que asintió.

Fiona se puso en cuclillas para que su cabeza quedara al nivel de la cama. Estaba en la esquina inferior, alejada del cuerpo del hombre.

—No hay señales de otras heridas desde este ángulo. ¿Han tomado suficientes fotos?

—Puede moverla, si es lo que pregunta —dijo Gail.

—Gracias. —Fiona rodeó la cama y se colocó al otro lado. Estiró los brazos por debajo del cuerpo y lo hizo rodar un poco.

—No hay evidencia inmediata de otras lesiones. Pesa más de lo que parece. Buen tono muscular.

—A lo mejor hacía ejercicio —dijo Gavin—. Hay un gimnasio al fondo del pasillo.

—Casi nunca estaba aquí, según la asistenta —añadió Lesley—. ¿Y él?

Fiona le echó un vistazo y luego rodeó la cama para ponerse en cuclillas junto al cuerpo del hombre, con los pies sobre placas protectoras.

—Heridas de defensa. —Señaló—. El asesino le lanzó un tajo a la cara.

—¿Hora de la muerte?

Fiona alzó la vista hacia Lesley.

—En algún momento de las últimas doce a dieciséis horas, a juzgar por el avance del rigor mortis y la temperatura de la habitación. —Miró a su alrededor—. ¿Puede alguien averiguar si esta habitación estuvo más fría por la noche?

—¿Gav? —dijo Gail.

—Voy. —Salió de la habitación en busca del sistema de calefacción.

La patóloga se puso de pie.

—¿Alguna teoría? —preguntó Lesley.

Brightside negó con la cabeza.

—No es un suicidio, si es lo que se pregunta. El ángulo de la herida es demasiado incómodo para que se lo haya hecho ella misma.

—¿Podría uno de ellos haber apuñalado al otro?

—No estoy segura. Existe la posibilidad de que ella lo atacara a él, que él recibiera heridas mortales pero que aún tuviera la movilidad suficiente para apuñalarla antes de caer.

—¿Pero?

Fiona sonrió.

—¿Quién ha dicho que había un «pero»?

—Su tono de voz —le dijo Lesley—. No cree que eso sea lo que pasó.

—No. Él no es alto y ella estaba en forma. Aun así, le habría costado reducirlo. No hay heridas en su cuerpo que puedan encajar con que él se defendiera de ella. Y la forma en que está colocada...

—¿Cree que la colocaron así después de morir?

—Esa sería la conclusión lógica, pero basándome en el patrón de la sangre...

—Hay salpicaduras de sangre arterial en el lateral de la cama, la mesilla de noche y la pared —dijo Gail—. Pero el ángulo indica que es sangre de él. La de ella parece haberse quedado en la cama.

Fiona asintió.

—No se movió después de que la apuñalaran. Lo que significa que estaba dormida o drogada. —Se giró hacia Lesley—. Creo que él entró mientras estaba ocurriendo y fue a por el atacante de ella.

—Daño colateral —dijo Lesley.

—Un héroe con mala suerte. —La doctora Brightside bajó la vista hacia el cadáver del hombre, con una mirada triste—. ¿Cuál era su relación?

—No lo sabemos. De momento no está identificado.

—¿Nada en los bolsillos?

—Están vacíos —dijo Gail.

Lesley suspiró.

—Lo que significa una de dos cosas.

—Que el asesino le vació los bolsillos… —empezó Gail.

—O que no quería que nadie supiera quién era —replicó Lesley.

CAPÍTULO SIETE

LA HABITACIÓN de hotel que la policía reservó para Inés era estrecha y lúgubre. No se parecía en nada a su dormitorio en casa de Susannah. Pensó que aquel no era lugar para turistas, sino para gente que no tenía un sitio mejor donde vivir.

El edredón tenía varias manchas pálidas. Había migas en el suelo y la humedad subía por la pared detrás de la cama.

Inés arrugó la nariz. Tendría que encontrar un lugar mejor que ese. Susannah le asignaba un presupuesto para la casa que cubría gastos generosos para comida y otras necesidades.

¿Podía usarlo para el alojamiento? Si a Susannah no la hubieran matado, Inés no estaría en esta situación. Merecía estar en un lugar mejor. Un sitio donde pudiera recuperarse del trauma de lo vivido.

Se dejó caer en la cama, pero lo pensó mejor y se levantó de nuevo. En una esquina había un lavabo, con marcas grises alrededor del desagüe y un grifo que goteaba.

Sintió un escalofrío en la espalda. De ninguna manera se iba a quedar allí.

En España había vivido con sus padres en una casa pequeña pero cómoda cerca de la costa. Cuando llegó a Inglaterra, empezó compartiendo un piso de un dormitorio con otra chica. Pero enseguida empezó a trabajar para Susannah y no tardó en acostumbrarse a aquella gran casa.

Recogió su bolso del suelo y se dirigió a la puerta. Cuando fue a abrirla, llamaron.

—¿Quién es? —preguntó en voz alta.

—Soy yo.

Tragó saliva y abrió la puerta.

—Vali… —suspiró.

Él cerró la puerta tras de sí y la atrajo hacia sus brazos. Inés se dejó abrazar un momento, agradecida por el calor del contacto, y luego lo apartó.

—He mentido por ti —le dijo.

Él sonrió y le acarició la mejilla.

—Gracias, cariño.

—No me des las gracias —protestó—. Mentir a la policía es un delito. ¿Y si encuentran pruebas de que estuviste allí?

—Eso no va a pasar —replicó Vali—. Era la primera vez que iba. Lo único que hicimos fue subir las escaleras y encontrarlos.

Inés sacudió la cabeza.

—Primero entramos en el salón y te enseñé la cocina.

—Ya, pero me quedé en el umbral. No hay forma de que...

—No sabes cómo funciona esto. ¿Es que acaso no has visto *CSI*?

Vali se rio.

—¿Esa porquería? Nada de eso pasa en realidad. Esto es Dorset, no Los Ángeles. —Tiró de su brazo—. Todo saldrá bien. Ven aquí.

Le rodeó la nuca con los dedos y la atrajo hacia él. Inés dejó que la besara y luego se apartó.

—No me siento cómoda con todo esto. Estoy segura de que, si les dices que estabas conmigo, todo será más fácil...

El rostro de Vali se endureció.

—No van a descubrir nada.

—¿Por qué no? Eres un estudiante, no hay razón para que no estuvieras allí. Yo trabajaba allí, no hay nada de malo en que lleve amigos a casa.

—¿Estás segura? ¿De verdad una mujer como ella habría estado contenta de tenerme en su casa?

—¿Por qué no iba a estarlo? —Recordó sus nervios al entrar en la casa. El jardinero.

Vali se rio.

—Soy un chico pobre de Rumanía, Inés. Las mujeres como Susannah Ramsay no quieren a gente como yo durmiendo en sus lujosas camas. Valgo como jardinero o chófer. ¿Pero como invitado? Ni de coña.

—Susannah está muerta. ¿Qué más le dará a ella? Deberíamos decírselo a la policía.

—No, Inés. Por favor.

Vali le puso una mano en el pecho y ella le sostuvo la mirada. Luego la bajó.

—Ya les he mentido. No diré nada más.

—¿Ni siquiera si te preguntan?

—Evitaré darles una respuesta directa.

—Eso debería despistarlos —asintió Vali.

Inés se echó hacia atrás.

—¿Despistarlos de qué? ¿Por qué no quieres que sepan que estuviste allí?

—Ya te lo he dicho, cariño. Soy un chico rumano con un visado de estudiante que está a punto de caducar. No quiero que la policía me sitúe cerca de la escena de un crimen.

Inés sintió que el corazón se le helaba.

—¿Conocías a Susannah? ¿La habías visto antes?

—¿Yo? ¿Que si la conocía? Estás de broma ¿no? Por favor, deja de preocuparte. Estás paranoica. Algún cabrón entró y apuñaló a tu jefa, encontrarán ADN o huellas y descubrirán quién fue. Todo se aclarará en veinticuatro horas, no te preocupes. —Le ahuecó la cara entre las manos—. Todo irá bien, créeme.

Inés deseó compartir su confianza.

—Bueno, en cualquier caso, no pienso quedarme aquí.

Vali miró la habitación por encima del hombro de ella.

—¿Qué tiene de malo?

—¡Está asquerosa!

—He dormido en sitios peores. —Se encogió de hombros.

—Pues yo no pienso hacerlo.

Le agarró de la mano y recogió su bolso.

—Venga —le dijo—, nos vamos a tu casa.

CAPÍTULO OCHO

—ENTONCES —dijo Lesley—, veamos qué sabemos.

Estaba de pie en su despacho de la jefatura de policía de Dorset, examinando la pizarra. Estaba casi vacía, con solo unas cuantas fotos de la escena del crimen en la parte superior.

—Tengo algunas fotos, jefa —dijo Tina.

—Pasa.

Tina se acercó a la pizarra y pegó una foto de Susannah Ramsay. También colocó una de Inés Pérez, la asistenta.

—¿Y la víctima masculina? —preguntó Lesley—. ¿Alguna señal de su identidad?

—Todavía no —respondió Dennis.

—¿La asistenta no puede ayudarnos? —preguntó Tina.

—No, al parecer no lo había visto nunca —replicó Dennis—. No lo conoce de nada.

—Ya.

Lesley frunció el ceño.

—Tenemos que revisar las cuentas de redes sociales, los correos electrónicos y los mensajes de Susannah. Puede que aparezca por ahí.

—Yo me encargo de eso —ofreció Mike—. El equipo de Gail ha traído su portátil y su teléfono.

—Gracias. También tenemos que revisar las cámaras de vigilancia. Una propiedad como esa tendrá como mínimo una cámara

en el timbre.

—Había cámaras en la fachada de la casa —dijo Dennis—. Tomé nota del nombre de la empresa de seguridad.

—Bien hecho. Tina, pídele esa información al sargento y ponte en contacto con ellos. Queremos las grabaciones desde ayer por la mañana hasta la hora en que encontraron a Susannah y a la otra víctima.

—Sin problema, jefa.

—¿Tenemos hora de la muerte? —preguntó Mike.

Lesley miró su reloj. Hacía una hora que había estado en el dormitorio de Susannah Ramsay con Gail y la patóloga.

—Entre trece y diecisiete horas. Así que, en algún momento entre las seis y las diez de anoche.

—La asistenta los encontró a las diez y media —añadió Dennis.

—Así es —asintió Lesley—. Lo que significa que el atacante tuvo tiempo de irse, dado que ella no vio a nadie en la casa. Tina, pide las grabaciones de las cámaras a partir de las tres de la tarde. Es posible que el asesino entrara antes.

—Sí, jefa.

El teléfono de Lesley sonó, era Gail.

—Qué oportuna —dijo mientras respondía—. ¿Cómo vais?

—Todavía analizando la trayectoria de las salpicaduras de sangre —dijo Gail—. La víctima masculina fue apuñalada varias veces; la sangre arterial se proyectó desde donde cayó el cuerpo. Hemos confirmado que ninguna de las salpicaduras en la pared o en el lateral de la cama es de Susannah, pero hemos encontrado su sangre en el marco de la puerta y en la pared de abajo. La limpiaron, pero hay restos.

—Así que su asesino se manchó con su sangre, la transfirió a las superficies e intentó eliminar las pruebas.

—No hay ropa desechada. Quienquiera que fuera debió de salir con la ropa llena de manchas de sangre.

—¿Sigues pensando que estaba dormida o drogada?

Se oyó otra voz al otro lado de la línea.

—Inspectora Clarke, soy Fiona Brightside.

—Fiona, ¿qué opina?

—He estado observando las pupilas y los cambios de color de la piel, y creo que estaba drogada. Un momento.

—Te hemos puesto en el altavoz —dijo Gail—. Hemos encontrado un vaso en el baño que podría tener restos de lo que le dieron.

—Bien. Quiero saberlo en cuanto tengas algún resultado forense identificativo. Huellas, ADN, lo que sea.

—Por supuesto.

—¿El hombre también estaba drogado?

—Por lo que he visto, no —dijo Fiona—. Los trasladaremos a los dos en la próxima media hora, más o menos. Sabré más cuando haga los análisis de sangre.

—¿Algo más en el resto de la casa?

—Seguimos trabajando. Tengo un equipo buscando huellas por todo el lugar ahora mismo.

—Vale —dijo Lesley—. Avísame si encuentras algo más. Huellas de botas, fibras...

—Sabes que no tienes que decirme cómo hacer mi trabajo —dijo Gail.

—Lo siento. —Lesley colgó y se giró hacia su equipo—. ¿Lo habéis oído todo?

—¿Creemos que el fallecido drogó a Susannah? —preguntó Mike.

Lesley negó con la cabeza.

—Tal como está la escena del crimen eso no encaja. Tampoco la sangre en el marco de la puerta y la pared. Él estaba muerto en el suelo del dormitorio, así que no pudo haber dejado esas marcas.

—Podrían haber estado consumiendo drogas recreativas... —sugirió Dennis.

—Es una posibilidad. Esperemos a tener más datos de la forense y la patóloga. Mientras tanto, necesitamos saber quién es él. Y quiero las grabaciones de las cámaras de seguridad y las declaraciones de los testigos. ¿Alguien vio a alguna persona en la zona anoche?

—Hablaré con los uniformados —ofreció Dennis—. Sé que han estado yendo de casa en casa.

Lesley lo miró.

—Vuelve allí, por favor. Iría contigo, pero tengo que ir a ver a Carpenter.

—¿Sobre qué, jefa?

—No es asunto tuyo.

—Lo siento. No pretendía... —Dennis se sonrojó.

—No pasa nada, Dennis —se rio Lesley—. No tiene que ver con ninguno de vosotros, por si era eso lo que te preguntabas.

Tina reprimió una sonrisa.

—Entonces —concluyó Lesley—, nos reuniremos de nuevo en unas horas para ver cómo vamos. Mantenedme informada mientras tanto. La primera prioridad es identificar a nuestra segunda víctima.

—Sí, jefa —dijo Mike.

Tina y Mike salieron apresuradamente de la sala. Lesley se dio cuenta de que Tina se encogió un poco cuando Mike le tocó el brazo.

Agarró su chaqueta y se la echó sobre los hombros. Se pellizcó las mejillas. Quería parecer alerta para Carpenter.

Al pasar por el escritorio de Tina, la agente se giró en su silla.

—Jefa...

—¿Qué ocurre? —preguntó Lesley—. ¿Tienes ya la identificación?

Tina negó con la cabeza.

—No, no es eso. Pero creo que esto te va a interesar.

CAPÍTULO NUEVE

LESLEY ESTABA de pie detrás de la silla de Tina, mirando la pantalla. Tina tenía abierta la página web de la BBC, en las noticias locales. Lesley levantó la vista hacia el reloj.

—¿Es un boletín programado?

—No —respondió Tina—. Es una noticia de última hora.

—¿Qué han interrumpido? —preguntó Lesley.

—Un programa de esos de antigüedades —contestó Mike. Se levantó de su asiento y se colocó al lado de Lesley, con los dedos en el respaldo de la silla de Tina. Lesley se dio cuenta de que la punta de su pulgar rozaba la piel de Tina.

Un faldón apareció en la parte inferior de la pantalla, moviéndose de izquierda a derecha: «Desaparece una reportera local».

—Mierda —dijo Lesley. Se llevó una mano a la frente.

—¿Deberíamos saber algo de esto? —preguntó Mike.

—¿Qué pasa? —Dennis salió del despacho de Lesley, donde había estado tomando notas de la pizarra.

Lesley se volvió hacia él.

—Sadie Dawes. Ha desaparecido oficialmente.

—Creía que estaba en Malta.

Lesley negó con la cabeza.

—No volvió a casa. Supongo que, para empezar, nunca se fue.

—Entonces, ¿cómo es que…?

Lesley se encogió de hombros.

—Matt Crippins dijo que había embarcado en ese vuelo, que sabía a ciencia cierta que estaba de vacaciones. Ahora se ha retractado. Sostiene que nadie la ha visto desde hace una semana.

—Pero ¿y lo de...?

Lesley levantó una mano.

—Calla un momento.

Un joven reportero apareció en pantalla. Estaba en lo alto del acantilado al norte de Swanage, no muy lejos de Old Harry Rocks.

—Ahí es donde... —dijo Mike.

Lesley asintió.

Era el lugar exacto en el que había muerto el inspector Mackie.

—¿Pero qué narices? —dijo Dennis.

Lesley cerró el puño y lo apoyó en el respaldo de la silla de Tina. Mike apartó los dedos.

—Tengo que hablar con Carpenter —dijo ella.

—Espera —dijo Tina.

El reportero estaba hablando. Lesley escuchaba con el corazón martilleándole en los oídos.

—La última vez que se vio a Sadie Dawes fue en este acantilado, hace poco más de una semana, en compañía de un colega. Le dijo que volvería aquí para una reunión al día siguiente. Sin embargo, no dijo con quién era esa reunión.

«Zoe», pensó Lesley. Zoe había visto a Sadie allí arriba con un hombre. Luego Sadie le había enviado un mensaje a Zoe y había concertado una cita. Una cita a la que nunca acudió.

—La BBC está colaborando con la policía local para averiguar qué le ha ocurrido a Sadie. ¿Vino a estos acantilados? ¿Le pasó algo aquí? Si algún telespectador tiene información al respecto, le rogamos que llame a este número.

El faldón que se desplazaba por la parte inferior de la pantalla fue sustituido por un número de teléfono.

—Mierda —dijo Lesley. ¿Cuánto sabía Carpenter de esto? ¿Y por qué no le había dicho Matt Crippins que iban a emitirlo por televisión?

—¿Por qué dice eso el reportero este? —preguntó Mike—. Podría estar en cualquier parte. ¿Quién ha dicho que tenga algo que ver

con ese acantilado?

—Espera. —Lesley levantó un dedo. Contuvo el aliento, esperando que dijeran quién había sido la última persona en ver a Sadie en ese acantilado.

—Los compañeros de Sadie —continuó el reportero— creen que esta reunión está relacionada con su desaparición. Nadie la ha visto desde hace más de una semana. En ese tiempo, no se ha presentado en el trabajo y tampoco a unas vacaciones ya programadas. Si Sadie fue asesinada o secuestrada en el desempeño de su trabajo como periodista, queremos asegurarnos de que el responsable sea castigado.

El reportero fijó la mirada en la cámara.

—Sabemos que la policía de Dorset comparte esa preocupación.

—¿Eso ha sido una amenaza? —Lesley se quedó boquiabierta. Levantó el puño—. Necesito ver a Carpenter, ahora mismo.

CAPÍTULO DIEZ

EL SUPERINTENDENTE CARPENTER abrió la puerta de su despacho de par en par.

—¡Lesley! —espetó—. ¿Qué demonios está pasando?

Ella miró a ambos lados, a lo largo del pasillo.

—Señor —dijo—. ¿No cree que sería mejor hablar de esto en su despacho?

Él frunció los labios, mirándola a los ojos.

—Pasa, entonces.

Lesley lo siguió cuadrando los hombros. «No dejes que te intimide».

Carpenter caminó a grandes zancadas hasta el escritorio y, al rodearlo, se giró con el puño firmemente apoyado sobre la mesa.

—¿Por qué no se abrió un caso de persona desaparecida hace una semana? —le preguntó—. ¿Has visto lo que están diciendo en la televisión?

Señaló su portátil, que estaba abierto en la mesa de centro, en la esquina opuesta de la oficina.

—Acabo de verlo —respondió Lesley—. No tenía ni idea de que fueran a...

Carpenter dio un puñetazo en el escritorio.

—No me importa lo que pensaras que la BBC iba a hacer. La realidad es que una mujer desapareció hace una semana, tú lo sabías y no iniciaste una investigación por desaparición.

—Con el debido respeto, señor, usted habló con el editor de la BBC y este le aseguró que se había ido de vacaciones, o eso me dijo. Él creía que había cogido su vuelo a Malta.

—¿Y por qué demonios iba a decir eso si ahora resulta que la periodista ni siquiera se fue a Malta?

—Esa es una de las cosas que tendremos que averiguar, señor.

—¿Una de las cosas? Tengo a Susannah Ramsay muerta en su cama con un joven sin identificar, y ahora encima hay una reportera de la BBC desaparecida. ¿Sabías que Susannah es amiga de Godfrey Plumley?

—Lo siento, señor. No sé quién es Godfrey Plumley.

Se dio una palmada en la frente.

—El diputado local, por el amor de Dios. Eres la inspectora en el equipo de investigación de delitos graves, deberías saber esas cosas.

Lesley le sostuvo la mirada, sin decir nada. Creía que su trabajo era saber cómo resolver un crimen, cómo encontrar pruebas, cómo dirigir un equipo. Codearse con los políticos estaba fuera de sus competencias, por suerte, y por eso no tenía intención de seguir ascendiendo.

—¿Y qué hay de la persona con la que se suponía que iba a reunirse? —preguntó Carpenter.

Lesley sintió que se le revolvía el estómago.

—Sadie había quedado con la subinspectora Finch.

—Tu amiga de las Midlands. ¿No es así?

—Fue idea de Sadie, ella...

—¡Por todos los santos, inspectora Clarke! Habla con tu amiga, la subinspectora Finch, y averigua hasta el último detalle de lo que sabe sobre los movimientos de Sadie ese día. Yo hablaré con su oficial al mando. Y te aseguro que no será una conversación agradable.

—Lo siento, señor. ¿Quiere que desvíe recursos del caso de Susannah Ramsay?

—Pues claro que no. Gestiónalo como puedas, Lesley. Encuentra a Sadie Dawes y descubre quién es el asesino de Susannah Ramsay.

—Asignaré inmediatamente la mitad de mi equipo al caso de Sadie Dawes. Me aseguraré de que se dediquen a ello y de que la

localicen lo antes posible.

—¿Y qué hay de la subinspectora Finch? —bramó él.

—Ha vuelto a las Midlands, no tendrá nada que ver con esto.

—Asegúrate de que se quede allí, ¿entendido?

—Sí, señor.

—Lárgate de aquí.

—Señor —dijo ella—. ¿Puedo preguntar si alguien de la BBC se ha puesto en contacto con usted?

—¿En serio me preguntas eso...?

—Una de sus reporteras ha desaparecido. Zoe la vio con un hombre el día antes de que desapareciera. Tenemos que considerar que alguien de la BBC esté implicado.

—Genial. Eso nos vendrá de perlas, enfrentarnos a la prensa.

—Es un caso, señor. Tenemos que ir a donde nos lleven las pruebas, por muy difícil que sea políticamente.

—No me hables de política. Ni siquiera sabes quién es el diputado local.

Lesley dio un paso atrás, arrepintiéndose de sus palabras.

—Quiero volver a hablar con Matt Crippins —dijo—. Quiero saber por qué insistió en que Sadie estaba de vacaciones, cuando no era así. Nos dijo que había embarcado en su vuelo. Existe la posibilidad de que...

Carpenter la interrumpió con un gesto de mano.

—Haz lo que tengas que hacer, Lesley. Pero avísame si vas a volver a meter a la policía de Dorset en un lío, ¿vale?

—Por supuesto.

Lesley notó que se le enrojecían las mejillas.

—Era una broma. No espero que nos metas en ningún lío en absoluto.

—Por supuesto.

—Y anda con cuidado con Crippins. Acaba de perder a una de sus mejores reporteras.

—Con el debido respeto, yo no diría que Sadie Dawes fuera la mejor reportera de nadie.

—¡La mujer está desaparecida! —gritó Carpenter—. Podría estar incluso muerta. ¿Y te vas a poner a menospreciar su habilidad como

reportera?

—No voy a mentir sobre esa mujer. Era un estorbo. —Carpenter la fulminó con la mirada y ella bajó la vista.

Lesley no entendía por qué la gente sentía la necesidad de hablar de los desaparecidos o los muertos como si hubieran sido unos santos. Sadie Dawes no había sido más que un incordio. Se las había arreglado para entrar en la isla de Brownsea cuando estaban en medio de una investigación por asesinato. Había grabado en vídeo un intento de homicidio y la habían tenido que arrestar por entorpecer la investigación.

Pero ahora, Lesley tenía que pensar en ella como una víctima. Tenía que olvidar cómo se había sentido ante las amenazas implícitas de Sadie de que haría público lo que sabía sobre el inspector Mackie.

Necesitaba localizar a Sadie. Y averiguar qué sabían los compañeros de Sadie sobre Mackie.

No podía poner a Dennis en ese caso ya que había estado demasiado unido al antiguo inspector. El hombre había sido su mentor, y ella lo había mantenido al margen de su investigación sobre la muerte de Mackie.

—Me encargaré personalmente del caso Dawes y pondré al sargento Frampton en el caso Ramsay. Tendremos una reunión de planificación de inmediato y nos aseguraremos de que hemos asignado los recursos adecuados.

—Solo sois cuatro desde que se fue Johnny Chiles. Y uno ni siquiera pertenece a la brigada.

—La agente Tina Abbott se ha presentado al examen de subinspectora. Creo que deberíamos sacarla de su uniforme mientras tanto.

—¿Crees que va a aprobar?

—Es muy probable, señor. Ha tenido mucha experiencia en mi equipo y es una trabajadora diligente.

—Muy bien. Pero no es suficiente. Tendré que asignarte a alguien más de un equipo local de investigación.

—Me parece bien, señor. Hemos estado cortos de personal desde que perdimos a Johnny.

Carpenter enarcó una ceja.

—Fuiste tú quien pidió que trasladaran a Johnny a la Policía Metropolitana.

—Era lo correcto para él en ese momento, señor. Mantengo esa petición.

Carpenter dejó escapar un quejido.

—Muy bien. Veré qué puedo hacer. Pero mantenme al corriente, ¿de acuerdo?

—Sí, señor.

CAPÍTULO ONCE

GAIL BOSTEZÓ.

Era media tarde y llevaba dos horas concentrada en un trabajo minucioso en su escritorio. Normalmente habría mandado a Gav y a Brett de vuelta al laboratorio para ese tipo de trabajo, pero quería que adquirieran más experiencia en la escena del crimen. Llevaban ya cuatro años trabajando juntos y formaban un buen equipo. Pero reconocía que tendía a encargarles el trabajo pesado. Y, además, su hijo la había mantenido despierta hasta tarde la noche anterior y le apetecía más quedarse sentada.

Reprimió un bostezo con el dorso de la mano y miró fijamente la pantalla. Había encontrado cuatro conjuntos de huellas en el dormitorio. Unas eran de sangre; otras, de sudor.

Dos procedían de las víctimas. Las descartó de inmediato. El tercer conjunto era de Inés, la asistenta. Las habían extraído del marco de la puerta. Había otras en la mesilla de noche, pero solo de sudor, ninguna de sangre.

También habían recogido los zapatos a Inés y habían comprobado si coincidían con alguna pisada en la habitación. No había nada. La moqueta estaba limpia. Inés dijo que se había acercado a la cama. ¿Es que acaso había limpiado después?

El cuarto juego de huellas dactilares, sin embargo, era más difícil de explicar. Procedían del pomo de la puerta del dormitorio. No pertenecían a nadie registrado como empleado de Susannah.

Tampoco coincidían con ninguna de las huellas de exclusión archivadas del equipo de investigación ni de la policía científica.

O bien se habían quedado allí tras una visita anterior al dormitorio de Susannah, o las había dejado el asesino.

Observó la pantalla mientras las imágenes de las huellas dactilares pasaban a toda velocidad. Siempre le producía mareo y sabía que mirar la pantalla mientras el ordenador intentaba encontrar una coincidencia no haría el proceso más preciso. Pero había aprendido a hacerlo manualmente hacía décadas. Había estudiado minuciosamente las imágenes en busca de elementos específicos de una huella dactilar: arcos, bucles y verticilos.

Por fin, el ordenador se detuvo: una coincidencia.

Gail se enderezó en la silla. Miró fijamente la pantalla y abrió el archivo.

Era un joven rumano, estudiante de la Universidad de Bournemouth. Vali Florescu.

Examinó su expediente. No tenía ningún vínculo con Susannah, ninguna relación con su casa o sus negocios. Era un estudiante que había llegado al país hacía menos de tres meses.

Cogió el teléfono. Por lo que pudo deducir, Vali Florescu no tenía ninguna razón para estar en casa de Susannah. Lesley querría saberlo.

CAPÍTULO DOCE

LESLEY LE HIZO un gesto a Dennis con la cabeza al pasar junto a su escritorio.

—Tengo que hablar contigo.

—¿Va todo bien, jefa?

—Lo estará.

Dennis intercambió una mirada con Mike y se levantó para seguirla a su despacho.

Lesley se sentó detrás de su escritorio y le indicó que ocupara una de las sillas de enfrente. Se recostó un momento en la silla para tomar aliento.

Hoy había sido uno de esos días en los que se preguntaba si estaba tomando la decisión correcta. Había hablado con Elsa sobre quedarse en Dorset a largo plazo, mudarse con ella y solicitar un puesto fijo. Pero hoy se preguntaba si no estaría mejor de vuelta en las Midlands.

Cerró los ojos. Ni siquiera sabía quién sería su oficial al mando si regresaba. Su antiguo jefe estaba en un programa de protección de testigos y lo había sustituido un recién llegado.

Apretó el puño en su regazo y rechinó los dientes.

—A ver —le dijo a Dennis—, tenemos un equipo de cuatro personas y dos casos de alto perfil que atender.

—Dime qué puedo hacer.

—Vamos a tener que dividirnos. Yo me encargaré de Sadie Dawes y tú de Susannah Ramsay y su amigo.

—¿Estás segura de quererlo así?

—Sí, ambos casos se están volviendo políticos.

Dennis asintió.

Lesley se inclinó hacia delante. Colocó las manos sobre el escritorio y extendió los dedos. Apenas acababa de quitarse el anillo de boda que Terry le había dado hacía veinte años y tenía una marca blanca en el dedo. En el dedo corazón de la mano derecha llevaba un anillo que le había regalado Elsa. Era de zafiro, sencillo y moderno.

Sonrió. Quedarse en Dorset era la decisión correcta.

—Bueno, la BBC está yendo de un lado para otro contándole a todo el mundo lo que le pudo haber pasado o no a Sadie Dawes. Saben que estuvo en los acantilados de las afueras de Swanage antes de desaparecer y creo que saben por qué.

—¿Por qué, jefa? —preguntó Dennis.

Lesley cerró los ojos.

—Había quedado con una amiga mía.

Dennis frunció el ceño.

—No lo entiendo.

—La subinspectora Zoe Finch. La conociste. Le pedí que viniera a ocuparse de unas acusaciones que Sadie estaba haciendo. Quería mantenerlo fuera del equipo, era demasiado delicado.

—¿En qué sentido?

Tomó otra bocanada de aire.

—Era sobre el inspector Mackie, Dennis. No tengo ni idea de si hay alguna base real para ello, pero ahora que Sadie ha desaparecido..., bueno, no sé qué pensar, pero tenemos que llegar primero al fondo de esto y luego podremos ocuparnos de lo que le pasó a Mackie. Existe la posibilidad de que los dos incidentes estén relacionados.

Dennis se había puesto rígido en la silla.

—Mackie se suicidó, jefa. Tenía tendencias suicidas, estaba deprimido, no pudo afrontar la jubilación.

Lesley lo miró por encima del escritorio.

—¿De verdad lo crees? Mackie había reservado un crucero. Tenía un matrimonio feliz y una esposa que deseaba pasar más tiempo con él. ¿Por qué iba a suicidarse?

—No hay indicios de que se tratara de algo sospechoso.

—Gail me enseñó la escena del crimen. No encaja con un suicidio. —Lesley negó con la cabeza y cerró el puño en el aire—. De todos modos, tú no vas a trabajar en ese caso. Quiero que dirijas la investigación de Susannah Ramsay. Va a ser igual de delicado, porque resulta que era amiga del diputado local.

—¿De Godfrey Plumley? —preguntó Dennis.

—¿Así que tú también sabes quién es?

—¿Cómo no iba a saberlo? Lo voté.

Lesley sintió un escalofrío. No podía imaginarse votando a un hombre con el nombre Godfrey Plumley. Pero no prestaba mucha atención a la política.

—Bueno, estás al mando. A partir de ahora es tu investigación —le dijo—. Carpenter va a asignar a otro investigador al equipo y puedes quedarte con Tina también.

—Preferiría tener a Mike.

—Te quedas con Tina y la persona nueva. Creo que es lo justo. Yo me quedaré con Mike.

Dennis apretó la mandíbula.

—Muy bien.

—Supongo que no necesitas instrucciones dado que ya estuviste en la reunión informativa.

—No, jefa. —Se puso de pie.

—Vale. —Lesley obligó a sus músculos a relajarse. Fuera, Tina se levantó de su escritorio. Llamó a la puerta del despacho de Lesley, con expresión agitada.

Lesley le hizo un gesto para que entrara.

—¿Qué ha pasado? ¿Ya tienes la identificación del hombre?

—No, jefa —respondió Tina—. Acabo de recibir una llamada de Gail.

—¿Y?

—Ha encontrado una coincidencia con esas huellas, las que no pertenecen ni a la asistenta ni a ninguna de las dos víctimas.

Dennis se giró en su silla.

—¿De quién son entonces?

Tina lo miró.

—De un estudiante rumano, de nombre Vali Florescu.

—Vale. —Lesley se levantó. Miró a Dennis. Ahora era su caso. Volvió a sentarse—. Dennis, ya sabes lo que tienes que hacer.

CAPÍTULO TRECE

VALI VIVÍA en un piso de estudiantes en Boscombe. Inés se sorprendió. El edificio era luminoso y moderno, con amplias zonas comunes en la planta baja, y la habitación de Vali estaba limpia y era acogedora, aunque un poco espartana. En el piso vivían otros tres estudiantes, pero ese día estaban todos fuera.

—Es bonito —le dijo.

Él sonrió.

—Sabes que puedes sentarte, ¿no?

El único lugar donde sentarse era la cama de Vali. Inés dudó antes de hacerlo. Había planeado llevarlo a su habitación en casa de Susannah y no sabía por qué ahora se sentía incómoda ahí. Puede que fuera la posibilidad de que sus compañeros de piso volvieran a casa. O quizá la imagen de su jefa, que no dejaba de aparecer cada vez que cerraba los ojos.

—¿Estás bien? —le preguntó Vali—. Te has puesto muy pálida.

—Todavía estoy... No puedo... —Tragó saliva—. ¿Me das un vaso de agua, por favor?

—Claro.

Salió deprisa y volvió con una taza de *Star Wars*.

—Lo siento, no quedaban vasos limpios. Pero el agua está bien.

Inés bebió un sorbo y luego otro. Se obligó a apoyarse contra la pared desnuda.

—Yo también sigo recordándolo —dijo él. Estaba sentado en una silla junto al escritorio empotrado, girada hacia ella.

Inés cerró los ojos.

—No se me va a quitar de la cabeza jamás.

¿Qué iba a hacer ahora que Susannah estaba muerta?

Había sido una buena jefa, sin entrometerse en la vida ni en el trabajo de Inés. Mientras la casa estuviera limpia y la presencia de Inés apenas se notara, parecía darse por satisfecha. Inés se había criado con cuatro hermanos pequeños y había aprendido a limpiar lo que ensuciaban. Limpiar lo que ensuciaba una mujer rica y soltera que ni siquiera vivía en la casa la mayor parte del tiempo era pan comido.

—¿Cuánto tiempo puedo quedarme aquí? —le preguntó.

—Todo el que necesites. Al casero no le importa que tengamos invitados. ¿Tienes que avisar a la policía de que ya no estás en el hotel?

—Sí —asintió—. Aunque pueden esperar.

Vali se giró y miró por la ventana. Inés se preguntó si se estaría arrepintiendo de haberla conocido.

—Siéntate conmigo —le pidió—. Necesito un abrazo.

Vali sonrió y se acercó a la cama. Se arrimó y le pasó un brazo por los hombros. Se apoyó en él. Vali era delgado y puede que pesara menos que ella, pero tenía una fuerza oculta que le resultaba atractiva.

—Me alegro de que estés conmigo, pero ojalá me hubieras dejado decirle a la policía que estuviste allí conmigo.

Sintió cómo el cuerpo de él se tensaba.

—Por favor, Inés. No empieces con eso otra vez.

Se oyó un golpe sordo. Inés se incorporó. La respiración de Vali se aceleró.

—¿Quién es? ¿Uno de tus compañeros de piso?

—No. —Negó con la cabeza—. Aún no tiene que volver nadie.

—A lo mejor uno ha vuelto antes.

Inés se encogió de hombros y Vali frunció el ceño y se levantó. El golpe se repitió.

—Es la puerta de entrada —le dijo Vali—. Espera aquí.

—No abras —le suplicó Inés.

—Tengo que hacerlo. No pasará nada.

—Sea quien sea, puede esperar.

Vali abrió la puerta del dormitorio. Los golpes sonaron de nuevo, más fuertes. Inés se estremeció. No quería hablar con nadie. Ni siquiera con los amigos de Vali. En especial con los amigos de Vali.

Se levantó y observó cómo Vali cruzaba el estrecho pasillo y se dirigía a la puerta.

—¿Quién es?

—Policía.

—Mierda —masculló Vali.

Inés contuvo el aliento. No les había dicho que estaba aquí. Todavía no.

—¿Por qué...?

Él la miró, con los ojos como platos.

—Abre —le animó Inés—. Echarán la puerta abajo si no lo haces.

Vali abrió la puerta. Fuera había dos hombres, uno de uniforme y el otro no. Inés recordó al que vestía de calle de antes. Había estado en el asiento trasero de su coche.

—¿Vali Florescu? —preguntó el hombre.

—Soy yo.

—Tenemos que hablar con usted.

—¿Estoy detenido?

—Necesitamos que venga a la comisaría a declarar.

—¿Así que no estoy detenido?

—No se pase de listo, chaval. Coopere y no lo detendré. Pero como me busque las cosquillas...

—Está bien, iré con ustedes. —Vali miró a Inés. Ella retrocedió hacia el dormitorio y cogió la chaqueta de él. Salió de nuevo y se la tendió.

El agente de policía miró por encima de Vali, hacia ella.

—¿Qué hace usted aquí?

—Vali es mi amigo. Él...

El hombre volvió a mirar a Vali.

—¿Estaba usted con ella cuando encontró los cuerpos?

Vali sostuvo la mirada del hombre.

—Sí.

El hombre miró de nuevo a Inés.

—Nos dijo que estaba sola.

Inés no dijo nada. Aún no sabía por qué Vali no había querido que se lo dijera. Pero ahora ya lo sabían.

—No me deja otra opción —suspiró el hombre.

—Lo siento —susurró Inés—. Volveré al hotel…

El agente hizo un gesto con la cabeza a su compañero, que le puso una mano en el brazo.

—Vali Florescu, Inés Pérez, los detengo a ambos por conspiración para obstruir la justicia.

CAPÍTULO CATORCE

LA SUBINSPECTORA de policía Zoe Finch aparcó su querido Mini verde frente a su casa adosada en Birmingham. Hacía poco más de una semana que había vuelto de Dorset y llevaba el mismo tiempo reincorporada al trabajo. Pero el caso de Lesley aún le rondaba la cabeza.

Había visto en las noticias que una periodista de Dorset había desaparecido. Sabía que esa periodista era Sadie Dawes, la mujer con la que se suponía que debía haberse reunido en el acantilado de Swanage hacía poco más de una semana. Fue Zoe quien informó a Lesley de la desaparición de Sadie. Pero cuando Lesley habló con el jefe de Sadie, este le dijo que la periodista estaba de vacaciones. Les ordenaron que lo dejaran estar.

Sin embargo, ahora parecía que Sadie no había regresado de sus vacaciones. ¿Dónde había estado toda la semana?

¿Y tendría algo que ver con que Zoe hubiera encontrado la bufanda de la mujer no muy lejos de donde habían quedado?

A Zoe le habían asignado un caso de fraude, el tipo de trabajo que a su equipo le parecía aburrido en extremo. Pero atraía a la empollona que llevaba dentro. Le encantaba rebuscar en los archivos y encontrar pruebas ocultas entre textos y números. Esperaba poder avanzar pronto en el caso.

Cerró la puerta del coche y estiró los brazos, intentando relajar la tensión. La casa estaría vacía. Nicholas estaba en la universidad y su

inquilino, Sacha, se había graduado. No se había tomado el tiempo de buscar un nuevo inquilino para este curso académico y echaba de menos tener gente joven alrededor.

Abrió la puerta y se encontró a su gata esperándola en el felpudo, maullando. Zoe la cogió en brazos y la rascó entre las orejas.

—¿Me esperabas, Yoda? ¿Quieres una galletita?

Yoda volvió a maullar como respuesta.

Zoe oyó un motor a sus espaldas. Se giró y no vio movimiento alguno en la carretera. Su calle estaba flanqueada por casas adosadas y era difícil aparcar, pero la mayoría de las familias no tenían coche, y las que lo tenían rara vez lo usaban. La universidad estaba a solo cinco minutos a pie.

Respiró hondo y volvió a dejar a Yoda en el felpudo.

—Venga, pues.

Vio un movimiento por el rabillo del ojo y se giró de nuevo. La calle estaba vacía. ¿Se estaba imaginando cosas?

Se quedó en la puerta, mirando a la calle, intentando controlar la respiración.

—¿Hola? —llamó.

Nada.

Exploró con la mirada los jardines delanteros de las casas vecinas. Estaban separados por setos o muros bajos, nada lo bastante grande como para esconderse detrás. La casa de al lado, ocupada por estudiantes que la trataban como si fuera su madre, no tenía ninguna barrera que la separara de la suya. Al otro lado, dos setos bajos separaban su casa de las dos siguientes.

Entrecerró los ojos. Había alguien detrás del seto de dos casas más allá.

—¡Hola! —gritó—. ¿Se encuentra bien?

No hubo respuesta.

Se estaba volviendo paranoica. Aquel seto era bajo, no podía caber nadie detrás de él.

«Deja de pensar tonterías», se dijo a sí misma.

Bajó la vista hacia Yoda, que se frotaba contra su pierna.

—Tu mamá se está volviendo tarumba. Necesito encontrar un inquilino ya.

—Miau.

Zoe sonrió.

Hizo entrar a la gata en casa empujándola con el pie y cerró la puerta tras de sí, resistiendo el impulso de mirar hacia fuera mientras lo hacía. Tenía que dejar de ser tan melodramática.

CAPÍTULO QUINCE

CUANDO ENTRARON dos agentes en la sala, Inés miró a la abogada que le habían asignado. El hombre, el que la había arrestado, frunció el ceño al sentarse. La mujer policía le dedicó a Inés una leve sonrisa y ocupó la silla junto a él. El hombre tendría la misma edad que su padre, vestía una chaqueta de *tweed* marrón y tenía una expresión consternada. La mujer llevaba un traje azul marino e intentaba contener un bostezo. Inés llevaba allí casi dos horas y se estaba haciendo tarde. Se preguntó dónde estaría Vali.

La abogada de Inés, una tal señora Thomson, extendió la mano y le dio un apretón en la suya. Inés le devolvió una sonrisa tensa. Nunca había tenido contacto con la policía, ni en España, ni aquí, en el Reino Unido. Tenía miedo.

Tragó saliva mientras ellos se acomodaban frente a ella. Se pasó las manos por la falda, decidida a que no le temblaran. Se dio cuenta de que estaba encorvada. Se dijo unas palabras a sí misma en silencio y se obligó a enderezarse.

«No se preocupe, Inés. No ha hecho nada malo». Eso es lo que la abogada le había dicho antes de que entraran los agentes. Se llamaba Leanne Thomson y, a juzgar por su aspecto, solo era unos años mayor que Inés. Su traje tenía una mancha en la solapa y sus zapatos tenían marcas de rozaduras. La había enviado la empresa de servicio doméstico, pero no parecía que ella misma usara sus servicios.

El agente carraspeó.

—Para que conste en la grabación, soy el sargento Frampton. Dirigiré este interrogatorio.

Miró a su compañera.

—La agente Abbott —dijo ella.

Inés sabía que los agentes de policía de este país llevaban uniforme. Esta mujer llevaba un traje, uno barato, pero un traje al fin y al cabo. ¿Habría oído mal o es que andaban cortos de personal?

—Leanne Thomson, la abogada de Inés —dijo la abogada tras carraspear. El sargento la examinó de arriba abajo.

—Inés Pérez —dijo Inés, aliviada de que no se le quebrara la voz al pronunciar las palabras.

—Gracias. —El sargento asintió hacia ella—. Queremos hacerle unas preguntas sobre la noche del domingo y también sobre la declaración que nos hizo después a mí y a mi colega, la inspectora Clarke, cuando hablamos con usted fuera de la casa de su antigua jefa.

Inés apretó los dientes.

¿Por qué había mentido? ¿Por qué le había hecho caso a Vali y no les había dicho la verdad? Mentir a la policía podía llevarte directa a la cárcel. Así era en España y sería igual aquí. Y aunque no la metieran en la cárcel, la deportarían. La humillación de volver con su familia y decirles que la policía la había expulsado... ¿Qué diría su madre?

—¿Puede relatarnos los acontecimientos de la noche del domingo? —preguntó el sargento—. Cuéntenos qué pasó desde que se encontró con Vali Florescu.

Inés tomó aire.

—Quedé con él en un pub de Bournemouth. Habíamos acordado vernos para tomar algo.

—¿Planeaba volver a la casa después?

—No hasta más tarde. Vali no sabía que Susannah estaba fuera; se había ido esa misma mañana. —Hizo una pausa—. O eso creía yo.

Inés sintió que se le caían los hombros. ¿Habían matado a Susannah antes de que tuviera la oportunidad de irse a Verbier o

había cambiado de planes?

—¿Dónde estaba el pub? —preguntó el hombre.

—En Richmond Hill —respondió Inés.

—¿Había mucha gente?

—Sí.

—¿Cree que habrá alguien que se acordará de haberlos visto allí?

Se encogió de hombros.

—Vali pidió las bebidas y solo tomamos una. —Sintió que se le sonrojaban las mejillas—. No tenemos mucho dinero, ¿sabe? Se nos da bien estirarlo para que dure toda la noche.

—No se preocupe —sonrió la agente—. Solo cuéntenos lo que pasó.

El hombre se removió en su silla.

—Quedé con él a las ocho. Tomamos algo. Estuvimos allí... —Inés intentó recordar—. Hora y media, tal vez una hora y tres cuartos. Después salimos y fuimos a dar un paseo por el parque para ver las luces. Es una de mis partes favoritas de Bournemouth. Lo siento.

—No pasa nada —dijo el hombre—. Limítese a contarnos lo que recuerde, cualquier información puede ser relevante.

Lo miró con el pecho encogido.

—Vale.

—Entonces, ¿a qué hora salieron del pub? —insistió él.

—Sobre las nueve y media. Puede que un poco más tarde.

—¿Y cuánto duró el paseo? —preguntó la mujer.

—Hacía frío, así que no mucho. Diez, quince minutos, tal vez.

—¿Adónde fueron? —dijo el hombre.

—Solo por los jardines, hacia la playa y de vuelta.

El sargento asintió. La mujer policía tomaba notas, apenas miraba a Inés mientras escribía.

—¿A qué hora decidieron ir a la casa? —continuó él.

—Como le he dicho, hacía frío. Estábamos paseando, charlando. —Hizo una pausa, sintiendo el calor en sus mejillas—. Besándonos. Pensé que sería buena idea llevar a Vali a la casa.

—¿Había planeado hacerlo antes de quedar con él esa noche?

—No. Bueno, a lo mejor. No.

La mujer levantó la vista y le dedicó una sonrisa.

—No pasa nada, tiene derecho a llevar a un chico a su casa.

Inés la miró. «No cuando trabajas para Susannah Ramsay», pensó. No quería ni imaginar cómo habría reaccionado su jefa si se hubiera encontrado a Vali allí.

—¿Tomaron un taxi? —preguntó el hombre.

—El autobús.

—¿Qué autobús?

—El Breezer. El número 50 —respondió Inés—. Cruza con el ferri hasta Swanage.

—Lo conocemos. ¿Dónde se bajaron?

—En la rotonda donde la carretera se bifurca para el ferri.

La mujer levantó la vista.

—¿No fueron a la parada más cercana a la casa?

—No.

—¿Por qué no? —preguntó el hombre.

Miró a su abogada, que asintió.

—Quería comprobar que no hubiera luces encendidas. Por si acaso.

—¿Pensó que la señora Ramsay podría estar en casa?

—No. Pero quería asegurarme.

El sargento frunció el ceño y se subió las gafas por la nariz.

—¿Y fueron directos a la casa?

—Sí.

—¿Se bajó alguien más del autobús al mismo tiempo que ustedes?

—No, estaba casi vacío.

—¿Cuánta gente había en el autobús? —preguntó la agente.

Inés parpadeó al mirarla.

—¿Cuatro o cinco personas, más o menos? Nos sentamos arriba, en la parte delantera, para disfrutar de las vistas.

—¿Cree que habrá gente que se acordará de ustedes? —preguntó el hombre.

—No lo sé —respondió Inés—. No pasó nada que les hiciera acordarse de nosotros.

No la creían. No podía darles pruebas de que había estado en el pub o en el autobús. Y había mentido...

Mientras estaban en aquel pub, alguien había entrado en la casa y asesinado a Susannah. ¿Qué habría pasado si hubiera vuelto a casa antes? ¿Si hubiera decidido no salir esa noche? ¿O si no hubiera tenido a Vali para acompañarla?

Se estremeció y miró a su abogada, que estaba absorta en su teléfono. ¿Iba a decir algo?

Inés carraspeó.

—Ejem…

La abogada levantó la vista.

—¿Se encuentra bien?

Inés negó con la cabeza.

La abogada se volvió hacia los agentes.

—Necesitamos un breve descanso. Es evidente que a mi clienta le está resultando difícil.

—Podemos tomar un descanso en un momento —respondió el hombre—. Antes dígame qué ruta tomaron para llegar a la casa desde la parada del autobús. ¿La carretera o la playa?

Inés esperó, pero la abogada no dijo nada.

—¿La carretera o la playa? —insistió el sargento.

—La carretera. Fuimos por Banks Road. Solo tardamos cinco minutos, ni eso.

—¿Y qué entrada utilizaron para entrar en la casa?

—La puerta principal. Tengo todas las llaves.

—¿En qué habitaciones entraron?

Inés cerró los ojos, recordando. Podía ver la luz de la luna sobre los muebles mientras caminaba por la casa con Vali.

—Entramos primero en el salón. Quería enseñarle la casa. —Se sintió avergonzada—. Mi trabajo es ocuparme de esa casa. A veces casi siento que es mía. La cuido, la cuidaba, como si fuera propia.

Ya no volvería a hacerlo.

¿Tendría que limpiar la sangre? ¿Le darían la oportunidad?

Sintió un vuelco en el estómago.

—Le enseñé a Vali la planta de abajo y luego subimos. —La voz de Inés temblaba. El resto de la historia ya se la había contado. Vali

no había hecho nada, solo había estado allí con ella.

Inés le dio un codazo a su abogada, que se sobresaltó y levantó la vista.

—Mi clienta es joven y ya es tarde. Necesita un descanso. Dennos cinco minutos y luego podemos continuar.

Inés suspiró aliviada cuando el hombre apagó la grabadora.

CAPÍTULO DIECISÉIS

EL INSPECTOR MACKIE había vivido en un pequeño bungaló de ladrillo rojo en las afueras de Lychett Minster. Lesley llamó al timbre y contempló el pulcro jardín delantero mientras esperaba a que apareciera la viuda.

Unos instantes después, una mujer de sonrisa amable abrió la puerta.

—Debe de ser la inspectora Clarke.

Lesley frunció el ceño.

—¿Cómo lo sabe?

—Dennis Frampton me habló de usted.

—¿Tan fácil soy de reconocer?

La mujer se rio.

—Perdone, estoy siendo un poco maleducada. Entre.

Lesley la siguió al interior. El vestíbulo era estrecho y conducía a una acogedora sala de estar en la parte trasera de la casa.

—Supongo que esto es por Tim —dijo la señora Mackie.

—Indirectamente —dijo Lesley—. Estoy trabajando en un caso de desaparición.

La señora Mackie frunció el ceño.

—¿Quién? ¿No será alguien de su equipo?

Lesley sonrió. El marido de aquella mujer había muerto tras retirarse del cuerpo de policía y, aun así, le preocupaba el equipo

que había dirigido. Se preguntó cómo de bien habría conocido a Dennis y qué relación habría tenido con Johnny y Mike.

—Tome asiento. —La señora Mackie consultó el reloj—. Estaba a punto de servirme una copa de vino, por si le apetece...

—No, gracias. —Lesley enarcó una ceja—. Todavía estoy de servicio.

—¿A las siete de la tarde? Trabajan demasiado. ¿Qué tal un café?

—Perfecto. Con leche y azúcar, por favor.

Lesley no se atrevía a beber vino, pues no había comido desde el tazón de cereales que se había tomado a toda prisa en casa de Elsa esa mañana. Notaba que se le estaba bajando el azúcar y cómo la irritabilidad empezaba a hacer mella en ella.

Rebuscó en el bolso, con la esperanza de haber metido algo para picar el día anterior. Tenía que empezar a organizarse mejor.

Nada. Suspiró y se acercó a la ventana. La casa daba a unos campos, pero lo único que podía ver era el jardín trasero. Se encendió la luz de seguridad, que iluminó a un zorro que se detuvo en seco y se giró para mirar la casa. Lesley observó cómo se escabullía con lentitud y desaparecía entre las sombras.

Se dio la vuelta cuando la señora Mackie regresó a la habitación con una bandeja donde llevaba dos tazas y una lata de galletas. Lesley sintió que se le relajaban los hombros.

—He decidido que era un poco antisocial beber mientras usted se toma un café. —Abrió la lata y la colocó en la mesita—. Sírvase.

—¿No le importa?

—No las habría traído si no quisiera que cogiera una, ¿no cree? Tim era un desastre con la comida cuando trabajaba, llegaba a casa muerto de hambre todas las noches. —Sonrió y, entonces, se le nubló la mirada. Cerró el puño, se lo llevó a la boca, luego sorbió por la nariz y miró a Lesley—. Por favor. Me gusta dar de comer a la gente. Me recuerda a cuando los niños todavía vivían en casa.

—Gracias. —Lesley se sentó en el sillón más cercano. Se inclinó, cogió tres galletas y mojó la primera en el café.

La señora Mackie se sentó en el sofá y cogió la otra taza.

Lesley mordisqueó la galleta que acababa de sacar de la taza.

—¿Tuvieron hijos usted y el inspector?

—Sí. Y, por favor, tutéame. Llámame Gwen, y a él, Tim. Sé que Dennis lo llamaba así.

—¿En serio?

—Eran buenos amigos. Si te soy sincera, me sorprende que hayas venido tú en vez de él.

—Soy el miembro de mayor rango del equipo.

—Y te preocupa que a Dennis le resulte demasiado difícil. Lo entiendo. —Gwen sorbió su té—. Qué narices, necesito una copa. Espera un momento.

Se levantó y salió de la habitación. Un instante después regresó con una copa de vino tinto. Le dio un sorbo y cerró los ojos.

—Mucho mejor. —Se dio cuenta de que Lesley la observaba—. No soy ninguna alcohólica, no te preocupes. Pero algunos días, bueno…, algunos días son más duros que otros.

—Y hoy ha sido uno de esos días.

Gwen asintió y dio otro sorbo.

—¿Por alguna razón en especial? —preguntó Lesley.

—No. Es solo que te viene de golpe de vez en cuando, eso es todo. —Dejó la copa—. Bueno, estoy segura de que tienes una casa a la que volver y un marido esperándote, así que, ¿por qué no dejas que te responda a lo que sea que has venido a preguntar?

Lesley sopesó corregir a la mujer, pero decidió que no era relevante que tuviera novia y no marido. Además, Terry seguía siendo legalmente su marido, al menos durante unas semanas más.

—¿Qué edad tienen tus hijos? —preguntó.

—David tiene treinta y seis y trabaja en Londres. Sheena tiene treinta y cuatro, trabaja en una residencia de ancianos en Poole, y luego está Bobby, que es el pequeño, con solo veintiocho años.

Lesley sonrió. Solo veintiocho años. Su hija Sharon tenía dieciséis. No podía imaginársela con veintiocho.

—Bueno —continuó Lesley—, sobre este caso de desaparición.

Gwen se inclinó hacia delante en su asiento.

—Perdona, sí. Lo que querías preguntarme, ¿era algo en lo que Tim estaba trabajando?

—¿Vino a verte una mujer llamada Sadie Dawes hace poco más de una semana? —preguntó Lesley.

Gwen asintió, con el ceño fruncido.

—Una mujer joven, periodista. Rubia y delgada. Un poco descarada para mi gusto. Estuvo preguntando por Tim.

—¿Qué tipo de preguntas hizo?

El lenguaje corporal de Gwen había cambiado. Sus músculos estaban tensos y su boca era una fina línea.

—No estoy segura de que deba...

Lesley le dedicó la sonrisa más tranquilizadora que pudo.

—Soy nueva en el equipo. He estado investigando la muerte del inspector Mackie, de Tim, y me pregunto si de verdad se suicidó. —Ladeó la cabeza—. Supongo que Sadie pensaba más o menos lo mismo.

Gwen parpadeó, mirándola.

—¿Quieres decir que estás de acuerdo conmigo?

Lesley no dijo nada. Zoe le había hablado de la teoría de Gwen Mackie, pero se había preguntado si no sería una simple ilusión.

—No creo que se suicidara. —Gwen dio otro trago de vino—. Tim era feliz, había reservado ese crucero. Estábamos deseando que se jubilara. No podía esperar a pasar más tiempo con él.

Lesley se preguntó si a ella y a Elsa les pasaría lo mismo algún día. Se permitió una pequeña sonrisa.

—Entonces, ¿no crees que tu marido se suicidara?

Gwen se puso las manos entre las rodillas y las apretó.

—No habría sido propio de él. Asistió a tres suicidios mientras estaba en la policía y cada uno de ellos le destrozó. Pensaba que era horroroso que la gente dejara ese tipo de trauma para que otros tuvieran que cargar con él. —Miró a Lesley a los ojos—. Tim nunca habría hecho algo así.

Lesley dio otro sorbo a su café. Luego la mantendría despierta, pero en ese momento era lo que necesitaba.

—¿Hubo algo más que te hiciera dudar del veredicto del forense? ¿Aparte del estado de ánimo de tu marido?

Gwen bajó la mirada, con el rostro sombrío.

—El informe del forense…

—¿Sí? —Lesley se inclinó hacia ella.

—Creo... creo que se ejercieron presiones.

—¿Qué te hace pensar eso?

Gwen tragó saliva.

—El superintendente Carpenter. El forense era amigo suyo. —Levantó la vista—. Masones.

Lesley tuvo que esforzarse para evitar que se le abriera la mandíbula de asombro.

Los masones habían sido una influencia en la policía de las Midlands en la época en que ella había comenzado su carrera. Creía que ese tipo de cosas eran historia.

—¿Anthony Carpenter es masón? —preguntó.

Gwen asintió, con los ojos brillantes.

—Eso es lo que Tim me dijo.

—¿Cómo lo sabía tu marido? —preguntó Lesley—. ¿Lo era él también?

—No, nunca. No era de su estilo. A Tim no le gustaban ese tipo de clubes, apretones de manos raros, pantalones remangados por encima de la rodilla, rimas infantiles y todo eso. Creía que no eran más que niñatos jugando a disfrazarse. —Dudó—. Niñatos muy poderosos.

—¿Quién era el forense?

—Frank Howarth. Era amigo de tu superintendente.

—¿Sigue trabajando como forense?

Gwen se encogió de hombros.

—No lo sé, lo siento.

Lesley podría averiguarlo.

—Lo siento, Gwen. Pero ¿tienes pruebas concretas para creer que Howarth alteró o falsificó deliberadamente el informe sobre la muerte de tu marido?

Gwen frunció los labios.

—Concretas, no. Pero sé cómo son esos masones. Se cubren las espaldas cuando pasa algo malo, se protegen entre ellos.

—¿Crees que el superintendente Carpenter necesitaba protección?

Gwen se encorvó sobre sí misma.

Esto debía de ser difícil para ella. ¿O había algo que no estaba dispuesta a decir?

—¿Hubo alguien más en el cuerpo que pudiera haber estado implicado? ¿Alguno de los compañeros de Tim?

Gwen desvió la mirada.

—No. —Parpadeó—. No, solo Carpenter.

Lesley entrecerró los ojos. Había algo más, estaba segura. Algo que Gwen ocultaba.

—Todo lo que me digas será confidencial.

—Lo sé. —Gwen se humedeció los labios. Estaba temblando—. Podría equivocarme. Son solo conjeturas. Pero... —Miró a Lesley a la cara—, estoy segura de que Tim no se hizo eso a sí mismo. Creo que alguien empujó a mi marido por ese acantilado. Y tu jefe quiso ocultarlo.

CAPÍTULO DIECISIETE

LESLEY CONDUCÍA A CASA con los nervios a flor de piel. Dio un respingo cuando sonó el teléfono, pero se relajó al ver el nombre en la pantalla. Era Sharon.

—Hola, cariño. ¿Qué tal todo?

—Hola, mamá. Dramático.

—¿Dramático en qué sentido? ¿Qué ha pasado?

—No pasa nada. No tienes por qué preocuparte. Estoy bien.

Por mucho que Sharon le dijera a Lesley que no se preocupara, siempre lo haría. A pesar de los viajes quincenales de Sharon a Dorset, el hecho de que la mayoría del tiempo estuviera en Birmingham a doscientos setenta kilómetros de distancia significaba que Lesley nunca podía relajarse del todo.

—¿Qué ha pasado?

—Es papá.

Lesley sintió un peso en el pecho.

—¿Qué ha hecho ahora?

—No ha hecho nada. Su novia lo ha dejado.

—¿Julieta lo ha dejado?

—Ayer se llevó todas sus cosas, y al mocoso también.

El mocoso era el hijo pequeño de la mujer. Al principio había irritado a Sharon, pero había acabado cogiéndole cariño.

—Vaya, lo siento.

—La casa está muy vacía. Papá ha estado trabajando muchas horas.

«Ya me lo imagino», pensó Lesley. Ambos habían trabajado mucho cuando estaban juntos. Era su forma de evitarse.

—¿Quieres que suba? —preguntó.

—No, estás ocupada. ¿En qué trabajas ahora?

—En un asesinato en Sandbanks. ¿Te acuerdas de la zona esa pija que te enseñé?

—La calle de los millonarios. ¿Quién es la víctima?

—Una millonaria, aunque no lo creas.

Sharon se rio.

—Lo siento. No tiene gracia, ¿verdad?

—La verdad es que no —dijo Lesley—. Pero si no pudiéramos ver el lado cómico a veces, nos volveríamos locas, ¿no?

—Supongo que sí. Bueno, solo quería contarte lo que pasaba por si te llama papá.

—Gracias, cariño.

Lesley dudó en una rotonda, intentando recordar adónde iba.

—Háblame mientras conduzco a casa, cuéntame qué has estado haciendo. ¿Qué tal el bachillerato?

—Bien, mamá. Es aburrido. No quiero hablar de eso.

—Vale. Entonces, ¿qué pasó con tu padre y Julieta?

—Ese viaje que hicieron a España el mes pasado, cuando yo estuve contigo. Creo que a la familia de ella no le pareció bien la relación.

Lesley identificó el desvío que necesitaba y miró por el retrovisor. Un coche iba detrás de ella, con los faros encendidos. Vamos, paciencia.

—¿En qué sentido no les pareció bien?

—No sé —respondió Sharon—. Pero parece que las cosas fueron cuesta abajo desde entonces. Discutían mucho y Sammy lloraba.

—Pobre crío. ¿Dónde vive ahora? ¿Seguirás en contacto con ellos?

A Lesley se le hacía raro animar a su hija a seguir en contacto con la mujer que había intentado reemplazarla. Pero una vez que superó su resentimiento por la aventura de Julieta con Terry, Lesley

había aprendido a apreciarla. Y su hijo le había venido bien a Sharon.

—No estoy segura, mamá —contestó Sharon—. Siento que te estoy siendo desleal.

—No eres desleal, cariño. Si quieres pasar tiempo con ella o con su hijo, hazlo. No te preocupes por mí.

—Pero es que lo hago, mamá. Me preocupa que estés bien ahí en Dorset.

—Estoy bien. —Lesley tragó saliva—. ¿Has cambiado de opinión sobre que me quede aquí?

—No, no, para nada. De hecho, quería hablar contigo de eso.

—Vale. —Lesley tomó la A3049 en dirección a Bournemouth.

—Pero no te preocupes —continuó Sharon—. Podemos hablarlo el fin de semana. Cogeré el tren justo después de clase el viernes, ¿vale?

—Estoy deseando que vengas —dijo Lesley—. Te veo entonces.

—Vale. Gracias, mamá.

—De nada, Sharon. Cuídate mucho, llámame si necesitas hablar. No importa en qué caso esté trabajando, siempre estoy aquí para ti.

—Vale.

—Te quiero. —Lesley colgó, con un nudo en el pecho.

CAPÍTULO DIECIOCHO

MIENTRAS LESLEY SALÍA de su coche a la mañana siguiente, vio a Mike aparcando no muy lejos. Se detuvo junto a las puertas de la Jefatura de Policía, esperando a que la alcanzara.

Mike se bajó del lado del conductor de su coche, cerró la puerta y se quedó de pie junto al vehículo con la mirada perdida. Lesley lo observó, preguntándose en qué estaría pensando.

La puerta del copiloto se abrió y Tina se bajó. Lesley observó cómo le hablaba a Mike por encima del coche, ambos de espaldas al edificio.

Lesley retrocedió un paso.

Había estado observándolos durante las últimas dos semanas y no le pillaba por sorpresa. Aun así, podría causar problemas más adelante.

Se acercó a ellos.

—Buenos días a los dos.

Tina se giró, sonrojada. Lesley sonrió.

—No pasa nada, Tina. No nací ayer.

Tina se sonrojó aún más.

—Jefa —dijo.

Lesley les hizo un gesto para que la siguieran al interior.

—Tina, ¿cómo avanza el caso Ramsay? ¿Ya habéis identificado a la segunda víctima?

—Todavía no, jefa. Pero tenemos dos sospechosos. Una es la asistenta.

—Algo he oído. ¿La habéis interrogado?

—A ella, sí. A él lo vamos a interrogar a primera hora. Tuvimos que esperar a un abogado.

—Asegúrate de sacarle todo lo posible dentro de las veinticuatro horas.

—Sí, jefa.

Llegaron a la puerta del edificio. Lesley la mantuvo abierta y esperó a que los dos agentes entraran. Tina pasó primero y cruzó una mirada con Mike al hacerlo. Lesley reprimió una sonrisa.

—Sé que estoy trabajando en este caso de la persona desaparecida contigo —dijo, dirigiéndose a Mike—, pero espero que Dennis y tú me mantengáis al día.

—Por supuesto, jefa —respondió Tina.

—¿Cuándo tendrás los resultados del examen de subinspector?

—El viernes.

—Buena suerte. —Lesley hizo el gesto con los dedos—. Estaré cruzando los dedos.

Las puertas del ascensor se abrieron. Tina y Mike se quedaron atrás, esperando a que Lesley entrara primero. Permanecieron en silencio mientras el ascensor subía, la tensión se palpaba en el aire.

Las puertas se abrieron. Lesley extendió una mano para evitar que se cerraran y se giró hacia sus compañeros.

—No tengo ningún problema con que tengáis una relación. No seríais los primeros. Lo único que pido es que, si las cosas no funcionan, seáis profesionales. No toleraré que dos miembros de mi equipo se peleen.

—Creo que es un poco prematuro —dijo Mike.

Lesley enarcó una ceja.

—¿Ah, sí? Pues muy bien. —Soltó las puertas y los condujo hacia la oficina. Podía sentir que se morían de ganas de hablar entre ellos.

Al acercarse, vio a Dennis ya sentado en su escritorio. Lesley abrió la puerta de su despacho. A Tina se le tensó la mandíbula y Mike apretó los puños.

Lesley miró al sargento. No, no pensaba decírselo.

Le guiñó un ojo a Tina y entró en su despacho, sintiendo cómo la tensión se disipaba a medida que se alejaba.

CAPÍTULO DIECINUEVE

DENNIS ESTABA SENTADO a la mesa de interrogatorios con Tina a su lado. Ambos observaban a Vali Florescu, sentado al otro lado. El joven no tenía abogado propio, así que habían tenido que esperar toda la noche a que llegara la abogada de oficio. Ella revolvía sus notas con la vista fija en la mesa. Vali se miraba el regazo, donde tenía las manos cerradas en puños.

—Bueno —empezó Dennis, una vez terminadas las formalidades —, háblenos de su relación con Inés Pérez.

Vali se removió en la silla, pero no levantó la vista.

—Solo es una chica con la que salgo. La conocí en un bar en Bournemouth hace poco más de un mes.

—¿Es su novia? —preguntó Tina.

Dennis se estremeció. Le había dicho a Tina que no hiciera preguntas. Aún no había aprobado el examen de subinspectora.

Vali miró a Tina.

—Supongo que sí.

Su inglés tenía un fuerte acento, pero su gramática era impecable.

—¿Qué estudia? —preguntó Dennis.

—Arquitectura —respondió Vali—, e inglés. —Miró a Dennis a los ojos—. Por supuesto.

Dennis asintió.

—¿Cuánto tiempo lleva en la Universidad de Bournemouth?

Se encogió de hombros.

—Desde septiembre, llegué a principios de este curso académico. Vine de Rumanía en agosto. Intenté encontrar trabajo… —Su mirada se endureció—. Pero nadie me contrataba. Un estúpido chico rumano con un acento horrible y unos antecedentes que aquí no gustan.

Dennis se irritó. No era su culpa que Vali hubiera sufrido discriminación.

—Cuénteme qué pasó el domingo por la noche.

Vali se volvió para mirar a su abogada, que asintió. Se giró de nuevo hacia Dennis.

—Salí con Inés —dijo—. Me llevó a la casa, queríamos pasar tiempo juntos, pasar el rato. Ya sabe a qué me refiero.

Le lanzó una mirada cómplice a Dennis, que respondió torciendo el labio con desdén.

—¿A qué hora llegaron a la casa?

Vali se encogió de hombros otra vez antes de contestar.

—A las diez, diez y media.

—¿Miró la hora?

Vali extendió la muñeca.

—¿Ve? No tengo reloj.

—¿Cómo llega a tiempo a sus clases? —preguntó Tina.

—Uso el móvil.

Dennis suspiró.

—Entonces, ¿miró la hora en el móvil cuando llegó a casa de la señora Ramsay?

Vali negó con la cabeza y sonrió.

—No. Estaba distraído. Inés me provoca ese efecto.

Dennis sintió un tic en la cara.

—Cuénteme qué pasó después de que entraran en la casa.

—Fuimos al salón, quería enseñármelo. Ella cuida la casa, estaba orgullosa. Es grande, enorme en realidad. Me impresionó.

—¿Inés le llevó a su dormitorio? —preguntó Tina.

Vali la miró.

—Al principio no.

—¿Dónde fueron primero entonces? —preguntó Dennis.

—Al salón. Después subimos. Inés quería llevarme a su habitación. Dijo que tenía unas vistas preciosas. El mar, los árboles.

Dennis tragó saliva. Los dormitorios, en efecto, tenían unas vistas preciosas. La vista dentro del dormitorio principal en ese momento no era tan bonita.

—¿Así que esa fue la primera habitación a la que entraron arriba?

—Entramos en el dormitorio de su jefa. Ese fue el primero.

—¿Por qué?

—Quería verlo. —Se encogió de hombros—. No sé por qué.

—¿Estaba abierta la puerta de la habitación cuando llegaron arriba?

—No. La abrí yo.

—¿No fue Inés?

—Ella no quería entrar. No debería haberlo hecho. Era su casa.

—No era su casa —le corrigió Dennis.

—¿Adónde quiere llegar con esto? —preguntó la abogada.

—Encontramos las huellas de su cliente en el pomo de la puerta —dijo Dennis.

—Y ahora ya sabe por qué. —Miró a Dennis—. Mi cliente no niega haber estado en la propiedad.

—No. Pero su novia sí mintió al respecto. —Dennis miró a Vali—. ¿Le pidió que mintiera por usted?

—No. Solo le dije que no me mencionara.

La abogada se tensó.

—¿Por qué? —preguntó Dennis.

—Porque sé cómo es la policía. Me detuvieron hace ocho semanas, marihuana para uso personal. Me dieron una advertencia. Pero sé que asumen que un hombre como yo no debería estar en una casa con dos cadáveres.

—Solo intentamos llegar a la verdad —dijo Dennis.

—Mi cliente ya ha admitido haber estado en el edificio. Hay una razón perfectamente legítima para que sus huellas estén en el pomo.

—¿Así que no había estado en la casa antes? —preguntó Dennis, ignorando a la abogada.

—Nunca.

Dennis golpeó la mesa con el bolígrafo.

—Muy bien. Así que abrió la puerta. ¿En qué momento se dio cuenta de que había dos cadáveres?

El rostro de Vali se ensombreció.

—Tardé un rato, estaba oscuro. Entraba algo de luz en el dormitorio, pero hay árboles en la parte de atrás. Para aumentar la privacidad, me dijo Inés. Entramos y entonces los vimos.

—Descríbame lo que pasó.

—Había una figura en la cama. No se veía bien, estaba demasiado oscuro. Encendimos la luz y entonces la vimos. Había una mujer en la cama y un hombre en el suelo. Era joven, asiático. Inés dijo que no lo conocía. Creo que era el novio de la señora, ¿no?

—Es posible —replicó Dennis. Todavía no lo sabían—. ¿Qué hicieron entonces?

—Quise comprobar si Susannah tenía pulso. Inés dijo que no lo hiciera, que era preferible no dejar huellas, no contaminar las pruebas. —Vali levantó las manos simulando unas comillas—. Tiene razón. Veo el *CSI*, sé cómo funciona.

Dennis miró al joven. Estaba demasiado tranquilo, demasiado seguro de sí mismo. No parecía angustiado por lo que había visto ni por la situación en la que se encontraba.

—¿Cómo se sintió cuando vio los cuerpos?

—Sorprendido. También sentí estupor. Inés estaba disgustada. Me da pena por ella, pero no conocía a Susannah ni a su amigo. Es difícil sentir pena por ellos.

Se inclinó hacia adelante.

—Vengo de un país donde ha muerto muchísima gente. Un gobierno brutal, padres separados de sus hijos. Cuando vives eso, te endureces.

Tina se movió en su silla.

—Entonces, ¿por qué no se presentó? —inquirió Dennis—. ¿Por qué no nos dijo Inés que no estaba sola cuando encontró los cuerpos?

Vali levantó la barbilla.

—No es culpa de Inés, es culpa mía.

—¿Cómo es eso? —preguntó Dennis.

—Le pedí que no lo dijera.

—¿Por qué? Debía saber que al final descubriríamos que había estado allí.

—Esperaba que no lo hicieran. Soy un estudiante rumano, tengo un visado temporal. Tuve problemas en el pasado con las autoridades de mi país.

—¿Qué tipo de problemas? —preguntó Tina.

—Los critiqué en mi blog y no les gustó.

Dennis frunció el ceño.

—No veo qué tiene que ver su situación en Rumanía con mentir a la policía sobre el hecho de haber estado en la escena de un crimen.

El joven se encogió de hombros.

—No quiero volver a Rumanía, quiero quedarme aquí después de terminar mis estudios. Tener líos con la policía no me va a ayudar.

Dennis lo miró. «Tener líos» se quedaba corto. En ese momento, aquel hombre era el principal sospechoso en una investigación de doble asesinato.

—¿Cómo explica que sus huellas dactilares estuvieran en la mesilla de noche junto a la cama?

—No lo sé. No lo recuerdo todo.

—¿Pisó la sangre? —preguntó Tina.

Sacudió la cabeza con firmeza.

—No, tuve cuidado. Lo comprobé. Inés tampoco pisó la sangre.

—De acuerdo —dijo Dennis.

El joven tenía razón, la sangre no había sido alterada. Dennis volvió a mirarlo.

—¿Había estado alguna vez en la casa antes de esa noche?

—Nunca. Inés no quería que fuera cuando la jefa se encontraba en casa. Puede entender por qué.

—Ilústreme.

—Le preocupaba perder su trabajo, por supuesto. ¿Qué otra cosa?

—¿Así que nunca tuvo contacto con Susannah Ramsay antes de la noche en que la encontró muerta?

—No, ninguno. Inés solo me dijo su nombre esa noche.

—¿Y le dice algo su nombre?

—No. Solo sé que es una mujer inglesa, rica y anónima como tantas otras. Tenemos gente como ella en Rumanía. No tantas, pero peores.

Dennis apretó los dientes. Todo lo que tenían eran las huellas de este hombre en la escena del crimen, y ahora él admitía haber estado allí. Pero había mentido. O, al menos, había persuadido a su novia para que mintiera por él.

La abogada levantó la cabeza.

—No tienen motivos para detener a mi cliente —concluyó—. Ha admitido libremente que estuvo en la casa la noche del asesinato.

—Mintió —replicó Dennis.

—No, no lo hizo —protestó la abogada—. Su novia mintió por él. Les sugiero que hablen con ella.

CAPÍTULO VEINTE

MIKE RECORRIÓ el estudio de televisión con la mirada mientras lo llevaban a ver a Matt Crippins, el productor de Sadie. En la tele, el lugar parecía espacioso y diáfano, pero en la vida real era pequeño, estrecho y lúgubre. Sin las luces del estudio y el gran angular de la cámara, pudo ver que en realidad tenía un tercio de su tamaño aparente.

No es que Mike viera las noticias de la televisión. Al fin y al cabo, era el siglo XXI. Pero cuando iba a casa de su madre, siempre las tenía puestas de fondo. La BBC, día y noche, como una amiga constante.

La joven asistente lo hizo pasar a un diminuto despacho lleno de papeles y con pantallas que cubrían una de las paredes. Matt Crippins estaba sentado en un escritorio de cara a esa pared. El escritorio estaba cubierto de documentos, aparatos que Mike no reconoció y tazas con té tan pasado que daba miedo acercarse a ellas. La joven cerró la puerta con una sonrisa amable. Matt Crippins se giró en la silla. Se le borró la sonrisa al reconocer a Mike.

—¿Ha venido por lo de Sadie?

—Quiero saber más sobre sus movimientos en los días previos a su desaparición.

—Por supuesto.

Matt volvió a mirar su escritorio. Frunció el ceño y apartó unos papeles a un lado.

—Yo me quedo aquí, usted coja mi silla.

—¿Hay algún sitio mejor donde podamos hablar? —preguntó Mike.

—Le llevaría a la cafetería, pero… —Matt negó con la cabeza—. Es un lugar muy público.

Se frotó un ojo. Lo tenía rojo.

—¿Cómo lleva su equipo lo de la desaparición? —preguntó Mike.

Se encogió de hombros.

—Mal. Esperamos que aparezca en cualquier momento. Quizá esté infiltrada en algún sitio.

—¿Eso es propio de Sadie?

Matt le lanzó una mirada a Mike.

—Ya sabe cómo es. Tenaz. Persistente. Pero siempre me lo consultaba antes de desaparecer del mapa.

—¿Incluso cuando alquiló un barco y fue a la isla de Brownsea en medio de una investigación por asesinato? —preguntó Mike.

Matt frunció los labios.

—De hecho, sí —dijo—. Yo aprobé que investigara más a fondo. Los suyos nos estaban ocultando detalles de ese caso. Pero lo del barco fue idea suya. Esas cosas cuestan dinero, ¿sabe?

Mike resistió el impulso de preguntar por la interferencia de la BBC en una investigación policial. Sabía que aquel no era ni el momento ni el lugar. Matt se encaramó al escritorio y empujó la silla hacia Mike, que la aceptó a regañadientes al ver que quedaba a un palmo por debajo de él.

—¿Puede decirme en qué trabajaba antes de desaparecer?

—Estaba cubriendo la amenaza de huelga en la fábrica de vidrio de Beaminster.

—¿Y eso qué implicaba?

—Era un trabajo sencillo. Acampar fuera esperando a que saliera alguien, intentar conseguir una declaración. Sería una de las varias periodistas que estaban allí.

—¿Tenía ventaja por ser de la BBC?

Matt sonrió.

—Sadie nunca tuvo ventaja por el medio para el que trabajaba o dónde lo hacía. Tenía ventaja porque era Sadie y no aceptaba un no

por respuesta. Nos conseguía el material, desde luego.

—Entonces, tenía reservadas unas vacaciones en Malta la semana pasada —dijo Mike—, ¿y pensó que se había ido?

Matt se sonrojó.

—Hablé con la aerolínea, me dijeron que estaba en el avión. Desde entonces he descubierto que se equivocaron.

—¿Cómo pueden equivocarse en algo así?

—Un fallo informático.

—¿Qué aerolínea era?

—FastJet.

—¿Desde dónde volaba?

—Desde Bristol.

—¿Y dijeron que fue un fallo informático?

Se encogió de hombros.

Mike frunció el ceño. Para una aerolínea, saber quién estaba en cada vuelo era una obsesión. Era un tema básico de seguridad.

—Entonces, antes de que se fuera de vacaciones, ¿tenía alguna reunión programada? ¿Alguien de mala reputación con quien tuviera que verse?

Matt se rio.

—¿A qué tipo de mala reputación se refiere?

—Dígamelo usted.

—Vale. Un representante sindical en la fábrica de vidrio y dos de los directores de allí. También estaba la asociación de vecinos de Christchurch, que se quejaba de los cambios en la planta de tratamiento de residuos.

—¿Hay algo más en la vida de Sadie que pudiera haberla puesto en peligro? —preguntó Mike—. ¿Vida personal, un novio, un exnovio? ¿Alguien con quien se hubiera peleado?

—Sadie no tiene vida personal —respondió Matt—. Vive para el trabajo. No me consta que haya tenido novio nunca.

Mike tomó nota. Que no tuviera novio oficial no significaba que no hubiera tenido encuentros que pudieran haberla puesto en peligro.

—¿Quiénes son sus amigos? ¿Gente de aquí, de la plantilla, con la que pueda hablar?

—No socializa mucho, la verdad, pero sí, puede hablar con ellos. Prepararé una lista de nombres.

—Gracias —dijo Mike.

Matt se inclinó hacia delante y hacia abajo, acercando su cara a la de Mike.

—Encuéntrela, ¿vale? Encuentre a nuestra Sadie.

CAPÍTULO VEINTIUNO

LESLEY SABÍA que era una llamada que debería haber hecho hacía unos días.

Esperó mientras sonaba el tono, hasta que una familiar voz escocesa contestó.

—Petra —empezó—, ¿recibiste los archivos que te envié?

—Vaya, hola a ti también. ¿Es que ahora ya no se llevan los saludos?

Lesley apretó la mandíbula.

—Lo siento, Petra. ¿Cómo estás?

—Estoy estupendamente, gracias. ¿Y tú?

—Bien. Ocupada.

La doctora Petra McBride, psicóloga y analista de perfiles criminales, se rio. Una carcajada larga y profunda que sonaba como si le hubiera llevado años perfeccionarla.

—Ya me lo imaginaba. Y sí, recibí los archivos. Supongo que querrás saber si les he echado un vistazo.

—Pues sí.

Tratar con Petra había sido complicado cuando acudió a Dorset para ayudarlos en el caso de Paul Watson. Por lo visto, por teléfono tampoco resultaba fácil.

—A ver, la nota de suicidio del inspector Mackie, buen apellido, por cierto… —dijo Petra—. ¿Qué hacía un hombre con un nombre tan sólido y escocés trabajando en Dorset?

—Ni idea —respondió Lesley.

—Ya. Bueno, pues me preguntaba si hicieron que analizaran la nota los grafólogos.

—Eso me dicen los de la científica.

—¿Y confirmaron que era su letra?

—Así es.

—¿Compararon la calidad de la línea y la presión del bolígrafo?

—Leí el informe —dijo Lesley—. No recuerdo los detalles, pero sé que Gail quedó satisfecha con él.

—¿Gail es la jefa del equipo de investigación de la escena del crimen?

—Sí.

—¿Es buena?

—Muy buena —confirmó Lesley.

De hecho, fue Gail quien alertó primero a Lesley de sus sospechas sobre la muerte del inspector Mackie.

—Y dime —continuó Lesley—, ¿hay algo en la nota de suicidio que nos dé alguna pista sobre su estado mental antes de su muerte?

—Bueno, a fin de cuentas, es una nota de suicidio —dijo Petra—. Así que no hay mucho con lo que trabajar.

—¿No?

—¿Estás segura de que la escribió él?

—Los grafólogos sí —respondió Lesley—. Bueno, todos estamos seguros.

—No me refería a eso. ¿Estás segura de que él la redactó?

—¿Qué quieres decir con que si la redactó?

—Está escrita de su puño y letra, pero alguien podría haberle dicho qué poner.

—¿Crees que es posible?

—No me atrevería a afirmarlo, pero si tuviera más muestras de su escritura supongo que podría decir algo a partir de su estilo.

—¿Solo lo supone?

—No, no. Es una forma de hablar. Yo no hago suposiciones. ¿Qué te crees que soy, una charlatana?

Lesley dejó la pregunta sin respuesta.

—¿Eres capaz de saber quién es alguien por su estilo de escritura?

Otra de esas carcajadas profundas.

—Los psicólogos somos muy listos, ¿no lo sabías? Entendemos cómo funciona el cerebro humano.

—Disculpa —dijo Lesley—. Por supuesto que sí.

Petra se rio.

—No pasa nada, estoy acostumbrada a que la gente me trate como si fuera una especie de maga.

Lesley sonrió.

—¿Qué tipo de escritos necesitas? Es probable que tenga acceso a expedientes en los que tomó notas.

—No, eso no sirve. Necesito escritos personales. Cartas, diarios, algo que muestre una escritura más natural.

—Veré qué puedo hacer. ¿Te gustaría echar un vistazo a lo que encuentre?

—¿Me vas a pagar?

Lesley tragó saliva.

—Esta investigación es extraoficial.

Otra carcajada.

—Ya veo. Pues considéralo un favor. Me caes bien. Te ayudaré, siempre y cuando no me pidas que vaya para allá. Tengo un viaje planeado.

—¿A algún sitio bonito? —preguntó Lesley.

—Se podría decir que sí. A Nueva York. Voy a ver a alguien… Lo siento, no hace falta que te cuente mi vida en verso.

—No, no. —A Lesley le picó la curiosidad, pero sabía que era mejor no entrometerse—. Veré qué encuentro y te lo enviaré.

—De acuerdo. Buena suerte con ese equipo que te ha tocado.

Lesley frunció el ceño. ¿Necesitaba suerte?

—Gracias —respondió, inquieta.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

—Y BIEN, ¿qué te ha parecido, sargento? —preguntó Tina mientras Dennis abría la puerta del despacho.

—Bueno… —Se encogió de hombros—. Desde luego tenía una razón para estar en la casa.

—Pero no nos lo contó con antelación.

—No.

Dennis se quitó la chaqueta y la colocó con cuidado sobre el respaldo de su silla. Puso una mano sobre ella. Tenía los hombros cargados.

Las sillas de la sala de interrogatorios eran bajas e incómodas. Cuanto más envejecía, más lo notaba. Se volvió hacia Tina.

—Quiero saber por qué sintió la necesidad de hacer que su novia nos mintiera sobre su presencia en esa casa. Quiero saber por qué Inés accedió. ¿Estaban compinchados o tuvo que convencerla?

—¿Vas a hablar con ella otra vez?

—Primero tenemos que indagar más en sus antecedentes. Quiero saber más sobre ese par. ¿Qué motivo tenían para mentir?

Tina asintió.

—¿Quieres un té? —le preguntó al sargento—. ¿Dos de azúcar?

—Sí, por favor.

Tina cogió su taza y luego la de Dennis. Justo en ese momento, la puerta del despacho se abrió y entró un joven. Lucía una leve

sonrisa y vestía un traje azul oscuro. Su pelo estaba impecablemente peinado, rubio y espeso, pero corto.

—¿Puedo ayudarle en algo? —preguntó Dennis.

El hombre sonrió.

—Pensaba que me estaban esperando.

Dennis miró a Tina.

—¿Disculpe?

—Soy el subinspector Brown. Me han asignado a su equipo. —El hombre le tendió la mano. Dennis bajó la vista y respondió al gesto. El apretón fue firme.

El subinspector Brown sonrió de nuevo.

—Llámenme Stanley.

—Han llegado los refuerzos —dijo Tina—. Muy bien.

El agente enarcó las cejas.

—Espero ser algo más que un simple refuerzo. —Le dedicó una sonrisa a Tina.

Dennis se tragó su irritación y miró las tazas que sostenía Tina.

—Soy el sargento Frampton. ¿Quiere tomar algo?

Stanley le dedicó una sonrisa a Tina, con un brillo en los ojos.

—Café solo, por favor. Sin azúcar.

Tina asintió.

—Le buscaré una taza.

—Que sea una bonita, ¿eh? —sonrió Stanley—. Sin manchas de café.

—Haré lo que pueda —replicó Tina, con un lenguaje corporal rígido. Salió de la sala, lanzando una mirada de desaprobación al recién llegado.

Stanley miró a Dennis.

—Y bien, ¿dónde me siento?

Dennis señaló el escritorio de Johnny Chiles.

—Ahí.

—¿Qué quiere que haga?

—Estamos investigando un doble asesinato —dijo Dennis—. Su trabajo es identificar a una de las víctimas.

Stanley se frotó las manos.

—Suena divertido. Me apunto.

Dennis se tensó. Las investigaciones de asesinato no eran divertidas, y aquel hombre no tenía elección sobre si se «apuntaba» o no.

Tina regresó con dos tazas.

—Café solo, sin azúcar. —Colocó una taza con el dibujo de un gato rosa en el escritorio de Stanley—. Dos de azúcar para ti, sargento. Ahora mismo vuelvo con la mía.

—Gracias —dijo Dennis.

El subinspector Brown cogió su taza, aparentemente ajeno al dibujo del gato.

—Gracias, cariño.

A Tina se le borró la sonrisa de la cara.

—Llámeme Tina. O agente Abbott.

—¿Agente?

—Acabo de hacer el examen de subinspector. En un par de días me dirán el resultado.

—Ah, vale. Pues buena suerte.

Tina no dijo nada. En su lugar, salió de la sala.

El recién llegado se acercó a la antigua silla de Johnny. Acarició el reposabrazos y luego se sentó, acomodándose con exageración. Llevaba un elegante maletín, que colocó con cuidado sobre el escritorio y abrió con un chasquido. Sacó un bloc de notas y unos bolígrafos y los dispuso sobre la mesa.

—Muy bien —dijo—. Indíqueme por dónde empezar e identificaré a su víctima.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

INÉS ESTABA en otra sala de interrogatorios. No la llevaron de vuelta a la celda, lo cual ya era algo. Incluso le habían devuelto el móvil.

Pero todavía no la habían dejado ir. No sabía muy bien por qué.

Estaba sentada en la silla de metal, con la mirada fija en la mancha de moho que trepaba por la pared de enfrente. Se estremeció. ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que le permitieran volver a la casa? ¿Le permitirían volver alguna vez? ¿Tendría que volver a España ahora o la agencia le encontraría otro trabajo? Cogió el teléfono y se lo pasó de una mano a otra.

Sabía que debía llamar a Bernard, su jefe en la agencia, para pedir que la destinaran a otro sitio. Pero todavía no se sentía capaz de hablar de ello. La imagen de Susannah tendida en la cama con un charco de sangre en el pecho irrumpía en sus pensamientos cada vez que cerraba los ojos. Se preguntó si alguna vez volvería a poder dormir.

Le sonó el móvil. Dio un respingo y se le cayó al suelo.

Maldijo y lo recogió. Una llamada de España. Inés sintió un vuelco en el estómago.

—Mamá —dijo, intentando sonar tranquila.

—Inés, hija, ¿cómo estás? Llevo mucho tiempo sin noticias tuyas.

—Estoy bien, mamá. No tienes que preocuparte tanto.

—No digas tonterías. Soy tu madre, claro que me preocupo. Esa mujer para la que trabajas... ¿Es amable contigo? ¿Te trata bien?

Inés inspiró hondo.

—Es genial, mamá. Casi nunca está. Tengo la casa para mí sola. —Forzó una sonrisa—. Es como si fuera una millonaria paseándome por mi propia mansión.

Su madre chasqueó la lengua.

—No te acostumbres, cariño. Esa mujer podría echarte cualquier día. Sé cómo es la gente como ella. Yo misma trabajé en casas así cuando viví en Madrid. Pórtate bien, mantente alejada de ella todo lo que puedas y no llames la atención.

—No es así, mamá.

La madre protestó entre dientes.

—Siempre puedes volver a casa si las cosas no van bien. Lo sabes de sobra.

Inés apretó la mandíbula y se agarró al borde de la silla.

—Estoy bien. Tengo un trabajo estupendo, vivo en una casa preciosa. Deberías verla. Es una maravilla.

—A lo mejor voy a visitarte.

Inés sintió que se le helaba la sangre.

—Todavía no, mamá. Estoy demasiado ocupada. El trabajo, ya sabes.

Su madre se rio entre dientes.

—Siempre estás demasiado ocupada para mí. ¿Cuándo vas a venir a España de visita?

—Pronto, te lo prometo.

—Te echamos de menos. Papá también.

Inés cerró los ojos. De repente, sintió una profunda añoranza de su hogar. Pensó en subirse al próximo avión y dejar que la cuidaran. Pero volver significaba fracasar. En su pueblo no había trabajo para las mujeres jóvenes y había desafiado a su madre al venir a Inglaterra.

—Te lo prometo, mamá. Iré a casa pronto. No falta tanto para Navidad.

—Falta un montón. Llámame la semana que viene, ¿de acuerdo? Te saltaste nuestra llamada habitual del domingo.

—Sí, mamá. —Inés colgó.
Se dio cuenta de que estaba temblando.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

DENNIS HIZO la llamada antes de subir al coche. Su Opel Astra beige tenía manos libres, pero aun así no se sentía cómodo activándolo. Ni siquiera cuando estaba parado en el aparcamiento.

—Comisaría de Bournemouth, ¿en qué puedo ayudarle?

—Necesito hablar con el sargento Bannerman —dijo Dennis.

Le habían dejado un mensaje de voz. Esperaba que fuera la pieza que faltaba del rompecabezas.

—¿De parte de quién, por favor?

—Del sargento Frampton, del equipo de investigación de delitos graves. Me ha llamado hace unos cinco minutos.

—Un momento.

Salió del aparcamiento de la Jefatura de Policía de Dorset mientras sonaba la música de espera. Ya iba conduciendo hacia la comisaría de Bournemouth. Prefería hacer estas cosas cara a cara.

—Dennis —se oyó la voz al otro lado de la línea.

—Christopher, ¿qué tal todo?

—Pues no tan mal. Aquí seguimos, detrás de los malos. —Soltó una risita—. Sí, ya sé, chiste malo. Ahora en serio, aquí las cosas son más emocionantes de lo que vosotros, los finolis del MCIT, os podéis imaginar.

Dennis apretó los dientes. Christopher Bannerman y él se conocían desde hacía mucho tiempo. Se habían formado juntos como nuevos miembros de la brigada de investigación criminal. A

Chris le gustaba presumir mientras que a Dennis solo le importaba su trabajo.

—He oído que ha ido una mujer a tu comisaría por mi caso —dijo.

—Trabajáis rápido, ¿eh?

«Déjate de tonterías», pensó Dennis.

—Háblame de la mujer, por favor.

Una pausa.

—Vale, si así es como quieres que vaya este juego.

Dennis miró por el retrovisor al girar para tomar la A35. Aquel no era ningún juego. Solo quería hacer su trabajo.

—Ha denunciado la desaparición de su marido, ¿no? —preguntó.

—Sí. —Fue la respuesta—. Ha venido hace una hora.

Una hora. ¿Por qué acababa de recibir la llamada?

—¿Dice que su marido lleva desaparecido desde el sábado por la noche?

—Eso es.

El sábado por la noche fue veinticuatro horas antes de que encontraran los cuerpos. Así que, si era él, ¿dónde había estado mientras tanto?

—¿Cómo se llama? —preguntó Dennis—. ¿La descripción?

—Ashok Verma. Veintiocho años, asiático. Piel morena y pelo castaño. Llevaba un traje gris la última vez que lo vio.

Dennis recordó las fotos de la escena del crimen. La segunda víctima era asiática, pero también lo eran miles de hombres. Sin embargo, sí llevaba un traje gris.

—¿Alguna seña distintiva? —preguntó.

—Una marca de nacimiento.

—¿Dónde? —Dennis no recordaba ninguna marca de nacimiento de las fotos ni de haber estado en la escena del crimen.

—En la parte baja de la espalda. A una de nuestras agentes le costó media hora sacárselo a la esposa de lo avergonzada que estaba. Cualquiera diría que a la pobre mujer no le estaba permitido mirarle el culo a su marido.

A Dennis le molestó el comentario.

—¿Dónde está ahora?

—Le estamos dando una taza de té tras otra. Haciendo tiempo hasta que arrastréis vuestros culos por aquí.

Dennis puso el intermitente para girar a la derecha hacia Bournemouth, con el pulso acelerado. El psiquiatra le había dicho que evitara el estrés. Como si pudiera hacerlo en este trabajo. Y tratar con Chris Bannerman le disparaba la ansiedad al trescientos por ciento.

—Llego a tu comisaría en veinte minutos. Me gustaría que reservaras una sala de interrogatorios para poder hablar con esa mujer. Un lugar donde no se sienta amenazada.

—Sin problema, Dennis —respondió Bannerman.

—Gracias.

Dennis colgó y fijó la vista hacia delante, tratando de concentrarse en la carretera.

CAPÍTULO VEINTICINCO

EL NUEVO SUBINSPECTOR, Stanley, se inclinó sobre el escritorio.

—¿Cómo ha dicho que se llama?

Tina se giró para mirarlo.

—Tina.

—No, no su nombre de pila. El que utiliza en el trabajo.

—Agente Abbott —respondió Tina con el ceño fruncido—, pero no tiene por qué llamarme así.

El subinspector sonrió y se recostó en la silla.

—Encantado de conocerla, agente Abbott.

—¿Espera que lo llame subinspector Brown?

—Todavía no nos conocemos.

—Muy bien. —Volvió a su trabajo. Estaba redactando los detalles de la conversación telefónica que había mantenido con el tutor de Vali Florescu en la Universidad de Bournemouth. El chico era un estudiante modelo, nunca se metía en líos. El tutor no sabía nada de las drogas.

—¿Frampton es el jefe, entonces?

Tina levantó la vista del ordenador.

—El sargento Frampton. Sí. En este caso, al menos.

—¿Es bueno? —preguntó el subinspector Brown.

—Muy bueno —respondió Tina—. Pero el sargento no es el jefe, en realidad. Es la inspectora Clarke. Ella dirige nuestro equipo.

—El equipo de investigación de delitos graves —dijo Brown—. Un nombre muy largo.

—Bueno, no engaña.

Brown enarcó las cejas.

—Supongo que se puede ver así.

—Ya. Bueno, tenemos trabajo que hacer.

—Sí —respondió él—. Nuestra segunda víctima es bastante escurridiza. No encuentro a nadie que coincida con él en nuestra base de datos.

Tina agarró el borde de su escritorio. ¿Acaso iba a tener que llevarlo de la manita?

—¿En qué equipo ha dicho que trabajó antes?

—En la brigada de investigación criminal de Dorchester.

—¿Ha trabajado en algún caso de asesinato?

—Sí. No soy ningún novato.

—Vale. Pues si no avanza con la identificación, quizá pueda ayudarme con estas grabaciones de seguridad. Tengo que revisar las de cuatro propiedades distintas.

—Por supuesto. —Extendió una mano.

—No se las voy a dar. Están en el sistema.

—Ya lo sabía.

Tina reprimió una carcajada.

—Bien.

Volvió a su trabajo. «Ponte a ello y deja la cháchara», pensó. Ya habría tiempo de sobra para conocerse cuando tuvieran que salir a interrogar testigos.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

LESLEY OBSERVÓ cómo Mike salía de su coche y se acercaba al de ella. Estaban en el aparcamiento de un pub a las afueras de Castillo de Corfe. La lluvia golpeaba el parabrisas y el aparcamiento estaba vacío. Era noviembre, las vacaciones de otoño ya habían pasado y no quedaban turistas. En verano, ese pub estaría a reventar, pero hoy reinaba un silencio inquietante.

Oyó un estruendo y, al volverse, vio a un zorro saltar desde un contenedor. Sonrió. Sospechaba que Dorset era más amable con la fauna salvaje fuera de temporada.

La puerta del copiloto se abrió y Mike se metió dentro, salpicándola de agua. Lesley hizo una mueca y se sacudió unas gotas de la manga.

—Hace un tiempo horrible ahí fuera —dijo Mike. Y al ver la expresión de Lesley, añadió—: Lo siento, jefa. Un poco de lluvia nunca ha detenido una investigación, ¿eh?

Lesley había lidiado con algo más que un poco de lluvia desde su llegada a Dorset.

Se metió en la boca el último trozo de la chocolatina y arrugó el envoltorio. Lo tiró al asiento trasero del coche. Tenía que dejar de usarlo como papelera, pero nunca lo vaciaba al llegar a casa como se proponía. Un día como hoy, lo único que le apetecía hacer al volver al piso de Elsa era meterse corriendo y entrar en calor.

—¿Qué tal te fue con la BBC? —le preguntó.

Mike se encogió de hombros.

—Hablé con Matt Crippins y un par de compañeros de Sadie. No saqué mucho en claro. Sadie estaba trabajando en un conflicto laboral, pero, al parecer, era prácticamente su propia jefa.

—¿Un conflicto laboral? ¿Dónde?

—En una fábrica de vidrio en Beaminster. Nada turbio, si es lo que estás pensando.

—¿Algo más?

Lesley no le había contado a Mike su reunión con Gwen Mackie. Se sentía incómoda involucrándolo en eso hasta no estar segura de que tuviera relación con la desaparición de Sadie.

Mike miró la lluvia a través del cristal.

—La cuestión es, jefa... que los periodistas de alto nivel de por aquí forman parte de una red. Se conocen todos. Políticos, empresarios, altos mandos de la policía, concejales, los de la BBC... Si Matt Crippins supiera algo así, no creo que me lo contara.

—¿Todos tíos? —preguntó Lesley.

Él se volvió hacia ella.

—Todos tíos. Tíos blancos.

Lesley suspiró.

—Eso te jode.

—Pues claro que me jode.

Mike nunca había hablado de esto antes.

—¿Quieres desafiar el *status quo*? —le preguntó ella.

—Habría pensado que eso te tocaba más a ti —carraspeó—. Si me permites que lo diga.

—Claro. Pero no te menosprecies. Eres joven, pero eres listo. No hay razón para que no formes parte de esa red dentro de unos años.

Mike resopló.

—Claro que eso significaría ir a por mi puesto, como parte de tu ascenso.

—Soy un simple cabo, jefa. No creo...

Lesley tamborileó los dedos en el volante.

—No pasa nada, Mike. Es broma. No estaré aquí para siempre, es bueno que tengas ambición. ¿Matt Crippins seguía seguro de que

Sadie había desaparecido? ¿O creía que podría haberse ido por su cuenta para investigar un caso?

—No lo sabía.

—¿Y sus compañeros? —preguntó Lesley—. ¿Pudieron decirte con quién había estado hablando Sadie?

—Nada, jefa.

—Malditos periodistas —dijo Lesley—. ¿Por qué no pueden llevar una agenda como nosotros los polis?

—Ni idea.

—¿Se había metido en líos con algún caso antes? ¿Algún trato con el crimen organizado?

—¿El crimen organizado? ¿Crees que están metidos en esto?

—Solo estoy barajando ideas —dijo Lesley.

Fuera del coche, dos personas pasaron corriendo. Lesley las vio meterse de un salto en un coche al otro lado del aparcamiento.

¿Debería compartir con Mike sus sospechas sobre Carpenter?

No. Necesitaba información más concreta. No quería meterlo en problemas.

—Vale —dijo—. Mira a ver si encuentras a alguien más con quien Sadie pudiera haber hablado. Amigos, exnovios, familia. Alguien tiene que poder decirnos algo.

—Por lo visto no tenía ni novio ni muchos amigos. Pero seguiré buscando, jefa. —Mike abrió la puerta del copiloto y volvió corriendo a su coche.

CAPÍTULO VEINTISIETE

TINA BOSTEZÓ. La noche anterior se había acostado tarde y ahora se estaba arrepintiendo. Había acortado el nombre de su nuevo compañero a Stan, pero solo había conseguido que la mirara mal. Aun así, habían acordado tutearse al menos. Todavía estaba intentando calarlo. El traje elegante, el pelo impecable y esa actitud.

Él frunció el ceño ante la pantalla y ladeó la cabeza.

—¿Has encontrado algo? —preguntó ella.

La miró.

—¿No deberías estar trabajando en tus propios vídeos?

Tina se irritó.

—Solo me he fijado en tu lenguaje corporal. Eso es todo. Avísame si hay algo en lo que pueda ayudar.

Stanley le lanzó una mirada. Tina sabía lo que se escondía tras aquella mirada: un «no necesito la ayuda de una agente de policía». Pero ella llevaba más tiempo que él en ese equipo y en ese caso.

—¿Y bien? —insistió.

Stanley se reclinó y estiró los brazos por encima de la cabeza, haciendo girar las muñecas hasta que crujieron. Tina intentó que no se le notara el gesto de desagrado.

—Es la grabación de seguridad —dijo Stanley.

—¿La de la casa?

Negó con la cabeza.

—La de enfrente.

—Pensaba que no se veía lo bastante bien.

—Se ve la carretera lo suficiente. Muestra un coche aparcado en la línea amarilla, un hombre que se baja y se dirige hacia la propiedad.

—De acuerdo.

Tina se levantó, rodeó su escritorio y se colocó detrás de él.

—¿Ese coche de ahí? —preguntó, señalando la pantalla.

—No es que haya muchos.

Tina apretó la mandíbula.

—Mira —dijo Stanley.

Rebobinó el vídeo unos minutos y lo reprodujo.

Tina observó por encima del hombro de su nuevo compañero, con cuidado de no tocar el respaldo de su silla. Vio el coche detenerse y a un hombre bajar del lado del conductor. Miró a ambos lados de la carretera, luego rodeó el vehículo y caminó hacia la entrada de la casa de Susannah Ramsay. Tras mirar un momento a través de la verja, intentó abrirla. No se movió. Volvió a mirar a ambos lados de la carretera y después regresó en dirección a la cámara.

—Está cruzando la carretera —dijo Tina.

—Espera —respondió Stanley.

Apenas se veía al hombre en la imagen, con la cabeza en la parte inferior de la pantalla. Se detuvo frente a la casa de Susannah. Unos instantes después, su cabeza se elevó un poco, como si estuviera subido a algo.

—¿En qué se ha subido? —preguntó Tina.

—Ni la más remota idea —respondió Stanley.

—¿Quizá está de puntillas?

Stanley escudriñó la pantalla.

—Si uno se comporta así en una carretera como esa, alguien se va a dar cuenta. Sugiero que alguien hable con los vecinos.

Tina lo miró.

—No hay ninguna razón por la que no podamos hacerlo nosotros mismos.

—El sargento nos ha pedido que examinemos las pruebas de las cámaras de seguridad —objetó Stanley.

—Me parece que el sargento agradecerá la iniciativa —le dijo ella.

—Deberíamos consultarlo primero. ¿Llamo a la inspectora?

—No —respondió Tina—. Al sargento.

Stanley seguía reproduciendo el vídeo. Tina miró la pantalla.

—¿Qué ha sido eso?

—No hay nada más que ver.

—Rebobínalo un minuto, por favor.

Stanley torció el gesto y rebobinó el vídeo hasta el punto en que la cabeza del hombre se había elevado en el encuadre. Tras unos instantes mirando hacia la casa, su cabeza volvió a bajar y cruzó la carretera. Se dirigió a su coche. Agarró el tirador de la puerta y observó la casa.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Tina.

—Imagino que reconociendo el terreno.

En la pantalla, el hombre se alejó de su coche.

—Ahí hay un atajo —dijo Tina—. Lleva a la playa. Va en esa dirección. Pero ¿por qué se ha parado en ese punto?

Stanley giró en su silla para mirarla.

—¿Adónde quiere llegar?

—Si yo quisiera vigilar esa casa, caminaría por la playa o daría un paseo discreto por la carretera. No llegaría con el coche, aparcaría justo delante y luego me pondría a pasear por la calle mirándola.

—Pues este lo ha hecho.

—¿Y si es una distracción? —dijo Tina—. ¿Tenemos el vídeo de la playa a la misma hora?

Comprobó la marca de tiempo del vídeo: las cuatro y cuarenta y seis de la tarde. Aún quedaba luz, por poco.

Stanley enarcó una ceja.

—Eres tú la que está recopilando las grabaciones de seguridad.

—Así es. —Tina regresó a su escritorio y encontró el correo electrónico pertinente—. Aquí está. Te lo reenvío ahora mismo.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

PRISHA VERMA ERA una mujer alta y delgada, con el pelo oscuro recogido hacia atrás. Tenía la piel cetrina y los ojos rodeados por unas profundas ojeras. Si su marido llevaba desaparecido desde el sábado, Dennis imaginó que no habría dormido mucho en las últimas noches. Entró en la sala y le dedicó la sonrisa más tranquilizadora que pudo esbozar.

—Señora Verma —empezó—, gracias por venir. Soy el sargento Frampton. ¿Le importaría que le hiciera unas cuantas preguntas sobre su marido?

—Claro —asintió—. Ya he hablado con su colega. ¿Sabe usted dónde está?

Dennis tragó saliva.

—¿Qué le contó el sargento Bannerman?

La mujer se encogió de hombros.

—Me dijo que necesitaba contactar con un colega. Supongo que es usted.

—Estoy trabajando en una investigación en la que creemos podría estar implicado su marido.

—¿Qué tipo de investigación?

—Por favor —respondió él—, permítame comprobar algunas cosas primero.

Ella le sostuvo la mirada.

—Está muerto, ¿verdad? ¿Lo han encontrado?

Su voz se había vuelto estridente.

Dennis apoyó una mano en la mesa y se dejó caer en la silla, sin apartar la mirada.

—Por favor —intentó de nuevo—. ¿Podría describir a su marido?

—Puedo hacer más que eso. —Sacó un teléfono del bolsillo de su chaqueta—. Tengo fotos suyas, cientos de ellas.

Dennis sintió que se le tensaba la mandíbula. Odiaba hacer esto.

La mujer deslizó el teléfono por la mesa. Tenía los dedos largos y delgados, con las uñas pintadas de morado.

Dennis cogió el teléfono. Ya estaba abierto en la aplicación de fotos, la pantalla llena de fotografías de esa mujer con un hombre. Ambos aparentaban veintitantos años. Él era bajo, con el pelo oscuro y rizado alrededor de las orejas. Tenía los pómulos bien definidos y un poco de acné en la barbilla.

Con cuidado, Dennis sacó su propio teléfono del bolsillo. Buscó una foto de la víctima sin identificar. Se la había hecho la forense después de que limpiaran el cuerpo. Era la mejor que tenía.

—Voy a mostrarle una fotografía que puede resultarle perturbadora —anunció—, pero necesito que me diga si este es su marido.

Ella parpadeó, mirándolo.

—Ya le he mostrado fotos suyas. ¿No puede identificarlo usted mismo?

—Lo siento, señora, pero le agradecería que pudiera confirmarlo...

La señora Verma se encogió en su silla.

—De acuerdo —susurró.

Dennis abrió la foto. Puso el teléfono sobre la mesa y lo giró hacia ella, con los ojos fijos en el rostro de la mujer. Su expresión pasó del pavor al desconcierto y, finalmente, a la conmoción.

Una lágrima cayó sobre la mesa.

—Es él.

—Mi colega dijo que su marido tenía una marca de nacimiento —dijo Dennis.

La señora Verma le sostuvo la mirada, con la mandíbula apretada. Asintió.

—Era íntima.

Se pasó la mano por la espalda, como para indicar dónde estaba.

Dennis asintió.

—Lo comprobaremos —le dijo—. ¿Puede decirme qué forma tenía la marca de nacimiento?

—Una alubia —respondió con desazón—. Era como una alubia.

Le devolvió el teléfono a Dennis, deslizándolo por la mesa, y este se tomó un momento para comparar la foto que contenía con las que ella le había mostrado en su móvil.

—¿Cuál es el nombre completo de su marido?

—Ashok Verma. ¿Dónde estaba cuando lo encontraron?

CAPÍTULO VEINTINUEVE

TRAS SEIS TONOS, Lesley estuvo a punto de colgar. Suspiró y apartó el teléfono de la oreja.

—Hola.

«Menos mal». Se lo volvió a llevar a la oreja.

—Zoe, soy yo.

—Lesley, ¿todo bien?

—No —respondió ella.

—¿Qué ha pasado? ¿Es por Sadie Dawes?

Lesley echó la cabeza hacia atrás para mirar al techo. Estaba sola en el piso de Elsa. Sabía que debería haber vuelto a la oficina, pero, dada la delicadeza de las pistas que seguía, prefería no dar pie a preguntas. En algún momento tendría que contarle a Mike en qué había estado trabajando Sadie.

—No ha vuelto de Malta —le dijo a Zoe.

—La verdad es que no me sorprende.

Lesley negó con la cabeza.

—Matt Crippins se equivocó. Es su jefe. Dijo que la aerolínea había cometido un error informático.

—¿En serio? Pero a ti te dijo que lo había comprobado. Que Sadie subió a ese avión.

—Pues no. Nadie la ha vuelto a ver desde que la viste en el acantilado el sábado de la semana pasada.

Lesley se inclinó, con la vista clavada en la alfombra. Elsa tenía buen gusto para las alfombras. Aquella era blanca con un estampado geométrico negro, suave y mullida.

—¿Quieres que vuelva? —preguntó Zoe.

—No creo que ahora sea buena idea. Mi superintendente está metiendo las narices. Me ha quitado de un caso de doble asesinato para que encuentre a Sadie.

—Lo vi —dijo Zoe—. Una mujer rica y su novio sin identificar.

—Dennis lleva el caso.

—¿No dijiste que tenía problemas de salud mental?

—Estará bien. Si alguien sabe compartimentar, es Dennis.

—Aun así —dijo Zoe—, avísame si necesitas ayuda, ¿vale?

—Mike está trabajando en ello conmigo.

—¿Sabe lo de Mackie? —preguntó Zoe.

Lesley cerró los ojos.

—Todavía no, pero voy a tener que contárselo.

—Buena suerte.

—No me va a hacer falta. Puedo lidiar con Mike.

—Cambiando de tema… —dijo Zoe—. Tu comisión de servicio termina en un mes. ¿Has decidido qué vas a hacer?

Lesley se levantó y fue hacia la ventana. El piso estaba a tres calles del mar. Si abría la ventana en verano, podía oír las olas romper en la playa, pero las vistas daban a la parte trasera de otros edificios.

Si volvía a Birmingham, tendría que encontrar una casa. Reconstruir su vida, reincorporarse con su antiguo equipo. Nada de eso le apetecía, pero estaba su hija Sharon, en quien tenía que pensar. Hacía un par de semanas que no la veía y planeaba dedicarle todo el fin de semana. Si su carga de trabajo se lo permitía.

—Perdona, te estoy presionando. ¿Estás bien? —preguntó Zoe.

—Sí. Demasiado metida en mi cabeza.

—¿Aún no te has decidido?

Creía que sí, pero…

—No —confirmó.

Si quería quedarse en Dorset, tendría que solicitar un puesto permanente de inspectora. No tenía ni idea de la competencia que

habría, ni de cuál sería la actitud de Carpenter. ¿Querría que se quedara, después de todo lo que había pasado?

—Guárdame el sitio, ¿quieres? —le dijo a Zoe.

Zoe se rio.

—Frank lo está manteniendo bien calentito con su enorme trasero.

Lesley se permitió una sonrisa. Sabía que el inspector en funciones, Frank Dawson, estaría disfrutando de la oportunidad de pavonearse ante el resto del equipo. Si ella volvía, sería su jefa de nuevo. ¿Le daría problemas?

Tragó saliva.

—Háblame de la bufanda de Sadie —le dijo a Zoe—. ¿Dónde la encontraste exactamente?

—En el acantilado, cerca de donde murió Mackie. Hice fotos antes de recogerla.

—Muy bien —respondió Lesley—. Mándamelas. Necesito todas las pruebas que pueda conseguir.

CAPÍTULO TREINTA

DENNIS ENTRÓ en la oficina y recorrió con la mirada a su reducido equipo. Tina estaba de pie detrás de Stanley, ambos concentrados en la pantalla del ordenador de él.

Bostezó, estiró los brazos y se arrepintió de inmediato. Le dolían los huesos y sentía una pesadez en todo el cuerpo. El psiquiatra de la policía le había recetado antidepresivos y los efectos secundarios empezaban a notarse. Miró hacia el despacho de la inspectora. Ni rastro de ella. ¿Podría instalarse allí?

No.

—Bueno, equipo —dijo—. Aparten las sillas, vamos a sentarnos en círculo.

Tina frunció el ceño.

—¿A qué te refieres, sargento?

—Quiero decir exactamente lo que he dicho, Tina.

—Lo siento, no era mi intención…

—No pasa nada —le dijo él—. No me hagas caso.

Tina volvió a mirar la pantalla, con expresión inquieta.

Dennis recordó cómo se sintió cuando Tina se había incorporado al equipo. Le había irritado. Era joven, entusiasta y algo inexperta, pero con muchas ganas. No había estado seguro de que fuera a estar a la altura, pero ahora estaba a punto de convertirse en una subinspectora de pleno derecho y sería un miembro permanente del equipo. Se sorprendió al darse cuenta de que le hacía ilusión la idea.

Y ahora Tina ya no era la novata. Ese papel le tocaba al subinspector Brown. Con su traje elegante y su aire de superioridad, Dennis se preguntaba cuánto llegaría a aportar.

—Por supuesto, sargento —dijo Brown.

El subinspector apartó su silla del escritorio y la colocó en el espacio cerca de las puertas. Sonrió y puso las manos sobre el regazo, a la espera. Dennis acercó su silla y Tina lo siguió. Los tres se sentaron en círculo, con algo más de un metro de distancia entre cada silla. Tina también tenía las manos en el regazo y se toqueteaba las uñas.

Dennis se dio cuenta de que se sentía estúpido.

—Volvamos a los escritorios.

—¿Y si vamos al despacho de la inspectora? —sugirió Tina.

—No, podría volver en cualquier momento. Lo necesitará para el caso de Sadie Dawes.

—¿Y qué hay de la pizarra?

Dennis miró hacia el despacho. Tina tenía razón, la pizarra estaba allí. ¿La usarían para el caso Dawes o para el de Ramsay?

—Vale —dijo. La pizarra ya tenía fotos de la escena del crimen de Ramsay.

Se levantó de la silla con esfuerzo, la empujó de vuelta hacia su escritorio y se dirigió al despacho de la inspectora.

—Acabemos con esto de una vez.

Brown y Tina lo siguieron. La pizarra no tenía muchas más cosas desde la última vez que la había revisado.

Dennis se acercó y señaló con el índice la foto del hombre.

—Bueno, ahora sabemos quién es —dijo—. Ashok Verma. Pero aún tenemos que averiguar cómo conoció a Susannah Ramsay.

—Estaba en su dormitorio —dijo Brown—. Así que eran más que amigos.

—Trabajaba para un aparejador —añadió Dennis—. No se movía precisamente en los mismos círculos que ella.

—Quizá se conocieron por internet —sugirió Brown.

—He revisado los perfiles de Susannah en las redes sociales en busca de algún rastro de él —dijo Tina—. Nada por ahora.

—¿Y las aplicaciones de citas? —preguntó Brown—. Podría haberlo conocido a través de una de ellas.

—Buena idea —dijo Dennis—. Gracias, subinspector Brown.

—Podemos llamarte Stanley, ¿no? —dijo Tina.

—Tú puedes.

El subinspector rondaba los cuarenta y pocos, llevaba un traje azul impecable, el pelo perfecto y el tipo de cara que no recordarías aunque te cruzaras con él diez veces por la calle. No tenía cara de Stanley.

—Muy bien, Stanley —dijo Dennis—. Tina, tú mira las aplicaciones de citas. Stanley, has estado con las cámaras de seguridad. ¿Tienes algo?

—Sí, sargento. Hemos estado con ello. Esto acaba de aparecer. —Stanley abrió el portátil que había traído. Tenía abierto un vídeo de la playa—. Hay cámaras montadas en los árboles detrás de la casa de Susannah. Esta tiene vistas a la playa hacia el norte y esta otra, hacia el sur.

Stanley se inclinó sobre su portátil y pulsó una tecla. Dennis observó cómo se reproducía el vídeo. Gente paseando por la playa, el sol bajo detrás de las casas.

—¿A qué hora fue esto? —preguntó Dennis.

—A las cinco de la tarde del domingo.

—Vale. ¿Hay algo en particular que deba mirar?

—Todavía no. ¿Quiere que lo ponga a cámara rápida?

—Por favor.

Stanley puso el vídeo a doble velocidad. La gente en la playa aceleró. Perros corriendo, saltando entre las olas. Árboles meciéndose a un ritmo antinatural.

Poco después, Stanley pulsó otra tecla y el vídeo se ralentizó. Señaló la pantalla.

—Es este tipo.

Tina dio dos pasos hacia Stanley y Dennis y se inclinó para ver mejor.

—Lleva un abrigo grueso —dijo ella.

—Siempre lo llevan, ¿a que sí? —respondió Stanley.

—¿Y qué está haciendo? —gruñó Dennis.

—Espere un momento y lo verá.

Observaron cómo la figura del vídeo se acercaba a la cámara. Estaba muy por debajo de ella, de modo que solo se veía la parte superior de su gorra plana y el cuello subido de su abrigo de invierno.

—¿Este tipo va a hacer algo? —preguntó Dennis—. ¿O vamos a estar aquí todo el día?

Stanley intercambió una mirada con Tina.

—Aquí. —Señaló la pantalla con la cabeza.

El hombre de la pantalla se acercó a la verja del jardín trasero de Susannah, en la parte inferior derecha de la toma. Puso una mano sobre ella y tiró. No repetidamente, ni con fuerza, ni de una manera que pudiera llamar la atención. Solo lo justo para comprobar si estaba cerrada. Lo estaba.

El hombre miró a un lado y otro de la playa. Caminó a lo largo de la valla hasta otra puerta e hizo lo mismo.

—¿Crees que está intentando encontrar una forma de entrar? —preguntó Tina.

—Podría ser —dijo Stanley.

—¿Tenemos cámaras de seguridad en la parte delantera? —preguntó Dennis.

Stanley asintió.

—Había un tipo actuando de forma sospechosa. Por eso comprobamos la parte de atrás. Aunque no estoy seguro de que sea la misma persona. No llevaba gorra.

—Pues bien —dijo Dennis—. Esa es tu próxima tarea. Busca cualquier grabación desde otros ángulos. Quiero los movimientos de este hombre desde el punto en que sale de esta toma.

Mientras lo decía, el hombre hizo exactamente eso. Salió del plano, mirando de reojo hacia el mar como si intentara parecer despreocupado. Desapareció en dirección al cabo, lo que lo llevaría por el lateral de la propiedad de Susannah.

—Consígueme la ruta de ese hombre alrededor de la propiedad y averigua si logró entrar, ¿entendido?

—Sí, sargento —dijo Stanley.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

—CABO LEGG, ¿quién habla? —Mike volvía a casa en su coche al final del día.

—Soy Matt Crippins, el jefe de Sadie Dawes.

—Matt, ¿en qué puedo ayudarle? —Mike sintió que se le aceleraba el pulso—. ¿Ha oído algo de ella?

—No, lo siento. He estado preguntando por ahí. Hay gente con la que creo que querrá hablar.

—Adelante —respondió Mike.

—Creo que podría tener un compañero de piso.

—¿Cómo se llama?

—Guy Toomey.

—¿Está seguro? —preguntó Mike. Los agentes de uniforme y los de la científica habían estado en el piso de Sadie. No habían dicho nada sobre un compañero de piso.

—No creo que tuviera permiso para subalquilar, por lo que se habría esfumado en cuanto se denunció su desaparición.

—Entonces, ¿dónde puedo encontrarlo?

—Me temo que no lo sé. El único sitio que conozco es su piso.

Mike suspiró.

—¿Hay alguien más con quien deba hablar? ¿Su familia?

—Creo que sus padres viven en Yorkshire. No creo que le sirvan de mucho.

—Podría haberse ido allí —dijo Mike—. Supongo que tendrá los datos de sus parientes más cercanos, contactos de emergencia, algo por el estilo, ¿no?

—Lo comprobaré —respondió Matt—. ¿No tienen ustedes acceso a esa clase de información?

Los de uniforme habían registrado el piso de Sadie en busca de una agenda de direcciones o un diario. Su portátil y su teléfono, los lugares donde se esperaría que guardara ese tipo de información, no aparecieron por ninguna parte.

—Por favor, envíeme lo que pueda —dijo Mike.

—Lo haré.

—Y si se le ocurre algo más...

—Le llamaré en cuanto lo tenga.

—Por cierto —preguntó Mike—, ¿cómo ha conseguido mi número de móvil?

El hombre rio.

—Soy periodista.

Mike colgó, con el vello de la nuca erizado, y llamó a la inspectora. Pero le saltó el buzón de voz.

—Jefa, soy Mike. Matt Crippins me ha dado una posible pista. Sadie tiene un compañero de piso. Voy para allá ahora por si lo pillo en casa.

Media hora más tarde, se detenía frente a una hilera de tiendas en Upper Parkstone. El piso de Sadie estaba encima de un restaurante de pizzas para llevar. Pulsó el timbre y retrocedió para mirar las ventanas del primer piso. Había una luz encendida.

El interfono crepitó.

—¿Quién es?

—Soy el cabo Legg. Investigo la desaparición de Sadie Dawes. ¿Es usted Guy Toomey?

—Mierda. No habrá hablado con el casero, ¿no?

—No me importa el subalquiler, si es eso lo que le preocupa. ¿Va a dejarme pasar?

—Sí, perdone. Suba.

La puerta se abrió con un zumbido y Mike la empujó. Pasó por encima de un montón de correo y subió un estrecho tramo de

escaleras. Olía a curri rancio mezclado con desinfectante. Al final de las escaleras había una única puerta, que se abrió justo cuando llegaba. Un hombre bajo y delgado, con el pelo castaño y de punta, se plantó delante de él. Se rascó la cabeza y bostezó.

—Lo siento, colega, acabo de despertarme.

Mike frunció el ceño. Eran más de las siete de la tarde.

—Trabajo por las noches —explicó el hombre—. Soy celador en el hospital de Poole.

—Ah. Siento molestarle.

—No pasa nada. Esperaba que volvieran en algún momento.

—¿Este es el piso de Sadie? —preguntó Mike.

—Me alquila una habitación. He estado revisando sus cosas, a ver si dejó algo que me diga adónde ha ido. No encuentro nada, pero quizá usted tenga más suerte.

—La científica ya ha estado aquí. No me extraña que no haya encontrado nada.

—Ah. —Se rascó la cabeza—. Tiene sentido.

—Entonces, ¿cuál es su habitación? —preguntó Mike.

Guy señaló hacia una puerta cerrada.

—Esa.

Mike se metió la mano en el bolsillo en busca de guantes, pero recordó que ya no los necesitaba. Puso la mano en el pomo de la puerta.

—¿Cómo la dejó? —preguntó.

—Bastante ordenada. Así era Sadie, mantenía sus cosas ordenadas. Según decía, le ayudaba a que el cerebro le funcionara.

—No hable de ella en pasado —dijo Mike—. Está desaparecida, eso es todo.

Guy se sonrojó.

—Sí, tiene razón. Lo siento. —Inclinó la cabeza.

Mike abrió la puerta y miró dentro. En efecto, la habitación estaba ordenada. La cama hecha con el edredón extendido y liso sobre ella. En un tocador, frascos de cosméticos y productos para el pelo estaban alineados por orden de altura. Un montón de cuadernos reposaba en la mesilla de noche. Los zapatos estaban colocados bajo la ventana y las cortinas, abiertas. O bien era una

habitación que se ordenaba habitualmente, o una que alguien había dejado así al saber que iba a estar fuera un tiempo.

—¿Sadie habló de irse a alguna parte? —preguntó.

—Nada, colega. Lo siento. ¿Quiere un café?

—Por favor.

Eso le quitaría al hombre de encima mientras echaba un vistazo a la habitación. Mike entró e inspeccionó las paredes. Los cuadros eran sosos: láminas decorativas del tipo que le gustaban a su madre. Aparte de la ropa y los cosméticos, había pocos efectos personales de la mujer que viviera allí. Los cuadernos estaban en blanco. Si había algo que encontrar, Gail y su equipo ya lo tendrían.

Se dirigió a la cocina, donde Guy había servido dos tazas de café instantáneo. La cocina estaba menos ordenada: manchas de café en la encimera y el cubo de basura rebosaba. Le tendió una taza a Mike.

—¿Azúcar?

—No, gracias. —Mike tomó un sorbo. Estaba amargo—. Entonces, ¿cuándo fue la última vez que la vio?

—Hace unos diez días. El viernes de la semana pasada, sí.

—¿Y dijo algo de irse a alguna parte?

—Había reservado unas vacaciones en Malta, que es donde yo creía que estaba. Luego me llamó su oficina preguntando si iba a ir a trabajar, eso fue ayer por la mañana. Supuse que se había quedado en Malta un poco más.

—¿Le dio datos de contacto para Malta?

—Lo siento. No tenemos tanta confianza.

—¿En qué estaba trabajando antes de desaparecer?

Guy ladeó la cabeza.

—¿No lo sabe?

—¿Por qué iba a saberlo? —preguntó Mike.

—Supuse que lo sabrían todo sobre lo que estaba haciendo.

—¿Por qué? —volvió a preguntar Mike.

—Porque estaba investigando la muerte de uno de los suyos. De un inspector, al parecer.

—¿Qué inspector?

—No recuerdo el nombre. Un escocés que se tiró por un acantilado. Sadie creía que lo asesinaron. Una especie de asesinato por venganza.

Mike apretó la taza con más fuerza.

—¿Qué quiere decir con «asesinato por venganza»?

—Lo siento, no siempre prestaba atención cuando hablaba. Tenía todo tipo de ideas. Pero sí, ahora recuerdo su nombre. Mackie, el inspector Mackie. Recuerdo que habló de ello cuando pasó. Hizo el reportaje en la cima del acantilado donde lo mataron. De hecho, me dijo que iba a ir allí el fin de semana pasado. Supongo que habrán enviado a alguien allí, ¿no?

Mike miró a Guy. Su cerebro se había detenido en seco.

¿Sadie estaba investigando la muerte de Mackie?

¿Por qué?

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

DENNIS ESTABA de pie frente a la pizarra de la oficina de la inspectora, con las manos metidas en los bolsillos. Todavía estaba dedicada al caso de Susannah Ramsay. El caso de Sadie Dawes, en el que trabajaba la inspectora, aún no se había hecho un hueco en la pizarra, y tal vez nunca lo haría. Dennis se preguntó cuánto le habría contado Lesley a Mike sobre por qué Sadie podría haber desaparecido. La mujer había estado investigando la muerte del inspector Mackie. Había hablado con Dennis y él la había mandado a paseo.

La puerta se abrió y al girarse vio a Tina entrando con el nuevo subinspector. Dennis saludó con la cabeza al subinspector Brown. Stanley le devolvió el gesto. El hombre parecía una incorporación positiva al equipo. Era práctico, directo y no perdía el tiempo en formalidades. Ni en intentar ligar con Tina, a diferencia de Mike. Dennis se había fijado en que ambos llegaban juntos y no le parecía nada bien. Solo podía acarrear problemas.

—A ver —empezó—, repasemos lo que tenemos.

Se volvió hacia la pizarra.

Tina se acercó y colgó otra foto, una imagen de una cámara de seguridad.

—¿De dónde es esto? —preguntó Dennis.

—De la cámara de seguridad de la playa —respondió Tina—. También hemos comprobado la grabación de una casa vecina. El

hombre que estaba forzando la verja de atrás rodeó la casa por el lateral. Entró por una verja que hay allí.

—¿Forzó la entrada?

—Yo no diría eso —dijo Stanley—. O tenía una llave, o sabía lo que hacía.

Dennis frunció el ceño.

—¿Cómo sabemos que era el mismo hombre?

Stanley señaló la foto.

—Por esto.

El hombre llevaba una boina parecida a una que tenía el propio Dennis.

—No tiene nada de particular —dijo Dennis.

—El hombre es joven —replicó Stanley—. Veintitantos, treinta y tantos, tal vez. Por su forma de andar, tiene brío en el paso. No hay muchos jóvenes que lleven boina.

Dennis se volvió hacia él.

—¿Y esos hípsters de ahora no las llevan?

Tina reprimió una sonrisa. Dennis le lanzó una mirada.

—Ya lo sé, Tina —dijo—. No esperabas que un carcamal como yo hubiera oído hablar de los hípsters, y mucho menos que sepa que les gusta llevar boinas.

La agente le devolvió la mirada, torciendo la boca.

—Lo siento, sargento.

—Entonces, ¿tenemos más fotos?

—Sí. —Tina colgó otras dos fotos. Dennis se inclinó para mirarlas.

Podría ser el mismo hombre, pero no podía estar seguro. Una boina y la forma de un abrigo no eran gran cosa en una investigación de asesinato.

—Y está esto. —Stanley colocó un portátil sobre el escritorio y reprodujo un vídeo. Mostraba al hombre de la gorra abriendo la verja lateral de la casa y desapareciendo dentro.

—¿Entra en el edificio?

—Eso no podemos verlo —dijo Tina—. Pero un minuto y diez segundos después, ocurre esto.

Stanley pulsó una tecla y la pantalla se quedó en negro.

—¿El qué? —preguntó Dennis.

—Alguien desactiva la cámara de seguridad —dijo Stanley—. Después se queda apagada para siempre.

—¿Solo la de la parte delantera?

—La delantera y la trasera.

Dennis negó con la cabeza.

—¿Tenemos grabaciones de otras casas que cubran ese ángulo?

—No del período de tiempo posterior a este, no —dijo Tina.

—¿No tenemos la llegada de Inés Pérez y Vali Florescu?

—Me temo que no —respondió Tina.

—Ya veo —dijo Dennis—. Mirad a ver si se puede mejorar algo de esto. —Se acercó a la pizarra. Ahora había un retrato de Ashok Verma, uno que su mujer había proporcionado—. ¿Y habéis buscado a Ashok Verma en nuestra base de datos?

—No hay registro de él en el HOLMES —dijo Tina.

—¿Y su coche? ¿Ha aparecido ya?

—Los agentes lo encontraron en un aparcamiento en… —Tina consultó su libreta— Branksome. Eso fue esta mañana temprano. Alguien informó de que unos críos estaban intentando forzarlo.

—¿Qué hacía en Branksome?

—Quizá quedó allí con Susannah —respondió ella—, y luego cogieron el coche de ella.

—O un taxi —sugirió Dennis—. Ambos tenían alcohol en sangre.

Tina y Stanley asintieron.

Dennis tomó aire.

—Id a ver qué dejó Verma en su coche. Esperemos que sea el móvil, para empezar. O un portátil. Necesitamos saber cómo se conocieron Susannah y él. Y tenemos que considerar la posibilidad de que él fuera el objetivo, no ella.

—¿Usted cree, sargento? —preguntó Stanley—. Por la forma en que estaba colocada…

Dennis sabía, por su último caso, que no debía fiarse de la posición de un cadáver. Podía ser significativo, pero también podía estar pensado para despistarlos.

—Eso podría no ser relevante, Stanley.

—De acuerdo. —El subinspector se quedó quieto, mirando fijamente a Dennis.

—De acuerdo, entonces —dijo Dennis. No le gustaba que lo miraran así—. Que la inspectora no esté aquí no significa que vayamos a quedarnos de brazos cruzados todo el día.

—Lo siento, sargento. —Tina se levantó.

Dennis gruñó. Hizo un gesto con la mano para que se fueran.

—Encontrad todo lo que podáis sobre Ashok Verma. Y seguid investigando los negocios de Susannah Ramsay.

—Jefe. —Tina abrió la puerta y Stanley la siguió, lanzándole una mirada recelosa a Dennis.

Dennis se preguntó si estaría informando a su comisaría de origen. Apretó el puño dentro del bolsillo. Caminó hacia la pizarra con paso pesado. Por fin oyó cerrarse la puerta. Dejó que su cuerpo se desplomara y cerró los ojos. A lo mejor necesitaba otra cita con el psiquiatra de la policía.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

DENNIS SALÍA del edificio justo cuando Lesley bajaba de su coche. Lo observó apresurarse hacia el suyo. Su lenguaje corporal delataba agitación y tenía la cara roja. El pelo que normalmente se peinaba hacia atrás sobre la coronilla estaba revuelto y le caía sobre los ojos.

¿Qué había pasado?

Se acercó a él.

—¿Dennis, está todo bien?

Él se detuvo y la miró fijamente, como si lo hubiera sacado de un trance.

—Jefa.

Lesley frunció el ceño.

—¿Qué ha pasado? ¿Es por el caso?

—No es nada, jefa. Estoy frustrado, eso es todo. No estamos progresando como me gustaría. —La miró por un momento, como si fuera a decir algo más. Apretó los labios.

—Dennis, ¿estás seguro de que te encuentras bien?

El sargento echó los hombros hacia atrás con rigidez.

—Estoy bien, es solo que...

Su mirada se deslizó por la fachada del edificio hasta los amplios ventanales del despacho de Lesley.

—Tengo que volver a subir, no debería haber...

—¿No deberías haber hecho qué? —preguntó Lesley.

—Déjame que me encargue yo solo —espetó de repente.

Aquello no le gustó nada. Había dejado a Dennis encargado de un caso complicado y ahora parecía estar perdiendo los estribos. Nunca lo había visto así.

—Dennis, ¿has hablado con el psiquiatra de la policía?

Él parpadeó y la miró.

—Todavía no.

—¿Y lo vas a hacer?

—Si lo necesito, lo haré.

—Yo creo que lo necesitas.

Dennis negó con la cabeza.

—No tienes que preocuparte por mí.

Lesley apretó los dientes.

Dennis era de los que escondían los problemas bajo la alfombra, se centraba en el trabajo e ignoraba el impacto que tenía en él.

—Si creo que estás teniendo problemas —le avisó—, me aseguraré de que concierte esa cita.

—No es necesario que lo hagas.

Lesley asintió.

—Esperemos que no. Cambiando de tema, ponme al día sobre el caso.

Él se estremeció.

—¿Entramos? Hace frío aquí fuera.

Lesley llevaba un abrigo de lana azul, su favorito. Había conseguido no mancharlo de barro hasta ahora. Dennis, en cambio, llevaba su chaqueta de *tweed*, la misma que usaba todo el año. Se preguntó si acababa de notar el frío.

—Claro —dijo Lesley—. Vamos.

Entraron en el edificio y se dirigieron a las escaleras que subían a su oficina.

—¿Qué tienes hasta ahora? —preguntó mientras caminaban.

—No mucho. No creo que podamos imputar a Inés Pérez. Sabemos que nos ha mentido, pero la fiscalía dice que no es suficiente para acusarla.

—¿Y su novio? —preguntó Lesley—. ¿El chico rumano?

—Sigue detenido, tenemos que volver a hablar con él. Pero ahora tenemos a un hombre en las grabaciones de las cámaras de

seguridad entrando en la propiedad.

—¿Sabéis quién es?

—Todavía no.

—¿Han identificado ya a la segunda víctima?

Él dejó de caminar.

—Ay sí, perdona. Te lo debería haber dicho ya.

Lesley se clavó la uña del pulgar en el bolsillo. Era evidente que Dennis tenía la cabeza en otra parte. Tendría que vigilarlo más de cerca.

—¿Quién es, entonces?

—Se llama Ashok Verma. Su esposa acudió a una comisaría de la zona esta mañana a denunciar su desaparición. Ha confirmado la identidad a partir de una fotografía.

—¿Qué relación tenía con Susannah Ramsay?

Estaban en lo alto de las escaleras, en el pasillo.

—Todavía no lo sabemos —dijo Dennis—. Tina y Stanley lo están investigando. Encontraron su coche en Branksome.

—¿Stanley?

—El subinspector Brown. El chico nuevo.

—¿Cómo se está adaptando?

—Bien.

—Vale. Tendrás que encontrar la conexión entre ese tal Verma y Susannah Ramsay. Te ayudará a entender sus movimientos del domingo por la noche y si ambos eran las víctimas previstas o si uno de ellos simplemente estaba en el lugar equivocado en el momento equivocado.

—Tenía que ser ella la víctima prevista. Era su casa.

—No tiene por qué.

—Tenemos a un hombre que entró antes por la puerta lateral. Y luego la grabación de las cámaras se corta por completo.

—¿A qué hora volvieron Susannah y Ashok a la casa?

—No lo sabemos. La asistenta dice que Susannah se fue antes de la comida, supuestamente de vacaciones. Ella no la vio, pero para entonces la casa estaba vacía.

—Así que, en algún momento entre la hora de la comida y las diez de la noche, regresó con Ashok Verma.

—Sí, jefa.

—Y no tenéis grabaciones de eso.

—No.

—Lo que significa que llegaron después del hombre que habéis visto.

Dennis parpadeó, desconcertado.

—Sí. Eso tiene sentido.

—¿No ha salido nada de las casas vecinas?

—Nada, jefa. No es ese tipo de calle.

—Ya. —Lesley miró las puertas de la oficina—. Pues mantenme informada. Y avísame si encuentras algo más sobre el hombre de las cámaras.

—Sí, jefa —dudó—. ¿Y tu caso? ¿Qué hay de Sadie Dawes?

Negó con la cabeza.

—No hemos avanzado mucho todavía. Pero no te preocupes, estamos en ello.

—¿Hablaste con Gwen Mackie?

—¿Conocías bien a la mujer?

—No mucho. —Su rostro se ensombreció.

Lesley apartó a Dennis hacia un rincón. El despacho de Carpenter estaba al otro lado del pasillo y no quería que los oyera.

—Gwen sospechaba que hubo un encubrimiento —dijo—. ¿Sabes algo de eso?

Dennis la miró parpadeando, con la espalda contra la pared.

—No sé de qué me hablas.

—¿Cómo estaba Carpenter cuando Mackie murió?

—¿A qué te refieres?

—¿Cómo reaccionó? ¿Se sorprendió? ¿Se mostró profesional? ¿Afectado?

Dennis frunció el ceño.

—No lo recuerdo. —Se mordió el labio inferior—. No veo qué tiene que ver con la desaparición de Sadie.

—Si ella descubrió algo, alguien podría estar intentando silenciarla.

—El inspector Mackie se suicidó. Dejó una nota.

Lesley apartó la mirada de él. Sintió ganas de golpear la pared.

—Creo que eso todavía está por ver.

—Según el forense no.

—Bueno. —Se apartó—. Tú mantenme al día sobre el caso de Sandbanks, ¿de acuerdo?

Dennis asintió.

—¿Y tú me informarás sobre el caso de Sadie Dawes?

—Si es necesario, sí —respondió Lesley. Observó cómo Dennis se alejaba. No pareció sorprendido cuando le había preguntado por Carpenter. Igual no debería haber dicho nada. Y si no le sorprendía la pregunta, ¿por qué no?

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

A LA MAÑANA SIGUIENTE, mientras Lesley aparcaba su coche frente a la oficina, vio a Mike más adelante. Caminaba deprisa, con la respiración agitada. Parecía molesto.

Se bajó del coche y se apresuró a alcanzarlo antes de que entrara en el edificio, y lo llamó por su nombre.

Él se sobresaltó y se detuvo. Se dio la vuelta, apretando y aflojando los puños.

Lesley se acercó a él.

—¿Está todo bien, Mike?

—Necesito hablar contigo. —Miró hacia el edificio—. Pero en la oficina no.

—Vayamos a mi coche.

Lo guio por el aparcamiento hasta su coche, preguntándose de qué se trataba todo aquello.

Mike se sentó en el asiento del copiloto, a su lado, con el lenguaje corporal tenso.

Lesley se volvió hacia él.

—¿Qué ha pasado? Dime por favor que has descubierto algo.

Mike negó con la cabeza y mantuvo la vista al frente.

—He hablado con el compañero de piso de Sadie Dawes.

—No sabía que tuviera compañero de piso.

El cabo se giró hacia ella.

—Intenté llamarte para informarte, pero no contestabas. Supuse que preferirías que siguiera adelante.

Lesley asintió.

—Gracias por la iniciativa. ¿Te dio algo útil?

Mike tragó saliva. Se volvió de nuevo para mirar hacia delante.

—Me ha dicho en qué estaba trabajando Sadie.

Lesley dejó escapar el aire. Así que de eso se trataba.

—El inspector Mackie —masculló.

Mike asintió, con la mandíbula apretada.

—Debería habértelo dicho —admitió Lesley.

Otro asentimiento.

Lesley alargó una mano y la retiró antes de llegar a tocarlo.

—Era un asunto delicado —le dijo—. El superintendente podría estar implicado.

—¿Y el sargento? —Se volvió hacia ella—. ¿Él lo sabe?

—Sabe que Sadie estaba investigando la muerte de Mackie, pero eso es todo. No sabe más de lo que tú sabes ahora. Quizá incluso menos. He estado haciendo esto por mi cuenta. —Tomó aire—. Sadie se puso en contacto conmigo.

—¿Cuándo?

—La semana antes de desaparecer. Mientras trabajábamos en el caso de Paul Watson.

Mike parpadeó.

—Así que por eso trajiste a la colega esa de las Midlands.

—Sí.

Mike frunció el ceño. Sabía tan bien como ella en qué tipo de lío podrían haberse metido. Pero no fue así. ¿Por qué?

—De acuerdo, Mike —suspiró Lesley—. Esto es delicado. Tú no eras tan íntimo con Mackie como lo eran Dennis y Johnny, así que espero poder confiarte esta información.

—Podrías haber confiado en mí hace dos semanas.

—Han pasado más de dos semanas.

—¿Cuánto tiempo?

—Desde julio. Gail me llevó a los acantilados, encima de donde lo encontraron. Dejó claro que no pudo haber sido un suicidio.

Mike asintió, sin decir nada.

—Después de mi conversación con Gail, empecé a indagar. Descubrí que Mackie era feliz en su jubilación. No había depresión, ni indicios de pensamientos suicidas. La nota...

—El grafólogo dijo que la nota estaba escrita con su letra —dijo Mike.

Lesley asintió.

—He hecho que la revisen.

—¿Significa eso que alguien lo obligó a escribirla?

—Es posible —asintió Lesley—. La pregunta es, ¿quién?

—¿Alguna hipótesis? —preguntó Mike mientras se inclinaba hacia ella.

—No.

Lesley se reclinó en el asiento. No le gustaba no tener ninguna hipótesis sobre quién había matado a Mackie. ¿Había sido un antiguo detenido, fuera de la cárcel y enfadado con él? ¿O algo más siniestro?

Su mente retrocedió al caso en el que había trabajado justo antes de irse de Birmingham. Crimen organizado. Corrupción policial. No parecía ser eso a lo que se estaba enfrentando aquí.

—No lo sé. Pero, Mike, ahora mismo la prioridad es encontrar a Sadie Dawes. Ya nos preocuparemos por Mackie después.

—¿Crees que quienquiera que mató a Mackie la tiene?

—No sé qué pensar. Podría haberse escondido. Creo que tenía información, que había descubierto algo que aún no sabemos.

—¿Y Finch sabía todo esto?

—Lo siento, Mike —asintió Lesley—. La traje porque no conocía a Mackie. Al principio, cuando apenas empezaba con el equipo, no tenía ni idea de dónde residían las lealtades de cada uno. No sabía en quién podía confiar.

—Puedes confiar en mí.

—Eso lo sé ahora. Se acabaron los secretos.

Mike le puso una mano en el brazo. Ella se volvió hacia él, tratando de obligarse a relajarse.

—¿De verdad? ¿Lo dices en serio?

Ella se enderezó.

—Mike, sigo siendo tu inspectora.

—Me mentiste. —Retiró la mano—. Estaba allí, hablando con el compañero de piso de Sadie Dawes, y me sentí como un idiota. Él sabía más que yo sobre lo que ha estado pasando, más que cualquiera de nosotros. Incluso más que tú.

—Lo sé —admitió Lesley—. Y eso es algo que tenemos que rectificar.

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

TINA SE RECOSTÓ en la silla y observó a Stanley frente a su ordenador. La oficina estaba en silencio. El único sonido era el de los dedos de Stanley sobre el teclado. Comprobó la hora en el reloj que había sobre la puerta: las nueve y media de la mañana.

—¿Dónde está todo el mundo? —preguntó.

Stanley se encogió de hombros.

—No es asunto mío. Yo me limito a mi trabajo. —La miró por encima del escritorio—. Tú también deberías.

Tina se levantó y estiró los brazos.

—No me gusta. Normalmente, la jefa viene y hacemos un repaso de cómo vamos al empezar el día.

Stanley se encogió de hombros.

—Está con otro caso, ¿no? El sargento está al mando, y su forma de trabajar es distinta.

Tina gruñó. Volvió a sentarse en la silla. Tenía que hacer unas llamadas a los compañeros de Susannah en Londres. Debía ponerse a ello y quizá tendría alguna noticia para cuando llegara el sargento.

—Mira —dijo Stanley, con el ceño fruncido—, ya tenemos los registros telefónicos.

—¿Los registros de quién? —preguntó Tina.

—Los de Vali Florescu e Inés Pérez. Llegaron anoche.

—¿Por qué no me pasas uno y nos encargamos de uno cada uno?

—Vale —asintió Stanley—. Tú con Inés, yo con Vali.

—Gracias.

Abrió su correo electrónico y vio el mensaje que Stanley le había reenviado. Eran los datos del teléfono de Inés de la noche del asesinato. La triangulación de las antenas de telefonía les proporcionaba un mapa de sus distintas ubicaciones.

Abrió la imagen adjunta. Era un plano de las calles de los alrededores de Bournemouth y Poole, con marcadores que indicaban dónde había estado Inés. Tina hizo clic en cada uno y apareció una etiqueta que le indicaba la hora a la que Inés había estado en cada punto.

Su recorrido estaba claro. Pasó la mañana en la casa y salió por la tarde. Parecía que se había ido de compras a Bournemouth. Después, de vuelta a la casa, media hora allí y regresó a Bournemouth sobre las siete de la tarde. Había pasado la noche allí, moviéndose entre tres lugares distintos, todos pubs por lo que Tina pudo deducir. Y luego, a las diez de la noche, había regresado a Sandbanks, siguiendo la carretera que pasaba por Branksome Chine. Coincidía con lo que Inés les había contado: que volvió en autobús con Vali.

—Esto encaja con su versión —dijo Tina—. No estuvo mucho tiempo en la casa. Luego salió hasta que volvió y encontró los cadáveres.

Stanley la miró por encima del escritorio.

—El de Vali es parecido. Estuvo todo el día en el campus de la Universidad de Bournemouth y parece que por la noche fue al centro. ¿Coincide con el de Inés?

Tina leyó en voz alta los tres lugares donde Inés había estado por la noche.

Stanley asintió.

—Los mismos tres pubs. Salieron juntos. Y luego vuelven a Sandbanks a las diez.

—Yo también —confirmó Tina.

La miró por encima de la pantalla.

—No nos están mintiendo. Al menos no sobre dónde estuvieron. Ambos estaban en Bournemouth en el momento de los asesinatos.

—Correcto —asintió Tina—. No pudieron ser ellos quienes mataron a Susannah y a Ashok.

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

MAYFAIR HOUSEKEEPING SERVICES ocupaba una oficina encima de una hilera de tiendas en Dorchester. Fuera había dos pequeños coches con el logotipo de la empresa, azul sobre fondo amarillo. Dennis pulsó el timbre y retrocedió para mirar las ventanas del primer piso.

—¿Quién es?

Se acercó al interfono.

—Sargento Frampton, de la policía de Dorset. Necesito hablar con el gerente.

—Ah. —Hubo una pausa—. Será mejor que entre, entonces.

El interfono sonó y Dennis entró. Una puerta daba a una tienda en un lateral, y otra se encontraba frente a él. *Mayfair Housekeeping Services* estaba grabado en el cristal. La empujó y subió las escaleras que había detrás.

Al final de la escalera encontró a una joven sentada detrás de un escritorio. Llevaba una camisa con el logotipo de la empresa. La camisa parecía almidonada y perfectamente planchada. Dennis dio el visto bueno. Sus camisas siempre estaban impecables.

Se acercó al escritorio, con su identificación en la mano.

—¿Está el gerente? Bernard Timms, ¿correcto?

—Sí, está. —La mujer se expresaba bien y estaba maquillada con discreción. Dennis se preguntó cuánta gente entraría sin cita previa

o si ella era, simplemente, la voz de la empresa al teléfono—. Pase por ahí, por favor.

Señaló una puerta, que se abrió en cuanto Dennis levantó la vista. Salió un hombre con la mano extendida. Rondaba los cincuenta y tantos, con un pelo castaño que parecía teñido. Él también llevaba una camisa recién planchada, solo que la suya no lucía ningún logotipo.

—¿Señor Timms? —preguntó Dennis.

—El mismo. Imagino que querrá hablar conmigo sobre el asesinato de la señora Ramsay. Un asunto terrible, trágico. —Se hizo a un lado e indicó a Dennis con un gesto que entrase en su oficina.

El espacio era pequeño y estaba amueblado con austeridad, pero limpio. Dennis se sentó en una silla frente al escritorio y Timms se acomodó en la de enfrente.

—¿Sabe que tenemos a una de sus empleadas bajo custodia? —preguntó Dennis.

El rostro de Timms se ensombreció.

—Inés Pérez. Le conseguí un abogado. ¿Cómo está?

Dennis ignoró la pregunta.

—¿Cuánto tiempo llevaba Inés trabajando para Susannah Ramsay?

Timms echó un vistazo al ordenador que había sobre su escritorio.

—Quince meses. Llegó de España el verano pasado y empezó a trabajar para Susannah directamente. No hemos tenido ninguna queja. Su supervisora inspecciona la casa cada quince días y siempre ha quedado satisfecha con su trabajo.

—¿Y la señora Ramsay estaba contenta con ella?

—Bueno, como ya dije, no hemos recibido ninguna queja. No puedo decirle mucho más, pero supongo que eso significa que estaba contenta.

—¿Qué tipo de sueldo recibe Inés?

—¿Cree que podría haber querido complementar sus ingresos robándole a la señora Ramsay?

—No creemos nada. ¿Su sueldo?

—Está bien para el sector. Les pagamos un cincuenta por ciento por encima del salario mínimo. La mayoría de las empresas de limpieza se ciñen al mínimo. Pero nuestros clientes esperan más, así que nos aseguramos de que nuestras chicas estén bien compensadas.

—¿Y cuánto estaría pagando la señora Ramsay a su empresa por los servicios de Inés?

—Lo suficiente para cubrir nuestros gastos generales, los impuestos y pagar a nuestros otros empleados, si es eso lo que se pregunta. —Apoyó la barbilla en el puño—. No veo por qué eso es relevante.

—Solo recabo información. —Tina ya había llamado a la empresa y se había hecho pasar por una posible clienta, así que sabía cuáles eran sus tarifas. Solo quería saber cómo de franco era Bernard Timms al respecto—. ¿Describiría a Inés como una persona de confianza?

—Bueno, lo habría hecho antes de que todo esto sucediera… —Timms chasqueó la lengua—. Tenemos una política estricta de no enviar a chicas a casas sin investigarlas a fondo. Hacemos todas las comprobaciones de antecedentes pertinentes antes de contratarlas y nos aseguramos de que se actualicen cada año. —Resopló—. Supongo que no se puede acertar siempre.

—¿Le sorprendió que arrestaran a Inés?

—En realidad, no.

—¿No?

Timms se removió en su asiento.

—Bueno, fue ella la que encontró los cuerpos, ¿no? Veo suficientes programas de asesinatos como para saber cómo van estas cosas.

Dennis sintió ganas de poner los ojos en blanco. Si le dieran una libra por cada testigo que se creía experto en procedimientos policiales por ver el *CSI*…

—La señora Ramsay estaba con alguien cuando murió, una segunda víctima.

Un músculo se contrajo bajo el ojo izquierdo de Timms.

—¿Ah, sí?

—Se llamaba Ashok Verma. Ash, para sus amigos. ¿Le suena de algo?

Timms sostuvo la mirada de Dennis.

—De nada.

—¿Está seguro de que no ha oído ese nombre antes?

Timms sonrió.

—No he oído hablar de ese hombre en mi vida. Solo teníamos una clienta en esa propiedad. La señora Ramsay fue la única persona presente en la entrevista inicial con esta empresa.

Dennis tomó una nota en su libreta.

—¿Ha tenido algún contacto con Inés desde que la detuvimos?

Timms inspiró hondo.

—No. Es que… bueno, estamos muy avergonzados por todo este asunto.

«No me extraña». Dennis sacó su tarjeta.

—Si se le ocurre algo que pueda ser pertinente, por favor, llame a este número.

—Por supuesto. Cuanto antes podamos resolver todo esto, antes volverá mi negocio a la normalidad. Espero que pueda construir un caso sólido contra Inés.

—¿Cree que fue ella?

—Bueno, la han detenido, ¿no? Supongo que ustedes saben lo que hacen. Ahora lamento haber contratado a esa chica.

CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

GAIL ESTABA en el dormitorio de la casa de Sandbanks cuando entró Lesley. Levantó la vista y se estiró al verla.

—Creía que estabas trabajando en el caso de Sadie Dawes.

—De eso quería hablarte —dijo Lesley.

Gail bostezó y se rascó la mejilla.

—Vamos fuera.

La guio a través de la casa hasta el salón trasero y salieron por las puertas correderas.

—¿Ya habéis revisado todo esto? —preguntó Lesley.

—Brett y un par de chicos más se encargaron de toda la casa. Aún nos queda terminar el dormitorio, pero lo tendremos listo hoy mismo sin falta. La asistenta ya podrá volver.

—Pensaba que estaba detenida.

Gail negó con la cabeza.

—Acabo de hablar con Tina. Los registros telefónicos la sitúan a ella y a su novio en Bournemouth a la hora de los asesinatos.

A Lesley se le hizo un nudo en el pecho.

—¿Así que ahora mismo no hay ningún sospechoso?

—Que yo sepa, no. A no ser que Dennis se esté callando algo. ¿Has hablado con él últimamente?

—He estado algo ocupada —replicó Lesley—. No necesita que lo lleven de la mano.

—Ha estado de un humor de perros con el equipo —le dijo Gail —. Y, por lo visto, hoy todavía no ha aparecido por la oficina.

Lesley miró el reloj de su muñeca.

—Eso no es propio de él.

—Podría estar por ahí, siguiendo alguna pista, pero lo normal es que diera señales de vida.

Lesley asintió.

—Hablaré con él. A ver qué pasa.

Gail se apoyó en uno de los altos árboles que separaban la casa de Susannah de la playa.

—¿Para qué me necesitabas?

—Sadie tenía una reunión con una subinspectora de las Midlands en el acantilado el día que desapareció.

—¿Por qué?

—Se llama Zoe Finch —respondió Lesley—. Le pedí que hiciera una investigación inicial. Puede que asustara a Sadie.

—¿De quién fue la idea de la reunión?

—De Sadie.

—¿Pero no llegaron a reunirse?

Lesley negó con la cabeza.

—La subinspectora Zoe Finch encontró la bufanda de Sadie en el acantilado. Pensó que Sadie había desaparecido, pero su productor dijo que se había ido de vacaciones.

—Ya hemos analizado la bufanda. Tiene pelos que coinciden con los de Sadie del cepillo que cogimos de su piso. No encontramos nada más sospechoso.

—No creo que se le cayera la bufanda sin más.

—¿Crees que le pasó algo en el acantilado? ¿Tenemos que acordonar el lugar?

—Fue hace once días —dijo Lesley—. No estoy segura de que sirviera de mucho.

—Aun así...

—Vale. Cuando terminéis aquí, ¿podéis ir al acantilado y revisar la zona?

—Por supuesto. ¿Quieres que busque similitudes con la muerte de Mackie?

Lesley miró a su colega.

—Sí, por favor.

—Muy bien. —Gail miró hacia el mar y luego de nuevo a Lesley —. Puede que tenga algo que te ayude. Si aún crees que la muerte de Mackie y la desaparición de Sadie están relacionadas.

—¿El qué?

—Está en el laboratorio forense. ¿Tienes tiempo para ir a Dorchester cuando termine aquí?

CAPÍTULO TREINTA Y OCHO

TINA echó la silla hacia atrás y miró a Stanley.

—Tenemos que contárselo al sargento.

Stanley asintió. Hoy llevaba otro traje elegante, esta vez gris claro.

—Sí, pero ¿dónde está?

Tina se encogió de hombros. No era propio del sargento llegar tarde. Miró el reloj. Las diez y diez.

—Voy a llamar a su móvil.

Marcó. Saltó el buzón de voz.

—Sargento, soy Tina. Tenemos las pruebas de triangulación de los móviles. Inés y Vali no estaban en las inmediaciones de la casa cuando ocurrieron los asesinatos. Llámame cuando oigas esto, por favor.

Colgó.

—¿Sigues sin poder localizarlo? —preguntó Stanley.

—Sí.

—La prórroga de su detención expira en poco menos de una hora.

—Lo sé. —Tina se levantó y caminó hacia la ventana. Desde allí se veía el aparcamiento. El Astra del sargento Frampton estaba abajo, cerca de la valla que separaba el aparcamiento de la carretera.

Se había fijado en que el sargento había cogido la costumbre de aparcar lo más lejos posible del edificio. Decía que así hacía un poco de ejercicio extra. A Tina le parecía una tontería.

—Su coche está ahí.

—Quizá esté subiendo.

Tina asintió.

—Estoy preocupada por él.

Stanley levantó las manos, encogiéndose de hombros.

—Apenas conozco al tipo.

—Es como una roca —dijo Tina—. Una roca cubierta de percebes. La persona más predecible que conozco. Llega a las nueve menos cuarto cada mañana, cuelga el abrigo, se prepara una taza de té, se sienta, se sube las gafas por la nariz, le da dos sorbos al té y se pone a trabajar.

Stanley se rio.

—¿Has estado vigilando sus costumbres con tanto detalle?

Ella se dio un golpecito en la nariz.

—¿Recuerdas los exámenes de subinspector? No hace daño practicar.

—Seguro que no tarda en llegar. A lo mejor tiene una reunión o algo. Tal vez esté consultando con la inspectora.

Tina se volvió hacia la ventana. No había ni rastro del coche de la inspectora.

—Su coche no está aquí. ¿Dónde estará él?

—¿Quieres ir a buscarlo?

Tina frunció el ceño.

—No. Si tiene algo entre manos que no nos incluye, no quiero entrometerme.

—Me parece justo. —Stanley volvió a su ordenador—. Estará aquí pronto y podrás ponerlo al día.

Tina se sentó en su escritorio, con la cabeza hecha un torbellino.

Estaba preocupada por el sargento. ¿Debería ir a buscarlo?

CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE

DENNIS ESTABA SENTADO en la silla de respaldo alto con las manos clavadas en las rodillas. El psiquiatra estaba frente a él en una silla similar. Estaban tapizadas con una tela práctica, de esas que se limpian fácilmente. Dennis se preguntó con qué frecuencia sería necesario hacerlo.

Sentía un nudo en la garganta y el pecho oprimido. Dennis no era de los que les gustara hablar de sus sentimientos. Pam tenía el don de leerle la mente, de saber lo que le pasaba por la cabeza sin tener que preguntar.

Pam era un genio. Se preguntó si aquel hombre sentado frente a él sería la mitad de listo que su esposa.

El hombre se recostó en la silla, intentando proyectar un aire de calma y comodidad, probablemente con la esperanza de que Dennis hiciera lo mismo. Dennis no se movió de su postura encorvada.

—Entonces, sargento Frampton… —empezó el psiquiatra.

Dennis apretó la mandíbula. Al menos el hombre lo llamaba por su título. Le aterraba la posibilidad de entrar ahí y que se dirigieran a él como Dennis, con esa familiaridad sensiblera que tenían esos supuestos profesionales. El psiquiatra al que había visto en Bournemouth había sido respetuoso y educado. Había temido que ese hombre, empleado de la policía, fuera una especie de hippie.

—Usted mismo solicitó la consulta —continuó el doctor.

Dennis asintió.

—Pero también recibí una nota de su oficial al mando.

Dennis parpadeó.

Quiso preguntar de qué oficial al mando se trataba. Sabía que Carpenter se había enterado de que iba a un psiquiatra privado, pero había sido con la inspectora con quien había hablado de sus problemas. Si a eso se le podía llamar hablar.

Asintió y se aclaró la garganta.

—La inspectora Clarke está preocupada por usted —continuó el psiquiatra—. Ha dicho que se tomó unos días de baja por enfermedad. Dijo que tenía la gripe, cuando en realidad no era así.

—Fue algo puntual —replicó Dennis—. Normalmente nunca estoy enfermo.

El doctor bajó la vista hacia sus notas.

—Se tomó vacaciones cuando sufrió una lesión a principios de este año.

—Me cuesta gastar todos mis días libres. Me pareció lo más lógico.

—¿La lógica rige todas sus decisiones?

Dennis le devolvió la mirada al psiquiatra.

—Soy sargento de policía. Por supuesto que uso la lógica. Así es como resolvemos los casos.

El psiquiatra alzó una ceja.

—¿Nunca con su instinto? ¿O con la sabiduría acumulada tras años de experiencia?

—La sabiduría acumulada tras años de experiencia significa que sabemos cuándo no seguir nuestros instintos. Seguimos las pruebas. Eso es lo que hace la inspectora y lo que hago yo.

—¿Y es usted lógico al tratar con sus compañeros?

—Por supuesto. Los trato de manera justa. Si trabajan duro y son respetuosos, reciben lo mismo de mí.

—¿Cree que alguno de ellos podría haber notado un cambio en usted últimamente?

—En absoluto.

El psiquiatra asintió y tomó una nota en su bloc.

¿Qué estaría escribiendo? ¿Podría Dennis ver su expediente cuando todo esto terminara?

¿Y cuánto duraría? ¿Cuántas veces tendría que venir?

Empezaba a arrepentirse de haber solicitado él mismo la consulta. Pero, por otro lado, el día anterior había reconocido el estrés en sí mismo, cuando había perdido los estribos con el equipo. Y, por primera vez, no quiso confiárselo a Pam.

Echaba de menos a Johnny Chiles. Con Johnny no tenía que fingir ser quien no era. Años de trabajo juntos significaban que podían confiar el uno en el otro.

—Necesitaré recabar las impresiones de sus compañeros —le informó el psiquiatra—. Solo para tener algo de contexto.

—¿No se suponía que esto era confidencial?

—Lo es. Hablaré con su inspectora y le pediré a ella que tenga las conversaciones. No se preocupe, su equipo no sabrá nada.

Dennis frunció los labios.

La gente no tardaría en averiguar dónde había estado. Dennis Frampton perdiendo la cabeza. ¿No era humillante?

—¿Cuánto va a durar esto?

—Hoy tenemos una hora. Normalmente programo a la gente en bloques de cuatro sesiones, lo que significa tres horas más después de esta sesión. Hoy se trata de conocerlo, de averiguar qué le preocupa y qué le ha estado causando tensión.

Dennis abrió la boca, a punto de decir que nada le causaba tensión.

Pero no era cierto. Estaba la nueva inspectora, la pérdida de Johnny y, por supuesto, la muerte de Mackie.

Prefería no pensar en eso. ¿Iba a tener que hablar de Mackie con aquel hombre?

Se enderezó en la silla y se frotó los ojos. Tenía las palmas de las manos sudorosas. Miró el reloj que había sobre la cabeza del psiquiatra. Solo habían pasado diez minutos. Aquello iba a ser una tortura.

—Muy bien —dijo—. Acabemos con esto de una vez.

CAPÍTULO CUARENTA

LESLEY SIGUIÓ a Gail al depósito de pruebas. La sala se encontraba en el sótano de las oficinas de Gail en Dorchester, un lugar en el que Lesley nunca había estado. Normalmente, Gail llevaba las pruebas a la comisaría en Winfrith o las tenía listas en su oficina del piso de arriba cuando Lesley necesitaba acceso a ellas.

Se abrió paso por el estrecho espacio que había entre los archivadores y las cajas apiladas. La sala era lúgubre, iluminada por un fluorescente que parpadeaba en el techo.

—Por aquí —indicó Gail y condujo a Lesley hasta el fondo de la sala.

Las estanterías estaban repletas de cajas, todas catalogadas con el número de caso y el nombre del CSI responsable. Gail pasó las yemas de los dedos por las cajas, murmurando para sí. Su mano se detuvo en una caja y la bajó. Tenía su nombre escrito en la etiqueta.

—Esta es —dijo.

Le hizo un gesto a Lesley para que volviera a la entrada, donde había una mesa. Gail colocó la caja encima y abrió la tapa. No parecía contener mucho: una chaqueta impermeable, un par de botas y un gorro de lana. Todo etiquetado dentro de bolsas transparentes. Gail sacó la chaqueta y reveló otras dos bolsas. Una contenía una hoja de papel y la otra, un teléfono móvil.

Lesley alargó la mano hacia la bolsa que contenía la hoja de papel.

—¿Esta es la nota de suicidio de Mackie?

Gail asintió, con los ojos fijos en el rostro de la inspectora.

Lesley recorrió la nota con la mirada. Estaba escrita con garabatos en tinta azul sobre un folio rayado de tamaño A4. Había algo triste en que se utilizara un papel tan corriente para una nota de suicidio. La tinta, sin embargo, parecía menos ordinaria.

—¿Pluma estilográfica?

Gail asintió y rebuscó en la caja hasta que sacó otra bolsa que contenía una pluma.

—La sacamos de su casa.

—¿Se analizó la nota? —preguntó Lesley.

—Trajimos a un grafólogo. Definitivamente era su letra.

—¿Y el contenido de la nota? ¿Pediste a un experto que analizara el lenguaje que usó?

Gail frunció el ceño.

—Lo sugerí, pero el inspector de la investigación dijo que no merecía la pena el gasto. El juez de instrucción ya había emitido su veredicto para cuando se me ocurrió.

—¿Quién fue el inspector?

—Trajeron a un tipo de Hampshire. El subinspector Jacobi.

Lesley asintió, con la mirada fija en la nota.

—¿Te importa si me la llevo?

—Me temo que no va a ser posible —respondió Gail—. No formas parte del equipo de investigación, no puedo dejar que salga de esta sala. Puedes hacer fotos.

Lesley la colocó sobre la mesa. La alisó y tomó dos fotos con el móvil. Una del anverso y otra del reverso.

—¿El teléfono tiene batería?

Gail sacó la bolsa que contenía el teléfono móvil.

—Gwen Mackie nos lo entregó después del veredicto del juez de instrucción, así que no se usó como prueba en su momento.

—¿Cuánto tiempo después?

—Bastante. Por la época en que empezaste aquí.

—¿Le has echado un vistazo?

Gail negó con la cabeza.

—Por entonces tu caso del castillo de Corfe estaba en pleno apogeo. Estábamos hasta arriba de trabajo.

—Así que este es el móvil de Mackie —dijo Lesley—, y nadie lo ha revisado.

—No.

Lesley le tomó el teléfono a Gail.

—Por favor, dime que puedo sacarlo de la bolsa.

—En esta sala, sí. Pero con guantes, por supuesto.

—Por supuesto —repitió Lesley, poniéndose un par de guantes con un chasquido.

Sacó el teléfono de la bolsa y pulsó el botón de encendido. Estaba sin batería.

—No tendrás un cargador ahí dentro, ¿no? —preguntó.

Gail negó con la cabeza.

—Pero puedo conseguirte uno. Arriba guardamos todo tipo de cargadores.

—De acuerdo. —Lesley volvió a meter el teléfono en la bolsa—. Quiero ver con quién habló Mackie antes de morir.

CAPÍTULO CUARENTA Y UNO

INÉS ESTABA APOYADA contra la fría pared de la celda. Le habían dicho que solo podían retenerla durante veinticuatro horas, pero luego lo habían ampliado otras doce mientras revisaban más pruebas. Se preguntó si seguirían ampliándolo cada doce horas. No tenía ni idea de cómo funcionaba la policía aquí, ni sabía cuáles eran sus derechos.

Habían mencionado obstrucción a la justicia, pero no habían dicho mucho más que tuviera sentido. Su inglés era bueno, pero no abarcaba términos legales. Su abogada había intentado explicárselo, pero sus palabras se habían convertido en un borrón confuso. Debería haber aceptado el intérprete que le habían ofrecido.

Se abrazó las rodillas al pecho, decidida a no llorar. Se preguntó dónde estaría Vali. ¿Y si la policía tenía razón al pensar que él tenía algo que ver con el asesinato de Susannah? Seguro que no. Había estado con él toda la noche en Bournemouth, yendo de un pub a otro, a cuál más ruidoso. Se había quedado tan sorprendido como ella cuando encontraron a Susannah y al hombre. Si hubiera sabido que Susannah estaba muerta en ese dormitorio, jamás habría entrado allí.

Inés reclinó la cabeza y miró al techo. La celda estaba recién pintada. Reconoció aquel olor penetrante. Le hacía llorar los ojos.

Se oyó un golpe en la puerta y se abrió la trampilla. No pudo ver quién estaba detrás, pero de todos modos se encogió aún más sobre

sí misma. La puerta se abrió y entró un agente uniformado, seguido de un hombre con un traje azul.

—Inés Pérez, puede irse.

Inés sintió que la tensión abandonaba sus hombros.

—¿No van a presentar cargos contra mí?

—No.

—¿Por qué?

—Los registros de su teléfono móvil demuestran que ni siquiera estaba cerca de la casa en el momento en que Susannah murió.

Inés asintió.

—¿Y lo de la obstrucción...? —No recordaba el resto.

—No hay pruebas suficientes para acusarla.

Gracias a Dios por el GPS. Así que ahora la creían. Se puso de pie y se sacudió la ropa.

—¿Y Vali? —preguntó.

El hombre asintió. Tenía los ojos atentos.

—A él también lo dejamos ir.

Inés cerró los ojos por un instante.

—¿Dónde está?

—Ya se ha ido.

Sintió una punzada en el pecho.

—¿Cómo que ya se ha ido?

—Lo siento.

Tragó saliva. Vali ya no quería saber nada de ella. Si no hubiera sido por ella y su trabajo, nunca lo habrían detenido.

Pero, por otro lado, si él no le hubiera pedido que mintiera...

¿Tendría que volver a aquella horrible pensión?

—¿Puedo volver ya a la casa?

—No estoy seguro —respondió el hombre con el ceño fruncido—. Voy a averiguarlo.

El agente uniformado dio un paso al frente.

—Si quiere esperar en la recepción mientras le buscamos un sitio donde ir, puede hacerlo.

A Inés no le gustaba la idea de quedarse en la comisaría. No podía evitar preocuparse de que, si permanecía allí volverían a detenerla.

—¿Dónde está mi abogada?

—No la necesita. No vamos a presentar cargos.

Ahora que Vali se había ido, la única persona que podía ayudarla era su abogada. Aunque... también estaba la agencia de servicio doméstico. ¿Cómo la tratarían después de lo que había pasado?

Tragó saliva. Tenía que confiar en aquellos hombres.

—Esperaré en la recepción —dijo dirigiéndose al agente—. Avíseme cuando pueda volver a la casa, por favor.

CAPÍTULO CUARENTA Y DOS

LESLEY SE SENTÓ a la mesa con el móvil de Mackie en la mano. Gail le había proporcionado un cargador compatible y tardó diez minutos en cargarlo hasta el cinco por ciento.

—¿Quieres que me quede? —preguntó Gail.

—No, a menos que sientas que es necesario.

—Tengo muchas cosas que hacer.

—De acuerdo, no te preocupes. Iré a verte cuando termine.

Gail echó un vistazo al teléfono.

—Buena suerte.

—Gracias. No se lo cuentes a nadie, ¿vale?

Gail se mordió una uña.

—Vale. Pero, por favor, no hagas ninguna tontería como sacarlo de aquí.

—No lo haré.

—Lo digo en serio, Lesley. Es mi nombre el que está en esa caja.

Lesley levantó la vista hacia ella.

—Te lo prometo.

—Gracias. —Gail se dio la vuelta y salió de la habitación.

Lesley encendió el móvil. Mientras esperaba a que se iniciara se preguntó si saltaría alguna notificación.

El móvil permaneció en silencio.

¿Por dónde empezar?

El registro de llamadas.

Revisó la lista en la pantalla. Eran todos números sin nombre asociado. Fue a la agenda de contactos. Vacía. Parecía que Mackie no guardaba un registro de nombres y números. ¿Debía sospechar o es que era de la vieja escuela?

Volvió a la lista de llamadas. Había habido muchas llamadas entrantes y salientes. Algunos números se repetían varias veces. Los apuntó en su libreta. Más tarde llamaría a los más frecuentes para comprobar si los tenía guardados.

Abrió el buzón de voz y esperó un momento mientras sonaba el mensaje de bienvenida. No había mensajes nuevos, pero sí tres guardados.

Dos eran de Gwen Mackie. El primero era alegre.

—Hola, cariño. He hecho lasaña para cenar. Nos vemos luego.

El mensaje era del día de la muerte de Mackie.

El segundo lo dejaron dos horas después. Mostraba agitación.

—Tim, ¿dónde estás? Se te ha enfriado la cena. Llámame, por favor.

A Lesley se le formó un nudo en la garganta. Se imaginó lo que le habría estado pasando por la cabeza a Gwen Mackie mientras esperaba a que su marido volviera a casa.

¿Cuánto tiempo después de dejar ese mensaje habría llamado a la policía? ¿Cuánto tiempo había pasado antes de que le dieran la noticia?

Lesley apretó el botón para escuchar el último mensaje.

Reconoció la voz. Era la de Dennis.

—Jefe, he esperado en el aparcamiento, como acordamos. ¿Dónde estás? ¿Estás bien?

CAPÍTULO CUARENTA Y TRES

INÉS DEJÓ que el policía uniformado la hiciera pasar a la casa. Le entregó la llave y le hizo un gesto amistoso. Ella intentó devolverle la sonrisa.

—Aquí estamos —dijo él—. ¿Va a estar bien?

—Sí —asintió Inés—. Gracias.

El agente le dedicó otra sonrisa forzada y luego se apresuró a volver a su coche, que estaba aparcado en doble fila frente a la casa de Susannah.

Inés cerró la puerta y se apoyó en ella. Miró hacia el salón y se estremeció. Se quitó los zapatos por costumbre y avanzó en silencio, con los pies fríos sobre el suelo de mármol.

El salón estaba tal y como lo había encontrado cuando estuvo allí con Vali el domingo. Si acaso, estaba más limpio. Las superficies relucían, las encimeras estaban ordenadas. La única diferencia era que las flores que habían entregado el viernes anterior se habían marchitado. Había pétalos esparcidos por el suelo debajo de la mesita de centro. Tendría que limpiarlo.

Se sentía aturdida. Volver allí después de lo que había visto, por no hablar de aquello de lo que la habían acusado, la llenaba de confusión. Se acercó a las puertas correderas del fondo y apoyó la mano en el cristal. Afuera llovía y las ráfagas de viento hacían que los árboles del jardín se mecieran. Tragó saliva y apretó el puño contra el cristal.

Se giró y se apoyó en la cristalera, mirando hacia el pasillo. Tarde o temprano tendría que subir. Más le valía acabar con aquello de una vez.

Tras una inhalación profunda, salió del salón a grandes zancadas y se dirigió hacia las escaleras. Sin permitirse ni un segundo de pausa, continuó subiendo con movimientos rápidos.

Arriba, las puertas de todos los dormitorios estaban cerradas. Posó la vista en la suya. ¿Habría entrado allí la policía?

Era bastante probable. Al fin y al cabo, la habían arrestado. Habrían estado buscando pruebas. Sintió que se le helaba la piel.

Dio los pocos pasos que la separaban de las puertas del dormitorio de Susannah y se detuvo frente a ellas. Extendió la mano hacia el pomo. Habían dicho algo sobre huellas dactilares en ese pomo. Tenía polvo, gris y fino, como azúcar glas. Inés se frotó los dedos para intentar limpiárselo.

«Vamos, puedes hacerlo», se dijo.

Aunque no fuera a limpiar la habitación ella misma, tendría que encargarse de que alguien lo hiciera. ¿Podía obligar a alguien a hacerlo?

Quizá alguna chica de la agencia se apiadaría de ella. Aunque no es que hubiera hecho muchas amigas allí.

Pero no podía esperar que otra limpiadora entrara si ella misma no tenía el valor de hacerlo.

Bajó el pomo, carraspeó y abrió la puerta.

Dentro, la habitación estaba vacía. Habían quitado la ropa de cama y el colchón estaba desnudo. Las cortinas habían sido retiradas y la moqueta estaba limpia, salvo por una mancha opaca junto a la cama.

Inés sintió que se le cortaba la respiración. Ahí es donde había estado el hombre.

Se acercó a la cama con la respiración entrecortada. Había una mancha en el centro, pálida y marrón.

Inés se tapó la boca con la mano, conteniendo las náuseas que le subían por la garganta.

El recuerdo irrumpió en su mente. El rostro de Susannah, tumbada en la cama, en una pose estudiada.

Inés contuvo las lágrimas. Se volvió hacia la puerta y la cerró de un portazo a su espalda.

Lo había hecho. No tendría que volver a entrar allí.

Se dejó caer al suelo, jadeando.

Era imposible que pudiera dormir en aquella casa. ¿Y si el asesino de Susannah volvía? ¿Y si estuviera vigilándola ahora mismo?

Inés se giró hacia su propio dormitorio. Haría una maleta y se iría al piso de Vali. Solo podía esperar que, después de todo lo que había pasado, él la dejara quedarse.

CAPÍTULO CUARENTA Y CUATRO

LESLEY ATRAVESÓ la oficina y saludó con un gesto a Tina y al nuevo miembro del equipo.

—¿Todo bien por aquí? —preguntó.

El recién llegado se puso de pie y se alisó los pantalones. Le tendió una mano, que ella ignoró.

—Subinspector Stanley Brown, señora. Me han traído al equipo para ayudar con el caso de Susannah Ramsay.

—Muy bien —replicó Lesley—. ¿Alguna novedad?

—Hemos logrado determinar que Vali Florescu e Inés Pérez no estaban cerca de la casa en el momento en que mataron a Susannah. Y el sargento habló con la esposa de Ashok Verma.

Lesley frunció el ceño.

—Pobre mujer. ¿La va a interrogar?

Tina pareció inquieta.

—Eso fue ayer, jefa.

La puerta se abrió y entró Dennis. Se detuvo al ver a Lesley.

—Jefa —dijo—. No esperaba verte por aquí.

Lesley enarcó las cejas.

—Creo que tu equipo te ha estado buscando.

—Sí, jefa.

Se acercó a los escritorios, lanzando miradas recelosas a Tina y a Stanley.

—Has estado intentando localizarme, Tina. He escuchado tu mensaje de voz. Buen trabajo.

—Han puesto en libertad a Inés y a Vali —dijo Stanley.

A Dennis se le cayeron los hombros.

—¿Quién dio la orden?

—Yo —dijo Stanley, con voz cortante—. La prórroga de doce horas se había acabado. Tuve que hablar con el sargento de custodia.

—Hizo lo correcto —le dijo Lesley—. Si tiene pruebas de que no estuvieron implicados en el asesinato, lo justo es dejarlos ir.

Tina asintió. Le lanzó a Dennis una mirada inquieta.

Lesley se acercó al sargento.

—¿Está todo bien, Dennis?

La puerta se abrió de nuevo y entró Mike.

—Buenas tardes a todos.

Tina levantó la vista hacia el reloj.

—Son las once y media.

Mike se encogió de hombros y luego frunció el ceño.

—¿Qué ha pasado?

—No ha pasado nada —respondió Lesley—. Te dejo con lo tuyo —le dijo a Dennis—. Avísame si necesitas cualquier cosa de mí, ¿de acuerdo?

Pensó en lo que había oído en el teléfono de Mackie. No iba a sacar el tema delante del resto del equipo, ni siquiera en ese edificio.

—Estaría bien que pudiéramos ponernos al día más tarde —le dijo.

—Sí, jefa —replicó Dennis, apartándose el pelo de la cara.

Lesley asintió.

—¿Mike?

—Jefa.

Hizo un gesto con la cabeza hacia su despacho y él la siguió hasta allí.

CAPÍTULO CUARENTA Y CINCO

LESLEY CERRÓ la puerta de su despacho. Mike se apoyó en ella, mirando la pizarra.

—¿Qué está pasando ahí fuera? —le preguntó.

—Ni idea.

—Bueno. Esperemos que lo solucionen, sea lo que sea.

Lesley lo miró de reojo.

—Y tú —dijo—. ¿Vas a ser amable conmigo hoy?

Mike le sostuvo la mirada.

—Ahora que sé lo que está pasando de verdad con este caso, sí.

Lesley contuvo una carcajada. Tenía que admirar las agallas de Mike. Pero no iba a contarle lo que acababa de descubrir en el teléfono de Mackie.

Rodeó el escritorio. La pizarra estaba llena de información sobre el caso de Susannah Ramsay. Nada sobre Sadie Dawes. Todo eso estaba en su cabeza.

—Entonces, ¿en qué punto estamos? —le preguntó.

—En ninguna parte —dijo él—. Que yo sepa, lo único que tenemos es que Sadie Dawes estaba investigando la muerte del inspector Mackie.

Mike lanzó una mirada a la oficina exterior y luego la volvió hacia ella. Lesley cerró el puño sobre el escritorio. Sí, le había mentido. Pero eso no excusaba la insubordinación.

Se giró de nuevo hacia ella.

—Tenemos que considerar la posibilidad de que se cayera o la empujaran desde el acantilado y que luego se la llevara la corriente, antes de que la subinspectora Finch encontrara su pañuelo. ¿Vio algo más?

Lesley se sentó. Qué bueno era estar en su propia silla. Tendría que asegurarse de que Dennis no se adueñara de ella como había hecho con la pizarra.

—El día anterior estuvo en los acantilados con un hombre. Zoe no lo reconoció.

—¿Dio alguna descripción?

Lesley se echó hacia atrás.

—Te agradecería que no usaras ese tono.

Mike dejó caer los hombros.

—Lo siento, jefa.

Lesley refunfuñó.

—Era un hombre alto, con sombrero, abrigo y bufanda. Bien abrigado para el tiempo que hacía.

—¿Blanco? ¿Negro? ¿Vello facial?

—Blanco, sin vello facial. —Enarcó una ceja—. Como el noventa por ciento de los hombres de Dorset, imagino.

Mike se acercó a la pizarra.

—Parece que también se han estancado en el caso de Susannah Ramsay.

—No te preocupes por eso —dijo Lesley—. Céntrate en este. Cuanto antes encontremos a Sadie Dawes, antes podremos volver a ayudar a Dennis con su caso.

—¿Ayudar?

Lesley negó con la cabeza.

—Dennis es el agente sénior de la investigación. Si necesito ayudarle, lo haré.

Mike la miró, como si no la creyera del todo.

—¿Y no tenemos nada más? ¿Nada de los forenses? ¿Ningún avistamiento de Sadie?

—Nada —le dijo Lesley—. Apagó el teléfono el sábado por la tarde y no ha vuelto a encenderse desde entonces.

Cerró los ojos. Tenía que dejar de pensar en lo que había oído en el teléfono de Mackie. No tenía nada que ver con Sadie. ¿O sí?

—Mike, hasta que tengamos algo más concreto sobre Sadie, quiero que ayudes a Dennis con el caso de Susannah Ramsay.

Mike apoyó la mano en el escritorio.

—¿Por qué?

—Porque no tiene sentido que estemos dando vueltas en balde en un caso en el que no tenemos pruebas.

—Pero ¿y si Sadie está en peligro?

Lesley ladeó la cabeza. Pensó en el comportamiento de Sadie en la isla de Brownsea, donde casi arruina una investigación.

—Estamos hablando de Sadie Dawes. Sabe cuidarse sola.

—Aun así —dijo Mike—, ¿qué hay del hombre con el que Zoe la vio en el acantilado?

—No creo que ese hombre tenga nada que ver. Supongo que Sadie va a aparecer sana y salva con la exclusiva del siglo.

—¿La muerte de Mackie?

Lesley asintió. Un escalofrío le recorrió la espalda.

—Es posible. Va a dejarnos a todos en ridículo. Me lo dice el instinto.

—No sería la primera vez que lo hace.

—Exacto. —Lesley se levantó—. Que ahora entre el resto del equipo. Quiero saber qué han estado haciendo.

CAPÍTULO CUARENTA Y SEIS

LESLEY SE LEVANTÓ de su escritorio y se fue al otro extremo de la sala, lo más lejos posible. Dennis entró y ella asintió hacia él, indicándole que ocupara su lugar.

El sargento le dedicó una mirada interrogante.

—Este es tu caso —le dijo—. Haz como que no estoy.

Dennis apretó los dientes al sentarse mientras el resto del equipo entraba. Lesley sabía lo mucho que le costaría ignorarla, pero esa era la mejor manera de averiguar qué avances habían hecho en el caso de Susannah Ramsay. Bajó la vista y se examinó las uñas con la esperanza de que, al romper el contacto visual, pudiera aliviar la tensión.

Dennis se aclaró la garganta.

—Muy bien —dijo, mirando la pizarra—. ¿Qué tenemos?

Le echó un vistazo a Lesley y luego se levantó, rodeando el escritorio para ponerse de pie junto a la pizarra, de espaldas a ella.

Lesley sonrió. Mike le dirigió una mirada divertida que ella ignoró.

—Han puesto en libertad a Vali e Inés —dijo Tina—. Los datos de sus móviles los sitúan a varios kilómetros de la casa a la hora de la muerte.

—¿Y tenemos hora de la muerte? —preguntó Dennis.

—Sí —dijo Stanley—. La forense llamó hace un rato. El informe completo está en su bandeja de entrada, sargento.

—Buen trabajo —dijo Dennis—. Así que ahora que no tenemos a Vali e Inés como sospechosos, ¿a quién tenemos?

—A nadie —dijo Stanley.

—No. —Dennis puso una mano en la pizarra—. Vamos, chicos. Podemos hacerlo mejor que esto. ¿Dónde deberíamos indagar? ¿Qué es probable que nos dé información útil?

—La segunda víctima —respondió Tina—. Ashok Verma.

—Exacto —dijo Dennis—. Necesitamos saber más sobre él. ¿Quién era? ¿Por qué estaba con Susannah? ¿Existe la posibilidad de que él fuera el objetivo?

—¿Tú lo crees, sargento? —preguntó Mike—. Por la forma en que dejaron los cuerpos…

—Sí que parece que quedó atrapado en el fuego cruzado —dijo Stanley. Se sonrojó—. No literalmente. Pero, viendo la forma en que dejaron los cuerpos, parece que el asesinato de ella fue más ritualizado y deliberado.

—Quizá interrumpió al asesino —añadió Tina.

—Quizá —dijo Dennis—. O puede que el asesino la dejara así a propósito para desconcertarnos. En cualquier caso, no tiene sentido especular sobre lo que pasó si no sabemos más de las víctimas. Entender quiénes eran las víctimas puede ayudarnos a identificar quién podría haber querido hacerles daño. Tenemos que hablar con la familia de Ashok Verma. Con sus compañeros de trabajo. Averiguar si debía dinero, si había tenido problemas con la ley. Supongo que alguien lo ha investigado, ¿no?

—Sí, sargento —respondió Tina—. Ni rastro de él en el sistema.

—Así que es un callejón sin salida. ¿Y qué hay de Susannah? ¿Tenemos algo más sobre ella?

Lesley sonrió. Era bueno ver a Dennis dirigir una investigación así. La tensión que lo rodeaba parecía haber desaparecido, aunque fuera solo temporalmente.

Lo sorprendió mirándola y desvió la mirada. ¿Era tan solo una actuación? ¿Estaba tratando de demostrarle algo?

—Hasta ahora nos hemos centrado en Vali Florescu e Inés Pérez —continuó Dennis, tras una breve pausa—. Tenemos que ampliar el foco.

—Está el vídeo de las cámaras de seguridad —dijo Stanley—. El hombre que entró en la propiedad.

—Vale —dijo Dennis—. Tenemos que identificarlo. Volved a ocuparos de los análisis forenses.

—Yo puedo encargarme de eso —dijo Mike.

—Creía que estabas trabajando con la inspectora.

—Tú necesitas los recursos más que yo ahora mismo —dijo Lesley.

Dennis la miró.

—De acuerdo.

—Pero me reservo el derecho de recuperarlo si hay alguna novedad en el caso de Sadie Dawes.

—Por supuesto. —Dennis miró al equipo—. Así que, Mike tú te ocupas de los análisis forenses. Stanley y Tina, haced un seguimiento del trabajo de Ashok. Yo hablaré con su esposa. —Miró a Lesley—. ¿Te parece bien?

—Es tu caso. —Le hizo un gesto de asentimiento con la cabeza, tratando de no pensar en la conversación que tendrían más tarde, y salió de la sala.

CAPÍTULO CUARENTA Y SIETE

ASHOK VERMA HABÍA VIVIDO en un bungaló en Mudeford, cerca de Christchurch. Dennis se alisó la chaqueta mientras llamaba a la puerta. Le abrió su mujer, con los ojos enrojecidos.

—Hola, señora Verma, soy el sargento Frampton. —Le mostró su placa—. Nos conocimos ayer, en la comisaría de Christchurch.

—Sí, no es como para olvidarlo. Ha venido a hacerme unas preguntas, ¿verdad?

—Lo siento —replicó él—. Sé que esto no es fácil para usted.

Ella sorbió por la nariz.

—Uno de sus compañeros ya está aquí.

—Ah. ¿Y quién es? —¿Se le habría adelantado alguien?

—El agente Hughes. Creo que es algo así como un agente de relaciones familiares. Me ha dicho que ha venido para cuidar de mí.

—Ah —dijo Dennis, aliviado—. Sí, el agente Hughes está aquí para quitarle un peso de encima. Atenderá las llamadas, la ayudará con algunas de las cosas del día a día. Con suerte, le hará la vida un poco más fácil.

—Para eso tengo a mi madre. —Se encogió de hombros—. Bueno, supongo que será mejor que lo deje pasar.

Se hizo a un lado y dejó que Dennis entrara.

A la izquierda había una pequeña cocina. Una mujer mayor vestida con un sari verde estaba de pie junto al fregadero. Se giró para saludarlo con un gesto de cabeza.

—Buenas tardes, agente —dijo.

—Buenas tardes —respondió él—. ¿Vive usted con la señora Verma?

—Así es —contestó—. Tengo una habitación en el desván. —Le guiñó un ojo—. ¿A que no pensaba que podía subir hasta ahí?

Dennis le devolvió la sonrisa.

—No juzgo a nadie, señora.

La anciana soltó una risita y se volvió hacia el fregadero. La señora Verma estaba detrás de Dennis, respirando con dificultad.

—¿Dónde está el agente Hughes? —le preguntó Dennis.

—En el jardín. Con mis dos hijos.

Dennis asintió.

—¿Solo tiene dos hijos?

—Sí. —Sorbió por la nariz.

—¿Le importaría que habláramos en algún sitio en privado? —preguntó Dennis.

—Por supuesto que no. Lo he estado esperando... —Su voz se fue apagando—. ¿Estarás bien, mamá?

—Sí, cariño. —La anciana pasó junto a Dennis y le dio a su hija un beso en la frente. Se tomaron de la mano un momento. Dennis se apartó, inquieto. Se sentía de más.

La mujer de Ashok se dio la vuelta y condujo a Dennis a una sala de estar en la parte trasera de la casa. La habían ampliado, derribando paredes para crear un gran espacio diáfano. Un enorme sofá de cuero color crema ocupaba el centro y un televisor colgaba en una pared. A su lado había una mesa de comedor de madera maciza. A través de las puertas correderas del fondo, Dennis pudo ver al agente Hughes jugando con dos niños pequeños. Se pasaban el balón de un lado a otro sin hablar. El agente Hughes hizo como que perseguía al niño más pequeño para quitárselo y fingió fallar un remate, permitiendo que el niño chutara el balón entre las dos chaquetas que servían de postes. Dennis se permitió una sonrisa. El fútbol no entraba en las funciones del agente de enlace familiar, pero en esa situación ayudaba.

—El agente Hughes es un buen policía —dijo, señalando con la cabeza hacia el jardín—. Si necesita algo de él, o de la policía en

general, no tiene más que decirlo.

La señora Verma sorbió por la nariz y sacó un pañuelo de un bolsillo. Se sonó.

—Supongo que sí. Aunque eso no me devolverá a Ash.

—Lo siento mucho —dijo Dennis.

—No está aquí para compadecerme, está aquí para hacerme preguntas sobre Ash. ¿No es así? —preguntó con el ceño fruncido.

—Cuanto más sepamos sobre la víctima, más fácil será identificar a quien pudiera haber querido hacerle daño.

—Hacerle daño. —Lo miró fijamente—. Matarlo. Sé dónde estaba, ¿sabe? Soy consciente de lo que estaba haciendo.

—¿Nos sentamos? —preguntó Dennis con gesto de preocupación.

—Bueno.

La mujer se arrastró hacia el sofá y se sentó en un extremo. Dennis ocupó un sillón a juego frente a ella. Se oyó un golpe sordo detrás de él cuando el balón chocó con la puerta corredera. Dennis se giró y vio al agente Hughes levantar una mano a modo de disculpa y luego echar a correr con el balón, persiguiendo a uno de los niños. Volvió a mirar a la señora Verma.

—Le agradecería que me dijera dónde cree que se encontraba su marido el domingo.

Apretó la mandíbula.

—Estaba con su novia.

Dennis parpadeó e intentó controlar su reacción. Así que la mujer de Ashok sabía lo de Susannah.

—¿Su marido tenía novia?

—Claro que sí. No se me ocurre otra explicación para todas las noches que pasaba fuera de casa. Me decía que iba a congresos. Pero era aparejador. No creo que tuviera tantos congresos.

—¿Tenía alguna razón específica para sospechar que su marido le era infiel?

La mujer no hizo otra cosa que encogerse de hombros.

—No hay otra explicación. ¿Estaba con ella cuando murió?

—Ash se encontraba en una casa en Sandbanks. Con una mujer, sí. Pero no sabemos cuál era su relación con...

—Era su novia.

Dennis observó el espacio a su alrededor. La casa era bonita, pero no se parecía en nada a la de Susannah. Le resultaba difícil imaginar que se formara una relación entre el dueño de esa casa y una mujer como la víctima.

—¿Su marido se dejó el teléfono en casa el domingo?

Ella negó con la cabeza.

—Lo lleva siempre consigo. Lo llevaba. Incluso cuando estaba en el baño. Más motivos para sospechar. —Se secó la nariz.

—¿Salió en su coche?

La mujer asintió.

—Sí. Es un...

—No se preocupe. Tenemos los datos de su matrícula en nuestro sistema. —Consultó su cuaderno—. Un Passat verde, ¿correcto?

—Sí. ¿Cuándo me lo van a devolver?

—Lo encontramos en un aparcamiento en Branksome. Ahora mismo está en nuestro almacén. Tenemos que examinarlo en busca de pruebas forenses antes de poder devolvérselo.

—Es que no tengo coche.

—El agente Hughes puede ayudarla con el transporte, si necesita ir a algún sitio.

—Ah. —Miró más allá de él, por la ventana—. ¿Un coche de policía?

—Si necesita que la llevemos a algún sitio, podemos ayudarla.

—Gracias. —Forzó una sonrisa—. A los niños les encantaría.

Dennis levantó la vista de su bloc.

—¿Le dijo Ash adónde iba el domingo?

—A una reunión de trabajo. No le creí.

—¿Se lo echó en cara?

La señora Verma negó con la cabeza, con la mirada baja.

—No. No era...

Dennis asintió. Pam y él nunca habían tenido motivos para desconfiar el uno del otro, gracias a Dios. Pero podía imaginar lo difícil que sería enfrentarse a la persona que amabas. Se preguntó con cuántas mujeres había tenido Ashok aventuras. Y cómo había conocido a Susannah Ramsay.

—Señora Verma, ¿le suena el nombre de Susannah Ramsay?

—No. ¿Debería? —Su rostro se ensombreció—. ¿Es esa la mujer? ¿La mujer muerta? Vi en las noticias... era millonaria, ¿verdad?

—¿Su marido se relacionaba con gente adinerada por su trabajo?

—Que yo sepa, no. No tengo ni idea de cómo la conoció. Le sugiero que hable con sus compañeros. Creo que sabían más de Ash que yo.

—Gracias —dijo Dennis—. Lo haremos.

CAPÍTULO CUARENTA Y OCHO

LA EMPRESA de aparejadores para la que había trabajado Ashok Verma tenía su sede en una oficina anodina a las afueras de Bournemouth. Tina y Stanley esperaban en la zona de recepción. Tina se ajustaba las mangas de la chaqueta. Todavía se estaba acostumbrando a vestir de calle, con la esperanza de que siguiera así si aprobaba el examen de subinspector. Un hombre de mediana edad, con una amplia sonrisa y un peinado que le cubría la calva, salió de una puerta destartalada.

Los examinó a ambos.

—¿Puedo ayudarlos en algo?

—Estamos aquí por uno de sus empleados —respondió Stanley—. Ashok Verma.

El hombre frunció el ceño.

—No ha venido a trabajar en los últimos días. ¿Está todo bien?

Tina intercambió una mirada con Stanley.

—¿Su mujer no se ha puesto en contacto con ustedes?

—No sabía que estuviera casado.

Vaya. «¿Qué más habría decidido ocultar Ashok a sus jefes?», pensó Tina.

—¿Puede decirme su nombre, señor...?

—Dawes. Fred Dawes.

—¿Tiene algún parentesco con Sadie Dawes?

Él se rio.

—¿La mujer de la BBC? Gracias a Dios, no.

—Lo siento mucho, señor Dawes, pero tengo que informarle de que Ashok Verma ha muerto.

El señor Dawes extendió una mano como si fuera a agarrar a Tina, pero luego se lo pensó mejor y se la metió en el bolsillo.

—Muerto. ¿Cómo?

—Fue asesinado el domingo por la noche —respondió Stanley.

—¿Dónde?

—En una casa en Sandbanks. Pertenecía a una tal Susannah Ramsay. ¿Era clienta suya?

—¿Sandbanks, dice? Lo dudo.

—Nos sería de ayuda si pudiera comprobarlo —dijo Tina.

—Por supuesto. Vengan conmigo.

Se giró hacia la puerta y se hizo a un lado para dejar pasar a Tina y a Stanley.

—¿Cómo murió exactamente?

Tina se detuvo al otro lado de la puerta. Estaban en un pasillo estrecho, con oficinas a ambos lados.

—Lo apuñalaron.

Dawes se llevó una mano al pecho.

—Ay Dios. Lo siento muchísimo.

Tina asintió.

El señor Dawes parecía confuso.

—Trabajamos en edificios de oficinas, alguna que otra escuela. Ninguna propiedad residencial. ¿Quién dijo que era esa mujer?

—Susannah Ramsay —contestó Tina.

—Nunca he oído hablar de ella. ¿Y Ash estaba en su casa cuando lo mataron?

Tina asintió y al instante vio cómo el reconocimiento afloraba en el rostro del hombre.

—¿Fueron las drogas?

—Como ha dicho mi compañera —replicó Stanley—, fue apuñalado.

Tina oyó un ruido a su espalda. Una mujer estaba de pie en el umbral de una puerta, con la boca abierta.

—¿A quién han apuñalado?

Fred Dawes se acercó a ella.

—A Ash Verma. El domingo por la noche. Rita, tenemos que...

La mujer se acercó a Tina.

—¿Por qué? Ash era tan... —Negó con la cabeza.

—Lo siento, señora —dijo Stanley—. ¿Cuál es su nombre?

—Rita Parker. Soy su jefa de departamento. Dios mío. ¿Lo sabe Prisha?

—Sí, lo sabe —le dijo Tina.

—Pobre mujer. —Bajó la mirada, agarrándose el collar, pero enseguida levantó la vista—. Fred, búsqueles un sitio adecuado para sentarse. No creo que debamos hacer esto en el pasillo.

El hombre gruñó y les indicó con un gesto a Tina y a Stanley que lo siguieran. Lo hicieron, seguidos por la mujer. Fred abrió una endeble puerta lateral.

—Aquí. —Miró a Rita—. ¿Servirá?

—Aún necesitamos saber si Susannah Ramsay era una de sus clientas —dijo Stanley.

—¿Quién? —preguntó Rita.

—Estaba con Ashok cuando murió.

La mujer retrocedió un paso.

—Ah. Esto... Fred, ¿puede ir a comprobarlo, por favor? Yo me quedaré con los agentes.

—De acuerdo. —Fred los dejó.

Rita cerró la puerta y miró primero a Tina y luego a Stanley.

—Hay algo que tengo que decirles —explicó—. Algo que Fred no sabe.

CAPÍTULO CUARENTA Y NUEVE

LESLEY SE METIÓ de un salto en el coche.

Había detectado un cambio en Dennis durante la reunión. ¿Sabría lo que había descubierto? ¿O simplemente se habría percatado de su propio estado de ánimo?

Ya lo averiguaría más tarde. Mientras tanto, tenía un caso en el que trabajar.

Media hora después, esperaba en las oficinas de la BBC de Dorset. Estaba sentada en una silla baja e incómoda, golpeando las patas de la silla con los pies. Una joven le había ofrecido una taza de té, pero la había rechazado. No se iba a quedar allí mucho tiempo.

Por fin apareció Matt Crippins.

—Disculpe, inspectora —dijo—. Estaba en medio de la edición de una pieza para esta noche.

Lesley no tenía ni idea de a qué se refería.

—Necesito hacerle unas cuantas preguntas más —le dijo—. ¿Cuál es el mejor sitio para hablar?

—Mi despacho.

Se dio la vuelta y la guio a través de un espacio diáfano abarrotado de gente. Las cabezas se giraban a su paso y algunos interrumpían sus llamadas telefónicas. «Que se pregunten lo que quieran», pensó Lesley. Si pensaban en Sadie, tal vez recordaran algo útil.

Aquel espacio era muy distinto de las oficinas a las que estaba acostumbrada. Los escritorios estaban cubiertos de papeles y había pilas de carpetas con las que casi tropezó. La gente pasaba a toda prisa, llamándose de un lado a otro de la sala. Había más energía allí que en la sala de su propio equipo, pero menos privacidad. La idea de dejar papeles a la vista de esa manera le provocó un escalofrío. Y cuando llegó, se dio cuenta de que el supuesto despacho de Matt Crippins no era mucho mejor.

Matt cerró la puerta de su cubículo de paredes bajas y le indicó a Lesley que tomara asiento. Había dos sillas, una detrás del escritorio y la otra junto a Lesley, sin apenas espacio para moverse a su alrededor. Lesley ocupó la silla libre. Matt rodeó el escritorio con pasos cortos, sujetando una pila de archivos que se movió al pasar junto a ellos, y se sentó.

—¿Algún avance? —preguntó él.

—Quiero hablar con usted sobre el caso en el que estaba trabajando Sadie antes de desaparecer.

Matt se inclinó hacia delante.

—De acuerdo.

Lesley echó un vistazo a su alrededor. Podía oír voces al otro lado de la pared baja.

—¿No hay ningún lugar más privado? Esto es confidencial.

Él sonrió.

—Están haciendo tanto escándalo ahí fuera que nadie nos oirá. No se preocupe.

Lesley resopló y acercó la silla al escritorio. Se inclinó hacia delante y Matt hizo lo mismo, atraído por la sensación de conspiración. Respiró hondo.

—¿Cuánto sabe sobre la muerte de mi predecesor, el inspector Mackie?

—Se suicidó, ¿no? Se tiró por los acantilados cerca de Swanage.

—Sadie estaba investigando su muerte.

Matt se echó hacia atrás y desvió la mirada.

—Eso fue hace varios meses.

—Tenía motivos para creer que se trataba de una muerte sospechosa.

Matt se volvió hacia ella.

—¿Lo fue?

—El forense emitió un veredicto de suicidio.

—Eso no es lo que he preguntado.

Lesley se había preguntado si se arrepentiría de esto.

—Matt, necesito recalcar que todo lo que hablemos hoy aquí es estrictamente confidencial. —Bajó la voz—. No se puede publicar.

—Todavía no.

—No quiero…

Él negó con la cabeza.

—Colaboraré de buen grado mientras buscamos a Sadie. Si lo que investigaba la puso en peligro, por supuesto que cooperaré. Pero una vez que vuelva…

—Está muy seguro de que volverá.

—Por supuesto. Es Sadie.

—¿Suele desaparecer a menudo?

—Lo hizo una vez, en su anterior trabajo.

Lesley alzó una ceja.

—Investigaba corrupción industrial para la BBC de Escocia. Desapareció del mapa un par de días. Me lo contó cuando la entrevisté para este puesto. Me impresionó su tenacidad.

Lesley giró la mano en su regazo. Estaba sudando. Si esto salía en las noticias, su destino aquí se habría acabado.

—Señor Crippins…

—Matt.

—Matt, si tengo razones para creer que va a revelar algo de lo que hablemos mientras nuestra búsqueda de Sadie está en curso, entonces debo advertirle antes de que sigamos. Eso implicaría llevarle a juicio…

Matt puso una mano sobre el escritorio.

—No pasa nada. Mantendré la boca cerrada. —Hizo el gesto de cerrarse los labios con una cremallera, con los ojos muy abiertos. Lesley frunció los labios.

—Muy bien. Esto también se aplica después de que Sadie regrese, si hay una investigación criminal relacionada con su desaparición o con lo que estaba investigando cuando desapareció.

—En otras palabras, no puedo hablar hasta que llegue a los tribunales. En relación con la desaparición de Sadie.

—No solo eso.

—Pero la muerte del inspector Mackie ya se ha resuelto legalmente.

—Exacto. Y por eso no puede revelar nada sobre la investigación de Sadie.

—Sabe que no puedo...

—Señor Crippins —dijo al tiempo que se inclinaba hacia él—, las dos cosas están relacionadas. Por eso estoy hablando con usted. ¿Quiere poner a Sadie en peligro?

La miró fijamente.

—¿Por qué trasladó a Johnny Chiles?

—¿Disculpe?

—Era un buen poli. Con él se trabajaba sin rodeos. Nada de esta patraña de amenazarme con llevarme a juicio. ¿Por qué lo trasladó a la Met?

—Johnny pidió un traslado. Yo...

—Pamplinas.

Lesley apretó el puño.

—No creo que eso...

—La mujer de Johnny estaba a punto de dar a luz. ¿Y elige ese momento para trasladarse a Londres? ¿Por qué?

Lesley no iba a darle a este hombre la verdadera razón por la que había solicitado el traslado de Johnny.

—Era su contacto en nuestro equipo.

—Así es. Un buen tipo.

Lesley se encogió de hombros.

—Pero usted vino a verme a mí cuando Sadie no regresó de sus vacaciones.

—Habría contactado con Johnny.

—Acudió a mí. Soy la investigadora principal en el caso. Así que tendrá que conformarse conmigo. —Se contuvo para no añadir un «lo siento» sarcástico.

—Ya. —Se rascó la nariz—. Entonces, ¿cuál es la conexión entre la desaparición de Sadie y la muerte de su antiguo inspector?

—Señor Crippins...

—Matt.

—Matt, ¿cree que Sadie podría haberse puesto en peligro para conseguir la historia?

Él sonrió.

—Es como un perro sabueso. Una vez que se le mete una idea en la cabeza, no hay mucho que la detenga.

—Eso ya lo sé.

—Fue un incordio para la investigación en la isla de Brownsea, ¿verdad?

—Se podría decir que sí.

—Solo hacía su trabajo.

—Pero en ese caso no se expuso a ningún riesgo —dijo Lesley.

—Historia. Para nosotros es una historia, no un caso. Y sí, no me sorprendería que Sadie hubiera ido a llamar a puertas a las que no debía. ¿Tiene a alguien concreto en mente?

Lesley le sostuvo la mirada.

—¿Le dio Sadie alguna indicación de lo cerca que podría haber estado de un gran avance en la historia que estaba investigando?

—Si estaba investigando la muerte de Mackie, entonces no. Ni siquiera sabía en qué andaba metida.

—¿No hizo ninguna insinuación? ¿Quizá dijo que podría tener una exclusiva pronto?

Se rio.

—¡Exclusiva! Ya nadie habla de «exclusivas». No. No lo hizo. ¿Es todo lo que tiene para trabajar? ¿Lo que pudo o no haberme dicho?

Lesley se mordisqueó la uña. Le rugió el estómago.

—Todo lo que puedo decir —continuó Matt— es que Sadie era tenaz y difícil de disuadir una vez que se le metía algo entre ceja y ceja. Si sospechaba que alguien había matado al inspector Mackie, seguiría adelante hasta localizar a esa persona y grabarla.

—Eso es lo que me temía —dijo Lesley.

—¿A quién cree que podría haber estado tratando de localizar?

Lesley negó con la cabeza. Tenía una corazonada, pero no pensaba compartirla con él. Se levantó.

—Quiero hablar con los demás reporteros. Averiguar si Sadie compartió con ellos lo que estaba haciendo, si alguien más la estaba ayudando. Y quiero su portátil.

—Ya lo tienen —dijo Matt—. El equipo forense se lo llevó después de que denunciáramos su desaparición.

—Muy bien.

Necesitaba hablar con Gail.

CAPÍTULO CINCUENTA

TINA FRUNCIÓ el ceño ante la compañera de Ashok.

—¿Qué es lo que necesita decirnos?

—Venga conmigo —dijo Rita.

Tina intercambió una mirada con Stanley.

—Solo usted —añadió la mujer.

—Vale. —Tina se encogió de hombros, mirando a Stanley.

Siguió a la mujer hasta el despacho contiguo. Ella cerró la puerta tras de sí y se apoyó en ella.

—Por favor —dijo Tina—, ¿Ash ocultaba algo?

La mujer asintió. Retrocedió un par de pasos y se agarró a una silla, con los nudillos blancos.

—Es un tema delicado —empezó a decir.

«Estas cosas suelen serlo», pensó Tina.

—Por favor —le dijo a la mujer—. Si nos ayuda a encontrar al asesino de Ashok…

—Pero sus compañeros se enterarán.

Tina reprimió un suspiro.

—Si llega a juicio y se incluye como prueba, entonces sí. Podrían enterarse.

—¿Y qué hay de la esposa de Ash?

—¿Qué pasa con ella?

—Ella no sabe nada. Cree que… —Rita desvió la mirada.

—¿Qué es lo que cree? —preguntó Tina.

—Me paró por la calle un día cuando salía del trabajo; pensaba que yo podría saber algo. Ash y yo llevábamos años trabajando juntos, éramos buenos amigos. —Su expresión se ensombreció—. Lo echaré de menos.

—¿Qué es lo que pensaba su mujer? —insistió Tina.

—Que Ash tenía una aventura. Para ser sincera, creía que la aventura era conmigo. —Soltó una risa forzada—. Yo no pensaba en él de esa manera. —Sus ojos brillaron—. No es mi tipo.

Tina asintió.

—Entonces, si Ash no tenía una aventura, ¿qué es lo que intenta decirme?

—Tenía otro trabajo. —Rita se humedeció los labios—. Había hipotecado la casa para una inversión fallida de hacía unos años. Tenía que saldarla como fuera y le preocupaba que se la embargaran.

—¿Y su mujer no sabía nada de eso?

—Las cuentas estaban todas a nombre de él. Compró la casa antes de conocerla y ella no sabía nada de la deuda ni de la hipoteca.

—De acuerdo —dijo Tina—. Así que se buscó otro trabajo para saldar la deuda. —Tuvo la sensación de que iba a ser algo ilegal—. ¿De qué tipo?

La mujer bajó la mirada.

—Era…, era un chico de compañía.

—¿Un chico de compañía? —Tina no se había esperado aquello—. ¿Quiere decir un prostituto?

—¿Existen los prostitutos? Pero no, no, él no era un prostituto. —La voz de la mujer era firme—. Ash era guapo, tenía encanto. Era joven, a las mujeres les gustaba. Decidió sacarle partido.

—Entonces, ¿a Ash le pagaban por tener citas con mujeres?

—Exacto.

«Mujeres a las que les costaba encontrar pareja», pensó Tina. Susannah Ramsay había sido rica y atractiva. No tenía sentido.

Pero sí. Sí que lo tenía. Susannah Ramsay era el tipo de mujer que no querría la complicación de una relación. Estaba ocupada y tenía dinero. No iba a perder el tiempo.

—¿Mujeres como Susannah Ramsay?

La mujer asintió.

—¿Cuánto tiempo llevaba?

—Seis meses, ¿quizá un poco más?

—¿Y le hablaba de las mujeres que conocía?

—No, no. Ni hablar.

Tina se preguntó cómo saldría el tema de hacerse chico de compañía con una compañera de trabajo.

—¿Tenían confianza entre ustedes?

—Pues sí. Un día lo encontré en su despacho, llorando. Lo soltó todo. La deuda, el trabajo…

¿Se podría describir aquello de esa manera?

—¿Le dijo el nombre de la agencia para la que trabajaba? —preguntó Tina.

—Lo siento. Le preocupaba meterse en problemas si alguien se enteraba.

—Claro.

Tina sacó su tarjeta del bolsillo y se la entregó.

—Si recuerda el nombre de la agencia, o el de alguna de las mujeres que veía, llámeme. ¿De acuerdo?

—Por supuesto. —La mujer sorbió por la nariz.

CAPÍTULO CINCUENTA Y UNO

MIKE SE RECLINÓ en la silla y respiró hondo. Había sido interesante, aunque también breve, trabajar con la jefa en el caso de Sadie Dawes. Le dio la oportunidad de entrever la forma de trabajar de la inspectora y la relación que tenía con el sargento. Formar parte de un equipo de dos resultó ser toda una revelación.

Pero ahora estaba de vuelta trabajando para el sargento en el caso de Susannah Ramsay, analizando las pruebas forenses. No sabía si aquel cambio era permanente o si la inspectora lo reincorporaría al caso Dawes.

Presentía que no. Había algo que aún le ocultaba, algo que no quería que supiera. Se preguntaba si el sargento sabría de qué se trataba.

Había llegado a un punto muerto con las pruebas forenses, y ahora estaba viendo qué más podía averiguar sobre Susannah Ramsay. Hasta ahora, tenían mucha información sobre su trabajo: derecho de sociedades, un gran bufete londinense con oficinas en París, Milán y Nueva York. Su ascenso profesional no se parecía tanto a ir labrándose un camino como a volar. ¿Había algo sospechoso en ello? Si lo había, él no sabía qué era.

Habían enviado a un equipo de la Policía Metropolitana a hablar con sus compañeros y habían revisado sus declaraciones de la renta. Todo estaba en regla, ni una coma fuera de lugar.

Ahora buscaba información personal. Parecía que Ashok Verma no era un novio formal, y la pregunta era si tenía uno. Había estado rastreando webs de sociedad y encontró una que se centraba en empresarios de éxito. De lo más aburrido, pero esperaba encontrar el nombre de Susannah por ahí. Quizá una foto suya con alguien a quien hubiera cabreado.

Estaba en la cuarta página de resultados de la búsqueda cuando pinchó en un enlace que lo llevó a una columna habitual de una revista jurídica. El tipo de supuesto periodismo que se disfrazaba de noticias empresariales serias, pero que en realidad no era más que puro cotilleo. Según Google, el nombre de Susannah aparecía ahí.

La ojeó y, de pronto, se detuvo. Se reclinó, examinando la pantalla. Luego lo mandó a imprimir y fue hacia la impresora.

Se acercó al sargento y le puso la hoja impresa delante.

—Esto podría cambiar las cosas —dijo Mike.

El sargento levantó la vista.

—¿Por qué lo dices?

Mike señaló la hoja con el dedo.

—Una página de sociedad de una revista jurídica de hace cuatro semanas.

El sargento se inclinó sobre ella.

—¿Y?

Mike se mordió el labio inferior.

—Susannah estaba casada.

El sargento levantó la vista.

—¿Casada? ¿Con quién?

—Con un hombre llamado Geoff Middleton.

—Entonces, ¿por qué no se ha presentado? ¿Cómo es que no hemos oído hablar de él antes?

—Porque llevaba casi dos años sin vivir con ella —replicó Mike—. Y estaban en pleno divorcio.

CAPÍTULO CINCUENTA Y DOS

—¿ASÍ que no tenéis el portátil? —preguntó Lesley.

—Me temo que no —contestó Gail—. Registramos el piso de Sadie y fuimos a sus oficinas. Ni rastro de él.

—Matt Crippins pensaba que lo teníais vosotros.

—Un momento. —Se oyó un crujido al otro lado de la línea—. Disculpa, acabo de entrar en la oficina. ¿Dónde estás?

—En Bournemouth. Acabo de hablar con Crippins.

—Bueno, me temo que no hay ningún portátil. Si él no sabe dónde está, entonces supongo que Sadie lo llevaba consigo cuando desapareció.

—¿Se podría averiguar si se ha usado desde la semana pasada?

—Hablé con el personal de informática de la BBC y me dijeron que nadie ha accedido a su correo electrónico y que no ha iniciado sesión en el servidor.

—¿Y el aparato tiene seguimiento de ubicación?

—Sí, pero no ha emitido ninguna señal. Si estaba apagado...

—Ya. —Lesley sabía que el GPS era inútil si el dispositivo estaba apagado.

—Sunil dice que podría haberlo usado si sabe cómo desactivar el seguimiento de ubicación.

—¿Y cómo haría eso? —preguntó Lesley.

—No es difícil. Solo tenían la configuración de ubicación estándar en sus portátiles. Me da la sensación de que van a actualizarlos

después de esto.

«Un poco tarde», pensó Lesley.

—Así que cualquiera con conocimientos básicos de informática podría desactivar el seguimiento de ubicación.

—Exacto. Pero no podría haber ocultado el hecho de haber iniciado sesión en el servidor.

—No. —Pero no lo había hecho, esa era la cuestión—. Gracias, Gail. Si se te ocurre algo, llámame.

—Así lo haré.

Lesley se reclinó en el asiento del conductor. Había aparcado frente a un McDonald's en Poole, rindiéndose por fin a los rugidos de su estómago. Los restos de un Big Mac reposaban en el asiento del copiloto y un paquete de patatas fritas se enfriaba a su lado.

Volvió a sonar el móvil.

—¿Gail?

—No, jefa. Soy Mike.

—Hola Mike. Te estarás preguntando si te necesito para el caso de Sadie Dawes. Lo siento, pero…

—No, no es por eso. El sargento quería que te dijera que tenemos un nuevo sospechoso en el caso Ramsay.

Lesley se preguntó por qué no la habría llamado Dennis.

—¿Ah, sí?

—Encontré a un exmarido. Bueno, estrictamente hablando, todavía es su marido.

—¿Susannah estaba casada?

—Estaba en proceso de divorcio. Se separaron hace casi dos años.

—¿Pero aún no están divorciados?

—No, jefa.

—¿Cómo se llama y dónde vive?

—Geoff Middleton, vive en Londres.

—Cómo no. Supongo que ese tipo se lo lleva todo con la muerte de Susannah. ¿Hay testamento?

—El sargento está con ello. Estamos intentando localizar a sus abogados —dijo Mike.

—También tendréis que hablar con el marido.

—Por supuesto.

—Vale. Sé que este ya no es mi caso, pero dile a Dennis que me mantenga al corriente.

—Lo haré.

Lesley se preguntó si de verdad Dennis le había pedido a Mike que la informara, o si solo era la forma que tenía Mike de recordarle que existía.

—Y gracias, Mike. Buen trabajo.

CAPÍTULO CINCUENTA Y TRES

ZOE CORRIÓ las cortinas del salón. La calle estaba a oscuras. El único sonido era el de un grupo de estudiantes que regresaba del pub armando un poco de escándalo.

Se estremeció. No le gustaba poner la calefacción ahora que Nicolas se había ido. Le parecía un desperdicio para una sola persona.

¿Quizá podría encender la estufa de gas? Se inclinó sobre ella, con el gesto torcido. Cada año tenía el mismo problema para recordar cómo funcionaba aquel trasto. Había una perilla en un lado y un botón que tenía que pulsar en alguna parte. Trasteó unos instantes hasta que, por fin, cobró vida. El olor a polvo quemado le llenó las fosas nasales.

Sintió que algo le rozaba la pierna. Era Yoda, que buscaba el calor de la estufa. La gata se dejó caer en la alfombra y se estiró, para que su estómago recibiera todo el aire caliente. Zoe se sentó en la alfombra a su lado y le acarició la tripa.

—Tú sí que sabes, Yoda —dijo—. En esta casa hace un frío de narices.

La gata ronroneó y le dedicó un parpadeo lento y prolongado. Se estaba haciendo grande, ya no era una gatita. Su pelaje plateado atigrado brillaba a la luz del fuego.

Zoe oyó un ruido procedente de la cocina. Detuvo la mano sobre el lomo de la gata.

—¿Qué ha sido eso?

Yoda la ignoró, mirando el fuego y ronroneando con fuerza. Zoe se levantó del suelo con esfuerzo y fue a la cocina. Encendió la luz y parpadeó ante el brillo. La habitación estaba vacía.

«Se te está yendo la olla», se dijo. «Aquí no hay nadie».

Se acercó al fregadero. Ya que estaba allí, se prepararía un café. Entonces lo oyó de nuevo. Un sonido como de algo arrastrándose, detrás de la ventana trasera.

Fue a la puerta del patio y le quitó el seguro, luego la abrió con cuidado. Habían entrado a robar en su casa cuando trabajaba en el caso Jackson un año antes y todavía le daba reparo abrir esa puerta. Miró el soporte de los cuchillos de cocina junto al horno. ¿Debería coger uno?

—¿Hola? —llamó hacia la oscuridad de su patio trasero.

El espacio estaba vacío, no había nada más que las malas hierbas que no paraba de repetirse que tenía que arrancar y sus dos cubos de basura.

—¿Hay alguien ahí fuera?

—Chis —susurró una voz.

Zoe se puso rígida.

—¿Quién es? —Se irguió, asegurándose de que su metro sesenta y siete fuera visible para el intruso—. Muéstrate.

Un movimiento en las sombras quedó débilmente iluminado por la luz de la ventana de la cocina. Había alguien delante del desaliñado seto que separaba su jardín del de los estudiantes de al lado.

—¿Quién es? —repitió.

Una figura apareció de detrás del cubo de basura. Era una mujer. Tenía el pelo rubio y enmarañado y llevaba un forro polar que había visto días mejores.

La mujer parpadeó al mirar a Zoe.

—¿Puedes dejarme pasar?

Zoe sintió que se quedaba con la boca abierta.

—Tú.

La mujer se acercó a la puerta trasera.

—Rápido, creo que me siguen.

—¿Que te siguen? —Zoe escudriñó el patio. Seguía sin haber movimiento.

La mujer asintió. Zoe la miró y suspiró.

—Sadie Dawes, ¿qué coño haces en mi jardín?

CAPÍTULO CINCUENTA Y CUATRO

LESLEY CAMBIABA el peso de un pie al otro, frotándose las manos para entrar en calor, mientras esperaba frente a la puerta de Dennis. La última vez que había estado allí había sido durante el caso Watson, cuando Dennis pidió la baja por enfermedad. La conversación había sido incómoda, pues Lesley no creyó que Dennis tuviera la gripe. Y había tenido razón. Al final él le confesó sus problemas de salud mental.

Esta vez, la conversación sería aún más incómoda.

La puerta se abrió y Pam, la mujer de Dennis, le sonrió a Lesley.

—Me pareció ver su coche. Pase.

—¿Está segura de que no es molestia? —preguntó Lesley.

Pam sonrió. Llevaba un vestido azul marino y unas finas pulseras de oro tintineaban en su muñeca. Lesley se preguntó si siempre iba tan bien arreglada: la última vez había lucido un vestido rojo y una cadena de plata.

—No se preocupe, estábamos terminando de cenar —respondió Pam.

Lesley la miró de arriba abajo. Ella desde luego no se vestía así para cenar en casa. Elsa podía darse con un canto en los dientes si, al volver del trabajo, Lesley se cambiaba el traje arrugado por zapatillas y una bata.

Siguió a Pam hasta el comedor, al fondo de la casa. La mesa estaba puesta con toda formalidad: mantel, salvamanteles y

cubiertos cuidadosamente dispuestos. Dennis estaba sentado leyendo el periódico.

Lesley sonrió.

—Buenas noches, Dennis.

Él levantó la vista, dobló el periódico y lo dejó sobre la mesa.

—¿Qué ha pasado? ¿Es el caso Ramsay? ¿Por qué no me has llamado? —miró a su mujer—. Pam, ¿dónde está mi teléfono?

—Tranquilo, Dennis —dijo Lesley—. No tienes ninguna llamada perdida. Solo quería hablar contigo en persona.

Pam se aclaró la garganta.

—Estaré en la cocina por si me necesita.

—Gracias —dijo Lesley.

Dennis observó cómo su mujer salía de la sala. Tragó saliva y parpadeó, mirando a Lesley.

—¿Qué he hecho?

—¿Qué te lleva a suponer eso?

—No es normal que vengas a mi casa a estas horas de la noche.

Lesley se dejó caer en la silla frente a él. Delante de ella estaba lo que supuso que era el sitio de Pam. El cuchillo y el tenedor ya no estaban, pero aún quedaba una cuchara de postre. Lesley se preguntó qué habrían cenado.

—Iré al grano —dijo—. Veo que estás en mitad de la cena.

Dennis se encogió de hombros.

—Gail me ha dado hoy acceso al expediente de pruebas sobre la muerte del inspector Mackie —le informó Lesley.

Él le devolvió la mirada, apretando la mandíbula.

Lesley ladeó la cabeza.

—¿Sabes lo que voy a preguntarte?

Dennis puso una mano sobre el periódico doblado.

—Su teléfono móvil.

Lesley asintió.

—¿Y?

—El mensaje que le dejé —dijo él—. Quedamos en vernos el día que murió.

—¿Y os visteis?

A través de la pared detrás de Lesley llegaban sonidos. Pam se movía por la cocina, haciendo chocar ollas y sartenes, intentando acallar sus voces.

—No —respondió Dennis—. No apareció. Se suponía que iba a reunirme con él en Swanage. Me habían asignado un caso de robo con agravantes y nuestro sospechoso era alguien a quien el inspector había arrestado en el pasado. Quería que me diera algo de información. Cuando no llegó, intenté llamarlo, pero no obtuve respuesta.

Lesley asintió. Había llamadas perdidas en el móvil de Mackie.

—Entonces, ¿para qué os ibais a reunir?

—Acabo de decírtelo —protestó Dennis—. El caso de robo con agravantes. Quería enseñarle el lugar.

—Háblame del caso —le pidió Lesley—. No he oído hablar de él.

—Fue antes de que llegaras, y no era lo bastante importante como para informarte. Fue en un parque de caravanas a las afueras de Swanage. Una banda intentó robar bombonas de gas, el vigilante los vio y la cosa se puso fea.

—Si así era, ¿por qué querías implicar a Mackie?

—Ya te lo he dicho. Había tenido trato con uno de los sospechosos. Atrapamos a dos de los hombres, pero otros dos escaparon. Reconocimos a uno de ellos y quería que Mackie me dijera dónde podríamos encontrarlo.

—Seguro que eso estaría en el expediente.

Dennis se encogió de hombros.

—A veces es mejor saber estas cosas de primera mano.

Lesley lo miró. Desde la cocina, oyó a Pam cantar *Waterloo*.

—No te creo.

Las fosas nasales de Dennis se dilataron.

—No veo por qué.

—El inspector Mackie se había jubilado. Cualquier información que pudiera tener habría estado en el expediente. No estaba directamente implicado en el caso.

—Mackie conocía a ese tipo muy bien después de haberlo arrestado varias veces a lo largo de los años. Era de esos que

reinciden en cuanto salen de la cárcel. Ya sabes cómo son. Y unos cuantos jueces indulgentes se limitaban a ponerle multas.

Lesley ladeó la cabeza.

—Así que llamaste al inspector Mackie y no contestó. ¿Cuánto tardaste en darte cuenta de que algo iba mal?

—Esperé una hora —respondió Dennis—. Luego volví a llamarlo. Seguía sin contestar. Pensé en llamar a su mujer, pero no quise alarmarla.

—¿Quién denunció su desaparición?

—Su mujer Gwen. Esperó hasta la medianoche. Desearía haber hecho algo más... —Bajó la mirada a sus dedos, que se arrastraban por el mantel.

—Concertar una cita así con un antiguo colega no es el procedimiento habitual. Lo normal habría sido ir a casa de Mackie y hablar con él como testigo. En ese momento era un ciudadano de a pie.

—Conocía al sospechoso al dedillo —le dijo Dennis—. No era exactamente un ciudadano de a pie cualquiera.

—Vale —dijo Lesley—. ¿Y era la primera vez que se suponía que ibais a reuniros en relación con ese caso?

—Sí.

—Así que no apareció, tú te preocupaste, pero no lo suficiente como para hablar con su mujer. ¿Le contaste todo esto a Carpenter?

—No.

—¿Por qué no?

—El inspector y él no se llevaban bien.

—¿No? Trabajaron juntos durante... ¿cuánto tiempo?

—Doce años.

—Pero no se llevaban bien.

Dennis negó con la cabeza. Lesley pensó en lo que había dicho Gwen Mackie: que Carpenter había ocultado la naturaleza de la muerte de su marido.

La puerta se abrió.

—¿Le apetece un café, inspectora Clarke? —preguntó Pam.

Lesley se giró en la silla.

—Por favor, llámeme Lesley. Y muchas gracias, pero no, no me voy a quedar mucho más.

Dennis gruñó.

Lesley se volvió hacia él mientras la puerta se cerraba.

—¿Por qué no se llevaban bien Carpenter y Mackie?

Se encogió de hombros.

—Un choque de personalidades. Eran profesionales al respecto. Dudo que mucha gente se diera cuenta. Pero yo conocía bien a Tim Mackie. Veía lo frustrado que le hacía sentir.

—Una vez más, ¿por qué quedaste para reunirte con él?

—Ya te lo he dicho. El caso de robo con agravantes.

Lesley torció el gesto y se puso de pie.

—Gwen denunció su desaparición a medianoche. ¿Esperaba que volviera a casa de una reunión con usted?

—Sabía que teníamos la costumbre de quedar para tomar una pinta.

—¿Sabía que os ibais a reunir ese día?

—Creo que no.

—¿Por qué no le hablaste de vuestro plan?

—Porque en lo que a ella le concernía, su marido se había jubilado y esa parte de su vida había terminado.

—Vale. Así que quedaste con Mackie en relación con un caso de robo. Eso es todo, ¿nada más que deba saber?

—No, jefa.

—¿No tiene nada que ver con tus problemas de salud mental?

Dennis se sonrojó.

—No, jefa.

—Ya.

Lesley apoyó una mano en el respaldo de la silla.

—Si hay algo que recuerdes, Dennis, algo que quieras contarme, no dudes en hacerlo. ¿De acuerdo?

—Por supuesto —dijo él, sin mirarla a los ojos.

—Muy bien —respondió Lesley, y se dirigió a la puerta.

CAPÍTULO CINCUENTA Y CINCO

EL SHIP INN de Wool era uno de esos establecimientos modernos que no tenían muy claro si eran un restaurante o un pub. Cuando Lesley entró, estaba lleno de pequeños grupos de gente que comía en silencio, un murmullo de voces y el tintineo de los cubiertos contra los platos. No se parecía en nada al Duque de Wellington, donde Elsa a veces trabajaba. Allí habría gente acodada en la barra, charlando con Elsa o con su hermano. Pero aquí, todo era muy formal.

Vio a su equipo en una mesa en un rincón y se acercó a ellos.

—Buenas noches a todos —dijo, ocupando la silla vacía. Mike y Tina estaban sentados uno al lado del otro, con las manos sobre la mesa, casi rozándose. Stanley estaba sentado frente a ellos, al lado de Lesley. Su lenguaje corporal era cerrado, tenía la cabeza gacha.

—Subinspector Brown —dijo ella—. Aún no hemos tenido la oportunidad de conocernos.

Él se enderezó.

—Inspectora Clarke. Un placer conocerla.

Ella sonrió.

—Llámame jefa, sin más. Vamos a ver en qué punto estamos con este caso y así podré irme a casa.

Miró a Mike.

—¿Qué tenemos del exmarido?

Tina se inclinó hacia delante.

—Antes de entrar en eso, jefa, he hablado con una colega de Ashok.

—¿Y?

—Trabajaba de chico de compañía.

Lesley se quedó mirando a Tina.

—¿Ah, sí?

—Pensamos que igual es como conoció a Susannah —dijo Stanley.

—Ya. —Lesley repasó lo que sabían de Ashok Verma—. ¿Lo sabía su mujer?

—No. Ella pensaba que estaba teniendo una aventura —respondió Stanley.

—Pobre mujer. Vale, tenemos que confirmar si Susannah lo contrató esa noche. Y para quién trabajaba.

—Sí, jefa —dijo Tina.

—Vale. ¿Qué hay del exmarido?

Stanley deslizó un trozo de papel por la mesa.

—Aún no es exmarido, no del todo. Se llama Geoff Middleton, vive en Chiswick. Tenemos los datos del abogado que llevaba el divorcio de Susannah, pero ya se ha marchado a casa.

Lesley echó un vistazo al papel.

—Sois conscientes de que no voy a hacerme cargo de este caso, ¿verdad? Es de Dennis.

—¿Está bien el sargento, jefa? —preguntó Tina.

—Estará bien —replicó Lesley.

No le había dicho que vendría al pub. Se sentía mal por menoscabar su autoridad, pero, a su vez, Dennis se había estado comportando de forma errática durante las últimas semanas. Su prioridad ahora era resolver el caso. Ya habría tiempo para ocuparse de Dennis. De camino, había recibido un mensaje de Carpenter: «Presión política sobre el caso Ramsay. ¿Algún avance?»

—Sugiero que vayáis a hablar con el marido y el abogado mañana por la mañana. Averiguad la situación del testamento de Susannah. ¿Se lo quedaba todo él si ella moría? De ser así, hay que considerarlo como un sospechoso.

—¿Y qué hay de los forenses? —preguntó Mike.

—¿Qué pasa con ellos? —dijo Lesley.

—No encontraron otras huellas ni ADN. Ningún rastro de que hubiera estado allí otro hombre.

—Pudo haber sido cuidadoso —replicó—. ¿A qué se dedica?

—Es productor de televisión —dijo Tina.

—Entonces quizá ha trabajado en series policíacas y ha sacado ideas. ¿Tenemos la matrícula de su coche? Pudo haber ido en coche a casa de Susannah.

—Vale, jefa —dijo Tina. Sacó una libreta del bolsillo y tomó una nota.

—Y también —añadió Lesley—, están las cámaras de seguridad. Volved a revisarlas.

—La matrícula del coche que vimos estaba tapada —dijo Stanley.

Lesley asintió. Típico.

Mike se inclinó hacia delante.

—¿Quieres que te informemos a ti o al sargento?

—Dennis vendrá por la mañana —le dijo Lesley—. Le contáis lo que hemos hablado y le informáis a él de vuestros progresos. Si surge algún problema, podéis acudir a mí, pero solo si hay problemas.

—Entendido.

Lesley miró al equipo. Sabía que era una situación incómoda para ellos. Tina se removía en su silla, desesperada por saber más.

Pero Lesley no pensaba contarles sus preocupaciones sobre Dennis. Se puso de pie.

—Que paséis una buena noche —se despidió—. Todo saldrá bien. No os preocupéis.

Tina le dedicó una sonrisa.

—Eso espero, jefa.

CAPÍTULO CINCUENTA Y SEIS

TINA SE QUITÓ los zapatos y subió los pies a la mesita de centro de Mike. Su piso era diminuto, un estudio en realidad, pero estaba más limpio de lo que había esperado. Sabía cómo podían ser algunos tíos solteros, con el fregadero lleno de platos sucios y la colada en un rincón. Mike no era así para nada. A su piso no le vendría mal una mano de pintura, pero no necesitaba una limpieza. Fue un alivio.

Se recostó en el sofá, acomodándose unos cojines. «¡Cojines! En un piso de soltero», pensó.

—Entonces, ¿qué crees que le pasa al sargento? —le preguntó.

Mike se encogió de hombros. Se sentó a su lado y le pasó una copa de vino blanco.

—Ni idea, pero sin duda hay un ambiente tenso entre la inspectora y él.

—¿Crees que está enfermo?

Mike se echó hacia atrás, haciendo que el sofá se hundiera.

—Estuvo de baja la otra semana, ¿no?

—Sí, con la gripe —replicó Tina—. Eso fue lo que nos dijo.

—El sargento nunca se coge la baja —dijo Mike enarcando una ceja—. Incluso cuando se lesionó la pierna en verano, usó días de vacaciones en lugar de la baja por enfermedad.

—¿Y tú cómo sabes eso?

—Me lo contó Johnny.

—Estaban muy unidos, ¿verdad?

Mike frunció los labios, sin decir nada.

—No ha debido de ser fácil para ti. —Tina le puso una mano en el brazo y Mike se encogió de hombros.

—No pasa nada, así son las cosas. Johnny y el sargento se conocían desde mucho antes de que yo entrara en el equipo. Yo era el novato.

—No eras un novato —dijo Tina—. Eres un agente cojonudo. Deberían haberte dado el reconocimiento que mereces.

—Bueno, la inspectora lo está haciendo.

—Ella no es racista.

Mike frunció el ceño.

—No creo que el sargento sea racista.

—No he dicho que lo sea —replicó ella—. Pero siempre existe el sesgo inconsciente. Es un hombre blanco mayor de Wareham. Puede que no lo haga a propósito, pero ¿no crees...?

—Déjame librar mis propias batallas. —Mike dejó la copa sobre la mesa y se giró para mirarla. Tenía los labios apretados en una fina línea. ¿Lo había molestado?—. No quiero hablar de los jefes. Ya hemos tenido que pasar por esa farsa en el pub.

Tina se estremeció y bebió un trago de vino.

—Quería preguntarle a la inspectora qué le pasaba al sargento, pero me dio la sensación de que estaba cabreada con él.

Mike la miró a los ojos. Tina sonrió, esperando a que él le devolviera la sonrisa.

Mike era mono. Más que un buen cabo, era un buen tipo. Honesto, la clase de persona en la que podías confiar. Normalmente era reacia a salir con compañeros de la policía, pero había llegado a conocer a Mike en los últimos meses y sentía que podía abrirse con él.

Alargó la mano y le acarició un lado de la cara.

—Me gustas mucho, ¿sabes?

Una comisura de sus labios se alzó y apareció un hoyuelo en su mejilla. Eso era otra cosa que le gustaba de él.

Ese hoyuelo. Quería meter el dedo índice en él para ver si le hacía cosquillas.

—Me alegro —dijo Mike—. Porque tú también me gustas.

CAPÍTULO CINCUENTA Y SIETE

—INSPECTORA CLARKE, ¿cómo van las cosas?

Lesley se llevó el teléfono a la oreja. Estaba en el coche, aparcado fuera del piso de Elsa. Se dio cuenta de que tenía que empezar a considerarlo su hogar.

—Las cosas están complicadas, Petra —respondió.

—¿Puedo ayudarte en algo?

—La verdad es que no. Pero sí tengo algo para ti.

—¿Cartas de nuestro amigo Mackie?

—Sí. Se las escribió a su hijo cuando estaba en la universidad. Su mujer me las ha dado. Por lo visto, el hijo las trajo de vuelta cuando se graduó y a ella le interesó más conservarlas que a su marido.

—Una mujer sensata.

—Quiere que se las devuelvan.

—Me lo imagino. Aun así, me ayudarán a hacerme una idea de cómo usaba el lenguaje. ¿Puedes adjuntármelas en un correo?

—Las escanearé y te las enviaré por la mañana.

—Fantástico. Supongo que querrás mi opinión para ayer, ¿no?

Lesley sonrió.

—Estoy ocupada con otro caso. Con otros dos, de hecho. Pero uno podría estar relacionado.

—¿Con Mackie?

—No necesitas los detalles. Te enviaré las cartas a ver qué te parecen, ¿de acuerdo?

—Por supuesto. Yo me encargo.

CAPÍTULO CINCUENTA Y OCHO

A LESLEY le despertó una llamada de su teléfono. Movió un brazo con brusquedad y casi le dio un tortazo a Elsa, que gruñó entre dientes.

—Perdona, cariño —se disculpó Lesley.

Retiró el brazo y buscó a tientas en la mesilla de noche con el otro. Tras unos segundos encontró el teléfono, se lo llevó a la oreja y abrió los ojos. Fuera estaba oscuro, no se filtraba luz por los bordes de las cortinas del dormitorio.

—¿Quién es?

—Eso no es muy profesional —fue la respuesta.

Lesley se incorporó. Elsa se dio la vuelta y se tapó la cabeza con el edredón.

—Ni siquiera ha amanecido —dijo Lesley antes de soltar un bostezo—. ¿Quién habla?

—Soy Zoe.

Lesley se dejó caer de nuevo sobre las almohadas. Se golpeó la cabeza con el cabecero e hizo una mueca de dolor.

—Zoe, ¿por qué me llamas a estas horas? ¿Qué hora es, por cierto?

—Las siete menos diez —respondió Zoe—. Supuse que querrías saber lo que ha pasado.

—Vale.

Lesley se incorporó y sacó los pies de la cama. Sus zapatillas estaban por ahí, en alguna parte. Elsa le puso una mano en la espalda.

—¿Quién es? —susurró.

—Del trabajo —respondió Lesley.

Encontró las zapatillas, se levantó de la cama con esfuerzo y fue arrastrando los pies hasta la cocina.

Bostezó de nuevo.

—Dime, Zoe —la instó mientras cogía la tetera eléctrica.

—Sadie Dawes ha venido a mi casa.

A Lesley casi se le cae la tetera al suelo.

—¿Que ha hecho qué? Entonces no está desaparecida.

—Bueno —dijo Zoe—. Estrictamente hablando, está desaparecida porque ahora ya no sé dónde está.

—¿Cómo que no sabes dónde está? ¿No está en tu casa?

—No. Lo siento, Lesley. No pude convencerla de que se quedara. Tiene miedo.

Lesley dejó la tetera, esta vez con cuidado. Prácticamente se derrumbó en una silla de la cocina.

—¿De qué tiene miedo?

—De quienquiera que matara a Mackie —dijo Zoe—. Cree que irán a por ella después.

Lesley se frotó la nuca. Ese cabecero...

—Entonces, ¿quién mató a Mackie? ¿Sadie lo sabe?

—Tiene pruebas de que Mackie aceptaba dinero del crimen organizado.

—Joder. Lo que me faltaba. ¿Y Carpenter?

—¿Tu superintendente?

—Sí, ¿dijo algo de él?

—Lo siento —dijo Zoe—. No dijo nada sobre él.

—¿Qué pruebas tiene? —preguntó Lesley.

—Te las envío por WhatsApp.

—No —replicó Lesley—. Mándamelas por correo postal. Tardará más, pero...

El cifrado de extremo a extremo estaba muy bien en teoría, pero no quería que las fotografías relacionadas con el caso Mackie

quedaran almacenadas en dispositivos policiales.

—¿A qué hora fue a tu casa?

—Sobre las diez —dijo Zoe—. Estuve hablando con ella hasta pasada la una de la madrugada.

—¿Sobre qué?

—Me contó lo que ha estado haciendo el último mes. Cómo empezó a sospechar que la muerte de Mackie no fue lo que parecía.

—¿Cómo fue eso? —preguntó Lesley.

—Recibió una llamada.

—¿De quién?

—Anónima.

—Pues claro que sí, joder.

La tetera eléctrica hizo clic a su espalda.

—Dame un minuto —dijo—. Necesito cafeína.

—Yo ya tengo mi taza delante.

Lesley dejó el teléfono sobre la mesa. Fue al armario y sacó un bote de café instantáneo. Lo echó en una taza, tirando la mitad en la encimera. Rebuscó en el bote y echó más en la taza. Cuanto más fuerte, mejor. Vertió agua hirviendo de la tetera y abrió la nevera.

—Maldita sea.

Anoche tenía que haber salido a comprar leche.

Se lo tomaría solo. Lo removió, tiró la cucharilla en el fregadero y se volvió hacia la mesa.

Elsa estaba de pie en el umbral de la puerta, envuelta en su bata.

—¿Qué pasa? —dijo—. ¿Quién te llama a estas horas?

Miró el teléfono de Lesley, que estaba sobre la mesa. Lesley podía oír la voz metálica de Zoe salir de él.

—Un caso en el que estoy trabajando —dijo Lesley—. Nada de lo que debas preocuparte.

Llevó su café a la mesa y cogió el teléfono. Le lanzó a Elsa una mirada que esperaba fuera suficiente para hacerle entender que necesitaba privacidad.

Elsa se encogió de hombros y salió de la cocina.

—Venga, sigue —le dijo Lesley a Zoe—. Ponme al día.

—Pues eso, recibió una llamada anónima. Cree que era de un miembro de una de las bandas del crimen organizado de la zona.

Lesley se tapó la boca con la mano, cubriendo el teléfono.

—¿La gente de Arthur Kelvin? —murmuró, con la voz tan baja como pudo sin dejar de ser audible. Elsa había representado a Arthur Kelvin y a algunos de sus empleados en el pasado, y Lesley sabía lo en serio que su novia se tomaba el deber para con sus clientes.

—Eso es lo que cree Sadie —dijo Zoe—. Dijo que, de todos modos, allí solo hay una banda de crimen organizado.

—Que yo sepa, sí. ¿Y de qué iba esa llamada?

—De que el inspector Mackie no se suicidó, eso es todo. El que llamó colgó en cuanto lo dijo.

—¿O sea que Sadie ha estado por ahí, hablando con Gwen Mackie, siguiéndote a casa, todo basándose en una llamada de una sola frase?

—Tú también sospechas —dijo Zoe—. Y la jefa de la científica.

—Sí.

Fue Gail quien en un principio alertó a Lesley de la posibilidad de que la muerte de Mackie no hubiera sido un suicidio. Era demasiado tarde para que los análisis forenses sirvieran de algo, al menos en lo que respectaba a las pruebas en la escena del crimen.

—Mierda —exclamó.

—¿Qué pasa? —preguntó Zoe.

—Dennis llamó a Mackie el día que murió, quería reunirse con él. Dice que no fue nada, solo un caso del que Mackie sabía. Pero ¿y si se ha involucrado de alguna manera?

—¿Crees que es posible? Pensaba que era el colmo de la honradez.

—No lo sé —respondió Lesley—. Últimamente ha actuado de forma extraña, pidiendo días libres y yendo a un psiquiatra. Quizá todo este asunto le está volviendo loco. —Se rascó la mejilla—. Voy a tener que hablar con él.

—Te enviaré lo que tengo de Sadie —le dijo Zoe.

—Vale. ¿Adónde dijo que iba ahora?

—Lo siento, no quiso decírmelo. Le prometí que todo esto no iría más allá de ti. Y aun así fue difícil sacarle mucho. No se fía de ti.

—No la culpo —dijo Lesley—. Vale, si vuelve a llamar a tu puerta, dímelo de inmediato, ¿entendido? No me importa si tienes que despertarme o sacarme de otra investigación, quiero saber dónde está.

—Lo haré.

—Y aparte de eso, creo que a partir de ahora deberías mantenerte al margen de esto. El asunto se está calentando demasiado y podríamos meternos en un lío las dos. Carpenter no ha dicho nada todavía, pero sabe que has estado aquí.

—Nos pueden expedientar a las dos por eso.

—Lo sé, y el mero hecho de que no me hayan llamado la atención me hace sospechar más aún de Carpenter.

CAPÍTULO CINCUENTA Y NUEVE

DENNIS ESTABA SENTADO en su escritorio, observando a los otros miembros del equipo. Cuando había llegado esa mañana, nadie le había mirado a los ojos. Tina había cruzado una mirada con Mike y Stanley había mantenido los ojos fijos en la pantalla de su ordenador.

Algo pasaba.

Se quedó mirando su pantalla un rato, intentando concentrarse. Tras la conversación con la inspectora la noche anterior, estaba preocupado.

¿Estaba a punto de ser sancionado? ¿Corría peligro su trabajo? A Dennis solo le faltaban tres años para poder solicitar la pensión. No podía permitirse hacer ninguna estupidez. ¿Qué diría Pam?

Se aclaró la garganta y echó la silla hacia atrás, deseando que Johnny aún formara parte del equipo. Él le habría dicho qué sucedía.

—Estáis todos muy callados hoy.

Tina y Mike se miraron.

«Parad ya», pensó Dennis. No le gustaba que esos dos fueran claramente pareja.

Stanley levantó la cabeza y se encontró con la mirada de Dennis. Al menos alguien le miraba a los ojos.

—¿En qué estáis trabajando ahora mismo? —preguntó Dennis.

—Estoy intentando localizar a la compañera de Ashok Verma. Nos dijo que él trabajaba como chico de compañía —dijo Tina.

Dennis bajó la mirada al ordenador.

—¿Y es cierto?

Tina se encogió de hombros.

—Tenía problemas de dinero. La gente se desespera.

—Si así es como conoció a Susannah Ramsay… —Miró hacia el despacho de la inspectora y las fotos de la víctima. Era atractiva, rica. La idea de que mujeres así contrataran a hombres para hacerles compañía le helaba la sangre.

Pero sus sentimientos personales eran irrelevantes.

—Sigue con eso —le dijo—. ¿Algo más?

—Yo estoy investigando al marido de Susannah —dijo Stanley—. Estoy esperando una respuesta de sus abogados. Necesito averiguar si tiene testamento.

Dennis ladeó la cabeza.

—¿Testamento?

—Si el testamento de Susannah le dejaba todo a su marido, es lógico que él sea el principal sospechoso. La mata ahora antes de que el divorcio se haga efectivo.

Dennis asintió.

—Tienes razón. —Miró a Mike—. ¿Y tú?

—He estado comprobando los registros del coche del marido de Susannah. Estuvo en Londres, aparcado en su calle los últimos cinco días.

—Eso no significa que no usara otro medio para venir aquí.

—No. Tenemos que hablar con él.

—Iré a verlo más tarde. Stanley, tú puedes venir conmigo.

La irritación asomó por el rostro de Mike. Dennis la ignoró; quería conocer mejor al recién llegado, y un viaje a Londres sería una buena oportunidad.

Stanley colgó el teléfono.

—Tengo buenas noticias al respecto. Geoff Middleton está hoy en Poole.

—¿Creía que su coche estaba en Londres?

—Ya no. Parece que ha venido para organizar el funeral.

—¿Ya hay funeral?

—Todavía no. La forense aún tiene el cuerpo. Pero va a ver a una funeraria esta tarde. Podemos interrogarlo después.

—¿O sea que es su ex, pero está organizando el funeral? —preguntó Tina.

Stanley se encogió de hombros.

—No estoy seguro. Pero al menos no tenemos que pegarnos la paliza de ir hasta Londres.

Dennis asintió.

—Vale. —Se giró hacia Tina—. ¿Cómo vas con la reconstrucción de los movimientos de Verma antes de su muerte? Supongo que se reuniría con más mujeres.

—Hay un número de teléfono al que no paraba de llamar —dijo Tina—. He estado llamando, pero no contesta nadie.

—¿Algún mensaje? ¿Contestador? —preguntó Dennis.

—Nada.

—¿Crees que es un teléfono de prepago? —preguntó Stanley.

Tina se encogió de hombros.

—Podría ser. ¿Quizá debería preguntarle a su mujer?

—Vale —dijo Dennis. Se volvió hacia Stanley—. Sigue investigando a Geoff Middleton. Quiero saber todo lo que podamos sobre él antes de que nos reunamos.

CAPÍTULO SESENTA

LESLEY HABÍA QUEDADO con Matt Crippins en la cafetería Costa que se encontraba a dos calles de sus estudios. A él le incomodaba que Lesley volviera a las oficinas de la BBC. Al parecer, inquietaba a su equipo. Se preguntó si en realidad se debía a que en esas oficinas se estaba llevando a cabo una investigación paralela de la que no querían que se enterara.

Eligió una mesa junto al ventanal y posó su capuchino. Era enorme. La taza en la que se lo habían servido era lo bastante grande como para meter un banco de peces dorados. También había cogido un brownie de chocolate. Temía que esa sería la única oportunidad de comer en todo el día.

Le acababa de dar un buen bocado al brownie cuando Matt entró. Tras saludarla con un gesto de cabeza, se dirigió al mostrador. Para cuando llegó a la mesa, Lesley ya se había terminado el brownie e iba por la mitad del capuchino, que resultó ser más espuma que café.

—Entonces, ¿qué se cuece en sus estudios que no quiere que vea? —le preguntó.

Matt sonrió.

—Ya se lo he dicho. A mi equipo le inquieta tenerla allí todo el tiempo.

—Son periodistas. No se inquietan con tanta facilidad. —Lesley marcó con comillas en los dedos la palabra inquietan.

Matt se sentó y cogió el café de la bandeja. La apoyó contra la silla, comprobando que no se deslizara hasta el suelo.

—Están preocupados por Sadie. La echan de menos.

—Bueno, ya no tienen por qué preocuparse.

—Eso dijo en su mensaje —replicó él—. ¿Dónde está?

—Está a salvo. Trabajando.

—¿Dónde?

—No lo sé.

—¿Ha vuelto a desaparecer del mapa?

—Dijo que no quería que la encontraran. —Lesley lo miró a los ojos—. ¿Tiene alguna idea de por qué podría ser?

—Ni idea.

—¿Hay algo que no me esté contando sobre el trabajo que Sadie estaba haciendo antes de desaparecer?

—Me dijo que no quería ponerme al corriente hasta que tuviera pruebas más contundentes.

—¿Y usted la dejaba usar su tiempo de trabajo en un caso..., perdón, en una historia de la que no sabía nada? —A Lesley le costaba creerlo. Desde luego, ella no dejaría que Dennis perdiera el tiempo en un caso secreto.

Se le ocurrió que eso era exactamente lo que estaba haciendo ella. Y Carpenter le estaba siguiendo la corriente. ¿Por qué?

Matt le dio un sorbo a su café e hizo una mueca.

—Sadie es una periodista magnífica. Confío en ella, tiene olfato.

—Parece que su olfato podría haberla metido en problemas en esta ocasión —dijo Lesley—. Tiene miedo de que la encuentren.

—Espere un momento —dijo Matt, empujando su café hacia el centro de la mesa—. Sabía dónde estaba, ¿cómo?

—¿Qué quiere decir con cómo?

—Pues ¿quién la vio? ¿Quién le dijo que había aparecido?

Lesley apretó el puño en su regazo.

—Matt, quiero que me ponga al corriente de lo que sabe sobre lo que sea que Sadie estuviera haciendo cuando desapareció...

—Acaba de decir que no está desaparecida.

—Ya me entiende. Y necesito que me diga si se pone en contacto con usted. —Hizo una pausa—. ¿Lo ha hecho ya? No parece

sorprendido por la noticia de que está viva.

—No, inspectora. No se ha comunicado. Conmigo no, al menos.

—¿Quizá con otros compañeros? ¿Su compañero de piso?

Matt se rio.

—Con su compañero de piso no. Con sus colegas… —Se encogió de hombros.

—Pregúnteles. O tendré que hacerlo yo.

Él sostuvo su mirada.

—Muy bien. Sigue sin decirme cómo sabe dónde está..., o estaba.

Zoe la perdonaría por esto. Al fin y al cabo, era su investigación.

—Si se lo digo, necesito que comparta conmigo lo que sabe, que hable con su equipo y averigüe si alguien sabe más de lo que aparenta.

Se llevó la taza a los labios. Estaba vacía, Lesley lo sabía.

—Vale —dijo Matt por fin—. Uno de mi equipo recibió una llamada.

—¿Quién?

Él negó con la cabeza.

—*Quid pro quo*.

Lesley soltó un suspiro.

—Habló con una excompañera mía.

—¿Qué excompañera?

—Eso no es asunto suyo.

—¿Una de Birmingham?

Lesley lo miró y vio que sonreía.

—¿Cree que no la busqué en Google?

Ella frunció los labios.

—Vale. De Birmingham.

—La subinspectora Finch.

—No voy a darle nombres.

Matt alzó las cejas.

—Era con ella con la que Sadie estaba hablando, ¿verdad?

—¿Cómo supo que Sadie...?

—Sadie habló de ello. Cuando llamó a mi colega.

Lesley puso las manos sobre la mesa, con los dedos entrelazados.

—Su turno. ¿Qué colega?

La miró fijamente por un momento.

—Tamara.

—¿Quién es esa?

—Es un miembro del equipo de producción. Amiga de Sadie.

—¿Cuándo la llamó Sadie?

—Anoche.

Lesley se echó hacia atrás.

—Menuda coincidencia.

—Fue después de que hablara con su colega.

Lesley sintió que se le caían los hombros.

—Así que ya sabía que estaba en Birmingham.

—Soy periodista.

Lesley tuvo ganas de estirar el brazo por encima de la mesa y darle una buena bofetada.

—Matt, ¿es usted consciente de que podría arrestarlo por obstrucción durante una investigación policial?

—No lo hará.

Respiró profundamente dos veces, inspirando y espirando. «Mantén la calma. Malditos periodistas».

—Quiero hablar con la tal Tamara.

—Vale.

—¿Vale? ¿Así sin más?

Matt sonrió.

—Me ha dicho que necesita mi cooperación.

—Así es. Gracias.

—Entonces, ¿por qué estaba Sadie en Birmingham hablando con una subinspectora de allí?

Lesley apoyó la mano en la mesa. ¿Podía permitirse decírselo?

Suspiró.

—Habían quedado el día que Sadie desapareció. Zoe estaba siguiendo un caso del que, según dijo Sadie, tenía información.

—Pero no se vieron.

—No.

—Mire —dijo él—. Esta vez no le estoy tomando el pelo. No sé cuánta información tenía Sadie sobre la muerte de Mackie. No estaba lista para compartirla conmigo. ¿Cuánto le contó a su amiga la subinspectora?

Lesley negó con la cabeza.

—Ni por asomo le voy a contar eso.

—Había que intentarlo.

Se apuró la taza.

—Sadie no se dejó el portátil. Debe de estar usándolo. Pero nuestros técnicos de informática forense dicen que no ha accedido a sus sistemas. ¿Hay algún otro sistema que pueda estar usando, aparte de los oficiales?

—Podría ser.

—Venga, Matt. Tenemos que encontrarla. Podría estar en peligro.

—Hablaré con los de informática.

—Gracias. ¿Y los datos de Tamara?

Sacó un bloc de notas de su bandolera, garabateó un número de teléfono y arrancó la hoja. La deslizó por la mesa.

—Gracias —reiteró Lesley—. Avíseme si vuelve a ponerse en contacto.

Matt la miró desde el otro lado de la mesa, con los ojos entornados.

—Pero usted misma lo ha dicho. Está a salvo, no quiere que la encuentren. Por lo que ya no tiene ningún caso de persona desaparecida.

«Malditos periodistas».

—Eso lo decido yo —concluyó Lesley.

CAPÍTULO SESENTA Y UNO

EL MARIDO de Susannah había pedido reunirse en un edificio nuevo y elegante a las afueras de Poole. Dennis dejó el coche en el aparcamiento subterráneo y esperó a que Stanley saliera antes de echar el seguro.

Observó al joven por encima del techo del coche. ¿Debería darle instrucciones para el interrogatorio? No. El tipo llevaba cinco años en la Brigada de Investigación Criminal. Si a estas alturas no sabía lo que hacía, no lo sabría nunca.

Subieron en el ascensor hasta la planta baja y se detuvieron en la recepción. Una recepcionista estaba de pie detrás de un enorme y pulido escritorio, y una especie de fuente de agua caía por la pared de doble altura a su espalda.

—Venimos a ver a Geoff Middleton.

—Lo siento, no tenemos a nadie con ese nombre trabajando aquí.

—Es de la oficina de Londres, ha venido para una reunión. Nos está esperando —dijo Dennis mientras sacaba su identificación—. Sargento Frampton, de la policía de Dorset.

—Ah —dijo la mujer, enderezando los hombros—. Por supuesto, esperen ahí, por favor.

Dennis intercambió una sonrisa con Stanley y se dirigió hacia una fila de sillones de cuero bajo un enorme lienzo al óleo. Era una pintura medio abstracta del puerto de Poole. A Dennis no le

entusiasmaba, prefería el realismo. En su salón tenía dos bonitas acuarelas de la bahía de Swanage. Del tipo que a los turistas les gustaba comprar, pero, a su modo de ver, eran cuadros atractivos del lugar al que llamaba hogar, y no había nada de malo en poseerlos si eras de allí.

Un hombre alto y delgado, que vestía una chaqueta morada y pantalones grises, pasó por el torno con la mano extendida hacia Stanley. Dennis lo miró de arriba abajo. Habría esperado que el hombre vistiese de negro, como mínimo.

Stanley miró a Dennis y el hombre siguió su mirada.

—Disculpe, ¿quién está al mando?

Dennis dio un paso al frente.

—Soy el sargento Frampton, y este es el subinspector Brown. ¿Es usted Geoff Middleton?

Asintió con la cabeza.

—Estamos investigando la muerte de su esposa. Gracias por acceder a reunirse con nosotros.

El rostro del hombre se ensombreció.

—Pobre Susannah.

—¿Hay algún lugar privado donde podamos hablar? —preguntó Dennis.

Middleton levantó un dedo.

—Deme un momento.

Se acercó al mostrador de recepción y consultó con la recepcionista. Tras unos instantes regresó, señalando una puerta junto al cuadro al óleo.

—Esa sala de reuniones está vacía. Podemos usarla.

Dennis y Stanley lo siguieron adentro. La sala no tenía ventanas y estaba iluminada por unas bombillas en el techo. La mesa era de madera, ni barata ni cara. No tan ostentosa como la zona de recepción.

—Tomen asiento —dijo Middleton.

Stanley ya lo había hecho. Dennis ocupó la silla de al lado, ambos de cara a Middleton. El hombre se sentó y posó las manos en el regazo.

—¿Necesito un abogado?

—Ahora mismo no —respondió Dennis.

—Entonces esto no es un interrogatorio oficial.

—Solo queremos hacerle unas preguntas sobre su relación con Susannah y la última vez que habló con ella.

—Por supuesto —asintió Middleton—. Encantado de ayudar.

Dennis observó su rostro en busca de signos de dolor. La piel bajo sus ojos era grisácea, pero no había rastro de enrojecimiento. Y esa chaqueta morada…

—¿Cuánto tiempo llevaban separados?

—Diecinueve meses.

—¿Y fue una separación amistosa?

—La verdad es que no. La encontré en la cama con otro hombre —dijo Middleton, enarcando una ceja y mirando a Dennis por encima de la mesa—. Así que no. No éramos precisamente amigos cuando rompimos.

—¿Quién era el hombre? —preguntó Dennis. Le hizo un gesto a Stanley para que tomara notas.

—Ah, no era nadie. Uno de tantos, según supe después. Mi esposa tenía sexo casual con una larga lista de hombres. Todos más jóvenes que ella, a veces lo suficientemente jóvenes como para ser sus hijos. No tengo ni idea de cómo no me di cuenta antes.

—¿Cuánto tiempo llevaba haciendo eso? —preguntó Stanley.

Middleton se volvió hacia él.

—Cinco años como mínimo.

—¿Y cuánto tiempo llevaban casados? —preguntó Dennis.

—Siete.

Dennis reprimió una mueca de disgusto. Susannah solo había conseguido ser fiel dos años.

—¿Le suena de algo el nombre de Ashok Verma?

Middleton negó con la cabeza.

—Me temo que no. ¿Es uno de sus novios?

—El señor Verma fue encontrado con su esposa el domingo.

—¿Muerto?

—Sí.

—Pobre hombre. Daños colaterales, me imagino. ¿O creen que la mataron por él?

—Preferimos no especular por ahora —replicó Dennis—. ¿Puede decirme cuándo fue la última vez que vio a Susannah?

—Eso es fácil. Hace dos meses. Era el cumpleaños de su padre y él insistió en que fuera. Está enfermo y Susannah no se lo había dicho.

Stanley se inclinó hacia delante.

—Entonces, ¿los padres de Susannah no sabían que se habían separado?

—Mi esposa era una mentirosa compulsiva. No quería que la gente supiera lo que pasaba en su vida. Desde luego, su familia no sabía nada de su ajetreada vida sexual.

—¿Puede decirme la fecha exacta? —dijo Dennis.

Middleton se echó hacia atrás.

—El dieciocho de septiembre.

—¿Y cuándo fue la última vez que habló con Susannah? —preguntó Dennis.

—La misma fecha. No tenemos la costumbre de charlar por teléfono, si es eso lo que está pensando.

—¿Dónde estaba usted el domingo por la noche?

Dennis observó atentamente al hombre, vigilando su reacción. Middleton le devolvió la mirada, sin pestañear.

—En casa, en mi piso. Tuve que comprar algo en Islington después de que nos separáramos. Susannah tiene un apartamento en Richmond. Un lugar precioso, con un jardín que baja hasta el río. Después de la separación, mis finanzas se vieron algo reducidas, por así decirlo.

—¿Cuáles son los términos de su divorcio? —preguntó Stanley.

—Todavía no lo sé —replicó Middleton—. Aún no han pasado los dos años.

—¿Tiene que esperar dos años a pesar de que ella...?

—Preferí no airear nuestros trapos sucios en los tribunales de divorcio.

—Me parece justo. Y ¿espera obtener la mitad de sus bienes?

Middleton negó con la cabeza.

—Susannah insistió en un acuerdo prenupcial. Yo me quedo con lo que aporté a la relación, y ella con lo que contribuyó por su parte.

A ambos nos ha ido bien en los últimos nueve años, pero no cabe duda de que a ella le fue mejor que a mí. No tendré mucho más que el piso en el que vivo en Londres y unas pocas acciones. Y mi pensión, cualquiera que sea el valor que tenga.

Dennis gruñó.

—¿Y qué hay de un testamento?

El hombre se encogió de hombros.

—Por lo que conozco a Susannah, lo habría cambiado en el momento en que le dije que me iba. Si piensan que la maté para quedarme con todo lo suyo, me temo que se van a llevar una gran decepción.

—Tendremos que verificarlo —dijo Dennis.

—¿Sabe quiénes eran los abogados de Susannah? —preguntó Stanley.

—Sí. Nevin, Cross and Short, en Bournemouth. —Middleton echó un vistazo al bloc de notas de Stanley.

Dennis respiró hondo. «Como no». ¿Por qué tenía que aparecer siempre la novia de Lesley en todo?

CAPÍTULO SESENTA Y DOS

GAIL ABRIÓ una gran bolsa que contenía las pertenencias de Ashok Verma. Tenía que hacer pruebas en su ropa y realizar análisis químicos.

Colocó los objetos sobre la mesa de trabajo que tenía delante. Unos pantalones grises, con un ligero brillo. Una chaqueta a juego, también con algo de brillo. Una camisa azul, de la firma House of Fraser: cara, pero no tanto. Ropa interior de Marks and Spencer. En el bolsillo interior de la chaqueta había un billete de diez libras y un paquete de caramelos de menta en una bolsa aparte. Ni cartera ni teléfono móvil: no era de extrañar que Lesley hubiera tardado un tiempo en identificarlo. Dentro de otra bolsa había un reloj y tres anillos. Gail intentó recordar si en las fotos de la escena del crimen llevaba uno en el anular izquierdo; probablemente no. Uno de los anillos brillaba por dentro, de tanto quitárselo y ponérselo. Podía imaginarse a Ashok cambiándoselo de una mano a la otra al salir de casa.

Ya habían peinado la ropa en busca de pelos y otras fibras y habían encontrado pelo del propio Ashok y una sola hebra del de Susannah. Ahora quería comprobar si había drogas.

Se inclinó sobre la chaqueta y usó un bisturí para cortar un pequeño trozo del bolsillo. Tomó otras dos secciones: una de la solapa y otra de la cinturilla del pantalón. Mezcló la solución de prueba en una cápsula poco profunda y la repartió en tres

recipientes. Colocó cada una de las muestras en un recipiente y se apartó para esperar el resultado.

Un par de minutos después, el tejido de la solapa empezaba a mostrar signos de reacción. Se inclinó sobre él, entrecerrando los ojos.

Levantó el recipiente con cuidado y lo colocó bajo un microscopio. Si esto era lo que ella pensaba...

Gail miró por el microscopio, examinando la muestra de tejido en busca de signos de cristalización. En efecto, estaba reaccionando como esperaba.

Volvió a las otras dos muestras. La cinturilla del pantalón no mostraba ningún signo de cambio, pero en la muestra del bolsillo se estaban desarrollando estructuras cristalinas como en la de la solapa.

Tendría que repetir el proceso con más soluciones de prueba para buscar diferentes drogas.

Pero por ahora, tenía un resultado positivo.

Ashok Verma había consumido cocaína mientras llevaba puesta esa chaqueta. Quizá en las horas previas a su muerte.

CAPÍTULO SESENTA Y TRES

LESLEY SALIÓ frustrada de las oficinas de la BBC. Había prohibido a Matt Crippins hablar con la colega de Sadie y con la gente de informática. El equipo de informática no tenía ningún registro de que Sadie hubiera accedido a ningún sistema a través de otro ordenador ni a ninguno de los sistemas externos a la BBC que utilizaban. Si hubiera conseguido otro ordenador o utilizado sistemas diferentes, le habían dicho que no tendrían forma de saberlo. Sadie era lo bastante lista como para crear varias direcciones de correo electrónico y alias en internet.

Dondequiera que estuviese Sadie, estaba claro que se había agenciado otro portátil o que estaba usando cibercafés. Eso, o se había infiltrado tan a fondo que ni siquiera se estaba conectando a internet. Lesley les había pedido que analizaran el teléfono, pero tampoco se había utilizado. Se preguntó dónde estarían el portátil y el teléfono. ¿Los seguiría teniendo Sadie o se habría deshecho de ellos? Llamaría a Zoe más tarde para averiguar si había visto alguno de los dos.

Y la colega de Sadie, Tamara, no sabía nada. Le había dicho a Lesley que Sadie la había llamado para decirle que estaba a salvo y que no se preocupara por ella. Aparte de mencionar a Zoe, no había dicho nada más sobre aquello en lo que estaba trabajando. Lesley había comprobado el teléfono de Tamara: número oculto.

Se dirigió a su coche, con la mente a mil por hora. Tenía que hablar con Carpenter. Le había pedido que lo mantuviera al día de ambos casos, y no quería mosquearlo más de lo necesario.

El caso de Susannah Ramsay parecía estar a punto de experimentar un gran avance, con el equipo centrado en el trabajo secundario de Ashok Verma y en el divorcio de Susannah. Pero el caso de Sadie se estaba estancando. Quería avisar a Carpenter por si existía el riesgo de que Sadie apareciera por Dorset con información que pudiera poner en un aprieto a la policía.

Se detuvo en los jardines de Bournemouth y encontró un banco. Las luces decorativas estaban encendidas, a pesar de que acababa de pasar la hora de comer. El ambiente estaba cargado, amenazaba lluvia, y no había nadie fuera admirando las luces.

Carpenter respondió al segundo tono.

—Inspectora Clarke, espero que me traigas buenas noticias.

—Sí y no.

—Dame primero las malas noticias entonces.

—El equipo que trabaja en el caso de Susannah Ramsay está progresando. Investigan los movimientos de la otra víctima durante los días previos a su muerte. Y también hemos descubierto que Susannah se estaba divorciando.

—¿El marido es sospechoso?

—Dennis ha ido a verlo. No estoy segura del resultado.

—Mantenme informado, sigo recibiendo presiones desde arriba. ¿Y qué hay de Sadie Dawes?

—La buena noticia es que está viva.

—¿Dónde? —preguntó Carpenter.

Lesley se pasó una mano por la nuca.

—Está en Birmingham.

—¿En Birmingham?

—Apareció en casa de una antigua colega mía.

—¿La subinspectora esa que trajiste para que te ayudara?

—Así es, señor.

—Eres consciente de que traer a un agente de otro cuerpo podría acarrearte una sanción, o algo peor.

—Sí, señor.

Esperó. Si Carpenter fuera a sancionarla, ya lo habría hecho. Presentía que había algo que él también intentaba mantener en secreto. ¿Habría tenido razón Gwen Mackie?

—Nos dijo que no quiere que la encuentren. No está desaparecida, simplemente se está manteniendo oculta.

Carpenter soltó un resoplido.

—Muy bien. Entonces supongo que el caso está cerrado.

Lesley se permitió respirar hondo.

—Sí, señor.

—Pues debes volver al caso de Susannah Ramsay. Tómale el relevo al sargento.

—Sí, señor.

Lesley vaciló.

Quería hablar con Carpenter sobre Dennis. Quería preguntarle qué sabía de que Dennis le hubiera pedido ayuda a Mackie después de que el antiguo inspector se jubilara.

—Necesito preguntarle sobre algo en lo que podría haber estado trabajando el inspector Mackie.

—¿Mackie? —dijo Carpenter.

—Sí, señor. Aunque preferiría no hablar de ello por teléfono.

Silencio.

—¿Señor?

—Estaba consultando mi agenda —dijo él—. Estoy ocupado con reuniones el resto del día, pero ven a verme más tarde, ¿de acuerdo? Estaré en mi despacho sobre las seis.

CAPÍTULO SESENTA Y CUATRO

DENNIS SE LEVANTÓ de la silla en la sala de reuniones y le indicó a Stanley que lo siguiera.

Asintió con la cabeza al marido de Susannah y se metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta, de donde sacó una tarjeta.

—Si recuerda algo que pueda ser útil, cualquier cosa que Susannah le dijera sobre gente que quisiera hacerle daño, por favor, llámeme.

—Como ya le dije, Susannah no hablaba conmigo.

—Aun así. —Dennis sabía que la gente a veces recordaba cosas cuando no tenía a un sargento de policía delante—. Guárdela, por si acaso.

El hombre se encogió de hombros.

—No la voy a usar. Pero sí, por supuesto.

Mientras Dennis y Stanley salían del edificio de oficinas, sonó el teléfono de Dennis.

—Sargento Frampton.

—Dennis, soy Gail. Sigues a cargo del caso de Susannah Ramsay, ¿verdad?

Sintió que se le erizaba el vello.

—Sí, Gail, ¿en qué puedo ayudarte?

—He estado analizando la ropa de Ashok Verma. Tenía restos de cocaína en la chaqueta.

Dennis se detuvo. Ahuecó la mano sobre el auricular y se giró para mirar a Stanley.

—¿Cocaína?

—Inconfundible —respondió Gail—. En las fibras de la chaqueta. Hice más pruebas y la encontré muy metida en el tejido. No creo que fuera solo de la noche de los asesinatos, lo que indica que llevaba un tiempo consumiéndola.

—Gracias —dijo Dennis y colgó—. Volvamos a entrar —le dijo a Stanley mientras se giraba para abrir la puerta de nuevo.

Geoff Middleton estaba junto al ascensor, tamborileando con el pie y mirando la pantalla.

—Disculpe, señor Middleton —dijo Dennis al acercarse.

El hombre se giró y frunció el ceño.

—¿Qué ocurre?

—Necesito hacerle otra pregunta.

Apartó al hombre del ascensor y lo llevó hacia un rincón donde había una planta grande.

—¿Sabe si su mujer consumía drogas ilegales? —le preguntó Dennis al hombre.

—¿Drogas? —Middleton alternó la mirada entre Dennis y Stanley.

—Hemos encontrado restos de cocaína en la ropa de su acompañante.

El hombre frunció aún más el ceño.

—Había estado yendo a Narcóticos Anónimos. Pensé que estaba limpia.

—Quizá lo estaba —dijo Stanley—. No se encontraron restos en su ropa.

Dennis miró de reojo a su colega. Le costaba creer que si Ashok Verma había consumido cocaína el domingo por la noche, Susannah no lo hubiera hecho también.

—¿Dónde conseguía las drogas? —le preguntó a Middleton.

Este se encogió de hombros.

—Tenía un teléfono, lo mantenía oculto, pero la vi con él un par de veces. Uno barato. Me dijo que lo había tirado cuando empezó en su último trabajo.

Dennis se clavó los dedos en la pierna a través de la tela del pantalón.

—¿Y por qué no me lo había dicho?

—No se me ocurrió.

—Ese teléfono —preguntó Dennis—, ¿dónde lo guardaba?

Repasó mentalmente lo que los forenses habían encontrado en la casa. Había un teléfono móvil, pero era un *smartphone* de gama alta. No lo que Middleton estaba describiendo.

—Ni idea, lo siento. Creía que se había deshecho de él, como le he dicho.

Dennis asintió.

—¿Había algún sitio de la casa donde lo hubiera escondido?

Middleton negó con la cabeza.

—No conozco esa casa. La compró después de que nos separáramos.

Dennis asintió.

—Muy bien.

Señaló su tarjeta de visita, que el hombre aún tenía en la mano.

—Si recuerda algo sobre ese teléfono, llámeme de inmediato. Por favor.

CAPÍTULO SESENTA Y CINCO

TINA Y MIKE estaban en sus escritorios cuando sonó el teléfono de Mike. Tina lo observó de reojo mientras lo descolgaba, y él sonrió.

—¿Todo bien, sargento? —dijo al teléfono. Frunció el ceño y asintió—. ¿Ashok?

Una pausa. Tina vio cómo Mike apoyaba la mano en el escritorio, con los dedos extendidos. ¿Qué estaba pasando?

Mike asintió, moviendo los dedos sobre el escritorio.

Tras un momento, colgó y se dirigió a Tina.

—El sargento quiere que vayamos a hablar con la esposa de Ashok Verma.

—¿Por qué?

—La científica ha encontrado cocaína en su ropa. Tenemos que averiguar si sabe algo.

—¿La encontraron también en la casa?

—No.

—Entonces, ¿cómo crees que va a saberlo?

—Merece la pena intentarlo, ¿no? —Se levantó y cogió la chaqueta—. ¿Vienes o no?

—Voy. —Lo siguió fuera del despacho.

Dos minutos después, Tina estaba al volante de un coche camuflado, con Mike a su lado en el asiento del copiloto. Se estaba acostumbrando a conducir esos coches. Podían ser tan potentes como los patrulla, pero no tenían la desventaja de que todo el

mundo aminorara la marcha en cuanto la veían por el espejo retrovisor.

—El sargento dice que lo tratemos con delicadeza —dijo Mike—. Viuda desconsolada y todo eso.

Tina asintió mientras giraba a la izquierda.

—Quizá no sepa nada.

—Puede, pero Gail cree que llevaba un tiempo haciéndolo. Seguro que te darías cuenta si el tipo con el que vives consumiera cocaína habitualmente, ¿no?

—Por el efecto en su tabique, como mínimo —dijo Tina al tiempo que reducía la velocidad en una rotonda.

—¿Había algún indicio de drogas? —preguntó Mike.

—Si las había, no eran evidentes en las fotos de la escena del crimen.

—Así que era prudente.

—A lo mejor traficaba —sugirió ella.

Mike gruñó mientras paraban frente a la casa.

«Pobre mujer», pensó Tina.

Mike le puso una mano en el brazo.

—Encárgate tú de esto, por favor.

—¿Seguro? —Sintió que le ardía el brazo donde él la había tocado. Levantó la mirada hacia su cara. Necesitaba un afeitado. Le quedaba bien.

—Claro —respondió él—. Se te dan bien estas cosas.

Mike tenía razón. Pero no quería que la encasillaran como la joven agente que se encargaba de los asuntos emocionales. Tendría que demostrar que era capaz de más que eso si quería triunfar en la Brigada de Investigación Criminal.

—No es lo único que se me da bien, ¿sabes?

Mike sonrió de oreja a oreja.

—Lo sé.

Tina apartó el brazo, con la cara colorada.

—¡No me refería a eso!

—Perdona. Te referías a...

—Me refería a lo profesional. —Puso una mano en el tirador de la puerta. ¿Había sido un error liarse con Mike? Pensaba que él era

diferente.

—No creo que debamos hablar de nuestra relación mientras estemos en el trabajo.

—¿Es eso lo que es? ¿Una relación?

—Acabo de decirte que no quiero hablar de ello en el trabajo.

Mike se inclinó hacia ella. Se preguntó si la señora Verma estaría dentro, observándolos desde la ventana.

—Yo quiero que lo sea —dijo Mike.

Tina sintió que se le oprimía el pecho. «Y yo también».

—Tenemos trabajo que hacer, Mike. Hablaremos más tarde. —Le lanzó una mirada—. Y mantengamos la profesionalidad, ¿de acuerdo?

Mike sonrió.

—Por supuesto. Perdona.

Tina exhaló y abrió la puerta de un tirón, intentando adoptar una expresión profesional.

CAPÍTULO SESENTA Y SEIS

LESLEY SE DETUVO en el arcén. No podía ocuparse de aquello mientras conducía y tampoco quería hacerlo en la oficina. Encontró un área de servicio a las afueras de Wareham y se quedó en el coche un momento, sopesando lo que tenía que hacer. Los demás vehículos pasaban a toda velocidad, zarandeando su coche al pasar.

Se estremeció. Hacía frío y no llevaba el abrigo adecuado. Sacó su libreta con un suspiro. Había apuntado los números del teléfono de Mackie. Llamadas recibidas y llamadas realizadas. Había tres números que no había podido rastrear. Uno de ellos llamó al teléfono de Mackie en numerosas ocasiones en las dos semanas previas a su muerte. No todos los días, pero casi.

No utilizó su móvil. No quería que quienquiera que respondiera pudiera rastrearla. En su lugar, había tomado prestado uno de los teléfonos que la policía de Dorset utilizaba por turnos para ese tipo de situaciones.

Probó primero con el número que había efectuado múltiples llamadas. Sonó hasta el final, sin respuesta. Luego probó con los otros dos. El primero no estaba disponible y el segundo comunicaba. Saltó el buzón de voz, con una voz masculina que no reconoció.

—No estoy disponible en este momento, deje un mensaje.

Lesley no estaba por la labor de dejar ningún mensaje. Colgó y sostuvo el teléfono en su regazo.

Ese primer número, el de las múltiples llamadas, le resultaba familiar. ¿Sería de algún caso?

Volvería a la oficina para buscarlo en HOLMES. Con suerte, encontraría una coincidencia.

CAPÍTULO SESENTA Y SIETE

—Y BIEN, ¿qué te ha parecido, subinspector?

Dennis y Stanley iban en el coche de Dennis de vuelta a la oficina. Al acercarse a la rotonda donde la A35 se cruzaba con la A351, Dennis redujo la velocidad y miró al subinspector.

Stanley se encogió de hombros.

—No creo que haya sido él, sargento.

—¿No?

La rotonda estaba despejada. Dennis se incorporó girando a la izquierda. La carretera era recta en ese tramo y tranquila en esa época del año.

—¿Por qué no?

—No iba a obtener ningún beneficio económico, ¿no?

—Según lo que nos ha contado no —replicó Dennis.

Stanley tenía la mano en el salpicadero. ¿Intentaba que Dennis fuera más despacio o más deprisa?

—Tampoco iba a mentir. Sabe perfectamente que vamos a averiguar los detalles de su testamento.

Dennis asintió, mirando por el retrovisor. El subinspector tenía parte de razón, pero solo parte: incluso si resultara, de alguna manera, que Susannah Ramsay no había cambiado su testamento, nada impedía que su marido alegara ignorancia.

—Me gustaría ver qué tal les va a Mike y a Tina con la esposa de Ashok Verma.

—¿Por lo de las drogas?

—Sigo sin estar convencido de que Susannah fuera el objetivo previsto.

—Ya. —Stanley negó con la cabeza—. Tina también tiene una teoría acerca de eso. Pero bueno, solo es una agente de policía.

Dennis sintió que se le tensaba la mandíbula.

—¿Y eso qué tiene que ver?

Stanley lo miró.

—Bueno, no tiene la misma formación que los miembros de la Brigada de Investigación Criminal, ¿no, sargento? A ver, es lista y todo eso, pero hasta que no apruebe el examen y reciba su formación oficial...

Dennis apretó con más fuerza el volante. Tina llevaba cinco meses en el equipo. Aunque oficialmente siguiera en el cuerpo uniformado, había aprendido mucho sobre cómo trabajar en casos de asesinato.

Se removió en el asiento.

—¿En cuántos casos de asesinato has trabajado, subinspector Brown?

—En uno —respondió con los ojos fijos en la carretera.

—¿Y cuál fue? —preguntó Dennis.

—Hace dos años, una pelea a la salida de un pub en Bournemouth. La cosa se puso fea y a un tipo le dieron un botellazo.

—¿Hubo muchos sospechosos?

—Solo uno. El tipo con quien se peleó. Había al menos una docena de testigos.

—Así que no fue una investigación muy complicada, entonces.

—Tuvimos que tomar trece declaraciones de testigos...

Dennis dio un golpe en el volante.

—Un sospechoso y múltiples testigos. No parece que fuera precisamente una investigación difícil.

—No, sargento —dijo Stanley en voz baja.

Dennis se aclaró la garganta.

—Pues entonces no deberías juzgar a la agente Abbott hasta que tú mismo hayas tenido un poco más de experiencia.

Dennis percibió cómo Stanley se ponía rígido en el asiento del copiloto a su lado.

—¿Y bien?

—Sí, sargento.

CAPÍTULO SESENTA Y OCHO

—AH... —Prisha Verma pareció sorprendida al abrir la puerta—, ¿es usted...?

Tina le enseñó su placa donde ponía «Agente Abbott». Con suerte, eso cambiaría pronto.

—Disculpe, señora Verma, solo queríamos hablar con usted de un par de cosas más, si no le importa. —Señaló a Mike—. Este es mi colega, el cabo Legg.

La mujer asintió.

—Adelante. El agente Hughes les preparará una taza de té.

Tina y Mike la siguieron al interior. El agente Hughes era un buen agente de relaciones familiares, sabía pasar desapercibido. Tina había oído que había estado entreteniendo a los hijos de los Verma. ¿Cómo debía de ser decirles a unos hijos que el padre había muerto?

La señora Verma los guio más allá de la cocina. El agente Hughes estaba allí, yendo de un lado a otro. Manteniéndose ocupado. Se giró hacia ellos y luego desvió la mirada hacia la señora Verma.

—¿Hay algo que pueda hacer para ayudar?

—Una taza de té, por favor, colega —dijo Mike. El agente Hughes asintió y cogió la tetera eléctrica.

Continuaron hasta el salón. Era una sala amplia con vistas a un pequeño jardín de césped, con un balón de fútbol en el centro.

—El agente Hughes dijo que sería buena idea mandar a los niños de vuelta al colegio —dijo la señora Verma.

—¿Tan pronto? —Mike alzó una ceja.

—Solo un par de horas por la tarde. El colegio se ha portado de maravilla. Le han asignado un miembro del personal a cada uno para que los apoye. —Se miró las manos. Tenía las uñas mordidas—. Y les vendrá bien estar con sus amigos.

Tina dio un paso al frente.

—¿Y usted? ¿Tiene amigos que puedan ayudarla?

Se abrió una puerta lateral y entró una mujer mayor. Sonrió a los dos agentes.

—Sigan con lo suyo, no me hagan caso. —Tomó asiento en la mesa del comedor y cogió su labor de punto.

—Es mi madre —dijo la señora Verma—. Ha estado aquí desde que... —su voz se apagó.

—Encantada de conocerla, señora —dijo Tina, mirando a la mujer mayor.

—Señora Acharya —dijo la mujer—. Geeta Acharya. Encantada de conocerlos a ustedes también, querida.

—Seremos breves —dijo Tina, devolviendo la mirada a Prisha Verma.

Observó a Mike. Él era el miembro de pleno derecho de la Brigada de Investigación Criminal, así que debería llevar la iniciativa. Pero intuyó que allí, en una habitación llena de mujeres, la estaba dejando tomar las riendas.

La señora Verma se sentó en un sillón y se alisó los pantalones con las manos.

—¿Qué es lo que quieren saber?

Tina tomó asiento en el sofá junto a la mujer.

—¿Sabía usted que su marido consumía drogas, señora Verma?

La mujer frunció el ceño.

—¿Drogas? ¿Qué tipo de drogas?

El sofá se hundió cuando Mike se sentó junto a Tina.

—Encontramos restos de cocaína en su ropa —explicó—. ¿Le habló alguna vez de que consumiera esa droga?

La mujer negó con la cabeza.

—Nunca. Ash no lo haría, no era de ese tipo... —Vaciló y luego miró hacia la mesa del comedor—. Mamá, ¿tú sabías algo?

Tina se giró hacia la mujer mayor, que levantó la vista de su labor.

—A mí no me preguntes, apenas conocía a tu marido.

El rostro de Prisha se ensombreció.

—Claro que lo conocías, mamá. Casi siempre estaba aquí cuando venías de visita.

La señora Acharya dejó su labor.

—Sí, y salía en cuanto yo llegaba. Ponía una excusa u otra. El trabajo, quedar con un amigo…

Prisha frunció el ceño.

—¿En serio?

Su madre se levantó y fue hacia ella. Se sentó en el borde del sillón y tomó la mano de su hija, acariciándole los dedos.

—Siempre supuse que no le caía bien, cariño. Quizá pensaba que tu vieja madre era un poco aburrida.

—No eres aburrida, eres...

Una sonrisa.

—Soy aburrida, corazón. —La mujer le acarició la cara a su hija —. ¿Quizá a Ashok no le gustaba la compañía de las mujeres?

El rostro de Prisha se ensombreció.

—Creo que le gustaba demasiado la compañía de las mujeres, ese era el problema.

Se giró hacia Tina.

—Estaba teniendo una aventura con esa mujer, ¿verdad? ¿La de la casa?

—No hemos encontrado pruebas de una relación previa —dijo Mike—. Pero...

—¿Pero qué?

Tina se inclinó hacia delante.

—Hablamos con una de las compañeras de Ashok. Según ella, su marido trabajaba como chico de compañía.

—¿Cómo?

La señora Acharya dio un respingo. Prisha negó con la cabeza.

—¿Por qué lo dicen?

—Necesitaba el dinero, señora Verma —dijo Mike—. ¿Le habló de problemas de dinero?

—Me dijo que nos iba bien. —Se quedó boquiabierta y entrecerró los ojos. Se frotó la oreja. Al momento, se giró hacia Tina—. Vi mensajes en su teléfono, olí perfume en su abrigo. A veces era barato, a veces caro. —Se humedeció los labios. Su madre le sujetaba la mano—. Pensé que se trataba de otra mujer. ¿Pero que trabajara de chico de compañía? Eso nunca.

La mujer mayor carraspeó.

—Está muerto, dejémoslo descansar...

—Lo siento, señora Acharya —la interrumpió Tina—, pero creemos que ese trabajo podría estar relacionado con su muerte. Señora Verma, ¿sabe algo de esto? ¿El nombre de la agencia? ¿Adónde iba?

Prisha negó con la cabeza.

—¿Y de las drogas? —preguntó Mike—. ¿Sabía que su marido consumía drogas?

—Había mujeres, pero no drogas. Se equivocan. —Apretó con más fuerza la mano de su madre—. Los niños. Ash nunca...

Tina asintió.

—¿Le importa si nos llevamos algo de su ropa? —El equipo forense había estado allí, pero no había recogido ninguna de las pertenencias de Ashok.

Prisha bajó la mirada.

—Cojan lo que quieran. Ya nada de eso importa.

CAPÍTULO SESENTA Y NUEVE

TINA TENÍA los brazos metidos hasta los codos en una cómoda cuando se dio cuenta de que había alguien detrás de ella. Se enderezó, se giró y vio a Prisha Verma de pie en el umbral del dormitorio.

—¿Está todo bien? —preguntó Tina.

La señora Verma asintió, con los labios apretados. Tenía una mano metida en el bolsillo del pantalón. Parecía que sujetaba algo.

—¿Hay algo que quiera darme?

Prisha le sostuvo la mirada. Asintió y luego negó con la cabeza. Tina se le acercó y le puso una mano en el hombro.

—¿Quiere sentarse?

Guio a la mujer hasta la cama. Prisha avanzó a trompicones hacia ella, con la mano todavía hundida en el bolsillo.

Tina desvió la mirada hacia el bolsillo.

—¿Hay algo que quiera contarme?

La mujer se encorvó sobre sí misma. Estaba llorando.

—Lo siento. Esto es tan...

—¿Tan qué?

—Humillante.

Prisha levantó la vista. Sacó la mano. Sujetaba un teléfono.

Tina clavó la vista en él, conteniendo la respiración.

Era un teléfono barato, no un *smartphone*. Del tipo que usan los traficantes o los hombres que conciertan citas con mujeres.

—¿Era de Ash?

Prisha miró hacia la puerta.

—Yo no quería...

—No pasa nada —dijo Tina.

Extendió la mano y esperó a que la mujer se lo entregara. Al cabo de un momento, lo hizo. Tina sacó una bolsa de pruebas del bolsillo y metió el teléfono dentro.

—Muchas gracias. Esto es de gran ayuda.

—¿Qué está pasando?

Tina levantó la vista y vio a Mike de pie en el umbral.

—No es nada —le dijo—. La señora Verma acaba de darnos otra prueba.

—¿Qué prueba? —preguntó Mike al entrar.

—Mike... —dijo Tina—. No pasa nada.

Le tendió la bolsa de pruebas.

—¿Era de Ashok? —le preguntó Mike a Prisha.

Prisha asintió.

—¿Por qué no nos lo dijo antes?

«Ten un poco de tacto con ella», pensó Tina. Sí, había ocultado pruebas. Pero ¿y si tenía más y la asustaban lo suficiente como para que no se abriera?

La mujer solo se encogió de hombros.

—Lo siento.

—¿Ha mirado este teléfono? —le preguntó Mike—. ¿Lo ha comprobado?

Prisha negó con la cabeza.

—Tiene un PIN. Probé con su cumpleaños, nuestro aniversario de boda. —Se le quebró la voz—. Nada funcionó.

—No se preocupe. —Mike le quitó la bolsa de pruebas a Tina—. Los de la científica encontrarán la forma de acceder a él. Gracias.

CAPÍTULO SETENTA

LESLEY SE RECLINÓ en la silla.

Necesitaba al resto del equipo de vuelta. No estaba acostumbrada a hacer búsquedas en HOLMES, esa era tarea de Tina y Mike. El número del teléfono de Mackie que le había parecido reconocer no estaba en el sistema. Lo examinó tal como lo había garabateado en su bloc de notas.

—¿Quién eres? —preguntó en voz alta.

Solo quedaba una cosa por hacer: intentarlo de nuevo. Cogió el teléfono prestado y marcó. Volvió a sonar sin que nadie respondiera.

Suspiró. Probaría con el otro número, aquel que la última vez había dado con el buzón de voz.

Tras unos cuantos tonos, descolgaron. Lesley se enderezó en la silla. No se lo esperaba.

Silencio.

—Hola —dijo Lesley—, ¿con quién hablo?

—¿Perdón? —respondió una voz al otro lado. Era una mujer.

—¿Con quién hablo? —volvió a preguntar Lesley.

—¿Jefa? —dijo la mujer.

Lesley frunció el ceño. Se agarró al brazo de la silla.

—¿Quién eres?

—Jefa, soy Tina. Acabas de llamar al teléfono de Ashok Verma.

CAPÍTULO SETENTA Y UNO

INÉS YA HABÍA LLENADO dos maletas y tenía aún más pertenencias amontonadas en la cama. Durante los meses que llevaba trabajando en aquella casa, había acumulado demasiadas cosas. Llegó de España con dos maletas y se había comprado una mochila en Bournemouth. No tenía suficiente espacio.

La segunda maleta estaba en el suelo. De ninguna manera iba a poder meterlo todo.

Miró la puerta. Susannah tenía unas maletas que Inés sabía dónde estaban: en lo alto de su armario, fuera de la vista. Inés tendría que usar una silla para bajarlas.

Se estremeció al recordar la habitación. Los restos de sangre en la alfombra, la cama sin sábanas, la mancha desvaída en el centro.

A lo mejor debería salir y comprarse otra maleta. O quizá podía usar una bolsa de basura. ¿Cómo iba a llevarlo todo al piso de Vali? A lo mejor debería ir directamente al piso sin cargar con las maletas. De hecho, ¿cuáles de sus pertenencias necesitaba en realidad?

Se desplomó en la cama y apoyó la cabeza entre las manos. Ojalá su hermana estuviera aquí. Sofía sabría qué hacer.

Levantó la cabeza de golpe. Había oído un ruido abajo: una puerta que se cerraba.

Inés se llevó la mano al pecho. Se acercó de puntillas a la puerta de su habitación, que estaba abierta. Se quedó de pie junto a ella, escuchando. La casa estaba diseñada para amortiguar el sonido: los

pasos eran silenciosos, los pomos de las puertas giraban sin un solo chirrido.

Pero había oído a alguien abajo. Era la puerta de entrada al cerrarse, un sonido que conocía. Había oído a Susannah llegar a casa por la noche bastantes veces.

Conteniendo la respiración, tiró de la puerta de su dormitorio hasta dejarla casi cerrada. Tragó saliva. Su móvil estaba en la cama, pero no podía apartarse de la puerta.

El corazón le latía desbocado y tenía la respiración entrecortada.

Más ruido. Cosas que se movían de un lado a otro. El sonido de objetos que se colocaban sobre distintas superficies.

Susannah estaba muerta. Inés era la única persona que tenía llave.

Entonces, ¿quién estaba abajo?

CAPÍTULO SETENTA Y DOS

—TINA, ¿dónde estás?

—Estoy en casa de Ashok Verma, jefa.

—¿Has contestado su teléfono?

—Es un móvil de prepago. Nos lo acaba de entregar su mujer. Cree que lo usaba para quedar con mujeres.

Lesley se pasó la mano por el pelo.

—¿Y ha esperado hasta ahora?

—Sí, jefa.

—¡Mierda! Vale, Tina. Doy por hecho que lo habéis metido en una bolsa de pruebas, ¿verdad?

—Sí. Lo tengo sujeto a través de la bolsa.

—Muy bien. Tráelo de inmediato, quiero que lo revise el CSI.

Silencio. Al cabo de un momento, Tina habló.

—Jefa…

—¿Sí? —respondió Lesley.

—¿De dónde has sacado este número?

—Ya nos preocuparemos de eso más tarde —dijo Lesley. Y colgó.

CAPÍTULO SETENTA Y TRES

EL EQUIPO ESTABA en el despacho de Lesley, con la pizarra casi llena. Como en los viejos tiempos.

Lesley estaba sentada en el borde de su escritorio. El teléfono desechable de Ashok estaba sobre la mesa junto a ella, en una bolsa de pruebas. Se quedó mirándolo.

«¿Por qué tendría Mackie ese número?»

Gail estaba con ellos, apoyada en la pared del fondo. Tina y Mike ocupaban las dos sillas, mientras que Dennis y Stanley estaban de pie a cada lado de la pizarra.

Lesley jugueteó con una de sus uñas.

—A ver —comenzó—, tenemos tres datos sobre Ashok Verma. Primero, que trabajaba como chico de compañía. Segundo, que consumía drogas, y tercero, que escondía este teléfono.

Miró a Gail al otro lado de la sala.

—¿Puedes encargarte tú del teléfono? A ver si puedes desbloquearlo. Rastrea todos los números y avísame si aparece algún nombre conocido. También necesitamos el número de la agencia.

Gail se enderezó.

—Por supuesto.

Dennis se apartó de la pizarra.

—Eh, jefa, ¿no debería…?

Lesley levantó una mano para detenerlo.

—Es una prueba forense, Dennis. Quiero que se encargue el equipo de la científica. Ya tenemos bastante con el asunto del trabajo nocturno y de las drogas.

—Y también está el marido —añadió Mike—. El de Susannah.

—¿Cómo vamos con él?

—Su coartada es sólida —dijo Stanley—. Estaba en casa el domingo por la noche, bastante lejos de Sandbanks. Comprobamos sus registros telefónicos y nos dio acceso a la grabación de una videollamada que hizo sobre la hora en que mataron a Susannah.

—¿No podría haberla hecho desde algún lugar en la zona de Sandbanks?

Stanley negó con la cabeza.

—La dirección IP es del oeste de Londres. Está confirmado que no estaba cerca cuando ella murió.

Lesley apretó los dientes.

—Vale. Así que cada vez parece más probable que la víctima prevista fuera Ashok Verma. Aunque sigo sin creerme que Susannah fuera una víctima inocente. La forma en que estaba colocada en la cama, con él desplomado en el suelo a su lado… Solo por eso, parece que ella era el objetivo y él quedó como daño colateral.

Arrastró las uñas por el escritorio. Dennis la observaba, con expresión severa. Sabía que se suponía que él estaba al cargo, pero ambos casos habían convergido y, además, Sadie Dawes ya no estaba desaparecida.

—Necesito poneros al día de otra cosa también.

Notó que su equipo se tensaba con expectación.

—Sadie Dawes apareció anoche. Nos ha dicho que no la busquemos, que está trabajando en un reportaje y se ha infiltrado.

Mike silbó.

—Lo sabía —dijo Dennis.

Lesley lo miró.

—Aun así, me gustaría saber dónde está. Me preocupa que esté en peligro y que por eso haya desaparecido del mapa.

—No estamos aquí para hacer de niñeras de periodistas descarriadas —le dijo el sargento—. No se ha cometido ningún delito.

—Tienes razón. —Bajó la mirada y respiró hondo. Al cabo de un momento, volvió a levantar la cabeza para establecer contacto visual —. Y eso significa que regreso al caso de Susannah Ramsay.

La irritación se dibujó en el rostro de Dennis.

—¿Te parece bien, Dennis?

—Por supuesto. Sabía que era solo temporal.

—Muy bien. Entonces, Gail tiene el teléfono. Necesitamos que alguien investigue la agencia de chicos de compañía. ¿Conocemos alguna de ese tipo por la zona?

—Me temo que no, jefa —dijo Tina.

—De acuerdo. Bueno, en ese caso, quiero que Stanley y tú os encarguéis de eso. Encontrad la agencia y hablad con ellos. Averiguad lo que saben sobre Ashok y cómo llegó a estar en casa de Susannah.

—Sin problema. —Tina miró a Stanley.

—Y Mike, quiero que te encargues de las drogas —pidió Lesley—. Necesitamos saber si fue Susannah o Ashok quien las compró y dónde las consiguieron. Habla con Narcóticos, a ver si hay alguna coincidencia con algo que hayan incautado recientemente.

—Mi gente puede ayudar con eso —ofreció Gail.

—Gracias —respondió Lesley—, pero tú céntrate en el teléfono, ¿de acuerdo?

—Sí.

Lesley se apoyó en el escritorio. Por fin, podía centrarse en un caso que tenían posibilidades de resolver.

—Muy bien, todos a trabajar. Gail, ¿puedes quedarte un momento?

Lesley vio cómo Dennis le echaba una mirada a Gail. No estaba contento. Ya se ocuparía de él más tarde.

—Por supuesto. —Gail se apoyó en la pared y observó cómo el resto del equipo salía uno tras otro.

Cuando la puerta se cerró, se acercó a Lesley.

—¿Sabes que están cabreados contigo?

—Mi trabajo no es hacer amigos.

—Claro… — Gail ladeó la cabeza—. Pero querrás que trabajen contigo y no en tu contra.

—Son profesionales —le dijo Lesley—. No supondrá ningún problema.

—De acuerdo, no es mi trabajo decirte cómo hacer el tuyo. ¿De qué querías hablar?

—Del teléfono de Ashok Verma. ¿Sabías que lo llamé mientras Tina estaba en casa de Verma con él?

—No, ¿cómo?

—Vi el número en el móvil del inspector Mackie.

Gail dio un paso atrás.

—¿De Mackie? —Su voz había bajado de tono—. ¿El teléfono que estuvimos mirando ayer en el almacén de pruebas?

—El mismo —dijo Lesley.

—¿Cómo tenía Mackie el número del teléfono desechable de Ashok Verma?

Lesley se encogió de hombros.

—No se me ocurre ninguna conexión entre ellos. A menos que la agencia de chicos de compañía fuera una tapadera para otra cosa.

—¿Y las drogas?

Lesley asintió.

—Ashok podría haberlas conseguido de alguien a quien Mackie estaba investigando.

—Era su teléfono personal y ya estaba jubilado.

Lesley se apoyó en el escritorio. Fuera, Dennis no dejaba de levantar la vista para observarlas.

—Alguien tuvo que darle ese teléfono a Ashok. La pregunta es quién.

—Ni idea —respondió Gail—. Solo soy la encargada de escenas del crimen.

—Eres más que una simple encargada. —Lesley sonrió—. Mantengamos esto entre nosotras por ahora. Tina va a querer saber cómo conseguí el número; tendré que pensar en algo.

—¿No les has contado que sigues investigando la muerte de Mackie?

—Dennis está teniendo problemas de salud mental. Creo que está relacionado con la muerte de Mackie. No quiero empeorar las cosas.

Gail miró a través del cristal hacia la oficina principal.
—Pobre Dennis.
—Gracias, Gail —refunfuñó Lesley—. Te agradezco tu ayuda.
Gail sostuvo la mirada antes de contestar:
—Solo espero no arrepentirme.

CAPÍTULO SETENTA Y CUATRO

LESLEY SE APARTÓ con pesadez del escritorio mientras Gail salía del despacho. Apenas hubo cerrado la puerta, se abrió de nuevo y entró Dennis. La cerró tras de sí con un gesto brusco.

Lesley suspiró.

—¿Está todo en orden, Dennis?

—¿Qué está pasando?

—¿Cómo dices?

—Tina me ha dicho que llamaste a ese teléfono mientras estaba en casa de Ashok Verma. La mujer acababa de entregarle el teléfono a Tina y tú lo llamaste. ¿Cómo?

—¿Qué quieres decir con «cómo»? —preguntó Lesley.

Dennis dio un paso al frente. Abría y cerraba los puños a los lados del cuerpo y estaba sudando.

—¿De dónde has sacado el número, jefa?

Lesley lo observó.

—Esto queda entre nosotros. No quiero que el resto del equipo se vea involucrado.

Él frunció el ceño.

—No puedo asegurar...

—En ese caso, no puedo hablar contigo sobre ello.

Dennis miró a través del cristal. Mike los estaba observando, pero apartó la vista enseguida. Dennis se mordisqueó el labio.

—¿Cómo puedo prometer guardar un secreto si no sé cuál es?

—Dennis...

—O si nos meterá a los dos en un lío —interrumpió, clavándole la mirada.

Lesley no desvió los ojos.

—El superintendente Carpenter está al tanto del trabajo que estoy haciendo.

—¿Qué? ¿Qué trabajo?

Lesley miró al equipo. Gail se llevaba el teléfono a la oreja. Lo bajó y habló con Tina. Tina se giró hacia Stanley, que se levantó de su silla. Ambos se dirigieron a la puerta, con suerte para seguir una pista. Mike miraba fijamente la pantalla de su ordenador. Gail volvió a coger el teléfono.

Tenía que confiar en Dennis. Él sabía más sobre Mackie de lo que ella había podido averiguar y, aunque su comportamiento había sido extraño últimamente, no cabía duda de que podría ser de gran ayuda.

Se volvió de espaldas al cristal.

—Saqué ese número del teléfono de Tim Mackie —dijo. Cerró los ojos. Iba a arrepentirse de esto.

—¿Del inspector Mackie? —preguntó Dennis.

—Eso he dicho.

—No lo entiendo. ¿A qué te refieres con que lo sacaste de su teléfono?

—Había varios números a los que Mackie había estado llamando en los días previos a su muerte, y ese era uno de ellos. Al igual que tu número, como ya hemos hablado.

Un músculo en la mandíbula de Dennis se contrajo.

—¿Ashok Verma? ¿Mackie lo estaba llamando?

—El teléfono podría haber pertenecido a otra persona en ese momento —le dijo Lesley—. Le he pedido a Gail que lo investigue. No quiero que el resto del equipo se entere de esto.

Dennis asintió.

—Pero me estás haciendo partícipe.

—Sí.

—Confías en mí.

—Eres mi sargento, Dennis. Por supuesto que confío...

—Ya sabes a qué me refiero.

Lesley enarcó una ceja.

—Eras amigo de ese hombre, tu mentor. ¿Estás seguro de que esto no va a ser demasiado doloroso para ti?

—Estoy bien —contestó con gesto tenso.

—Dennis, ambos sabemos que has estado lidiando con problemas de salud mental. Necesito saber si están relacionados con la muerte de Tim Mackie.

Dennis parpadeó.

—Es lo que pasa después de treinta años en este trabajo.

Lesley no le creyó.

—Si decides contarme lo que está pasando de verdad, Dennis, te lo agradecería mucho. Quiero hacerte partícipe de esto, quiero involucrarte. No creo que hayas hecho nada malo, pero no me lo estás contando todo y eso me inquieta.

—Estoy bien, jefa.

Lesley refunfuñó.

—En cualquier caso, tenemos un asesinato que resolver. Te sugiero que salgas ahí fuera y calmes las preocupaciones del equipo.

CAPÍTULO SETENTA Y CINCO

TINA SE BAJÓ DEL COCHE. Habían aparcado un poco más allá de la agencia de citas Corazones Llenos, en un polígono industrial de Boscombe. Gail había hackeado el móvil de Ashok y había localizado ese número. Tina lo buscó en Google. A veces, internet podía ser cien veces más útil que HOLMES.

Había un pequeño letrero al lado de la puerta. Sin publicidad, sin logotipo. Imaginó que todo su trabajo era por internet.

Estaba a punto de pulsar el timbre del interfono cuando se dio cuenta de que Stanley seguía de pie junto al coche. Se giró.

—¿Qué pasa? —le preguntó—. ¿Es que no he cerrado el coche?

Negó con la cabeza.

—Tengo que hablar contigo.

Tina se estremeció. Todavía no conocía a Stanley lo suficiente como para tener conversaciones serias con él. Se acercó al coche, con paso lento.

—Tenemos que entrar, Stan. Como esta agencia de citas sea el servicio de acompañantes para el que trabajaba Ashok...

—No me llames Stan —replicó él en voz baja.

Tina se encogió de hombros.

—Perdona, Stanley, ¿qué problema tienes?

—Te debo una disculpa.

—¿Por qué? —Tina rebuscó en su memoria.

—Por algo que le dije al sargento. Fui grosero contigo, por lo de que sigues de uniforme.

—Estoy acostumbrada, Stanley —suspiró Tina—. Me pasa todo el rato. Estoy deseando aprobar el examen de la Brigada de Investigación Criminal.

—He oído que tienes muchas posibilidades.

—Eso espero. Igual nos están vigilando.

Se giró y echó a andar. Stanley se apresuró a alcanzarla.

—Creo que serás una buena investigadora.

Ya estaba de nuevo en la puerta, con Stanley a su lado. Acababa de percatarse de lo alto que era. Debía de medir un metro noventa. Esbelto y larguirucho, le recordaba a su primo Paul.

—No lo gafes, ¿eh? —le dijo—. Espera a que salgan los resultados del examen.

Stanley sonrió y le dio un codazo en el hombro.

—Buena suerte, Tina. Aunque no la necesitarás.

—Te he dicho que no lo gafes —se quejó con el ceño fruncido.

Stanley se rio.

La puerta de la agencia de citas era de metal cepillado. Una ventana en la pared de al lado tenía una grieta de arriba abajo.

—Y pensar que una mujer como Susannah Ramsay utilizaba los servicios de este lugar —dijo Stanley.

—Ya veremos —replicó Tina mientras pulsaba el botón.

El interfono sonó. Así que alguien los había estado observando.

—Corazones Llenos, ¿en qué puedo ayudarle?

—Soy la agente Abbott, de la policía de Dorset.

—¿De qué se trata?

—De una investigación en curso.

—No hemos hecho nada malo.

—No. Pero imagino que preferirá que hablemos dentro.

Una pausa.

—Bueno, si no se entretienen mucho…

Tina empujó la puerta cuando volvió a sonar el timbre.

—Supongo que querrás hablar tú, ¿no? —le preguntó mientras entraba.

—¿Por qué? —Él le hizo un gesto para que entrara primero.

—Eres subinspector.

Stanley negó con la cabeza.

—Me parece que aquí vamos a tener que tirar de tus habilidades sociales.

CAPÍTULO SETENTA Y SEIS

LESLEY SALIÓ DE SU DESPACHO, con Dennis detrás. Señaló con la cabeza el escritorio de Tina.

—Supongo que estáis siguiendo una pista, ¿no?

Gail, que seguía hablando por teléfono, asintió. Mike levantó la vista.

—Gail ha sacado varios números del móvil —dijo él—. Uno de ellos era de una agencia de citas.

—¿De dónde?

—Boscombe. Se llama Corazones Llenos.

—Bien. ¿También es una agencia de chicos de compañía?

—Según su página web no, pero eso no significa...

—Ya. ¿Y qué hay de las drogas?

—He llamado al equipo de estupefacientes. Gail va a pedir a su equipo que les envíen el análisis para que comprueben si hay alguna coincidencia.

—De acuerdo. Mantenme informada.

—Por supuesto, jefa.

Lesley se giró hacia Dennis justo cuando sonó su teléfono: era Elsa.

—Un momento —le dijo.

Les dio la espalda a Dennis y a Mike al contestar.

—Hola, cariño. He estado intentando llamarte. ¿Te está fallando el móvil?

—Ay perdona —respondió Elsa—. Cambié la configuración y el buzón de voz no funciona bien. Lo arreglaré cuando descubra cómo. Pero te llamaba para confirmar lo de esta noche.

—¿Qué pasa esta noche?

—Tenemos reserva en el Café Branksome. Vienen mis padres.

—Mierda. Lo siento, se me había olvidado. Es que estoy en medio de...

—No pasa nada. —La voz de Elsa sonaba apagada—. Sé cómo es cuando estás liada con un caso. Iré sola con ellos y ya está.

—No —dijo Lesley—, quiero conocerlos. Es importante.

Volvió a mirar al equipo.

—Mi equipo puede encargarse del trabajo. Estaré allí. ¿A qué hora?

—A las siete y media.

Las 19:30. Carpenter le había pedido que fuera a su despacho a las 18:00.

—Te prometo que estaré allí.

Colgó y frunció el ceño. Tenía el número de Elsa guardado en el móvil, ni siquiera recordaba cuál era, pero algo la inquietaba.

Abrió los contactos y se desplazó por la lista. Allí estaba Elsa, la primera de todas, con su número debajo.

Lesley sintió que se le desencajaba la mandíbula.

Ahí era donde lo había visto antes. El otro número del teléfono de Mackie, el que le había resultado familiar. Y el buzón de voz que estaba fallando...

¿Por qué había estado el inspector Mackie llamando a Elsa?

CAPÍTULO SETENTA Y SIETE

INÉS SABÍA que estaba haciendo demasiado ruido con la respiración.

Se había metido debajo de la cama con la esperanza de que las sombras la ocultaran.

Tenía todos los músculos del cuerpo contraídos y los sentidos a flor de piel. Podía oír al intruso deambular por la casa, abriendo y cerrando puertas, arrojando el contenido de los cajones al suelo. El espacio bajo la cama era claustrofóbico y el polvo se le metía por la nariz.

«No estornudes. No tosas, no te muevas, no hagas ni un ruido».

En su cabeza, lo único que veía era la imagen de Susannah, muerta sobre la cama.

¿Era su turno?

Tenía que ser la misma persona. Había vuelto para hacerla callar. Quizá pensaba que lo había visto.

¿Lo había visto? ¿Había salido alguien de la casa cuando ella llegó con Vali? No recordaba nada.

Tragó saliva y tosió, tapándose la boca con la mano para ahogar el sonido.

«Cállate», se dijo a sí misma.

La casa estaba en silencio. ¿Se habría ido el intruso?

Pero si quien estuviera en la casa se movía sin abrir nada, no podría oírlo. El suelo era macizo y las alfombras, gruesas. Podría

estar subiendo las escaleras en ese mismo instante y ella no se enteraría.

Se clavó las uñas en las palmas de las manos y contuvo la respiración. ¿Por qué no se le había ocurrido coger un arma? Tenía que haber algo en su habitación que pudiera haber llevado a su escondite.

¿Qué haría? ¿Salir de un salto si entraba, para asustarlo?

No, lo mejor era no dejarse ver. Quedarse quieta. Esperar.

Al final, el intruso se marcharía y se quedaría a salvo.

Pero ¿y si la había visto entrar? ¿Y si la había estado observando todo este tiempo, esperando a que volviera? ¿Y si sabía que la habían puesto en libertad?

Sintió que un sollozo le subía por la garganta. «Basta». Todo iba a salir bien. Solo tenía que quedarse allí, oculta, y todo saldría bien.

Ojalá Vali estuviera con ella. ¿Dónde estaría ahora? Lo habían soltado antes que a ella. ¿Se habría ido a casa? Debería llamarlo.

Mierda. Había dejado el móvil en la mesilla de noche, lo cual la delataba. Si el intruso entraba en su cuarto...

¿Qué más había dejado a la vista? Estaba la bolsa que había estado llenando. Las bolsas, mejor dicho. La maleta vacía estaba en el suelo, a su lado.

Inés pensó en su madre, en su hermana, en sus amigos de su país. La habían criado para ser independiente. Había venido a Inglaterra sola para labrarse un futuro. No era alguien a quien le pasaran este tipo de cosas.

Si el asesino de Susannah había vuelto, no podía quedarse ahí tumbada y esperar a que le hiciera lo mismo.

Respiró hondo y salió disparada de debajo de la cama. Sin detenerse a mirar la puerta, estiró el brazo y cogió el móvil. Se le cayó al suelo, junto a la cara.

Lo agarró y volvió a deslizarse bajo la cama.

Se quedó mirando la parte inferior de la cama, con la respiración entrecortada. No se había atrevido a mirar fuera de la habitación. ¿Y si la había visto?

Rápido. Haz la llamada.

La inspectora le había dado su número. Lo tenía en el bolsillo de los vaqueros.

Sacó la tarjeta y la miró con los ojos entrecerrados en la oscuridad.

No lo veía.

¿Podía arriesgarse a iluminarla con la pantalla del móvil?

Encendió el móvil e inclinó la pantalla hacia la tarjeta. Tendría que ser suficiente, no pensaba encender la linterna ni loca.

Fue suficiente. Memorizó el número y luego volvió a girar la pantalla hacia sí.

Sin cobertura.

¿Qué? Siempre había habido cobertura aquí. Había llamado a Vali desde esa misma habitación, también a su madre y había usado internet. El wifi era lo bastante rápido como para ver películas.

Pero ahora no había wifi.

Claro. No se habría pagado la factura. Con el tiempo cortarían la luz, el agua y todo lo demás también.

El wifi había sido lo primero en desaparecer. Qué mala suerte.

Dejó caer la cabeza al suelo. ¿Qué iba a hacer ahora?

Tendría que intentarlo. Si enviaba un mensaje, se mandaría en cuanto tuviera cobertura. Incluso si para entonces ya no tenía el móvil.

Se mordió el labio y empezó a teclear.

CAPÍTULO SETENTA Y OCHO

—JEFA —dijo Mike.

Lesley salía del despacho, intentando ignorar lo que acababa de descubrir sobre Elsa. Antes de hablar con Carpenter más tarde, necesitaba saber si Elsa tenía alguna conexión con Mackie y, de ser así, de qué tipo.

—¿Qué pasa, Mike?

—He estado revisando el resto de los números del móvil de Ashok Verma. He encontrado una coincidencia en el sistema.

—Continúa. —Lo que tenía planeado tendría que esperar. Se colocó detrás de él y se agarró al respaldo de su silla. Dennis se unió a ella.

—Jake Griffin. —Mike señaló la pantalla—. Lo detuvieron el año pasado por posesión de drogas. Lo dejaron libre con una multa porque era su primer delito.

Lesley entrecerró los ojos.

—¿Dónde vive?

—En Weymouth —respondió Mike.

—Típico. Weymouth está a kilómetros.

—Una hora por carretera —dijo Dennis—. Más, a esta hora del día.

—¿Qué más sabemos de él? —preguntó Lesley.

—Trabaja para Fontanerías Harrison's —respondió Mike.

—No me suena de nada.

—Es uno de los negocios de Arthur Kelvin. Uno legal, se supone.

—¿Así que forma parte de la banda de Kelvin?

—Un momento.

Mike hizo clic en la pantalla para abrir las notas del caso. Se desplazó por ellas. Lesley se asomó por encima de su hombro, apretando la mandíbula.

—Cannabis y cocaína. Deberían haberlo procesado por intento de distribución con esas cantidades —dijo Lesley—. Ha llegado a un acuerdo, ¿no es así?

Mike se encogió de hombros.

—¿Crees que podría haber proporcionado pruebas sobre Arthur Kelvin? —sugirió Dennis.

Lesley asintió.

—¿A quién?

—Le preguntaré a la Brigada Antidroga —dijo Mike.

—A lo mejor no pueden decirnos nada. —Lesley maldijo en voz baja—. Pero tenemos que intentarlo.

CAPÍTULO SETENTA Y NUEVE

TINA SIGUIÓ a Stanley por unas escaleras estrechas. Olía a comida podrida y a sudor. El local necesitaba una buena limpieza. Se volvió hacia Stanley.

—No parece que reciban muchos clientes en persona, ¿no?

Stanley negó con la cabeza.

—Es una agencia de citas. Lo harán todo por internet. Me sorprende que siquiera tuvieran un número de teléfono.

Tina resopló y siguió andando.

En lo alto había un pasillo diminuto, no más ancho que las escaleras. A la izquierda había una puerta verde con la pintura desconchada. Llamó y luego probó el pomo.

—Está cerrada —dijo Tina.

—Espere un momento —llegó una voz desde dentro.

Tina intercambió una mirada con Stanley mientras se oían ruidos extraños tras la puerta. Al final se abrió y una mujer baja, con sobrepeso y el pelo negro y ralo, les devolvió la mirada.

—¿Qué ha pasado? —preguntó—. Presentamos todas nuestras declaraciones de impuestos, no hacemos nada malo.

Tina intentó dedicarle una sonrisa tranquilizadora.

—Estamos trabajando en una investigación de asesinato. La víctima fue Ashok Verma. Era cliente suyo, creo.

La mujer se encogió de hombros.

—Tendría que comprobarlo en el sistema.

—Le agradecería que lo hiciera, por favor —dijo Tina.

La mujer se asomó al marco de la puerta para mirar a Stanley.

—¿Y ese quién es, su novio?

Tina se estremeció.

—Es mi compañero.

Stanley mostró su identificación.

—Subinspector Brown.

La mujer volvió a mirar a Tina y la señaló en el pecho.

—¿Y usted es solo una agente?

—Por ahora —replicó Tina, encogiendo los dedos de los pies dentro de los zapatos—. ¿Puede buscar la ficha de Ashok Verma?

—Ah, sí. Entren.

Siguieron a la mujer hasta una oficina abarrotada. En una esquina había una mesa vieja, con una silla detrás torcida en un ángulo que la hacía parecer ridículamente incómoda. Sobre la mesa había un monitor grande. Se reproducía un vídeo: una mujer persiguiendo a un gato.

—¿Aparece en su base de datos? —preguntó Stanley.

—Deme un minuto —dijo la mujer. Hizo clic con el ratón un par de veces y abrió una hoja de cálculo.

—¿Ashok qué?

—Verma —respondió Tina—. V-E-R-M-A.

La mujer sorbió por la nariz. Se limpió con el dorso de la mano y luego volvió a posarla en el ratón, entrecerrando los ojos ante la pantalla.

—Aquí está —dijo la mujer—. Ah, espere un momento. —Se echó hacia atrás—. Qué raro.

—¿Qué es raro? —preguntó Tina.

Stanley le había puesto una mano en el hombro. Tina lo miró.

—¿Qué?

—Alguien está subiendo las escaleras. Espera aquí.

Se dio la vuelta y asomó la cabeza por la puerta. Tina oyó unas pisadas que subían traqueteando por las escaleras. Una pausa y luego el sonido de estas bajando a toda prisa de nuevo.

Stanley se volvió hacia ella.

—Lo conozco —dijo.

—¿A quién? —preguntó Tina.

—Espera aquí.

Stanley salió corriendo de la oficina.

Tina miró tras él. ¿Qué demonios estaba pasando?

—¿Qué hace su colega? —preguntó la mujer.

—No se preocupe por él —dijo Tina—. ¿Qué es lo raro en la ficha de Ashok?

—Hay un asterisco aquí, junto a su nombre.

—¿Qué significa eso?

—No estoy segura —dijo la mujer.

—¿Hay alguien más que tenga un asterisco?

La mujer se desplazó por la base de datos.

—Cuatro más. Tres mujeres y otro tipo.

—Muéstreme sus fichas, por favor —pidió Tina.

La mujer hizo clic en los nombres y mostró las fotos de tres mujeres jóvenes y un hombre. Todas las mujeres tenían el pelo largo y brillante. El hombre era delgado y de pelo corto y oscuro. Todos eran atractivos.

—¿Son todos clientes suyos? —preguntó Tina.

La mujer se encogió de hombros.

—Eso parece. Pero todos tienen asteriscos junto a su nombre, igual que Ashok Verma.

—¿Por qué?

—Ni idea. Yo solo me encargo de la oficina. No trato con los clientes.

—Quizá todos trabajaban como chicos de compañía.

—¿Qué dice? —La mujer se rio—. No diga tonterías. No somos esa clase de negocio.

—De acuerdo —dijo Tina—. Entonces, ¿quién podría saberlo?

La mujer le lanzó una mirada recelosa.

—No estoy segura.

—Necesito el nombre de su jefe —dijo Tina—. Puedo obtenerlo del Registro Mercantil.

—Pues hágalo.

—¿En serio? ¿Va a entorpecer una investigación de asesinato porque no quiere darme el nombre de su jefe, cuando puedo

conseguirlo en cinco minutos por internet?

La mujer gruñó.

—Cheryl Zayne —dijo—. La encontrará en la guía telefónica.

—Pues no —replicó Tina—. Hoy en día ya nadie sale en la guía telefónica. Deme sus datos de contacto, sin más.

—Es confidencial. —La mujer le clavó la mirada.

Tina apretó los dientes.

—Insisto, puedo conseguir su dirección en el Registro Mercantil. Deme el número de teléfono, por favor.

La mujer cogió un taco de pósits y lo plantó sobre la mesa. Garabateó un número en una de las notas, la arrancó y se la entregó a Tina.

—Ahí tiene —dijo—. No le diga que se lo di yo.

CAPÍTULO OCHENTA

—AH, Lesley —dijo el superintendente Carpenter, volviéndose hacia ella. Había estado leyendo un expediente que tenía sobre la mesa. Lo cerró de golpe—. Toma asiento —añadió, señalando los sillones del rincón.

Sobre la mesa había una cafetera. Iba a ser ese tipo de reunión, entonces.

Lesley se sentó en el sillón que tenía más cerca y esperó.

—Sírvete —le dijo Carpenter mientras se reclinaba en su silla.

Lesley le sirvió una taza a él y otra para sí misma.

—¿Leche? —le preguntó.

—Sí, por favor.

Echó leche al café de su jefe y dejó el suyo solo, sin tocarlo.

—Bueno... —dijo Carpenter, cogiendo su taza y soplando—. Sadie Dawes ha aparecido y tu amiga Zoe Finch ha vuelto a Birmingham.

Lesley asintió.

—Todos esos cabos sueltos ya están atados, ¿no?

—Eso espero, señor.

—¿Y qué hay de Sadie Dawes? ¿Va a darnos algún problema?

—Sigue sin dar señales de vida —replicó Lesley.

—¿Por qué?

—No quiso decirlo.

—¿Has hablado con ella?

—Habló con Zoe.

—¿Dónde?

Lesley inspiró hondo.

—Fue a casa de Zoe, señor. En Birmingham.

—¿Qué hace Sadie Dawes en Birmingham? ¿Está trabajando en alguna historia por allí?

—Lo dudo, señor —dijo Lesley—. Creo que intentaba alejarse de Dorset.

—No hace falta irse a Birmingham para alejarse de Dorset.

—Creo que también intentaba advertir a Zoe de que se mantuviera al margen.

Carpenter golpeó la taza con los dedos. Negó con la cabeza y después sorbió ruidosamente.

Se volvió hacia ella con la mirada penetrante.

—Incumplió unas cuantas normas al invitar a una compañera de su antigua comisaría para que viniera a trabajar en una investigación.

Lesley abrió la boca para hablar.

—Una investigación que oficialmente no existía —añadió él—, sobre una muerte que fue declarada un suicidio.

Lesley cerró la boca. Tenía la sensación de que sería mejor esperar a que terminara.

—No voy a tomar medidas disciplinarias —continuó Carpenter—. Siempre y cuando me asegures que todo esto ha terminado.

Lesley tragó saliva.

—No estoy segura de poder darle esa garantía, señor.

Dejó la taza sobre la mesa e hizo una mueca cuando se derramó el café.

—Maldita sea. —Apartó el líquido derramado con la mano. Goteó hasta el suelo. Lesley resistió el impulso de ayudarlo.

—Esto tiene que parar ya —dijo Carpenter por fin, rindiéndose en sus vanos intentos de limpiar el derrame—. El inspector Mackie se suicidó, el forense así lo declaró en su informe. No veo por qué tienes que andar husmeando cuando ni siquiera estabas aquí.

—Fue hace solo ocho meses, señor.

—Nueve meses —la corrigió.

—No hace tanto, y su esposa no está...

Carpenter levantó el dedo índice.

—Gwen está bien. Es una mujer muy nerviosa que quedó extremadamente afectada por la muerte de su marido. No creo que sea una testigo fiable, y desde luego no creo que debas tener a gente de las Midlands hablando con ella.

—Señor.

Recordó su conversación con Gwen Mackie. La viuda estaba convencida de que Carpenter ocultaba algo.

Pero Lesley necesitaba tener a su jefe de su lado. La muerte de Mackie no era lo único que había venido a discutir.

—Así que —dijo él, reclinándose—, no hablaremos más del inspector Mackie. Supongo que no has involucrado a tu equipo en nada de esto, ¿ese era el objetivo de traer a la tal Finch?

—En efecto, señor —dijo Lesley. Dennis no había participado en su investigación, así que, estrictamente hablando, no mentía.

—Bien —dijo él—. Ahora bien, eso no es lo único de lo que tenemos que hablar.

—No, señor.

—He recibido una llamada de tu superintendente en las Midlands. Un hombre nuevo que se llama Woolworth.

—Sí, señor —dijo Lesley.

Era un nombre que reconocía de la policía del oeste de Midlands. Así que habían traído a alguien de fuera.

—¿Qué le ha dicho? —preguntó ella.

—Está de acuerdo con que hagas lo que prefieras.

«Menos mal».

—¿Y usted, señor?

Se humedeció los labios.

—Eres una buena inspectora, Lesley. Te has ganado la lealtad de tu equipo y has resuelto algunos casos difíciles. Siempre que puedas prometerme que toda esta tontería del inspector Mackie ha quedado atrás, estaré más que encantado de mantenerte en el puesto.

«¡Bien!». Elsa se alegraría. Quizá ahora podrían dejar de discutir sobre el futuro.

Carpenter caminó hasta su escritorio. Cogió el expediente que ella había visto que él miraba y lo dejó caer los pocos centímetros

que lo separaban de la mesita de centro.

—Tu expediente —dijo.

Lesley asintió.

—Tu salud mental ha mejorado. Apenas has tenido episodios en el último mes.

Era cierto. Venir aquí le había sentado bien. Casi había olvidado el atentado terrorista en Birmingham que la había traumatizado.

—Aunque no estás curada del todo, por lo que veo.

Se dio cuenta de que se había llevado una mano a la nuca, donde la habían herido. La bajó.

—Es solo un acto reflejo, señor. Estoy bien.

—Vale. —Se sentó—. Hay que pasar por ciertos trámites. No podemos trasladarte de forma permanente sin seguir el procedimiento adecuado.

—Lo entiendo.

—Pero tampoco es que haya nadie peleándose por venir a trabajar aquí. Eres un caso excepcional. —Le dedicó una sonrisa.

Lesley se encogió de hombros.

—En ese caso, me gustaría solicitar formalmente un traslado permanente a la policía de Dorset.

Carpenter sonrió y asintió.

—Me alegro de que lo hayamos solucionado. Déjame a mí los trámites. Y olvídate del inspector Mackie, ¿de acuerdo?

CAPÍTULO OCHENTA Y UNO

INÉS NO IBA A SALIR de esa.

La luz se proyectaba sobre la alfombra a pocos centímetros de donde yacía.

Contuvo la respiración, con un nudo en la garganta.

La puerta estaba abierta. Estaba aquí.

Se santiguó y al instante se arrepintió cuando su mano golpeó el somier. ¿La habría oído?

«¡Ay!». Se llevó un dedo a la boca y se lo chupó. Se lo había raspado y sangraba. Respiraba demasiado fuerte. Iba a oírla.

Inés cerró los ojos y volvió a abrirlos. La luz no dejaba de cambiar. Se estaba moviendo entre la cama y la puerta. ¿Qué buscaba?

Se detuvo. Oyó una respiración.

«Ay, Dios mío». Estaba muerta. Ahora era su turno.

¿Por qué había vuelto? Eran solo cuatro trastos, unas pocas pertenencias sin ningún valor. Debería haber huido, haberse ido directa a casa, a España. ¿En qué estaba pensando?

Tragó saliva. Un nudo en la garganta le provocaba ganas de toser. Le lloraban los ojos y sentía la cabeza pesada.

Un par de pies apareció junto a la cama, justo al lado de su cara. Llevaba cubrezapatos.

«¿Cubrezapatos?»

Se quedó mirándolos, parpadeando. Ella tenía unos así, se los habían dado cuando...

El colchón se hundió sobre ella. Los talones estaban frente a ella; quienquiera que fuera estaba sentado en la cama, encima de su cabeza. Miró hacia arriba. Sabía que estaba aquí. Se estaba burlando de ella.

El colchón volvió a su sitio y ella se permitió respirar. Un par de rodillas apareció en el suelo a su lado.

Ahogó una bocanada de aire. El edredón se movió; una mano lo levantó. Apareció una cara.

Cerró los ojos y se obligó a abrirlos de nuevo para encontrarse con un par de ojos marrones que la miraban fijamente.

Se los quedó mirando.

—Inés —dijo una voz—. Eres Inés, ¿verdad?

Asintió.

—Sal de ahí, tonta.

Una mano se extendió bajo la cama.

¿Era la policía? ¿Habían venido a rescatarla?

—¿Quién eres? —preguntó.

—Sal de ahí y punto.

La mano tiró de ella para sacarla.

Inés se sacudió el polvo y tosió.

Levantó la vista hacia la persona que estaba a punto de matarla.

Parpadeó. Conocía esa cara.

—¿Tú? —dijo. De repente, los cubrezapatos cobraron sentido—. ¿Qué haces aquí?

CAPÍTULO OCHENTA Y DOS

TINA SALIÓ a toda prisa de la oficina y bajó las escaleras. Detrás de ella, la mujer gritaba. La ignoró.

—¡Stanley! —llamó—. ¡Subinspector Brown!

¿Dónde narices se había metido?

Llegó al final de la escalera y abrió la puerta de un empujón. Fuera, estudió la calle. Ya había oscurecido. La gente que iba de compras ya había sido sustituida por la que se dirigía a los pubs.

—Stanley, ¿dónde demonios estás? —masculló entre dientes.

Vio un movimiento en un extremo de la calle, alguien que doblaba la esquina de un edificio corriendo. Empezó a correr, esperando que fuesen Stanley y el hombre al que había estado persiguiendo. Deseó estar de uniforme. Una radio, una cámara corporal, su espray de pimienta. Al estar en la Brigada de Investigación Criminal, iba a tener que acostumbrarse a no ir equipada.

Dobló la esquina del edificio y se encontró a Stanley de pie junto a un hombre. El fugitivo se había topado con un callejón sin salida y parecía que se había estrellado contra una fila de contenedores de basura.

—¿Está todo bien? —preguntó Tina—. ¿Necesitamos refuerzos?

Stanley levantó una mano, sin volverse a mirarla.

—No hace falta —dijo—. Puedo encargarme de esto.

Tina dio un paso al frente.

—Querrás decir que podemos encargarnos de esto.

Si había algo que sabía manejar, era un arresto después de una persecución. Era el pan de cada día para un agente de uniforme.

Pero ¿era necesario un arresto?

—¿Quién es? —le preguntó a Stanley.

—Levántate —dijo Stanley.

El hombre se incorporó con dificultad, con las manos por delante. Tina lo reconoció.

—Usted aparece en los archivos de la agencia —dijo Tina.

—¿Y usted quién es? —espetó él—. ¿Por qué me perseguían?

—Soy la agente Abbott y este es el subinspector Brown. ¿Por qué huyó?

El hombre se apoyó en los contenedores. Apestaban.

—Le he hecho una pregunta —le dijo ella.

Stanley le puso una mano en el brazo. Tina reprimió el impulso de quitársela de un manotazo.

—Se llama Charlie Ibbotson —dijo Stanley—. Lo detuve el verano pasado. Te llevaste una amonestación, ¿no, colega? No es buena idea huir de mí.

El hombre se encogió de hombros.

—No he hecho nada malo.

—¿Por qué tiene un asterisco junto a su nombre en los archivos de ellos? —preguntó Tina, señalando hacia la agencia.

Stanley la miró.

—¿De qué estás hablando?

—Este tipo —dijo, señalando a Ibbotson—, tenía un asterisco en su ficha. Ashok Verma tenía lo mismo. —Se volvió hacia él—. ¿Por qué?

El hombre apretó la mandíbula.

—¿Me van a detener?

Tina se obligó a relajarse.

—No. Pero tenemos preguntas para usted.

—Tendrán que leerme mis derechos.

Ella puso los ojos en blanco.

—Limítese a responder las preguntas. Será más fácil para todos.

El hombre arrugó la nariz.

—¿Por qué?

—Mire, solo díganos por qué la agencia de citas tiene un asterisco junto a su nombre.

Stanley le puso una mano en el brazo. Podía sentir la adrenalina correr por sus venas.

Miró a Ibbotson. Era de estatura media, bien constituido. Parecía que hacía ejercicio. Llevaba el pelo bien peinado, pero lo tenía revuelto por la carrera.

—¿Qué hacía en la agencia de citas? —preguntó Tina—. No es cliente, ¿o sí?

Él le devolvió la mirada.

—Trabajo para ellos.

—¿Haciendo qué? —preguntó Stanley.

—No es asunto suyo.

—Mire —suspiró Tina—, podemos acusarlo de resistencia a la autoridad, si queremos o, como alternativa, puede ayudarnos. Estamos investigando un asesinato, el de Ashok Verma.

El hombre palideció.

—¿Están buscando a quien mató a Ash?

—¿Lo conocías? —preguntó Stanley.

—Ash era un buen tipo. Pobre diablo.

—¿Ash era chico de compañía? —preguntó Tina.

El hombre los miró a ambos.

—No es ilegal, ¿saben? No tenemos sexo con los clientes.

—¿Qué clientes? —dijo Tina.

—Un momento —dijo Stanley—. ¿Tú también eres chico de compañía?

El hombre cuadró los hombros.

—¿Y qué si lo soy?

—¿Ash era chico de compañía? —repitió Tina.

El hombre le clavó la mirada. Inspiró y espiró un par de veces. Parecía estar tomando una decisión. Con mucha lentitud, asintió.

—Entonces, ¿Ash conoció a Susannah Ramsay a través de Corazones Llenos? —preguntó Tina.

El hombre dio un paso adelante.

—Sí. —Palideció—. Él aceptó el trabajo porque yo estaba ocupado. Si no hubiera tenido que cuidar a mi hijo, habría sido yo.

CAPÍTULO OCHENTA Y TRES

—¿QUÉ tal va la pista de las drogas? —preguntó Dennis.

Mike lo miró desde el otro lado de la oficina.

—He buscado en HOLMES, pero no hay nada más sobre Jake Griffin. —Se rascó la mejilla—. ¿Deberíamos ir a hablar con él para averiguar de qué conocía a Ashok?

—No quiero levantar sus sospechas. Ni las de la gente para la que trabaja. Esperemos a tener noticias de Stanley y Tina.

—De acuerdo.

—Aun así, tengo algo a lo que me gustaría que echaras un vistazo.

—Claro, sargento. —Mike se levantó y se acercó al escritorio de Dennis—. ¿Qué es?

Dennis señaló la pantalla.

—Los registros bancarios de Ashok Verma.

—¿Es la primera vez que los vemos?

—Es la primera vez que vemos estos. Su cuenta corriente está en orden, una cuenta de ahorros conjunta que tiene con su esposa. Esta es de una cuenta de ahorros de alto interés.

—¿Y?

Dennis amplió una transacción.

—Hace ocho días se transfirieron diez mil libras a su cuenta.

—¿Desde dónde?

—Eso es lo que tenemos que averiguar. —Dennis sorbió por la nariz—. Miremos de nuevo la cuenta corriente.

—Por si hubiera estado ahorrando y lo hubiera movido.

—Exacto. —Dennis abrió el archivo con el extracto de la cuenta corriente de Ashok del último mes. No había ninguna transacción correspondiente. Solo se habían ingresado mil quinientas libras.

—Ese es su sueldo. Pone el nombre de la empresa para la que trabajaba —dijo Mike.

—Así es. —Dennis volvió a la cuenta de ahorros—. Entonces, ¿de dónde salió este dinero?

CAPÍTULO OCHENTA Y CUATRO

—¿VAIS a detenerme, entonces? —preguntó Ibbotson.

Tina miró a Stanley, que negó con la cabeza.

—No, colega —dijo—. Aunque te acostaras con las mujeres, no serías tú el que cometía un delito, sino ellas.

—No siempre son mujeres —replicó el hombre—. Lo de Susannah fue un caso aparte. Sobre todo me organizan citas con hombres.

—¿Cómo las organizan? —preguntó Tina.

Seguían de pie en el callejón, junto a los contenedores. Un grupo de personas pasó riendo por el otro extremo.

Tina miró al hombre.

—¿Cómo te organizan esas citas? —repitió.

Él le devolvió la mirada.

—La agencia me da nombres. Tíos ricos. Guapos, por lo general. No era lo que me esperaba cuando me apunté. Me invitan a salir, me pagan la cena.

—¿Y después? —preguntó Stanley.

Ibbotson lo miró con dureza.

—No me los tiro, si es a lo que te refieres. Ni siquiera soy gay.

—Entonces, ¿los hombres creen que eres gay? —intentó aclarar Tina.

—No les digo ni que sí ni que no. Paso un buen rato, ellos disfrutan de compañía, me voy a casa y la agencia me paga.

Tina soltó un gruñido.

—Entonces, ¿a Ashok Verma le pagaron por acudir a la cita con Susannah Ramsay?

El hombre se encogió de hombros.

—Supongo. Ash era perfecto para ella. Habéis visto su foto, ¿no?

Ashok había sido un hombre atractivo. Al igual que el que tenía delante, Tina dedujo por las fotos que hacía ejercicio. Podía imaginarse por qué una mujer como Susannah, recelosa de los cazafortunas, preferiría contratar de vez en cuando la compañía de un hombre en lugar de intentar descartar a los poco fiables.

—¿Cuánto te pagaban? —le preguntó Tina entonces.

—Variaba. Por lo general, unos cien más o menos. A veces más. Ash me dijo que le iba a entrar un trabajo muy bien pagado.

—¿Dinero pagado por una mujer? —preguntó Stanley.

—Eso tendríais que preguntárselo a la agencia.

Tina miró a Stanley.

—Tenemos que hacerlo.

Dejaron a Ibbotson allí.

—¿Tú qué crees? —le preguntó a Stanley mientras volvían a la agencia.

—Me parece un poco turbio. ¿Y si les pagaban un extra por acostarse con las clientas? Quizá por eso Ashok esperaba más dinero, porque le habían pagado para acompañar a Susannah a su casa.

—Pero algo salió mal —dijo Tina.

—Pobre tipo —asintió Stanley.

Tina le sonrió.

—No esperaba que te mostraras comprensivo.

—Lo asesinaron. Le pagaron por hacer un trabajo y lo mataron en el proceso. No es muy diferente de los polis que mueren en acto de servicio.

—¿En serio? —preguntó Tina—. ¿Crees que es lo mismo?

—Supongo que Ashok Verma tuvo mala suerte. Se metió en un trabajo que la mayoría de la gente no querría hacer.

Habían vuelto a la agencia de citas. Tina llamó al interfono y no obtuvo respuesta. La puerta estaba cerrada.

Se agachó y miró por el buzón. El espacio al otro lado estaba a oscuras.

Stanley aporreó la puerta mientras Tina gritaba a través del buzón.

—Soy la agente Abbott. Tenemos más preguntas.

No obtuvo respuesta alguna. Se incorporó.

—Típico —se quejó—. Se han largado.

CAPÍTULO OCHENTA Y CINCO

LESLEY ENTRÓ en su despacho y se desplomó en la silla. En la oficina solo quedaban Dennis y Mike. Tina y Stanley seguían fuera, en la agencia de citas. Ya era tarde. Había anochecido hacía rato.

Así que Carpenter iba a dejar que se quedara en Dorset, pero con la condición de que abandonara el caso Mackie.

¿Podría hacerlo? Llevaba dándole vueltas desde el día en que Gail la llevó a aquel acantilado. Ese había sido su segundo caso allí, apenas unas semanas después de su llegada. Se había visto obligada a investigar la muerte de su predecesor antes siquiera de haberse instalado.

¿Quizá debería dejarlo estar? ¿Quizá no era asunto suyo?

«Y una mierda», pensó.

Lo dejaría por un tiempo, esperaría a que las cosas se calmaran y que su nombramiento se hiciera oficial. Y entonces quizá volvería a ello. Aunque involucrar a Zoe la próxima vez no sería buena idea.

Sonó el teléfono y vio que era Gail.

—Hola, Gail. Creí que ya te habrías ido.

—Justo estaba saliendo.

Lesley también tenía que irse. Aquella noche era la cena con los padres de Elsa.

—¿Qué has sacado del móvil de Ashok?

—Tengo mensajes de la aplicación de citas —dijo Gail—. De mujeres con las que quedaba.

—Vale —dijo Lesley.

—Hay una cosa que te va a parecer interesante.

—¿Por qué?

—A una de las mujeres le entraron a robar en casa —dijo Gail—. Una casa grande en Christchurch, dueña adinerada. La mujer vivía sola. Le robaron diez días antes de que murieran Susannah Ramsay y Ashok Verma.

Hacía quince días.

—No le veo la conexión —dijo Lesley.

—Ahora mismo se la verás —respondió Gail—. El robo fue la noche en que Ashok Verma quedó con la dueña para una cita.

CAPÍTULO OCHENTA Y SEIS

—ESPEREMOS —dijo Stanley—. A ver si vuelve.

—Se ha marchado —replicó Tina—. Nos ha visto perseguir a ese tipo y ha sido lo bastante lista como para no quedarse por aquí.

Stanley arrugó la nariz.

—Tenemos los datos de contacto de su jefa. Podemos hablar con ella.

—Deberíamos llamar a la oficina —propuso Tina— para contarle a la jefa lo que está pasando. Querrá saber lo del dinero.

Stanley asintió.

Tina se alejó de él y marcó el móvil de la inspectora. Comunicaba, así que le dejó un mensaje y se volvió hacia Stanley. Estaba de espaldas a ella, haciéndole señas para que se acercara. Lo hizo con paso ligero.

—¿Qué pasa? —susurró.

El subinspector señaló al otro lado de la calle.

—Mira ahí, ese coche.

Tina entornó los ojos. Ya había oscurecido. Un coche oscuro de cinco puertas había aparcado a unos portales de la agencia de citas.

—¿Qué pasa con él? —le preguntó.

—Ya lo hemos visto antes —explicó Stanley—. Fíjate en el logo.

Tina volvió a entornar los ojos. El coche estaba aparcado entre dos farolas y no se había fijado en él. Pero sí, tenía un logo en el lateral. Asintió y Stanley le puso una mano en el brazo.

—Cuidado.

La puerta se abrió y salió una figura. Una mujer. Se acercó a la puerta de la agencia de citas, llamó al timbre y esperó.

Tina contuvo el aliento, esperando que la mujer no se diera la vuelta. Volvió a mirar el coche.

Conocía ese logo, vaya si lo conocía.

Mayfair Domestic Services. La empresa para la que trabajaba Inés Pérez.

CAPÍTULO OCHENTA Y SIETE

—¿QUÉ haces aquí, tonta? —preguntó Bernard.

Inés le sostuvo la mirada, apretando y aflojando los puños a los lados.

—Vivo aquí —respondió—. Pero ya lo sabes, fuiste tú quien me mandó aquí.

El hombre torció el labio.

—Siéntate.

—No. —Se cruzó de brazos—. Necesito saber qué haces aquí. ¿Vas a contratar a otra asistenta? —Frunció el ceño—. Has traído un equipo para una limpieza a fondo, ¿verdad? Para el dormitorio de Susannah.

Él la miró un instante de más.

—No es asunto tuyo. Además, ¿qué coño haces de vuelta en esta casa? Pensé que te habrías largado de vuelta a España después de todo lo que te ha pasado.

Inés tragó saliva.

—Todavía me debes la paga del último mes. Yo no me voy a ninguna parte y tú deberías encontrarme otro trabajo.

Bernard negó con la cabeza.

—Ahora estás marcada. Esos cabrones ricos hablan entre ellos. Sé que la policía te ha dejado marchar, pero ahora nadie se fiará de ti. —Bernard ladeó la cabeza. Sus ojos porcinos la miraron con un brillo—. ¿Fuiste tú?

—¿Yo qué? —Inés le devolvió una mirada furiosa, obligándose a no pestañear. Nunca le había caído bien Bernard, pero al menos le había encontrado un trabajo bien pagado. Había soportado los comentarios sexistas y las miradas de reojo a su trasero. Necesitaba el trabajo. Lo seguía necesitando. Además, le gustaba lo que hacía —. Por supuesto que no.

—Estabas con un chico, ¿no es así?

—Un hombre. —Sintió la cara caliente—. Se llama Vali.

—A él también lo detuvieron.

—Lo dejaron libre. Estábamos en Bournemouth cuando Susannah murió. Teníamos los móviles que demuestran que no nos encontrábamos cerca de la casa.

Bernard gruñó. Su mirada recorrió su cuerpo de arriba abajo. Ella mantuvo los brazos cruzados sobre el pecho.

—Aun así —dijo él—. Es un poco sospechoso, ¿no? Que fueras la única persona con acceso a la casa y que luego muriera tu jefa.

—La jefa y su novio —dijo Inés—. También estaba el otro hombre. Ashok.

—¿Lo conocías?

—No lo había visto en mi vida.

—Muy bien. Entonces, me encargaré de la paga del último mes y luego te sugiero que te largues a España.

—No. —Dio un paso al frente—. Me quedo aquí, me debes otro trabajo. Encuéntrame otra casa que limpiar.

—Ni de coña —se rio.

Se dio la vuelta y salió. Ella se quedó mirándolo mientras bajaba las escaleras a toda prisa.

¿Qué hacía aquí? ¿Por qué había aparecido justo cuando ella acababa de volver? ¿Debería preocuparse?

CAPÍTULO OCHENTA Y OCHO

LESLEY SE DETUVO en la puerta de su despacho y miró a Dennis.

—¿Cómo va la cosa? —le preguntó.

Dennis se volvió hacia ella.

—Hemos encontrado otra cuenta bancaria. Hace diez días ingresaron diez mil libras.

—¿Hace diez días? ¿Quién hizo el ingreso?

—En eso estoy trabajando —dijo Mike.

—Gail ha encontrado mensajes en su teléfono —añadió Lesley—. Citas a las que acudió. A una de las mujeres le entraron a robar diez días antes de que él muriera.

—¿Está relacionado? —preguntó Dennis.

—Podría ser una coincidencia, pero tenemos que investigar a todas las mujeres con las que quedó.

—Ese robo, ¿hubo violencia?

—No, fue solo un robo. Un chalé en Christchurch, se denunció al día siguiente. Pero aquí está lo interesante: la dueña estaba en una cita con Ashok cuando entraron en la casa.

—Mie... —dijo Mike. Se contuvo al ver la mirada de desaprobación de Dennis.

—¿Qué quieres que hagamos, jefa? —preguntó Dennis.

—Quiero ir a esa casa —respondió Lesley—. Tenemos que averiguar qué pasó exactamente y hablar con la propietaria.

—Puedo sacar los datos de contacto de HOLMES y llamar antes.

—Vale —respondió Lesley—. Mike, mantennos al día si averiguas algo más sobre las mujeres con las que se veía o sobre el origen de ese dinero. A lo mejor podemos matar dos pájaros de un tiro.

CAPÍTULO OCHENTA Y NUEVE

LESLEY BAJABA las escaleras a toda prisa hacia la entrada principal cuando le vibró el móvil. Lo sacó del bolsillo interior de su chaqueta, mientras miraba hacia atrás para comprobar si Dennis la seguía.

Era un SMS de un número desconocido.

Lo abrió.

«Socorro. Casa de Susannah. Intruso. Inés».

Alzó la vista hacia la escalera y vio a Dennis detrás de ella.

—¿Va todo bien, jefa?

—He recibido un mensaje de Inés Pérez. Puede que esté en peligro.

—¿Dónde está?

—En casa de Susannah. Alertaré a los uniformados para que envíen un coche. Pero yo también quiero ir. Dice que hay un intruso.

—Voy contigo.

—No. Uno de nosotros tiene que hablar con la víctima del robo. Vete con Mike a esa casa. Yo iré con los uniformados de refuerzo a ver a Inés.

—¿Estás segura?

—Puede que no sea nada. Me imagino que estará nerviosa.

—Esperemos que sí.

Dennis se dio la vuelta y subió los escalones de dos en dos para buscar a Mike. Lesley resopló un par de veces y salió a toda prisa del edificio.

Llamó a la centralita mientras salía del edificio. Los uniformados enviarían coches desde Poole y llegarían antes que ella. Estaba saliendo marcha atrás de su plaza de aparcamiento cuando le sonó el móvil.

—Jefa, soy Tina.

—Tina, ¿qué tienes? ¿Estás en la agencia de citas?

—Es más que una agencia de citas, jefa, es una agencia de acompañantes. A Ashok Verma le pagaban por tener citas con mujeres adineradas. Hemos hablado con otro hombre al que también pagaban por lo mismo. Sobre todo con hombres, aunque también con algunas mujeres.

—De acuerdo —dijo Lesley—. Tenemos otro allanamiento ocurrido mientras Ashok estaba en una cita con la dueña de la casa.

—Quizá las mantenía fuera de casa mientras les entraban a robar.

—Eso parece —dijo Lesley, saliendo del aparcamiento. «Inés, espero que estés bien», pensó.

Los uniformados enviaban coches con las sirenas puestas, llegarían antes que ella.

—Tina, vuelve a la agencia. Quiero los nombres de todos los implicados en esa agencia de citas. Tenemos que hacer unas cuantas visitas.

—El local está cerrado con llave —explicó Tina—. No hay nadie.

—Típico.

Lesley giró a la izquierda en una rotonda, dejando Wareham atrás y dirigiéndose hacia Poole.

—Pero hay otra cosa —dijo Tina.

—¿Sí?

—Ha aparecido un coche con el logo de la empresa de limpieza.

—¿Qué empresa de limpieza?

—Mayfair Domestic Services. La empresa para la que trabaja Inés.

Lesley agarró el volante.

—Cuándo dices que ha aparecido un coche, ¿quieres decir que el conductor ha entrado en la agencia de citas?

—Se ha bajado una mujer, ha llamado a la puerta y se ha vuelto a meter en el coche.

—¿La has reconocido?

—Me temo que no. El jefe de la empresa era un hombre, ¿no? ¿Un tal Bernard Timms?

—Sí. Vigila el coche.

—Vale. Un momento.

Lesley oyó la voz de Stanley de fondo mientras se incorporaba a la A35 en dirección a Poole. Por fin pudo acelerar.

—¿Qué está pasando?

—El coche se está moviendo.

—Síguelo —ordenó Lesley.

—Sí, jefa.

CAPÍTULO NOVENTA

DENNIS Y MIKE aparcaron frente a la casa donde habían entrado a robar.

—Esperemos que haya alguien —dijo Mike.

—Nos están esperando —asintió Dennis.

Se quedó sentado un momento, con las manos en el volante. Miró la casa. Una de las ventanas de la fachada estaba iluminada. El lugar era impresionante, retirado de la carretera, con cuatro ventanas perfectamente simétricas y una ancha puerta de entrada.

—¿Cuánto dices que hace que entraron a robar aquí? —le preguntó a Mike.

—Hace quince días.

—¿Qué sabemos del caso?

—Trabajo de profesionales —respondió Mike—. Quienquiera que fuese sabía lo que se hacía. La dueña de la casa ni siquiera se dio cuenta de que habían entrado hasta la tarde siguiente.

—¿Y eso?

—Le robaron el portátil.

—¿Eso es todo?

Mike negó con la cabeza. Revisaba en su móvil los mensajes de la Brigada de Investigación Criminal de Bournemouth.

—También había una caja fuerte. Consiguieron abrirla y se llevaron las joyas por valor de veinte mil libras.

Dennis casi se atragantó.

—¿Veinte mil libras en joyas dentro de una caja fuerte?

Mike enarcó las cejas.

—La gente a la que atacan son mujeres adineradas. Fíjate en Susannah Ramsay, y en esa casa.

Dennis asintió, observando la casa.

—Un ladrón con criterio.

Echó los hombros hacia atrás y se enderezó la corbata.

—Bueno, vamos a hablar con esta mujer. A ver qué podemos averiguar sobre su cita con Ashok Verma.

CAPÍTULO NOVENTA Y UNO

EL TELÉFONO de Lesley sonó mientras giraba hacia la carretera que bordeaba el puerto de Poole en dirección a Sandbanks.

Era Petra. No tenía tiempo para ella.

—Petra, me alegro de oírte, pero no es el mejor momento. Estoy en medio de...

—He pensado que te gustaría saber qué opino de las cartas.

Lesley echó un vistazo al GPS. Llegaría en cuatro minutos.

—Tendrás que ser breve.

Aquello también era importante. No estaba segura de si seguía trabajando en la investigación de Mackie, pero no le vendría mal tener más información.

—¿Qué tienes?

—Bueno, las cartas que me enviaste...

—¿Sí?

«Ve al grano», pensó Lesley.

—Pues mira, sin duda están escritas por la misma persona. La caligrafía es prácticamente idéntica. Se nota por la calidad del trazo y los rasgos de unión, así como por los bucles de las «y» y las «g».

Nada de eso tenía sentido para Lesley, pero no importaba.

—Intuyo que va a haber un «pero».

—Buena intuición. —Soltó una risita—. El tono de la escritura en sí es completamente diferente, la construcción de las frases, el uso de los adjetivos.

—¿Y puedes sacar todo eso solo de unas pocas cartas?

—Y una nota de suicidio —dijo Petra—. No te olvides de la nota de suicidio.

Lesley hizo una mueca.

—Vale. ¿Entonces estás diciendo que el inspector Mackie no redactó su nota de suicidio?

—Esa es mi conclusión. No lo juraría, estas cosas nunca son cien por cien precisas, pero hay diferencias significativas en el estilo. El uso de adjetivos y de las preposiciones al final de las frases. Creo que la nota de suicidio se la dictó otra persona.

CAPÍTULO NOVENTA Y DOS

TINA ARRANCÓ EL COCHE.

Con suerte, quienquiera que condujera el otro vehículo no los había visto. Esa zona de Bournemouth era tranquila, pero no estaba desierta. Habían pasado tres coches mientras estaban allí. Apretó los dientes mientras se alejaba.

—Sigue a ese coche —dijo Stanley con una sonrisa.

—Llevabas tiempo queriendo decir eso, ¿a que sí?

Él se rio.

—No solía hacer estas cosas en mi otro trabajo.

—¿Ah, no?

Negó con la cabeza mientras salían a la carretera.

El coche iba cien metros por delante, sin ningún vehículo entre ellos. Tina había esperado que pasara otro por medio para ocultarlos. Tampoco era que un coche con Mayfair Domestic Services estampado por todas partes fuera difícil de seguir.

Pero la carretera estaba demasiado tranquila y no podía permitirse esperar más.

—Algún que otro atraco —continuó Stanley—. Mucho papeleo. Nada de perseguir a posibles sospechosos de asesinato.

—Estoy acostumbrada a las persecuciones a alta velocidad —le dijo—. Al menos, lo estaba cuando era patrullera.

—¿Tenías formación para conducir vehículos de respuesta rápida?

—Así es. —Acarició el volante de este coche. ¿Tendría que poner en práctica sus habilidades?—. Todavía la tengo, supongo. No me puedo resistir a un vehículo de gran potencia.

—¿Vas a echarlo de menos?

—No. Me encanta este trabajo. Pero ahora tengo que concentrarme.

Él se reclinó en el asiento mientras seguían al coche, que se dirigía al oeste, por la costa.

—¿Tú qué crees? —le preguntó Tina al rato—. ¿La empresa de limpieza y la agencia de citas metidas juntas en todo este lío?

El coche señalizó para girar a la izquierda. Tina se quedó atrás, esperando a poner el intermitente hasta llegar al desvío. Cuando lo hizo, lo tomó con brío, disfrutando de la sensación que le daba el agarre de las ruedas a la carretera.

—Quizá las dos empresas son de los mismos dueños —sugirió Stanley.

Tina se humedeció los labios, con los dedos apretados contra el volante.

—¿Puedes buscarlo? —le preguntó.

—Aquí no.

—Claro que puedes. Saca el móvil, entra en la web del registro mercantil. Averigua quiénes son los directivos de las dos empresas. Nunca se sabe, podrían ser los mismos.

—Sería muy oportuno.

Tina se encogió de hombros.

—Vale la pena intentarlo. La gente es estúpida o, al menos, la mayoría de los delincuentes lo son.

Llegaron a una rotonda. El coche siguió recto y Tina hizo lo mismo, esperando que otro coche se incorporara por la izquierda y se colocara entre ellos. Aflojó la marcha un poco. No le gustaba pisarle los talones al coche que perseguía. A pesar de que su coche no llevaba distintivos, era discreto y era de noche, podían acabar en una carretera desierta y ser los únicos vehículos en ella.

—No ha habido suerte —dijo Stanley.

—¿No?

Tina miró por el retrovisor. La carretera detrás de ellos se estaba llenando de coches. Estaban dejando Bournemouth atrás, en dirección a Poole.

—La directora de la agencia de citas es una tal Cheryl Zayne, el nombre que nos dio su empleada. El de la empresa de limpieza es Bernard Timms. No son los mismos.

—Búscalos en Google —le dijo Tina.

—¿Te lo estás pasando bien, a que sí? —preguntó mirándola a la cara.

—Dos personas han muerto.

—Eso no significa que no te lo estés pasando bien.

Tina optó por no decir nada. No podía dejar de pensar en los exámenes para la Brigada de Investigación Criminal. El resultado saldría mañana. Rezaba por haber aprobado. Si había suspendido, ¿la enviarían de vuelta a las patrullas?

Conducían por Canford Cliffs hacia la bahía de Poole.

—¿Estás pensando lo mismo que yo? —le preguntó Stanley.

—Sí, Sandbanks —asintió Tina—. La casa de Susannah Ramsay.

—Y tengo un resultado en Google.

—¿Algo útil?

—Espera. No es fácil leer cuando vas en coche.

—No serás de los que se marea, ¿no?

—Sin comentarios.

¿Cómo podía alguien llegar a subinspector si se mareaba en el coche? Quizá cuando Stanley era patrullero, hacía la ronda a pie.

Qué anticuado.

Llegaron al final de Haven Road. Había dos coches entre ellos y el objetivo, pero seguía siendo bastante fácil seguirlo. El logotipo, azul sobre fondo amarillo, se veía bajo cada farola. En efecto, el coche giró a la izquierda.

—Se dirige a Sandbanks —confirmó Tina.

—Igual solo va hacia el ferri —replicó Stanley.

—Eso sería una tremenda coincidencia.

—Lo sabremos en un minuto.

—¿Qué hay de ese resultado de Google?

Stanley le tendió el móvil.

—No puedo leerlo mientras conduzco.

—Perdona. —Volvió a cogerlo—. He encontrado una relación entre Bernard Timms y Cheryl Zayne.

—¿Y cuál es?

—Están casados.

CAPÍTULO NOVENTA Y TRES

LESLEY MASCULLÓ para sí mientras conducía hacia la casa de Susannah Ramsay. No podía permitirse el lujo de distraerse con el caso Mackie ahora. Pero si la nota de suicidio era falsa, ¿quién se la había dictado? ¿La misma persona que lo había empujado por el acantilado?

La carretera junto a la bahía de Poole estaba bastante concurrida. Los coches se detenían y arrancaban, nadie parecía tener prisa. Eran casi las ocho de la tarde y la hora punta ya había pasado hacía un rato.

—Quitaos de en medio, joder —masculló, imaginando lo que Dennis pensaría de su vocabulario.

Por fin llegó a la casa de Susannah Ramsay. Un coche patrulla estaba aparcado fuera. Aparcó detrás de él, con el coche medio subido a la acera. Estaba en una zona de aparcamiento prohibido marcada con una línea amarilla doble, pero no le importó.

Cerró la puerta del coche de un portazo y corrió hacia la verja abierta. Había un coche en la entrada. Un Golf azul que no reconoció. Susannah Ramsay conducía un Mercedes y sus amigos tendrían coches similares. Inés no tenía coche. Entonces, ¿de quién era ese?

Lesley corrió por la entrada. Dos agentes uniformadas estaban de pie junto a la puerta.

—¿Cuánto tiempo llevan aquí? —espetó.

—Acabamos de llegar —dijo la más joven de las dos mujeres—. Nadie responde.

Lesley se abrió paso entre ellas y aporreó la puerta.

—¡Policía! —gritó—. ¡Inés, soy la inspectora Clarke!

Tras unos instantes, la puerta se abrió.

Frente a ella estaba Inés Pérez, con el rostro pálido. Parpadeó, mirando a Lesley, y luego se tambaleó. Lesley dio un paso adelante y agarró a la mujer por el brazo.

—Inés, ¿se encuentra bien?

—Está bien —dijo una voz.

Lesley miró más allá de Inés y vio a un hombre en el vestíbulo. Venía de las escaleras que subían al primer piso, que arrancaban desde un lateral. Llevaba un abrigo grueso y sostenía un sombrero en la mano. ¿Era una boina?

—¿Quién es usted? —preguntó—. ¿Es suyo ese coche?

—Soy el jefe de Inés. Vine a ofrecerle mi apoyo.

Lesley miró a los ojos de Inés.

—¿Es cierto? —le preguntó a la joven.

—Sí, es mi jefe.

—¿Y lo del apoyo? Recibí un mensaje suyo, decía que estaba en peligro.

El brazo de Inés se tensó bajo el agarre de Lesley.

—Estoy bien.

—Pues no lo parece.

Lesley se giró al oír un coche que entraba en el camino de acceso. Llevaba el logotipo de la empresa de limpieza para la que trabajaba Inés.

Sintió que se le desencajaba la mandíbula. ¿Qué estaba pasando?

Volvió a mirar al hombre que estaba detrás de Inés.

—Ya limpiamos la casa —le dijo—. El equipo de la científica ya lo revisó a fondo. —Gail era conocida por lo meticulosa que era al dejarlo todo ordenado.

El hombre dio un paso adelante y le puso una mano en el hombro a Inés.

—Bueno, aquí no pasa nada. Puede dejarnos.

Lesley oyó cerrarse de un portazo la puerta de un coche. Se giró y vio a una mujer salir del vehículo de la empresa de limpieza.

La mujer sonrió, ignorando a Lesley y mirando al hombre.

—Cariño, creía que te ibas a encargar tú del asunto.

Él negó con la cabeza.

—Esta es la inspectora Clarke. Inés le envió un mensaje.

La mirada de la mujer se desvió hacia Inés.

—Maldita zorra.

—¡Oiga! —exclamó Lesley. Miró a la mujer—. ¿Quién es usted? ¿Qué hace aquí?

—¡Se llama Cheryl Zayne! ¡Detenla, jefa!

Lesley miró más allá de la mujer y vio a Tina corriendo por el camino, sacándose las esposas del bolsillo. Stanley la seguía, con el teléfono en la mano. Se lo entregó a Lesley que vio una foto de esa mujer, con su nombre en el pie de foto.

—Jefa —jadeó Tina—, esa mujer dirige la agencia de citas. Pagaban a hombres para que salieran con las propietarias de las casas y luego les robaban mientras estaban fuera. —Miró hacia la casa—. Este les salió mal.

Cheryl Zayne miró a Lesley, con los labios apretados.

—No pueden demostrar nada.

Lesley la agarró del brazo.

—Entremos. Si es tan inocente como dice, no le importará responder a unas cuantas preguntas.

CAPÍTULO NOVENTA Y CUATRO

FELICITY BEAUMAN ERA una mujer delgada de pelo oscuro y maquillaje discreto, que llevaba un traje caro.

Dennis le enseñó su placa en cuanto ella abrió la puerta.

—Señora Beauman —saludó.

La mujer frunció el ceño.

—¿Han venido por lo del robo? ¿Han detenido a alguien?

—Tenemos una pista —contestó—. Soy el sargento Frampton y este es el cabo Legg. Hablamos por teléfono.

—Pasen a la cocina. —La mujer asintió y se hizo a un lado—. Estaba preparando la cena.

Dennis pasó junto a ella, cruzó una amplia puerta y entró en una cocina enorme y reluciente. Las encimeras y los muebles eran del mismo elegante tono beige, y todo brillaba. Una sartén crepitaba en los fogones y la señora Beauman pasó a toda prisa junto a él.

—Disculpen, voy a apagar esto. ¿Qué ha ocurrido?

Se giró hacia ellos con el rostro expectante.

—Perdone que la molestemos a estas horas —dijo Dennis—, pero necesitamos saber dónde estaba la noche que entraron en su casa.

Su rostro se ensombreció.

—Había quedado con un amigo.

—¿Un amigo? —preguntó Mike.

Dennis le lanzó una mirada.

La mujer se puso rígida.

—Vale, una cita. Una cita a ciegas, si es que les interesa.

—¿Y cómo conoció al hombre con quien tuvo la cita? —preguntó Dennis.

La señora Beauman le clavó la mirada en el rostro.

—Por una aplicación de citas. Supongo que todo esto es confidencial, ¿no?

—Por supuesto. —Dennis le dedicó su sonrisa más tranquilizadora, tratando de ocultar que le repugnaba la idea de salir con gente que se conocía por internet. Él había conocido a Pam a través de un conocido en común, y habían quedado cinco veces con amigos antes de que él la invitara al cine.

—¿Qué aplicación de citas? —inquirió Mike.

Sacó el móvil del bolsillo y pasó por varias pantallas. Lo levantó para enseñárselo.

—Era una página web —dijo—. No una aplicación.

Dennis se asomó para ver el móvil. Corazones Llenos. Intercambió una mirada con Mike.

—¿Qué tiene que ver eso con todo esto? —preguntó la mujer mientras cambiaba el peso de un pie a otro.

—¿Cómo se llamaba el hombre? —preguntó Dennis.

La señora Beauman tragó saliva antes de responder.

—Ashok Verma.

Dennis sintió que se le tensaba la mandíbula.

—Es posible que haya oído su nombre en las noticias últimamente —dijo el sargento.

La mujer negó con la cabeza.

—No veo las noticias, estoy demasiado ocupada con el trabajo.

—¿A qué se dedica? —preguntó Mike.

—Soy productora de radio, de programas de ficción. No necesito estar al día de la actualidad.

—¿Y volvió a quedar con el señor Verma en alguna otra ocasión? —preguntó Dennis—. ¿O fue esa la única vez?

—Era nuestra primera cita, si es a lo que se refiere. Fue bien, pasé un buen rato. Intenté ponerme en contacto con él de nuevo a través de la página web un par de días después, pero había borrado su cuenta. El número de teléfono que me dio no estaba operativo. —

Torció el gesto—. Qué mala suerte la mía. No es fácil conocer a alguien cuando se tiene dinero.

—¿No le llueven los pretendientes? —preguntó Mike, lo que hizo que la mujer se girara con brusquedad hacia él.

—A los hombres les intimidan las mujeres como yo.

Mike enarcó las cejas y volvió a mirar la pantalla.

Dennis inspiró hondo.

—Creemos que fue usted víctima de una estafa —le dijo—. Organizaron una cita y le robaron cuando sabían que no estaría en casa.

—¿Pero qué coño? —dijo ella.

Dennis sintió que se le tensaban los músculos.

—Si no le importa...

—Pues claro que me importa, joder —soltó—. ¿O sea que Ash solo me estaba entreteniendo para que alguien pudiera robarme mis cosas?

—Lo siento mucho —dijo Dennis—. Pero esto nos acerca a atrapar a los que lo hicieron. ¿Le dijeron los de criminalística si encontraron huellas?

—Por supuesto que no encontraron ninguna huella —espetó—. Esa gente llevaba guantes. No dejaron ni el más mínimo rastro. Ni siquiera me di cuenta de que me habían robado hasta la tarde siguiente.

—¿Se llevaron joyas? —preguntó Dennis.

—Sí —respondió ella—. Irremplazables. Y bien, ¿va a detenerlos?

—Gracias por su tiempo —dijo Dennis—. Ha sido de gran ayuda.

Ella frunció el ceño. El sargento no había respondido a la pregunta.

Dennis le hizo un gesto a Mike para que lo siguiera y se dirigió a la puerta principal. Vio una tarjeta en la mesa del recibidor: Mayfair Domestic Services. La cogió.

—Disculpe —dijo la mujer—, eso es mío.

Dennis le dio la vuelta en la mano para mirarla.

—¿Le presta algún servicio esta empresa?

—Sí. Son buenos. Más que limpiar, cuidan la casa como si fuera suya. La chica que venía habitualmente se acaba de marchar, volvió

a Irlanda. Por eso estoy cocinando yo, normalmente son ellas las que me preparan la comida.

Dennis miró a Mike.

—Tenemos que contárselo a la jefa.

CAPÍTULO NOVENTA Y CINCO

ESTABAN en el vestíbulo de la casa de Susannah Ramsay cuando sonó el teléfono de Lesley.

—Dennis, estoy ocupada —espetó.

—Esto es importante.

Miró a Cheryl Zayne.

—Sé breve.

—Estamos en casa de Felicity Beauman, la víctima del robo. Se encontraba en una cita con Ashok Verma cuando ocurrió. Al día siguiente, él había desaparecido de la página web y no pudo localizarlo.

—Así que no fue solo Susannah.

—No. Y hay más. La señora Beauman utiliza Mayfair Domestic Services para el mantenimiento de la casa. ¿No es esa la empresa que se encargaba de la casa de Susannah?

—Lo es. —Lesley sintió que una sonrisa asomaba a sus labios.

—Se llevaron joyas de una caja fuerte. La limpiadora podría haberles pasado la combinación a sus jefes.

—Es posible, sí. Gracias, Dennis. Vuelve a la oficina. Voy a llevar a dos sospechosos. Mañana por la mañana me ayudarás con los interrogatorios.

—¿Mañana por la mañana? —replicó él—. Lo haremos ahora, ¿no?

—¿No te estará esperando Pam?

—Pam entiende cómo funcionan las cosas cuando acabamos de detener a un sospechoso de asesinato.

—De acuerdo.

A Lesley le preocupaba sobrecargar de trabajo a Dennis.

—Estaré bien, jefa.

—Te veo en la oficina en un rato —dijo Lesley, consultando su reloj.

«Mierda». Debería llamar a Elsa. Hacía rato que se había perdido la cena.

Luego lo haría. Se guardó el teléfono en el bolsillo y se volvió hacia Zayne y Timms.

—Bernard Timms y Cheryl Zayne, quedan detenidos por robo y conspiración para cometer asesinato.

—¿Qué? —dijo Zayne—. No puede hacer eso.

—Han usado a sus limpiadoras para que les pasaran información sobre lo que valía la pena robar, sin duda consiguiendo combinaciones de cajas fuertes y cosas por el estilo, y luego enviaban a gente a tener citas con los propietarios para entrar a robar en las casas mientras estaban fuera.

—Eso no es asesinato —dijo Timms.

Lesley ladeó la cabeza.

—¿Qué salió mal en este caso? ¿Volvieron a casa cuando no debían y los mataron?

Timms la fulminó con la mirada.

—No tengo ni idea de lo que está hablando. Registre esta casa de arriba abajo, no encontrará mis huellas.

Lesley negó con la cabeza.

—El hecho de que usted no estuviera físicamente aquí la noche del crimen no significa que no sea responsable.

Zayne agarró la mano de Timms.

—No digas nada.

Lesley los miró a ambos.

—En cualquier caso —dijo, haciendo una seña a uno de los agentes uniformados para que los esposara—, no he terminado. No tienen obligación de declarar, pero su defensa podría resultar perjudicada si no mencionan durante el interrogatorio algo en lo que

posteriormente basen su defensa en el juicio. Todo lo que digan podrá ser utilizado como prueba. ¿Lo entienden?

—Sí —masculló Timms.

—¿Señora Zayne?

—Sí.

—Puede que estén consiguiendo que otro les haga los robos, pero ustedes son los responsables de la muerte de Susannah Ramsay y Ashok Verma. Nuestro equipo de forenses tiene sus teléfonos y ordenadores. Llegarán al fondo del asunto. —Hizo un gesto a Tina, que sacó su teléfono para llamar a Gail.

«Lo siento, Gail», pensó Lesley. Estaría en casa con su hijo. Pero Gail sabía lo que implicaba su trabajo y tenía un buen equipo.

Zayne le clavó la mirada.

—Se equivoca. Fue Inés. Ella sabía lo que había en esta casa y cuándo estaría fuera Susannah.

Inés, de pie detrás de Cheryl Zayne, le lanzó una mirada que podría derretir el acero. Dio un paso al frente.

—Me hicieron preguntas sobre la casa. Tuve que rellenar un formulario, un inventario más bien. En su momento pensé que sería para el seguro.

—¿Todavía puede acceder a ese formulario?

—Sí.

—Vale. —Lesley miró a Zayne—. Las cosas no pintan muy bien para usted. —Hizo una seña a los dos agentes uniformados—. Llévenselos a Winfrith.

Mientras se llevaban a la pareja, Lesley miró a Inés.

—Inés, tendremos que interrogarla de nuevo. Con las debidas advertencias legales.

Inés asintió.

—No creerá que yo…

—No lo creo. Pero tenemos que hacerle algunas preguntas más, solo para estar seguros. Y tendremos que hablar con otras personas que trabajan para Mayfair.

Inés asintió.

—¿Vendrá con nosotros?

La joven miró a su alrededor en el vestíbulo.

—No quiero volver a poner un pie en esta casa nunca más.
—No la culpo. Vamos, puede venir en mi coche.

CAPÍTULO NOVENTA Y SEIS

LESLEY BOSTEZÓ. Eran las diez y media y Dennis y ella acababan de terminar de interrogar a Bernard Timms y a Cheryl Zayne.

La pareja se había negado a decir nada, pero las pruebas se acumulaban.

Gail tenía los ordenadores y teléfonos de la agencia de citas y de la empresa de limpieza, y había abundante documentación que indicaba una conspiración para identificar objetivos de atracos y luego conseguir que los propietarios salieran a citas.

Todavía necesitaban más pruebas para atribuir a la pareja la conspiración para asesinar, pero Mike ya estaba investigando los registros telefónicos y esperaban encontrar a las personas que habían contratado para entrar a robar en las casas. Incluso sin eso, si encontraban pruebas de que Timms y Zayne vendían los bienes robados, podría ser suficiente para presentar cargos.

La casa de Felicity Beauman no era la única que había sido objetivo. Hasta el momento habían descubierto a seis propietarios adinerados que habían contratado la empresa de limpieza, utilizado la agencia de citas y a los que les habían robado mientras estaban en una cita. Dieron con otras tres chicas de compañía, esta vez mujeres.

Lesley esperaba que descubrieran más robos que no se habían denunciado. Los muy ricos a menudo guardaban objetos que preferían que las autoridades no supieran de ellos.

Seguirían investigando y armarían un caso. Con suerte, la fiscalía tendría suficiente para presentar cargos.

—Bueno, equipo, ya habéis hecho suficiente por esta noche. Vámonos a casa.

—¿Estás segura, jefa? —preguntó Tina.

—Sé que quieres mostrarte dispuesta, con el resultado del examen del CID a la vuelta de la esquina. Pero no necesitas demostrarme nada. No os hace falta a ninguno.

Miró a Stanley.

—Ni siquiera a ti, subinspector Brown.

Él se enderezó en su silla.

—Gracias, jefa.

Lesley sonrió. Stanley había tenido un comienzo difícil, pero a juzgar por el lenguaje corporal entre él y Tina cuando regresaron, ahora se llevaban bien. Quizás pediría que lo asignaran a su equipo de forma permanente. Tina ocuparía el puesto de Johnny si aprobaba el examen del CID, pero no tenía experiencia. El equipo de investigación de delitos graves necesitaba más recursos.

—¿Y qué hay de Inés? —preguntó Mike—. ¿Qué va a pasar con ella?

—La hemos dejado ir —dijo Dennis—. No hay pruebas de que supiera que le estaba pasando información a Cheryl Zayne. Y ha entregado toda la información que tiene.

—Es comprensible que te pidan un inventario —añadió Tina—, cuando tienes que mantener todo limpio. —Se rio—. Pero qué sabré yo, mi casa es un desastre.

La casa de Lesley en Wareham también había estado bastante desordenada muchas veces. Pero ahora se había librado de ese lugar. El piso moderno y luminoso de Elsa era harina de otro costal.

—El equipo de Gail estará rastreando los ordenadores y los teléfonos durante los próximos días. Necesitarán ayuda.

Cuatro manos se alzaron: todos se ofrecían voluntarios.

—Gracias, equipo —dijo Lesley—. A casa, ahora. Tenéis que descansar. Mañana nos vemos.

CAPÍTULO NOVENTA Y SIETE

LESLEY ENTRÓ EN EL PISO, esperando encontrarlo a oscuras y en silencio. En cambio, Elsa estaba sentada frente al televisor, bebiendo una copa de vino y comiendo pistachos.

—Qué buena pinta tiene eso —dijo Lesley.

Fue a la cocina y se sirvió una copa. Elsa sonrió cuando Lesley volvió al salón y se sentó a su lado. Le puso una mano cálida sobre la rodilla. Había hecho frío en el coche de Lesley de camino a casa.

—¿Qué tal el día? —preguntó Elsa—. ¿Conseguiste hacer la detención?

Lesley asintió.

—Siento muchísimo lo de la cena. ¿Qué tal fue?

La mano de Elsa se quedó quieta.

—A mi madre no le impresionó.

Lesley no la culpaba.

—Lo siento de verdad, cariño.

Elsa se encogió de hombros.

—No pasa nada. Eres inspectora, son gajes del oficio. —Le apretó la rodilla.

—Gracias. Te debo una.

—Me la guardo. Y bien, ¿qué hay de tu detención?

—Era una pareja. Entre los dos llevaban una empresa de limpieza y una agencia de citas. Preparaban el terreno para que robaran en las casas mientras los propietarios acudían a citas. Las limpiadoras

les daban información sobre el contenido de las casas sin siquiera saber lo que estaban haciendo. El atraco en casa de Susannah Ramsay salió mal cuando volvió a casa.

—¿Y la mataron por eso?

—Todavía tenemos que desentrañar los detalles, pero sí, eso parece. A Ashok Verma, a quien contrataban para ir a las citas, también lo mataron. Imagino que no querían testigos.

—Pobre hombre. —Elsa hizo una mueca.

—Ya te digo. —Lesley bebió un sorbo de vino.

Se quedaron en silencio un momento, con el volumen de la tele bajo. Era un programa de reformas.

—¿Desde cuándo te van estas cosas? —preguntó Lesley.

Elsa bostezó.

—En realidad, no lo estaba viendo. Solo le daba vueltas a unas cosas del trabajo.

—¿Algo de lo que quieras hablar?

—No, para nada.

—Vale.

Lesley se removió en el asiento y se giró hacia su novia.

—Tengo que preguntarte una cosa.

Elsa dejó la copa en la mesa y se volvió hacia Lesley, con la mano todavía en la rodilla.

—Vale. Suena serio.

—Podría serlo.

—Pues venga, dale.

—¿Conocías bien al inspector Tim Mackie?

La mano de Elsa se tensó en la rodilla de Lesley.

—¿Tim Mackie?

—El que murió —dijo Lesley.

—Ya sé quién era. ¿Por qué lo preguntas?

Lesley observó que no había respondido a la pregunta.

—Encontré un número en su teléfono.

Miró a Elsa a los ojos; el corazón le latía deprisa. Si Elsa le mentía ahora…

—¿Y?

—Era tu número.

—¿Encontraste mi número en el teléfono del antiguo inspector jefe? —preguntó Elsa.

—El teléfono desde el que me llamaste el otro día —aclaró Lesley.

—Podría haber sido por algún caso. —Elsa frunció el ceño—. Tengo más de un teléfono, ¿cuál era?

—No lo sé. ¿Quién tiene más de un teléfono?

—Los abogados penalistas. Llama al número —propuso Elsa—. Así lo sabré.

—Vale.

Lesley se levantó. Fue a la mesa de la cocina, donde había dejado la chaqueta, y sacó el teléfono del bolsillo interior. Marcó el número.

Había dos teléfonos en la mesita de centro; uno de ellos sonó. Elsa lo cogió, pulsó el botón para apagarlo y volvió a dejarlo en su sitio.

—Ese no es mi teléfono —dijo.

—Sí que lo es. Lo tienes ahí mismo, delante de ti.

—Sí, pero no era mi teléfono cuando Tim Mackie murió.

—Entonces, ¿de quién era?

Lesley se quedó mirando el móvil. Volvió a sentarse con movimientos rígidos.

Elsa la miró.

—En el momento en que Tim Mackie murió, ese era el teléfono de mi antiguo jefe, Harry Nevin.

CAPÍTULO NOVENTA Y OCHO

LESLEY FUE la primera en llegar al trabajo al día siguiente. Entró en su despacho y se quedó observando la pizarra. Después de todo, Inés y Vali no habían tenido nada que ver, como tampoco el exmarido. Había sido una estafa. Pasarían semanas desentrañando los distintos asaltos que se habían producido y averiguando hasta qué punto eran culpables los hombres y mujeres que habían trabajado como acompañantes y empleados domésticos.

¿Eran meros espectadores inocentes o sabían lo que estaba pasando? Desde luego, habían recibido dinero por su participación. Ashok, por supuesto, estaba muerto. Y también estaba el amigo, Charlie Ibbotson. Ya lo habían detenido antes.

Levantó la vista cuando la puerta exterior se abrió y entró Dennis. Se acercó a la puerta de su despacho.

—Buenos días, Dennis. ¿Cómo estás?

—Bien, jefa. No tienes que preocuparte por mí.

—¿Sigues yendo al psiquiatra?

—Hemos reducido las sesiones. Ahora son quincenales en lugar de semanales.

—¿Y eso es porque estás mejorando o porque intentas librarte de ellas?

Una leve contracción le tensó la boca.

—No te andas por las ramas, ¿eh, inspectora Clarke?

Lesley ladeó la cabeza.

—Pensé que ya te habrías dado cuenta.

Dennis sonrió.

—Sobre eso de lo que hablamos… —Lesley se metió las manos en los bolsillos de la chaqueta—. Me han dicho que lo deje estar.

—Ya —asintió Dennis—. Pero yo no quiero dejarlo.

A Lesley se le oprimió el pecho.

—¿De verdad, Dennis? ¿Estás dispuesto a arriesgar tu carrera y tu pensión por esto?

—El inspector Mackie era un buen hombre, merece que se le haga justicia.

Lesley soltó un silbido.

—Caramba. Cuando te conocí hace seis meses, jamás habría esperado esto.

Se encogió de hombros.

—La gente cambia. Se me ha pegado algo de ti. A mí y a todos.

Lesley no estaba segura de que aquello fuera algo bueno.

—De acuerdo, cerremos primero este caso y luego hablaremos. No quiero que hagas ninguna tontería.

—No, jefa.

Dennis se sobresaltó cuando la puerta se abrió a su espalda: eran Mike y Tina. Ambos reían y tropezaban el uno con el otro al entrar juntos.

Dennis se estremeció, pero Lesley sonrió. Era bueno verlos así. Sabía que era arriesgado tener una pareja en el equipo, pero, por ahora, le gustaba verlos felices. Y había un sobre en su escritorio que esperaba que hiciera aún más feliz a Tina.

CAPÍTULO NOVENTA Y NUEVE

TINA SE CONTUVO al entrar en la oficina. La jefa y el sargento los observaban. El sargento fruncía el ceño, mientras que la jefa, notó Tina, se sonreía para sí.

«Mierda».

A Tina le gustaba Mike, pero no quería que aquello afectara a su carrera profesional.

—Disculpa, jefa. —Le lanzó una mirada a Mike.

Él asintió y se retiró a su escritorio.

—Solo estábamos... —dijo Tina.

—No pasa nada —dijo la inspectora—. Está permitido divertirse. El trabajo que hiciste para localizar a los chicos de compañía y relacionar la empresa de limpieza con la agencia de citas fue lo que marcó la diferencia.

—Stanley también ayudó. Si no hubiera reconocido a Charlie Ibbotson...

Lesley le puso una mano en el brazo a Tina.

—Reconoce tu mérito cuando es debido, agente Abbott. —Volvió la vista hacia su despacho—. Eso me recuerda que tengo algo para ti.

Tina se tensó. Vio a la jefa entrar en su despacho, coger algo de su escritorio y volver hacia ella.

Le entregó el sobre. Tina se quedó mirándolo, con la boca seca.

—¿Esto es…? —preguntó.

—Los resultados del examen —respondió la inspectora. El sargento levantó la vista desde su escritorio.

—Pensé que los enviarían por correo electrónico —dijo Tina, tragando saliva.

—También lo hacen —le dijo la jefa—. Seguramente tengas algo en tu bandeja de entrada, pero me han mandado esto a mí como una mera formalidad.

—¿Sabes el resultado? —preguntó Tina.

La jefa negó con la cabeza.

—Quería esperar a que lo abrieras tú.

Tina se tragó el nudo que tenía en la garganta. Sintió una corriente de aire en la nuca y al girarse vio entrar a Stanley. Se marcharía pronto; solo lo habían traído porque tenían dos casos en los que trabajar.

Le dedicó una sonrisa y agitó el sobre.

—Los resultados de mi examen.

Él se acercó.

—Venga, pues. ¡Ábrelo!

Tina se aclaró la garganta. Deslizó el dedo bajo la solapa del sobre y lo abrió. Notaba todas las miradas clavadas en ella.

Si había suspendido, aquel iba a ser el momento más humillante de su vida.

Sacó la hoja de papel y empezó a leer.

—Me complace comunicarle...

La oficina estalló en vítores.

Tina apretó el puño y siguió leyendo.

—... que ha aprobado el examen del CID. Enhorabuena, subinspectora Abbott.

Miró a la jefa a los ojos.

«Subinspectora Abbott».

La inspectora sonreía de oreja a oreja. Tina sabía que ella le devolvía la misma sonrisa. Sintió un apretón en la mano y se dio cuenta de que Mike estaba a su lado.

—Esto significa que puedes quedarte como miembro permanente del equipo —dijo el sargento.

Tina lo miró y asintió. Sentía que estaba a punto de explotar.

—Sí, sargento. Gracias, sargento.

CAPÍTULO CIEN

—LA PRIMERA RONDA corre de mi cuenta —dijo Lesley al entrar en el pub.

Estaban en el Ship Inn, el mismo pub al que había acudido con Tina, Mike y Stanley y se había sorprendido a sí misma hablando de la salud mental de Dennis.

Miró a Dennis, cuyo rostro pasaba del placer a la inquietud. Mike acababa de soltar una expresión que ofendía a Dennis, y era evidente que este intentaba reprimir su reacción.

Tal vez estuviera bien, tal vez no. Lesley lo vigilaría de todos modos. Y en cuanto a su sugerencia de que debía investigar la muerte del inspector Mackie, bueno, no sabía muy bien qué hacer con ella. Ella misma se había jugado el puesto al investigar. A Dennis le faltaban tres años para jubilarse: ¿podía dejar que lo echara todo por la borda para hacer justicia a su antiguo colega?

Negó con la cabeza. «Piensa en ello cuando este caso haya terminado».

Se acercó a la barra y agitó un billete de veinte libras. El camarero se acercó justo cuando su móvil sonó: un mensaje de Elsa.

«¿Llegarás a casa más temprano esta noche, cariño?»

Lesley respondió de inmediato.

«Unas copas rápidas para celebrar el resultado del examen de Tina y enseguida estoy contigo».

«Genial, voy a encargar un curry».

«Buena idea».

Lesley se guardó el móvil en el bolsillo. Observó al camarero mientras servía la pinta de Jurassic Dark de Dennis.

Entonces frunció el ceño. Sacó el móvil de nuevo y buscó el mensaje de Elsa. Era el mismo número que había usado el otro día, el que Lesley había reconocido del móvil de Mackie. Elsa le había dicho que había sido el número de Harry Nevin antes de que el hombre muriera. ¿Era habitual que las empresas pasaran los móviles a otros socios cuando alguien moría?

Revisó los mensajes, retrocediendo hasta el primero de todos. Si lo que Elsa decía era cierto, sería de algún momento posterior a la muerte de Nevin, cuando Lesley llevaba aproximadamente un mes en Dorset.

Llegó al primer mensaje. Era tímido, no tan cercano como los que recibía ahora.

«Gracias por la estupenda velada del viernes, espero que podamos repetirla alguna vez».

Se le cortó la respiración.

Elsa se lo había enviado después de su primera cita, solo tres semanas después de que ella llegara a Dorset. En aquel momento, Harry Nevin estaba vivito y coleando.

Lo que significaba que ese había sido el número de Elsa desde el principio. Y que el inspector Mackie la había estado contactando.

—¿Está bien? —le preguntó el camarero.

Lesley levantó la vista.

—¿Quiere una bandeja?

Las cinco bebidas estaban dispuestas sobre la barra.

—Sí, por favor —respondió, la cabeza le iba a mil por hora.

Volvió a guardarse el móvil en el bolsillo y cogió la bandeja. Al apartarse de la barra, observó al equipo que charlaba y se reía. Mike tenía el brazo alrededor de Tina.

«Elsa, ¿qué me estás ocultando?»

* * *

Muchas gracias por leer ***Los crímenes de los millonarios***. Si ya estás enganchado a esta serie, tenemos buenas noticias: la sexta entrega ya está disponible en preventa en Amazon.

Un deslizamiento de tierras en la playa de Lyme Regis deja al descubierto un cadáver. Nadie sabe quién es. Nadie sabe cuánto tiempo lleva enterrado. Y para Lesley, el mayor desafío de su vida, tanto dentro como fuera del trabajo.

No te pierdas ***Los crímenes de la playa de fósiles*** — reserva tu copia ahora a precio especial de preventa.



LIBRO GRATIS

LEE LA PRECUELA GRATUITA EL CRIMEN DE LA ROCA



El sargento Dennis Frampton aún se está acostumbrando a la vida sin su antiguo jefe, el inspector Mackie, y disimula como puede lo mucho que detesta estar al mando del equipo de investigación de delitos graves de Dorset. Sobre todo, debe asegurarse de que nadie descubra que todavía le pide consejo a Mackie sobre sus casos.

Pero entonces Mackie no aparece a una reunión… y horas después, un cadáver es descubierto al pie de unos acantilados cercanos.

Cuando Dennis descubre que se trata de su viejo amigo y mentor, su mundo se tambalea. ¿Se quitó la vida Mackie… o alguien lo empujó? ¿Está su nuevo jefe intentando encubrir algo? ¿Puede confiar en las pruebas, o alguien las ha manipulado?

Descúbrelo leyendo *El crimen de la roca* — GRATIS en este enlace: http://subscribepage.io/emHMbY

OTRAS OBRAS DE RACHEL MCLEAN

Serie Inspectora Lesley Clarke

Los crímenes del castillo

Los crímenes del acantilado

Los crímenes de la isla

Los crímenes del monumento

Los crímenes de los millonarios

Los crímenes de la playa de fósiles

AGRADECIMIENTOS

Primero de todo, muchas gracias a ti, querido lector, por darle una oportunidad a este libro. Esperamos que te haya entretenido y, si es así, te animamos a que escribas una reseña en Amazon. Tus palabras ayudarán a que otros lectores descubran esta serie.

También estamos eternamente agradecidas a nuestro maravilloso equipo de lectores cero en español, que nos ayudan a pescar los errores cometidos. En esta versión han colaborado Rosa Muñiz Fernández de Oviedo, Carmen Losada González, Begoña Gancedo y May Rojo de Madrid, Julio Turell de Uruguay, Circe Hernández de México, Jimena Cernich de Argentina y Mercedes Leal Lama de Badajoz y Rafaela Svarzman de Alicante.

¡Muchísimas gracias a todos!

Rachel y María.